

POR ULTIMA VEZ

RONA JAFFE



Lectulandia

Nueva York, 1952. Las historias y los sueños de cuatro jóvenes trabajadoras de una editorial reflejan la lucha personal y profesional a la que tuvieron que enfrentarse para triunfar y conseguir sus metas. Entre editores voraces y redactores incompetentes, cuatro amigas luchan por conseguir lo mejor de la vida.

Lectulandia

Rona Jaffe

Por Última vez

ePub r1.0

Titivillus 09-03-2019

Título original: *The Last Chance*
Rona Jaffe, 1976
Traducción: Ariel Bignami

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Diciembre, 1975

ALGO ANDABA MAL EN ESE funeral. No es que no fuera impecable; los deudos, las flores, la música, la ceremonia, la elección de Frank E. Campbell, en la Avenida Madison, la llegada de todos aquellos automóviles largos y negros, tan limpios y relucientes..., a ella hasta podría haberle gustado. Su familia y sus amigos tenían la esperanza de que así fuera, porque no se les ocurría ninguna otra cosa que hacer por ella. Allí estaban las personas que la habían querido y las que le habían tenido antipatía, e incluso las que apenas la habían conocido. Pensaban que ella no debería haber estado allí, era un error total.

Afuera, en las calles de Nueva York, era la temporada navideña, con las tiendas decoradas y los compradores que se abrían paso a duras penas entre la multitud, cargados de paquetes. Los Santa Claus de barbas postizas agitaban sus campanas en las esquinas y los vendedores de castañas y rosquillas lanzaban sus nubes de humo aromático al frío cielo blanco. No había tanta iluminación como en años anteriores debido a la escasez energética, y el árbol gigante en el «Rockefeller Center» no era tan bonito como en otros años, pero sí mejor que el año pasado, según concordaba la mayoría. La pérdida de los árboles iluminados a lo largo de la Avenida Park era triste, pero de todos modos se sabía que era Navidad, y un funeral habría parecido incongruente aunque hubiese sido el de una persona muy anciana y enferma.

Pero este funeral era el de una mujer joven que había muerto antes de tiempo, de una muerte no natural. Nunca debería haber sucedido esto y, sin embargo, cuando se pensaba en ello, tenía en cierto modo una especie de inevitabilidad.

Las tres mujeres permanecían sentadas juntas. Sus miradas se encontraban brevemente y cada una sabía que las demás estaban pensando lo mismo. Habían sido amigas íntimas y ahora eran tres. La cuarta estaba allí arriba, en ese ataúd. Eran las sobrevivientes, no en el sentido de «sobrevivida por», como se dice en las columnas necrológicas, sino en el verdadero sentido. Podría haber sido cualquiera de ellas.

Cada una de ellas había querido controlar su propio destino y había ido hacia él, sin advertir que, en realidad, su destino la acechaba. Ésa tenía que ser la única explicación. Y sin embargo ninguna de ellas podía creerlo de verdad, ni siquiera ahora. Todas habían tomado decisiones. Eso tenía que tener algún significado. No podían creer que las decisiones carecieran de sentido. Tres de ellas todavía estaban vivas... Incluso ella, ya al final, había tomado una decisión.

Pero sabían que se estaban diciendo todo esto para no tener tanto miedo.

Enero, 1975

A LAS CINCO DE LA mañana en Nueva York, a principios de enero, todo está oscuro y silencioso.

Las nuevas lámparas de arco, supuestamente destinadas a asegurar las calles contra asaltadores, iluminan el hecho de que ni siquiera un asaltador quiere andar afuera con ese frío desolado. Cada diez minutos, quizás, es posible que pase algún taxi solitario, con las portezuelas trabadas, firmemente cerrado el tabique a prueba de balas que separa al conductor de los pasajeros, sucio con las huellas digitales de los inocentes viajeros de esa noche, que detestan gritar sus itinerarios a través de la ranura por donde se paga. Junto a la cama de Margot King, el gran despertador sonó con un estrépito que pareció disgregarle el cerebro. El dolor que esto le causó le hizo latir con violencia el corazón, pero no lo detuvo hasta que estuvo sentada al borde del lecho; sabía que, de lo contrario, volvería a dormirse.

«Es mi trabajo y me necesitan. Lo prometí». Nunca había sido madrugadora y las cinco de la mañana era una hora atroz. Tenía que soportarlo durante dos semanas, porque se ocupaba del noticiario matutino en ausencia del locutor habitual. Se preguntó si éste se hallaría durmiendo ahora en las Bahamas, donde había ido a pasar las vacaciones. Margot hacía el noticiario vespertino todas las noches en la televisión local y, a veces, también las noticias nocturnas de última hora, si hacía falta un sustituto. Hacía diez años que era cronista de televisión, a fines del verano cumpliría cuarenta años y estaba agradecida por el hecho de que la cámara miope omitiera las diminutas arrugas que ella había comenzado a notar. No había encontrado su lugar en el mundo. La gente la conocía, pero no era famosa de verdad. Era culpa suya. Nunca había luchado por conseguir algo y hasta había rechazado ascensos cuando creyó que le ocuparían demasiado tiempo. Recordaba que, cuando acababa de salir de la Facultad, hacía ya tanto tiempo, rechazó un puesto como investigadora en *Time-Life* porque el director de personal le dijo que tendría un horario irregular y nunca podría concertar una cita por adelantado. «No quiero que mi trabajo interfiera en mi vida», había dicho Margot. Y, ahora, se daba cuenta de que no tenía más vida que su trabajo.

Se cepilló los dientes, entornando los ojos para evitar la cruda luz del cuarto de baño. Se puso dos gotas de líquido para los ojos en cada uno de ellos («para ojos de cuarenta años», decía el prospecto; al año siguiente los tendría). Se lavó la cara en la ducha porque llevaba menos tiempo, aunque sabía que el jabón y el agua eran letales para una piel delicada. Pero después se embadurnó de crema con rapidez para no

fijarse en las arrugas, y vio cómo se alisaban bajo el amarillo líquido. El maquillaje que se ponía para la televisión no le estaba haciendo ningún bien a su piel. Quizás esa semana se hiciera dar un masaje facial. Subió a la balanza, sin sorprenderse, pero sintiéndose siempre aliviada al comprobar que la aguja nunca se movía del punto que había señalado el día anterior.

En el estudio había café, pero aún sería peor que el soluble que tenía en casa, de modo que, mientras esperaba que el café se enfriara un poco, hizo la cama. Parecía un trabajo fútil y deprimente, porque nadie la vería, pero nunca se sabía qué podía ocurrir. Tal vez invitara a algún hombre a beber un trago. Lo pensaba todas las mañanas, pero hacía casi un año que no tenía amante, y si bien una parte de su ser se sentía vieja por ello, a la otra no le importaba. A veces se sentía frustrada, pero parecía incapaz de encauzar ese sentimiento hacia cualquiera de los hombres con quienes se encontraba todos los días y que la habrían ayudado encantados. Cuanto más tiempo pasaba sin actividad sexual, más distante le parecía, más difícil, como si fuera virgen de nuevo.

El último hombre que había vivido con ella se había ido alejando, sin romper limpiamente, sino mellándola a pedacitos hasta que se sintió cubierta de minúsculas heridas. Al fin, le quitó la llave y le dijo que no volviera. Había tardado mucho en recobrase. Acaso fuera cierto que, cuando se envejecía, las heridas tardaban más en cicatrizar.

Fue al trabajo a pie. Las calles estaban desiertas; tomó por el medio de la acera por si alguien se ocultaba en un portal y mantuvo la correa de su cartera firmemente anudada alrededor de la muñeca. Sus pasos eran veloces y agresivos por costumbre, y paseaba la mirada con rapidez por ambos lados de la calle, pero no tenía miedo. Sólo tenía que recorrer seis travesías. Se había mudado deliberadamente a la calle 57 Oeste para no tener que depender del transporte. Le gustaba ser independiente. En esta ciudad sentía más cólera que temor, porque siempre había querido a Nueva York y ahora la habían destrozado. Estaba mugrienta, ruidosa, repleta de drogadictos, violadores, asaltadores, asesinos y tenía la hostilidad paranoide del ciudadano común que tenía la sensación de haber sido burlado. «Todos hemos sido burlados —pensó Margot—, pero nadie nos obligó a venir aquí. Todos quisimos venir. Era la ciudad de nuestros sueños. No existe otro lugar».

Ya en su oficina, comenzó a pasar a máquina las noticias que quiso sacar del teletipo. Siempre le había fascinado esa máquina, que, profiriendo un chisporroteo, lanzaba un interminable rollo de papel que contenía noticias sobre crímenes llegadas de sitios tan lejanos que parecían no existir. Y, en medio de ellas, una fiesta al aire libre. Eligió una combinación adecuada de noticias mundiales y locales; sabía que a sus espectadores les interesaba tanto el incendio de una casa en el Bronx, donde había muerto un niño, como una catástrofe en Asia, donde habían muerto cien.

«La pequeña Denise podría haber sido salvada de no haber sido por las falsas alarmas que dejaron a su barrio sin bombas de incendios. Los bomberos tardaron

veinte minutos en llegar de...». «Henry Kissinger dijo hoy que...».

«Acusado de conspiración en el caso Watergate...».

«En el escándalo del asilo...».

En otra época, todo le afectaba; ahora, ya no le preocupaba. Era capaz de ver sollozar a un hombre y ponerle un micrófono ante la cara, sin sentir más que la fugaz esperanza de que no lo apartaría. Algunos cronistas nunca dejaban de preocuparse, y eran los mejores. Margot se había endurecido, pero ése había parecido el único modo en que podía salvarse de preocuparse demasiado. Trabajaba mejor así. Podía escribir con mordacidad, podía divertir o hacer llorar a la gente, pero, por dentro, permanecía intacta. Lo exterior era irreal; sólo importaba su vida interior. Se preguntaba si eso era bueno y qué sería de ella.

Sobre el escritorio encontró un mensaje que alguien había dejado, relativo a una llamada telefónica hecha la noche anterior, cuando ya se había ido. Se dio cuenta de que había vuelto a olvidarse de llamar a su mensajería. Se acostó con una copia y se tomó una píldora de somnífero, desconectó el teléfono, sin pensar en otra cosa que en levantarse a las cinco. Era un frenético mensaje de Ellen. Todos los mensajes de Ellen eran frenéticos, si se referían a Ellen. Había sido compañera de dormitorio de Margot en la Facultad, se había casado poco después de diplomarse, tenía dos hijas adolescentes y dedicaba toda su existencia a tratar implacablemente de no convertirse en ama de casa. Este deseo, sin embargo, no abarcaba el tener un trabajo permanente. Llamar a Ellen Rennie. Urgente. Ellen sólo llamaba cuando quería algo.

Margot miró la hora, abrochó la tapa de la carpeta que contenía trabajos para hacer después del programa y procuró decidir si eliminaría la referencia a Watergate, para dedicar en cambio más tiempo a la nueva crónica recién llegada sobre un hombre que había muerto a causa de un accidente en el metro, la tarde anterior. ¡Qué diablos!, todos estaban hartos de Watergate, pero tenían que tomar el metro todos los días. Tal vez fuese bueno que el mundo que ella presentaba a sus espectadores se empequeñeciera cada vez más. Acaso les ofreciera algo que les hiciera sentirse útiles. No había peor sensación en el mundo que la de sentirse impotente.

Entró en la sala de maquillaje cuando vio que los dos sillones estaban desocupados. En el programa todos sabían que no se podía dirigir la palabra a Margot por la mañana. Ella les había hecho saber que era una cascarrabias, pero lo cierto era que no soportaba de cerca un aliento de fumador tan temprano. Desde que había dejado de fumar, dos años atrás, se había vuelto fanática. La única persona con quien hablaba antes del programa era con el maquillador.

—Sálvame, Ralph, estoy en tus manos —suspiró, hundiéndose en el sillón.

Ellen Rennie despertó a las cinco y media de esa mañana, totalmente desvelada por la ansiedad. Casi no había dormido formulando planes para conseguir trabajo, haciendo mentalmente listas de personas a quienes llamar y de lo que les diría. Por supuesto, primero vería a Margot. Margot conocía a todo el mundo. Ellen tenía más

celos de Margot de lo que le gustaba admitir; siempre había sido así, aunque solía decir a sus amigas: «Pobre Margot, tenemos que encontrarle un hombre».

Pobre Margot, bella y esbelta y etérea y brillante, siempre abandonada por los hombres porque se equivocaba al elegirlos, mientras que ella, Ellen, cautiva en un matrimonio, atraía siempre al hombre adecuado, al amante perfecto, considerado, y nunca podía quedarse permanentemente con ninguno de ellos porque no podía sacarse de encima a ese zoquete. Miró a Hank, pacíficamente dormido en su lado de la cama grande. ¿Qué clase de hombre era aquél, que permanecía junto a su esposa desde hacía diecisiete años, aunque sabía que ella tenía amantes? ¿Cómo era posible respetar a un hombre así? Sería distinto si ella creyera que él tenía a alguien, a cualquiera, hasta a su fea secretaria, pero sabía que Hank era fiel y, en cierto modo eso la fastidiaba todavía más. Si al menos hiciese algo que no fuera predecible. Lo más predecible de todo era su fracaso.

Sus pies grandes y limpios, con mechones de pelo rubio en los dedos, sobresalían de las frazadas. Seis pies y cuatro pulgadas de pan blanco, lo había llamado Margot. Oh, Margot era capaz de matar con la lengua cuando quería. Ellen ahogó una risita. Recordaba cuánto se habían divertido en la Facultad, cuando todos los hombres las llamaban por teléfono y se instalaban en el umbral; eran las dos muchachas más populares del internado. En aquella época, cuando alguien quería conseguir una cita con Ellen, sin que ésta le hubiese visto, ella nunca preguntaba: «¿Es simpático?» sino: «¿Es alto?». Entonces, creía que ser alto era *sexy*. Tal vez porque ella era alta, y en la década de los cincuenta eso no se consideraba *sexy* en una mujer; era una desventaja. Le gustaba que unas manos grandes le apretaran los senos en un automóvil estacionado, que unos brazos enormes la ciñeran en la pista de baile.

Tantas largas y perezosas horas acariciándose en automóviles estacionados antes del toque de queda, sin llegar jamás el momento de la verdad. Una muchacha tenía que conservarse virgen; no podía arriesgarse a quedar embarazada. Aunque se rumoreaba que la mitad de las muchachas del internado no eran vírgenes, Ellen lo era y Margot lo fue hasta el último año de estudios. Ellen tenía miedo. No quería arriesgarse a no conseguir el mejor marido del mundo porque él pudiera desaprobare su pasado. Había aceptado totalmente el mito del matrimonio y los hijos y la felicidad eterna. Le habría gustado ser alguien, tener un trabajo interesante, pero tenía miedo de estar sola. Todo ese maravilloso toquetearse en automóviles..., sólo acariciarse ya le producía orgasmos, y sabía que algunas de las muchachas que habían ido hasta el final ni siquiera sabían qué era un orgasmo. Temía lo que haría si se quedaba sola y soltera. Sería una magnífica esposa.

Una vez diplomadas, ella y Margot compartieron un apartamento en Nueva York, pagado por los padres de ambas. Se suponía que viviendo juntas se mantendrían puras. Margot empezó a tener un amorío con su jefe, que estaba casado. Fue un error desde el primer momento, pero nada de lo que le dijo Ellen pudo hacerla cambiar de

idea. «De todos modos, soy demasiado joven para casarme ahora», había dicho Margot con vivacidad.

Ellen descubrió que tener a Margot durmiendo en casa todas las noches no le daba ninguna protección. Todos los hombres con quienes salían tenían sus propios apartamentos. Podían echársele a una encima antes de cenar, cuando, sin sospechar nada, escuchaba sus discos y bebía un trago.

Hank Rennie la respetó. Tan alto y rubio y bien vestido, y ya dueño a los veinticinco años de su propio negocio porque su padre, al morir, se lo había legado. Vendía coches grandes y costosos. Pero en vez de acariciar a Ellen en uno de ellos, utilizaba los automóviles como transporte, para llevarla a románticos restaurantes en Wetchester, donde podían mirar los patos en un lago y tomarse las manos sobre una mesa tenuemente iluminada. Ya eran adultos. Los adultos no se andaban con tonterías. Cuando Hank le propuso el matrimonio, Ellen aceptó de inmediato. El día más feliz de su vida fue cuando abandonó aquella maldita oficina donde las demás empleadas ni siquiera habían ido a la Facultad, mientras que ella era Phi Beta Kappa, *magna cum laude*, y sólo les importaba la cantidad de palabras por minuto.

Ellen, su madre y Hank dedicaron toda la primavera a los preparativos para la boda. La porcelana, la platería, la ropa blanca, el ajuar, el apartamento que alquilaron «hasta que tengamos hijos y nos mudemos al campo». Se casaron en junio, en una iglesia, y la recepción tuvo lugar en el «Hotel Plaza». Arriba, habían alquilado una *suite* para que Ellen y Hank pasaran la noche de bodas. A la mañana siguiente, irían a las Bermudas en avión.

Margot y otras tres amigas de Ellen fueron madrinas. Margot se disgustó porque las tres tuvieron que pagarse los vestidos, pero los eligió Ellen, y el color le sentaba muy mal a Margot. Ellen lo había hecho deliberadamente, pues no quería que Margot la eclipsara. Aun entonces...

Antes de la boda, mientras esperaba su grandiosa entrada en escena, Ellen había llorado. No sabía por qué. Se sentía atrapada. No amaba a Hank.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Margot, rodeándola con los brazos y dejándole que manchara con rímel el vestido que de todos modos detestaba.

—¿Por qué se hizo cortar el cabello? —sollozó Ellen—. Odio su cabello tan corto.

—Nervios de recién casada —dijo alegremente la madre de Ellen, mientras acudía con una toalla para limpiar el vestido de Margot y todo un equipo de maquillaje para recomponer el rostro de Ellen.

Fue cosa de bárbaros tener que cambiarse, ponerse el traje de viaje y subir a un taxi; dar la vuelta a la manzana, entrar por una puerta lateral y subir a su habitación matrimonial para ser oficialmente desflorada. Toda la gente que importaba sabía lo que iban a hacer. Su madre, la madre de él, el padre de ella... ¡Dios santo, qué humillante! Ellen se preguntó si su padre estaría expulsando todo eso de su mente como hacía con todo lo que le molestaba. Estaba cansada, avergonzada y acalorada, y

Hank también. Ella deseó poderse escapar, o ponerse unos vaqueros e ir a emborracharse en el «Bar P. J. Clarke», o, simplemente, irse a dormir. Pero no tener que entrar en ese enorme cuarto de baño de mármol blanco y salir al cuarto de estar para enfrentarse con ese extraño a quien ahora estaba unida, que también estaba en bata de baño y hasta tenía la botella de champaña obligatoria esperando en un refrigerador, como en una mala película.

No podía decirle cómo se sentía. Las mujeres no les decían a los hombres lo que sentían sobre esas cosas. Tenía que permitirle que la desvistiera, como en esa misma película, y tratar de fingir que no advertía lo asustado que estaba él. Esta vez no estarían acariciándose, tocándose y haciendo todas esas cosas maravillosas que la enloquecían. Ahora, estaban casados y tenían que hacerlo. Él tenía incluso un preservativo listo sobre la mesilla de noche. Nunca había tenido ella menos ganas de hacerlo en toda su vida.

Sabía que él tampoco tenía ganas. Nunca había estado cerca de Hank sin que éste tuviera una erección, pero, esta vez, aquello permanecía caído y ella fingió no mirar. Era la primera ocasión en que lo veía completamente desnudo. Ni siquiera lo había visto en traje de baño, ya que se habían conocido en invierno. Nunca había visto desnudo a ningún hombre.

Él le tomó la mano y se la puso encima del pene. Ni siquiera podía hablarle, pedirle, decirle qué hacer, y su turbación se combinó con la de ella hasta provocarle náuseas. Empezó a acariciárselo con la mano en la que tenía el anillo de boda. Estaba tan habituada a que los muchachos le hicieran todo, tratando de llegar lo más lejos posible, que nunca les había hecho nada. Pero esto no le molestaba. Tenía curiosidad de saber cómo era el tacto de un pene desnudo. Se quedaba allí tendido en su mano.

Entonces, sintió la mano de él sobre su nuca, empujándole la cabeza hacia abajo. Sabía qué quería que hiciera, pero no lo haría. ¿Cómo se atrevía? ¿Por qué no se lo pedía en lugar de empujarla? Si tan sólo hubiera dicho algo, si hubiera sido una persona en lugar de ese animal frenético y asustado, ella se lo habría hecho. No sabía qué hacer, pero le dejó que se lo pusiera en la boca y, por fin, sintió que aumentaba de tamaño, hacerse enorme, hasta que tuvo ganas de vomitar. «Te odio —pensó Ellen—. Te odio, me pones enferma y te odiaré todo el resto de mi vida».

Yació pasivamente mientras él consumaba el matrimonio y se preguntó si su madre sabía qué mixtificación era todo aquello y por qué jamás se lo había dicho.

A la mañana siguiente fueron a las Bermudas y el tiempo fue perfecto. Nadaron, tomaron sol hasta que su piel adquirió un color caoba, bucearon, alquilaron bicicletas, comieron langosta, bebieron champaña e hicieron «una siesta» todas las tardes. Hank no volvió a tener problemas y Ellen nunca tuvo que repetir aquello pero estaba decidida a no hacerlo jamás aunque él se lo implorara. Al cabo de cierto tiempo, él advirtió que ella permanecía totalmente impasible, y por último hasta preguntó tímidamente qué le gustaría hacer y ella se lo dijo, pero todos sus actos sólo la hicieron sentirse fría y muerta. En su interior, ardía la cólera por haber sido estafada.

Le parecía que eran una pareja de patinadores que sincronizaban a la perfección, pero sin tocarse nunca.

Cuando regresaron de su luna de miel, Ellen conoció al hermano de Hank, que había estado en el ejército de ultramar y acababa de ser licenciado. Tony era bajo y alegre, no se parecía mucho a Hank, y Ellen se enamoró locamente de él. Tuvieron un breve y apasionado amorío, realzado por saber que le estaban haciendo algo terrible a Hank y que de ningún modo podían seguir haciéndolo. El día en que por fin decidieron que dormirían juntos por última vez y que Tony se iría a vivir a Europa hasta que la olvidara, Ellen le hizo lo que Hank le había obligado a hacerle a él en su noche de bodas. Fue idea de ella. No le importó hacerlo; a decir verdad, disfrutó haciéndolo. La hizo sentirse feliz.

Ellen descubrió que el anillo de boda era un afrodisíaco para los hombres en el transcurso de las fiestas. Había creído que el casamiento la eliminaría del juego, pero descubrió en cambio que los hombres la perseguían más que nunca. No se le ocurrió hasta muchos años y muchos amoríos más tarde que no era el anillo de oro lo que los atraía hacia ella, sino su propia aura de secreta sensualidad. Era alta y tenía piernas largas, el tipo de mujer que las demás mujeres no temían; pero los hombres intuían lo demás de ella. Le gustaba perorar sobre sus opiniones intelectuales, leía mucho y retenía bien, no temía discutir, pero bajo esta fachada que tranquilizaba a las esposas había ese ardor que estimulaba a los maridos, los llevaba a tratar de quedar a solas con ella, los hacía telefonearla de mañana desde sus oficinas cuando sabían que Hank estaría en la suya. Tenía para elegir y era cuidadosa. Sólo se enredaba con un hombre cuando se enamoraba locamente. Cada uno de sus amoríos duraba más de un año y cuando Ellen lo rompía para salvar su matrimonio, el hombre siempre seguía siendo un devoto amigo.

Jill, su hija mayor, que ahora tenía dieciséis años, nació en Nueva York y entonces Ellen y Hank se mudaron a los suburbios. Stacey nació dos años más tarde. Habían decidido tener solamente dos hijos, aunque el segundo fuera niña. Hank quería estar en condiciones de ofrecerles lo mejor. A Ellen siempre le gustó Jill más que Stacey, porque era muy bella. Jill era esbelta, grácil y cautivadora, mientras que Stacey parecía un patito torpe. Stacey se parecía a la madre de Hank. Pero era alegre y dulce y tenía hoyuelos. Cuando Jill alcanzó la edad para ir a la escuela secundaria, Ellen decidió que no podía soportar vivir en los suburbios ni un minuto más, era una trampa, volverían a Nueva York donde había cosas que hacer. Estaba harta de ser chófer, quería ir a los museos y al teatro. Vendieron la casa, encontraron un hermoso apartamento e inscribieron a las niñas en una escuela privada. El negocio de Hank iba bastante bien. Debería haber ido mejor, pero Hank no tenía cabeza para los negocios. Su hermano, que no tenía absolutamente nada de cabeza para los negocios, vivía en París y estaba casado con una joven francesa. Sólo quedaba Hank manteniéndolos a todos, incluyendo a su madre.

Fue más o menos entonces cuando Ellen se dio cuenta de que Hank sabía que le había estado engañando, aunque jamás decía nada. Se preguntó si temía que una confrontación haría que lo abandonara. Ella no quería abandonarlo debido a las niñas. Adoraban a Hank que, para ser justos, era un padre maravilloso, paciente, atento. ¡Pero era tan débil! ¿Qué haría sin ella? ¿Y qué haría ella sin él? La dejaba tranquila para que hiciera lo que quisiese, y era alguien para sacarla de noche. Siempre podía contar con él. A su modo perruno, Hank había llegado a depender por completo de ella. Nunca disputaban. Cuando la fastidiaba, ella se limitaba a expulsarlo de su mente, como había hecho su padre con las cosas que le disgustaban tantos años atrás. Todo fue bien hasta que llegó la escasez de gasolina y la recesión.

Uno de los negocios más afectados fue el de los automóviles grandes. Las cifras de ventas habían bajado hasta ser aterradoras. Allí estaban los monolitos de Hank, inmóviles, convirtiéndose rápidamente en una especie extinta, un producto anticuado e invendible. Todos los meses vencía el interés sobre el préstamo bancario, todos los meses había que pagar una lista de sueldos, pero, ¿cómo? Los millones de dólares que con tanta facilidad se habían movido en el papel eran ahora una verdadera deuda, una amenaza real. Se produjeron llamadas de gente que trabajaba en la oficina de Hank; de noche, voces atemorizadas. A veces, por lo general los viernes Al o Bernie llamaban durante el día. «Dígale a su marido que tiene que afrontar este problema financiero». Ni siquiera Al y Bernie le respetaban. «¿Hay dificultades en casa? —preguntó Al—. ¿Hay dificultades en casa?».

Hank se empecinaba. Estaba seguro de que la economía daría un vuelco. Pero también estaba asustado, Ellen podía verlo. Lo peor de todo era que años atrás, cuando acababan de casarse, se le ofreció a Hank una magnífica ocasión de cambiar los coches grandes por los «Volkswagen», entonces nuevos, y se había negado a hacerlo. Sus amigos le habían aconsejado que lo pensara y Ellen había estado de acuerdo con ellos. «La gente está acostumbrada a la calidad —había dicho Hank terco—. No lo quieren de ningún otro modo. A mí se me conoce por la calidad».

Ahora, se lo conocería por la quiebra. ¡Qué propio de Hank haber perdido su oportunidad y seguir fingiendo aún que poseía cierta perspicacia! Dijo que durante las fiestas nadie compraba automóviles. Dijo que era mejor esperar la llegada de la primavera. Sólo eran palabras.

Vivían de sus ahorros. Ellen se preguntaba, preocupada, si el año próximo tendría dinero suficiente para pagar la escuela privada de las niñas. No quería que fueran a la escuela pública, había oído relatos horribles acerca de que los muchachos llevaban cuchillos. Y drogas... Gracias a Dios las niñas no andaban en eso. Siempre habían sido francas con ella. Calculó cuánto dinero les quedaba en el Banco y cuánto les costaría vivir con frugalidad ese año y se dio cuenta de que no daría resultado. Tendría que conseguir trabajo. No lograba imaginarse qué podía hacer para ganar el dinero suficiente para mantenerlos a todos, pero al menos su sueldo sería mejor que nada.

Por eso había llamado a Margot. Margot conocía toda clase de trabajos interesantes. Margot la ayudaría. A Margot no le gustaba Hank, porque lo consideraba débil y aburrido; así, pues, sería comprensiva con los apuros de Ellen. Todo saldría bien, tendría que ser así. A decir verdad, no había otra alternativa: tenía que salir bien.

En Wilton, Connecticut, Nikki Gellhorn se despertó a las seis. Lo primero que hacía siempre era mirar por la ventana para comprobar que no había nevado por la noche. Odiaba la nieve; parecía una afrenta personal destinada tan sólo a hacer más difíciles los viajes. No le importaba levantarse a las seis, pero detestaba todo lo demás: el temor de que el auto no arrancara por culpa del frío, la carrera hasta el tren y la esperanza de que éste no se detuviera ni se demorara (cosa que, de todos modos, solía suceder), la caminata desde la Gran Estación Central hasta su oficina cargando con todos los pesados manuscritos, porque nunca había taxis suficientes cuando se los necesitaba, y después la misma lata de nuevo para volver a casa, excepto que entonces ya estaba exhausta y tenía otros manuscritos que cargar. Era revisora de primera categoría en «Heller y Strauss», amaba su trabajo, adoraba a su esposo y a sus hijos y estaba encantada con su vida, excepto la inconveniencia total del ilógico ordenamiento de sus vidas.

Robert, su marido, ejercía de abogado en Stamford, que estaba más cerca de Wilton que de Nueva York y, por consiguiente, dado que vivían en aquella granja reacondicionada desde el nacimiento de las mellizas, diecinueve años antes, y ese era su hogar, él iba fácilmente en coche a trabajar a Stamford, y ella tenía que viajar en tren un total de cuatro horas al día para llegar y volver de su trabajo en Nueva York. Siempre era la mujer la que tenía que sacrificarse. Eso la irritaba muchísimo.

Fue a la cocina y enchufó la cafetera eléctrica, que había preparado la noche anterior. Robert podía dormir hasta las siete. Por lo menos, eso le concedía el privilegio de ocupar sola el cuarto de baño, aunque ahora que las mellizas, Dorothy y Lynn, estaban ausentes estudiando en la Facultad, quedaban libres dos cuartos de baño que podía utilizar. Ya no había ninguna razón para seguir viviendo allí, salvo que a ella y a Robert les encantaba pasar en la granja los fines de semana, en verano..., y eso no era gran compensación por todo lo demás. Podían utilizarla para pasar los fines de semana y tener un apartamento en Nueva York, pero entonces él tendría que recorrer un trayecto largo, y su trabajo era más importante.

¿Quién dice que su trabajo es más importante?, volvió a pensar Nikki, como empezaba a pensar todas las mañanas. Su trabajo es más importante para él, pero el mío tiene igual importancia para mí.

Lo amaba, sí. Era sensual, inteligente y cariñoso, pero ella sentía que estaba empezando a necesitar más, no a otro hombre, sino una parte de su vida donde pudiera ser totalmente egoísta. Tenía cuarenta y dos años, una tez fresca y sonrosada,

cabello sedoso, un cuerpo firme y curvilíneo..., no aparentaba más de treinta. Aun en pleno verano, siempre parecía recién salida de un baño en una magnífica habitación con aire acondicionado. Nunca llevaba la ropa arrugada; su esmalte para las uñas (no conocía a otra mujer fuera de ella que se molestara siquiera en ponérselo) jamás estaba descascarado. Siempre llevaba consigo bolsos del tamaño de maletines para tener ese aspecto, pero todo formaba parte de su lucha por tener algo para ella sola.

Había conocido a Robert cuando ella iba a la Facultad y él estudiaba Derecho; era tres años mayor. Nikki tenía veinte cuando obtuvo la licenciatura, y se casaron al día siguiente. Ambos se habían criado en los suburbios y les pareció natural comprar la granja en cuanto pudieron pagar la entrada. Cuando las mellizas tuvieron la edad suficiente para caminar solas hasta el autobús escolar, Nikki comenzó a trabajar por horas en Nueva York porque se aburría. Primero, fue secretaria sustituta; después, lectora de originales y luego revisora. Cuando las niñas ingresaron en la escuela secundaria, Nikki trabajaba toda la jornada, y esto nunca pareció molestarlas en nada. Siempre disfrutaban más del tiempo en que estaban juntas y a ella le complacía poder decir que Dorothy y Lynn eran personas agradables, que le habrían gustado aunque no fueran sus hijas.

Estaba vestida y bebía una segunda taza de café, cuando Robert entró en la cocina. Le besó la nuca y demoró su mano sobre su extremo posterior.

—Lindo trasero —dijo. Lo decía todas las mañanas.

—Gracias. Es reconfortante verse valorada a mi edad.

Sonrió al decirlo porque de verdad creía tener treinta años; siempre le sobresaltaba ver los número cuando tenía que anotar su fecha de nacimiento en algún documento.

—Hablas como una niña —dijo Robert.

—Cariño, esta noche volveré tarde. Tengo una cita profesional para beber unas copas. ¿Tienes ganas de ir a Nueva York y llevarme a cenar, o prefieres que deje algo preparado aquí? ¿O...?

—O qué —dijo él.

—No, vamos, dime.

—¿A qué hora regresarás?

—A las nueve y media, si tengo que volver. A las siete y media, si nos encontramos en Nueva York.

—Aguardaré y te llevaré a cenar aquí. Toma el expreso a Stamford y te esperaré en la estación. Así no tendrás que cocinar. De todos modos, tengo algo que hacer.

—Entonces, dejaré mi automóvil aquí y tú puedes llevarme ahora a la estación. —Vio su ceja levantada—. Quiero decir, ¿me llevarás a la estación?

—Claro. En cuanto esté vestido.

Nikki miró la hora.

—Mierda, no puede ser.

—¿Por qué?

—Tengo una entrevista a las nueve. Es importante. Si espero a que me lleves, perdería mi tren.

—Pues, entonces, ¿por qué no vuelves a casa y comemos algo aquí?

—Está bien. —Sacó los bistecs del congelador y los puso en una repisa de la nevera—. Esta noche estarán descongelados.

—Hasta luego —dijo él, llevándose su taza de café al cuarto de baño.

—Hasta luego, cariño.

«De verdad que fue una brillante conversación —pensó Nikki con insólita furia mientras sacaba su automóvil del garaje—. No me la habría perdido por nada del mundo. Valía la pena viajar dos horas esta mañana y levantarse a las seis, sólo para mantener esta conversación. ¿De qué hablan en su casa un brillante abogado y una revisora de éxito, amigos? Ya lo saben».

El tren sólo llegó cinco minutos tarde y Nikki se acomodó en un asiento junto a la ventanilla, con el manuscrito que iba a leer durante el viaje. Leía con rapidez, y habitualmente podía terminar un manuscrito a la ida y otro a la vuelta. No se había molestado en decir a Robert que su cita para beber unas copas no era exactamente profesional, aunque podía incluirla en su cuenta de gastos porque Margot King era una personalidad de la televisión, que tal vez algún día quisiera escribir un libro. Pero, por encima de todo, Margot era su amiga, y conversar con sus amigas era parte importante de la vida de Nikki. Como hacía tanto que viajaba, apenas tenía relación con las mujeres casadas a quienes conocía en el campo. Ella y Robert se veían con ellas y con sus maridos los fines de semana, como parejas. Todas sus citas para almorzar eran de negocios; no le quedaba tiempo para almorzar, sin más, con una amiga. También tenía citas profesionales para asistir a cócteles, más de las que habría querido tener.

Nunca le quedaba tiempo para nada. Se sentía apremiada, ajetreada y frustrada, por el hecho de saber que había tantas cosas que no podía encajar en su vida. Esa tarde, pasaría una hora sentada en el bar del «Plaza» con Margot, quizá se achisparían un poco y hablarían de cosas que aburrían a maridos y amantes. Eso la haría sentirse de nuevo entera, al menos por un tiempo.

Rachel Fowler, ornamento y esposa de Lawrence Fowler, banquero internacional, despertó en la cama de matrimonio del dormitorio principal en su apartamento dúplex de la Quinta Avenida a las doce y diez del mediodía. Siempre dormía hasta tarde, incluso cuando no tenía ganas. Eso acortaba el día. Tenía sábanas de Porthault y un juego para tomar el desayuno, también de Porthault, que hacía juego.

Tocó el timbre para llamar a la criada, y cuando salió del baño la esperaba el desayuno en una mesa-bandeja de mimbre blanco. Las sábanas habían sido atentamente estiradas, como si ella fuese una inválida.

La bandeja del desayuno contenía medio pomelo, una tetera llena, sacarina, una rosa en un florero y el *New York Times*. Leyó los titulares, examinó ligeramente la primera página y pasó al crucigrama. Le gustaba hacerlo con tinta; era una de las pocas cosas que hacía bien. Antes, había sido modelo y hacía bien su trabajo. Ahora, tenía treinta y cinco años, era todavía muy bella, alta y delgada, le aterraba perder su atractivo y desempeñaba muy bien su papel de esposa.

Ser esposa de Lawrence no era una tarea vulgar. Si estaba en casa, ofrecía recepciones todas las noches. Grandes, durante ciertos fines de semana; medianas para treinta, en ciertas noches en el transcurso de la semana, seis para cócteles, si se trataba de algo privado antes de un acontecimiento. Rachel llevaba un libro encuadernado en cuero en el que constaban los nombres de los invitados en cada fecha, la comida y el vino servidos, qué mantelería se había usado, qué tipo de flores y qué se había puesto ella, para que no se repitiera nada. Tenía un disco de cuero en el que podía colocar tarjetas con nombres como si fuera la mesa y cambiarlas de sitio hasta encontrar la perfecta distribución de asientos. Dibujaba también el círculo con los nombres en su libro.

Había cosas que no escribía, pero recordaba: quién tenía el ojo puesto en quién, quién había cometido un desliz y quién había sido descubierto por su pareja. Era tan importante mantener separadas a ciertas personas como reunir a otras.

Ser anfitriona no era muy difícil. Había que hacer llamadas telefónicas a la florería y a la licorería. Al carnicero y al dispensero, si la cocinera preparaba la comida; de lo contrario, al proveedor, si se trataba de una fiesta importante. Tenía horas fijas con el peluquero, en el gimnasio y en el salón de belleza, en el que se hacía dar tratamientos faciales. Una masajista iba al apartamento tres veces por semana hasta que Rachel leyó que el masaje podía producir la ruptura de vasos capilares; entonces había dejado de dárselos. El año anterior, a los treinta y cuatro años, se había hecho levantar los ojos. Era mejor hacerse esas cosas cuando sólo una advertía la necesidad de ello antes de que lo notaran los demás.

Sobre el escritorio del dormitorio se apilaban las nuevas novelas y otros libros importantes. Rachel leía dos por semana para tener algo de qué hablar. Si invitaban a alguien que hubiese escrito un libro, ella lo leía, por supuesto, antes de la llegada del autor, pero sólo le decía una cosa sobre el libro a menos que fuera evidente que hacía falta decir más. Quería parecer informada, pero no insistente. Lo que decía acerca del libro era siempre un elogio cuidadosamente escogido, aunque lo creyera una porquería.

Lawrence nunca se tomaba vacaciones. A veces, iba a Europa por negocios y la llevaba consigo. Rachel había aprendido a hablar bastante bien varios idiomas para hacer que los demás se sintieran cómodos cuando hacían visitas sociales en otros países. Lawrence sólo hablaba inglés, fuera cual fuese el país donde se encontrara. Decía que cuando uno hace negocios no se puede permitir el lujo de equivocarse.

Siempre utilizaba un intérprete, aunque podía hablar y entender la mayoría de los idiomas mejor que Rachel.

Lawrence era mayor que ella; hacía diez años que se habían casado y casi nunca estaban solos y juntos. Cuando no agasajaban a otros en su casa o estaban invitados, él salía con hombres de negocios. Eso era lo que más parecía gustarle. Iba a diferentes bares o a veces bebía en oficinas donde los ejecutivos tenían sus propios bares, mientras hablaba de negocios o se limitaba a pasar un buen rato con los hombres, y nunca llegaba a casa antes de las ocho. Si ella se sentía sola, no podía llamarlo, porque nunca sabía dónde estaba. Cuando llegaba, si estaban solos, comían frente al televisor. Él comía con mucha rapidez. Ella no comía casi nada. Tardaban quince minutos en cenar, incluyendo el café, y después, Lawrence gustaba de ir a trabajar en su estudio. A las once, salía y miraba el noticiario nocturno de la televisión; después, se iba a dormir. Por la mañana, se levantaba y se iba a la oficina mucho antes de que Rachel despertara siquiera. De vez en cuando, cuando él lo recordaba, tenían relaciones sexuales. Era muy observador, conocía exactamente los gustos de ella en la cama, así como sabía con qué clase de regalos le gustaba ser sorprendida en los cumpleaños y aniversarios que él jamás olvidaba. Rachel tenía en el Banco una caja de seguridad llena de *objets* de Fabergé. Antes, los tenía sobre las mesas de la sala de estar, pero un día uno de ellos desapareció. Era costoso e irremplazable. Rachel sabía que la criada no lo había robado porque no era la clase de cosas que una criada robaría y, además, confiaba en la servidumbre. Estaba segura de que había sido uno de sus huéspedes. Eso le produjo escalofríos, porque trataba de invitar a su casa a las mejores personas, trababa amistad con ellas, y luego una de ellas resultaba ser un cleptómano o, peor aún, un vulgar ladrón.

Cuando ella se lo dijo a Lawrence, éste no se alteró. Le compró otro *objet* parecido. Sin embargo, Rachel tardó mucho tiempo en olvidarlo. Siguió esperando a medias ver su huevo de Fabergé sobre la mesa de café de alguien cuando iba a una fiesta, pero por supuesto, nunca lo vio.

Ese día, Ellen almorzó con Margot. Margot había reservado mesa en el «Salón de Té Ruso» y Ellen estaba un poco nerviosa porque las mesas eran tan pequeñas y estaban tan juntas y el salón estaba tan atestado, que temía que la gente la oyera discutir asuntos personales. Pero también había mucho ruido y esto proporcionaba cierto anonimato. Además, no los conocía. Al diablo con ellos. Su propia supervivencia estaba por encima de todo.

—Espero que te parezca bien —dijo Margot—. Si detestas la comida rusa, mala suerte.

—Si piensas que me importa lo que como... Hank está al borde de la quiebra, Margot.

—¡Oh, no!

—No sé qué hacer. Es tan típico de él... Sólo Hank podía heredar de su padre un negocio próspero y luego dejar que fracasase. Hace años, tuvo la oportunidad de cambiar sus coches grandes por automóviles pequeños. Pero Hank es incapaz de tener un pensamiento original. Si fue lo bastante bueno para su papá, también lo era para él. Y ahora nadie quiere automóviles grandes. Estamos sin dinero y endeudados, y yo al borde de la histeria.

—Lo siento, Ellen —dijo Margot—. Lo que me cuentas es horrible. —Ellen pudo advertir que era sincera—. Ya sabes lo que opino de Hank, pero no puedo dejar de pensar qué desastroso debe ser también para él perder el negocio de su padre..., el problema edípico.

—Margot, cuando se está a punto de figurar en las listas de subvenciones gubernamentales no se tienen problemas edípicos, se tienen problemas reales. Necesito trabajo.

—Me encantará serte útil. Te buscaré algo —dijo Margot.

—¿No puedo desempeñar algún trabajo en la estación dónde trabajas?

—En este momento, no toman empleados. Espera..., espera, déjame pensar. ¡Nikki! Voy a hacer una llamada telefónica.

Margot fue a la cabina telefónica y llamó a Nikki Gellhorn, en «Heller y Strauss». Sabía que Nikki habría salido a almorzar, pero siempre dejaba dicho dónde estaría, Margot la llamó enseguida al restaurante.

—¿Qué pasa? —preguntó Nikki—. ¿Vas a cancelar nuestra cita?

—No. Quería saber si ya se ha llenado la vacante que había en tu sección de publicidad.

—Todavía no, pero mañana entrevistarán a algunos aspirantes.

—Conozco a una persona que puede ser entrevistada hoy. Es un gran favor personal para mí —dijo Margot—. Puedo enviarla esta tarde... La conoces; es Ellen Rennie, amiga mía desde que estudiaba en la Facultad.

—Pero es un trabajo de niños —observó Nikki—. Es aburrido y no pagarán más de doscientos por semana.

—Ellen necesita de veras el dinero —dijo Margot—. Y además, tiene tanto empuje que resultaría perfecta para la publicidad.

Nikki soltó una risita.

—Siempre me gusta hacer favores a una amiga. Sobre todo si es insistente. Dile que pase a las tres y media; yo prepararé antes el camino.

—Un millón de gracias, Nikki. Más tarde te lo contaré todo. Ya comprenderás cuánto te lo agradecerá ella.

—Te dejaré pagar las copas —dijo Nikki.

Margot volvió, resplandeciente, a la mesa.

—Creo que te he conseguido trabajo. Tienes una entrevista a las tres y media. Supongo que recordarás a mi amiga Nikki Gellhorn. Es revisora de primera categoría en «Heller y Strauss».

—La viajera —dijo Ellen—. ¿De qué trabajo se trata?

—De trabajar en la sección de publicidad. Necesitan una persona que organice giras para los autores: conseguir pasajes en avión, coordinar horarios, reservar autos y habitaciones de hotel en diversas ciudades, asegurarse de que cuando un autor se presenta a las ocho menos cuarto de la mañana para aparecer en un programa de televisión, sepan que viene y él sepa adónde ir.

—Puedo hacerlo —dijo Ellen—. Soy muy eficiente.

—Sólo pagan doscientos por semana, pero no tienes antecedentes laborales y...

—¿Bromeas? ¡Son mil dólares mensuales! ¿Te das cuenta del terrible peso que quitarías de mi corazón con mil dólares mensuales?

—Es la independencia —añadió Margot.

—Es hermoso... Dime todo cuanto sepas sobre la compañía para que me crean avispada.

—Bueno, veamos... «Heller y Strauss» es una de las editoras más importantes y ricas. Tienen una excelente lista de autores. Tanto Heller como Strauss, que la fundaron, se han retirado hace mucho... o han muerto, por cuanto sé, y la verdad es que nadie sabía mucho sobre Heller salvo que era muy rico y muy feo, y tenía una esposa horrenda que insistía en examinar a cada secretaria y correctora en toda la compañía para asegurarse de que no era bonita. Si lo era, la despedían. La señora Heller estaba segura de que todas las mujeres del mundo andaban detrás de su esposo, aunque él tenía ochenta años.

—¿Cómo consiguió Nikki el puesto, entonces?

—Llegó de otra parte después de retirarse Heller. Strauss, por su parte, se hizo bastante famoso porque era el preferido de los programas con debate. Ahora que lo pienso, sí ha muerto. Dio prestigio a la compañía y mucha publicidad favorable. Ahora, dirigen la compañía un editor, un presidente, el jefe de revisores, el revisor ejecutivo y algunos revisores de primera categoría, uno de los cuales es Nikki, y por debajo de ellos algunos revisores y correctores corrientes. Después, está la sección de manuscritos, la sección de arte, la sección de ventas y por supuesto la sección de publicidad, donde trabajarás tú.

—Se diría que tienen muchos autores —dijo Ellen.

—Los tienen. Pero no todos salen de gira. Sólo aquellos que pueden tomar parte en programas con debate y ser entrevistados por la Prensa.

—¿No tengo que inscribirlos para eso directamente?

—No, tú serás algo así como la agente de viajes interna. Tienes que trasladarlos y asegurarte de que no surjan problemas.

—¡Casi no puedo esperar! —dijo Ellen—. Eres una amiga de verdad, Margot.

Rachel y Lawrence Fowler ofrecían una gran fiesta para ayudar a cien de sus más íntimos amigos a recobrarse del abatimiento posterior a las fiestas. Tanto Margot como Nikki estaban invitadas; Margot como «Celebridad-Televisión» y Nikki como «Intelectual-Editorial». Ninguna de las dos sabía en qué categoría figuraban en el

libro de fiestas de Rachel, pero lo sospechaban. A decir verdad, ambas gustaban de Rachel, porque habían decidido que, como persona, no se limitaba al papel en que la habían colocado la vida, su marido y ella misma. También Ellen y Hank estaban invitados, ya que figuraban en la lista de Lawrence Fowler para las «fiestas grandes» desde que Hank le había vendido su primer coche con descuento. Lawrence lo había cambiado por un «Mercedes» varios años atrás, pero no le gustaba dejar de lado a nadie y los Rennie parecían bastante presentables.

La fiesta tuvo lugar un viernes por la noche a partir de las ocho. Rachel había decidido que todos fueran de etiqueta. Había servicio de bufet, mucho para beber, por supuesto —sobre todo vino blanco, porque últimamente la gente así lo quería—, y Rachel había contratado a un pianista. Jóvenes bien parecidos, enviados por el proveedor, corrían por doquier. Rachel los prefería a las criadas. Hacía que las esposas se sintieran más tentadoras, aunque los camareros fueran homosexuales.

Ya vestido, Lawrence se le presentó para que lo aprobara. Era amable de su parte el hacerlo, pensó Rachel; la hacía sentirse importante para él y era una de las pocas ocasiones en que pensaba que Lawrence, y no sólo su ambiente, la necesitaba. A su vez, ella se presentó para que la aprobara. Compartieron juntos una copa de champaña en la biblioteca antes de que llegaran los invitados. Probablemente sería la última vez que se vieran hasta que concluyera la fiesta.

Ya no quedaban decoraciones navideñas y Rachel había logrado que le enviaran flores de primavera por avión. El vasto apartamento parecía fresco, lozano y alegre. Suponía que todo se desarrollaría a la perfección, como siempre. Era una lástima que no pudiera embriagarse y disfrutar, pero el champaña engordaba. Se limitaría a ser cautivadora y a aburrirse.

Ellen estaba emocionada. Había querido ser la primera en llegar para tener tiempo de charlar con los Fowler, pero después decidió que Hank era una carga y que sería mejor llegar más tarde para poder perderlo entre la multitud. Cuando llegaron, Nikki y Robert ya estaban allí.

—Adoro a su esposa —dijo Nikki a Hank—. Me parece encantadora. ¡Qué bien se desempeñará en su nuevo trabajo! Todos la quieren.

Hank se mostró complacido, pero incómodo.

—No tengas celos, cariño —le dijo Ellen.

—Oh, ¿por qué va a tener celos? —dijo Nikki con animación.

Bullía y brincaba por doquier. En un minuto, tenía a su alrededor a otros tres hombres, todos admirándola. Robert merodeó un rato cerca de ella y después se fue al bar.

Ellen perdió a Hank en cuanto le fue posible. Al cabo de unos minutos, la rodeaba su propio grupo de hombres. Uno de ellos le llevó una copa. Eran un banquero, un ejecutivo de publicidad, un médico y un actor. Todos casados, salvo el actor, a quien acompañaba una amiga posesiva, por lo menos veinte años más joven que él, que no

le soltaba. No es de extrañar que la pobre Margot nunca encuentre a nadie, pensó Ellen. Todos los hombres son divinos, pero todos están ocupados.

En la biblioteca, donde se estaba más tranquilo, Margot no dejaba de mirar la hora. Tenía que volver pronto al estudio para preparar las noticias. De pie junto a la chimenea, un muchacho muy atractivo, de unos veinte años, lo observaba todo con ese aire sereno, contenido, que adoptan los jóvenes cuando están incómodos. De inmediato, se sintió atraída por él como no se había sentido en mucho tiempo y pensó que resultaría cómico que, al final, resultara ser él quien pudiera conmovérla. La miró directamente a los ojos y sonrió.

—Hola —dijo sin acercársele.

Fue ella quien se le acercó.

—No deja de mirar la hora —dijo él.

Tenía una voz suave y dulce, muy sensual. Pero apenas era un niño. Nada para ella..., tendría que estar loca.

—Tengo que irme pronto a trabajar —dijo Margot—. Doy las noticias en directo por televisión.

—La he visto —dijo él—. Margot King. Crimen y violencia a las once.

Sonrió. Tenía labios sensuales y dientes perfectos.

—Sabe quién soy yo, pero, ¿quién es usted?

—Kerry Fowler.

—¿Pariente de...?

—Hijo de Lawrence Fowler.

¡Dios santo! El hijo de alguien. Había pasado de maridos a hijos. Había envejecido por completo. Lawrence y Rachel no tenían hijos y, además, Rachel era demasiado joven para ser madre de ese muchacho; así, pues, debía ser hijo del lejano primer matrimonio de Lawrence. Se echó a reír.

—¿De qué se ríe?

—De mí —dijo Margot.

—¿Se divierte?

—No me gusta el ruido ni el humo, pero sí las fiestas. Por lo menos, siempre creo que me van a gustar. Cuando era pequeña, mi madre siempre solía comprarme algo nuevo cuando iba a celebrar una fiesta; un vestido, zapatos o algo por el estilo, y lo guardaba en el ropero diciendo: «Bueno, no puedes ponértelo hasta el día de la fiesta». Entonces, yo esperaba y esperaba, pensando que iba a ocurrir algo maravilloso y después la fiesta era siempre una desilusión. Creo que la fantasía de lo que me iba a suceder cuando me pusiera ese vestido era mejor que lo que sucedía. — Sonrió mirando cuidadosamente a ese muchacho, Kerry, para asegurarse de que no se estaba riendo de ella—. Supongo que todavía soy así.

—Yo también —dijo él—. Antes iba al campamento y mis padres me compraban muchísimas cosas y yo fantaseaba con acampar en el bosque y en lo magnífico que

sería eso. Después, siempre me ponía en aprietos con los monitores por violar alguna regla y ellos se veían obligados a llamar a mis padres y se producía un gran alboroto.

—Yo detestaba el campamento —dijo Margot—. Solía sentarme en mi camastro a leer en vez de ser hábil en deportes, y todas las demás muchachas me odiaban.

—Tenemos los mismos recuerdos.

—Es imposible que tengamos los mismos recuerdos, usted es demasiado joven —dijo Margot.

—Tengo veintitrés años.

Dieciséis años mayor que él... Pero si yo fuera un hombre y él una muchacha, nadie lo creería tan espantoso.

—Yo, treinta y nueve.

Él sonrió absolutamente encantado.

—¡Magnífico! No los aparenta. Creí que tendría unos veintiocho.

—Sólo porque a su edad es inimaginable tener treinta y nueve —dijo Margot—. Pero, ¿en qué trabaja?

—Soy escritor.

—¿Ha publicado algún libro?

—Tengo un contrato para mi primera novela, estoy más o menos por la mitad. No es autobiográfica.

—Bueno.

—Es una especie de fantasía.

—Son las mejores —observó Margot—. Toda mi vida es fantasía.

—¿Las noticias?

—No, mi vida privada. En defensa contra las noticias.

—¿Puedo acompañarla esta noche cuando vaya a trabajar?

Hablaba con tanta seriedad, como un niño... Margot se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Podrá mirar cómo escribo a máquina.

—De todos modos, no sirvo de mucho para las fiestas —dijo Kerry—. Y, además, pensé que, después, quizás usted y yo podríamos ir a beber una copa en alguna parte.

¿Creerá que soy famosa? No, imposible; ha vivido siempre cerca de gente famosa. Tal vez sólo piense que soy interesante.

—Está bien.

Tenía ojos grandes y verdes como los de un gato, curiosos y sutiles.

—Se pregunta por qué quiero estar con usted —dijo Kerry—. Pero yo me pregunto por qué usted quiere estar conmigo. Me parece usted hermosa.

—Digamos simplemente que también usted me parece hermoso a mí —dijo Margot con ligereza, pero sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

Creo que no estoy tan muerta, al fin y al cabo, pensó.

Rachel vio cómo Margot King salía con Kerry y sonrió. Las mujeres adoraban a ese muchacho y él también las adoraba. Si hubiera sido otro tipo de mujer, tal vez ella misma habría querido probar con él. Pero nunca había engañado a Lawrence en sus

diez años de matrimonio. Aunque *él* le daba poca satisfacción sexual, no se sentía inclinada a engañarlo. Le gustaba coquetear un poco, tocaba mucho a la gente, con ligereza e inocencia, pero sin deseo. Poner la mano sobre el brazo de alguien, dar un breve abrazo, un beso leve, formaba parte de la comunicación. Era el lenguaje del grupo con el que alternaba y sólo significaba: «¿Cómo estás hoy?».

Suspiró. Esas otras mujeres sabían mucho más que ella... Todo lo hacía de modo impecable, pero no hacía más que eso. Margot tenía una ocupación, una vida y podía arrebatar a un joven de una fiesta sin mirar atrás, ni adelante tampoco. Nikki tenía un buen puesto y una vida matrimonial; hasta Ellen Rennie, que nunca había hecho nada digno de mención, se disponía a iniciarse en un trabajo en el que Rachel habría encajado a la perfección. Pero ese era el mundo de ellas y ella estaba en el suyo. Se preguntó si sus invitados la envidiaban o la creían tonta y se reían de ella a sus espaldas, o si era casi invisible para ellos, como los proveedores que tan bien cuidaban del desarrollo de la fiesta. Se preguntó si alguno de los maridos pensaba en ella como una mujer con derecho propio, o sólo como algo hermoso que pertenecía a Lawrence y formaba parte de la casa, tal como el jarrón Ming y el biombo de Coromandel y el Matisse.

Pensaba en la casa como si perteneciera a Rachel, nunca a Lawrence y Rachel; siempre lo había hecho, aunque para ellos era sólo otro invitado más. Sólo entrar en el sitio donde ella vivía, donde tenía una vida privada, le quitaba el aliento. La excepcionalidad de ella había llegado a ser su obsesión. Sus fantasías sólo concernían a ella. En una, la veía en estado hipnótico, pero no muerta, y en poder suyo; podría hacer lo que quisiera con ella y cuando despertara, lo amaría. Era absurdo, por supuesto, que tuviera que imaginarla inmóvil para poseerla, cuando el solo hecho de que estuviera en su fantasía no bastaba. Siempre le asombraba poder sostener una conversación normal con ella y evitar que todos sospecharan qué estaba pasando. Era casi como si *él* mismo no hubiera sabido qué pensaba hasta aquella noche, hacía tantos meses, en que se guardó en el bolsillo su huevo de Fabergé.

Cuando comprendió lo que había hecho, se quedó horrorizado. Hurtar algo de tanto valor era robo en gran escala... *Él* era un hombre respetable. Pero, cuando tuvo el huevo en el bolsillo, rodeado por sus húmedos dedos, sintió como si emitiera vibraciones de la mano de Rachel y no pudo volver a ponerlo en la mesa de donde lo había arrebatado. Sabía que era algo que ella quería mucho. Lo había acariciado y ahora le pertenecía a *él*. Se lo había llevado a casa y lo había ocultado en un sitio donde su esposa nunca podría encontrarlo. Y, al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que no era eso lo que quería, nunca lo había sido. Quería algo más cercano a Rachel, algo que no hubiera tocado su mano, sino su cuerpo.

Junto al dormitorio principal había un cuarto de baño con dos puertas, una de las cuales comunicaba con el dormitorio y la otra con un cuarto de vestir, que, a su vez, conducía a otro cuarto de baño. Era un verdadero laberinto de lujo. Entró con rapidez por el dormitorio, cerró la puerta que comunicaba el último dormitorio con el pasillo.

Ahora, nadie podría interrumpirle. Todo cuanto formaba parte de la vida más privada de Rachel estaba allí. Un cuarto de baño, con azulejos pardos y toallas estampadas, era de su marido. El otro, rosado y blanco, con paredes de espejo, era de ella. Imaginó a Rachel saliendo desnuda de su bañera, reflejándose en todos esos espejos como una especie de símbolo. Era demasiado perfecta para ser mujer. Debería haber una infinidad de ella, reflejada y vuelta a reflejar y que sólo le perteneciera a él. El aroma de su perfume flotaba todavía en la habitación húmeda y él se sintió mareado por las sensaciones y la confusión que le suscitaba. La toalla de baño usada por ella ya no estaba; alguna criada por demás eficiente se la había llevado, y la había reemplazado por docenas de toallitas de mano. En su bañera no había anillo de suciedad, claro que no. Miró alrededor de él mientras respiraba emitiendo ronquidos, como un asmático, porque ahora sabía lo que quería. Abrió el cesto de la ropa sucia.

Allí, enroscados en el fondo, a la espera de su mano, estaban las bragas, las medias y el sujetador, semejante a una transparente hebra, que ella había arrojado dentro antes de bañarse. Su mano buscó las bragas modelo bikini. Las tocó y sintió que la sangre fluía a su ingle.

Estaban tan limpias, que parecía como si ella nunca se las hubiera puesto. Ya se lo había imaginado, porque Rachel no era una mujer vulgar. Nada en ella estaría sucio jamás ni ensuciaría nada. Arrugando en el puño las sedosas bragas, las apretó contra el dolor que sentía entre las piernas. No sabía qué hacer; no podía salir de allí y enfrentarse a tanta gente con una erección, pero tampoco podía eyacular en el cuarto de baño. Si lo hacía en una toalla, la criada lo vería más tarde y aunque nadie sabría quién lo había hecho, él sí. No quería hacerlo en sus bragas; todavía no, allí no. Pero, ¿por qué no entonces, allí? Saber que Rachel estaba en el apartamento lo hacía mejor aún.

Luego, se sintió terriblemente mal. Era como si después de enloquecer hubiera recobrado el juicio. ¿Por qué tenía esas recaídas? Plegó el trozo de nylon empapado hasta obtener una pelota lo más pequeña posible y la guardó en el bolsillo de sus pantalones, dentro del pañuelo. Era tan normal, ¿por qué, entonces, a veces perdía el control así, por ella, sólo por ella? Unos golpes fuertes y secos en la puerta lo hicieron reaccionar por completo. Evidentemente, ese cuarto de baño era el de las mujeres, y el otro, el de los hombres. Conocía muy bien aquellos golpecitos. Alguna perra en apuros. Salió sin hacer ruido del cuarto de baño de Rachel, cruzó el cuarto de vestir y el baño de Lawrence, abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio y salió. Que la perra sufriera. ¡Ojalá fuera su esposa!

A las tres de la mañana Margot King y Kerry Fowler estaban acostados en la cama. El tocadiscos se había detenido, la botella de vino estaba vacía, habían hecho el amor y ella no tenía que levantarse temprano al día siguiente. Le prepararía bollitos ingleses con miel clara. Café de verdad, no instantáneo. Era cuanto ella había sospechado que

sería..., cariñoso, tan cariñoso, con el cuerpo perfecto, hermoso, que sólo los jóvenes tenían. Aún la rodeaba con sus brazos.

—¿Te gustaría vivir un tiempo conmigo? —preguntó Margot.

—No sé —dijo por fin él—. Tengo que escribir el libro.

—Conservarías tu propio apartamento, por supuesto. Allí podrías escribir el libro.

Hay momentos en que también yo necesito estar sola.

La miró sonriendo.

—¿Para qué?

—Para mí, nada más.

—¡Qué bella eres!

Le besó la coronilla.

—No habría reglamento interno... Sólo la franqueza.

—Eso es una regla —dijo él, pero ella supo que bromeaba.

—Te daré una llave. Quiero decir..., te prestaré una.

—Dar, prestar... ¿Por qué te atienes tanto a las palabras? Si me mudo aquí, serás mi madre.

—¡Tu madre!

Los dos rieron.

—¿Quieres? —preguntó ella con timidez.

—Está bien —repuso él—. Con tal de que ambos comprendamos la verdadera índole de esta relación.

—¿Y cuál es?

—Que yo soy el adulto y tú, la niña —respondió Kerry.

—¿Cómo lo has sabido tan pronto? —preguntó Margot, encantada.

Se mordieron como cachorros, riendo. Margot se sintió tan viva y llena de júbilo que creyó morir.

Febrero, 1975

JILL RENNIE, LA HIJA mayor de Ellen y Hank, tenía quince años cumplidos, medía cinco pies y seis pulgadas y pesaba noventa y una libras. Al principio, no se notaba porque su cara seguía teniendo una redondez infantil, ojos enormes con pestañas oscuras, boca suave. En otra época, tal vez se habría parecido a Twiggy. Pero mientras el aspecto de muchacho de Twiggy había sido un accidente de musculatura, el de Jill era producto deliberado de la inanición. Había estado destinada a parecerse a su madre: atlética, zanquilarga, rellena. En cambio, aún parecía impúber. Su uniforme de verano era una camiseta de varón y unos tejanos apretados; el de invierno, los tejanos y un ajustado suéter de lana. No tenía pechos y aún no había empezado a menstruar, aunque mentía a su madre al respecto. En realidad, Jill no era consciente de su apariencia; creía ser demasiado gorda. Quería adelgazar un poquito más. No obstante, sabía que los adultos desaprobaban su aspecto, por eso nunca les revelaba que estaba haciendo dieta. Engañarlos era fácil, de todos modos, creían que todos los adolescentes estaban locos. Fingía ser partidaria de la alimentación sana.

—¿No sabes que en la harina hay gorgojos? —solía exclamar, horrorizada, cuando su madre trataba de hacerle comer una tostada para desayunar—. En esa mermelada hay sustancias preservativas. Esa fruta está llena de productos químicos venenosos. Yo compraré la fruta que he de comer y la guardaré en mi dormitorio para que no la mezclen con la otra.

Su madre compraba huevos fertilizados y leche cruda. Su hermana menor, Stacey, que era capaz de comer cualquier cosa, daba cuenta de ellos. Jill subsistía a base de agua natural de manantial, que compraba por litros, vitaminas en píldoras y, de vez en cuando, un damasco seco sin sulfuro. Durante las comidas, rechazaba el alimento o afirmaba haber comido. Cuando, ocasionalmente, se la obligaba a comer, iba después a su cuarto de baño y se metía un dedo en la garganta. Estaba completamente convencida de que si comía una comida entera se transformaría de la noche a la mañana en una persona obesa, con pechos, nalgas y deseos sexuales, que andaría bamboleándose por doquier en busca de alivio y, además, que si empezaba a comer algo nunca podría detenerse.

Sabía que esto último era cierto. Aunque nunca tenía hambre, de vez en cuando cedía, como aquella vez en que su padre las llevó a todas a un parque de atracciones. Comió diez emparedados de chorizo, seis cucuruchos de helado, dos «Coca-Colas» y una bolsa grande de patatas fritas.

Después, vomitó en el recipiente de los desperdicios sin tener siquiera que meterse un dedo en la garganta. Tan descompuesta y débil estaba, que tuvieron que irse todos directamente a casa.

—Yo os lo dije —jadeaba Jill en el automóvil familiar; parecía una muñeca de trapo arrojada al asiento posterior del enorme vehículo con aire acondicionado—. Los emparedados de chorizo contienen excrementos de rata y nitrito de sodio, que produce el cáncer.

—Hay que estar entrenado para comer así, como un cerdo —dijo Stacey.

—Bien lo sabes tú.

Aunque se lanzaban pullas, ella y Stacey eran buenas amigas, tanto como puede serlo una muchacha de casi dieciséis años con otra que apenas tiene trece y medio. La más pequeña captaba las cosas, era lista. Sabía que su madre tenía amantes antes de que Jill se lo dijera. A decir verdad, Jill no habría mencionado el tema, pero Stacey lo hizo.

—¿Crees que papá lo sabe?

—No lo sé —repuso Jill—. Si lo sabemos nosotras, él debe saberlo.

—Si no quiere saberlo, no.

—¿Por qué no la abandona y nos lleva con él? ¿Qué opinas? —preguntó Jill.

—Los padres no obtienen la custodia de los hijos. Sobre todo, si son niñas.

—Si son tan mayores como nosotras, sí. Podríamos decir que queremos irnos con él.

—¿Tú querías irte con él? —preguntó Stacey.

Jill se encogió de hombros.

—Ya sabes que nunca se separarán, sólo por nosotras. Quieren que constituyamos una familia.

Dijo «familia» con hondo sarcasmo, un sarcasmo que se había originado en años de mirar a esas ridículas familias lloronas de la televisión. No conocía a ninguna familia que se pareciera en lo más mínimo a éstas.

—Escucha —dijo Stacey—, los padres de la mitad de los chicos de mi clase están divorciados y no tengo ni catorce años. Todos los días se divorcia gente que tiene hijos más pequeños. No tienen por qué seguir juntos por nosotras.

—No es por nosotras —reflexionó Jill—. Fingen que es por nosotras. Es por ellos.

—¡Nos creen tan bobas! —dijo Stacey.

—No quiero casarme jamás —afirmó Jill—. El matrimonio es una farsa... ¿Por qué casarse, si pase lo que pase, una acabará enamorándose de otro?

—Cuando crezcamos, ya nadie se casará —dijo Stacey.

—Pues aunque se casen, yo no pienso hacerlo.

Nunca quiso crecer y parecerse a su madre. Odiaba hasta el modo en que su rostro, en ciertos ángulos, se asemejaba al de su madre. Sabía que ésta la prefería a Stacey por esa semejanza y ello la enfurecía. Quería destruir en ella todo lo que de

algún modo recordaba a su madre y ser ella misma, un ser totalmente distinto. No había pensado mucho en lo que quería ser cuando creciera. Stacey ya había decidido que sería doctora. Siempre tomaba el metro que llevaba al centro para ir a la Biblioteca Pública, a leer libros de Medicina. Jill le decía que no fuera en metro, que podían matarla. Stacey no le hacía caso. Vagaba por la ciudad; una vez, había entrado en la sala de emergencia del Hospital de Bellevue y se pasó dos horas mirando todos los casos de accidente y agresión antes de que alguien se fijara en ella y le preguntara qué hacía allí. Cuánto le había complacido poder hablar a Jill sobre los apuñalamientos, heridas de bala y conmociones, y cómo se los había atendido, y no se sentía asqueada en lo más mínimo.

—Bueno, ¿qué esperas que haga? ¿Tomar un taxi con mi asignación? —preguntaba enojada cuando Jill la amonestaba.

—Si mamá llegara a enterarse...

—No se enterará. No le intereso.

Jill no supo qué contestar a eso porque sabía que era cierto. La pena que experimentaba por su hermana, a la que quería, aumentaba su furia por la sensación de asfixia que la devoción de su madre hacia ella misma le producía. «Sólo me quiere porque cree que soy como ella. Si supiera cuánto la aborrezco».

Su madre hablando por teléfono cada vez que había otro hombre. Jill conocía ya tan bien el tono que adoptaba su madre, que hasta hubiera podido decir si se trataba de un amante nuevo, con quien ella empezaría a acostarse, un hombre con quien ya se acostaba o uno de sus rechazados, a quienes le gustaba conservar cerca. A veces, se preguntaba si de verdad su madre la creía estúpida, o si, por algún extraño motivo, quería que ella supiera la verdad; como si estuviera diciendo: «En esta casa la mujer adulta soy yo, no tú». ¿Qué le hacía pensar a su madre que dormir con hombres era ser adulta? En cuanto concernía a Jill, si alguna vez tenía que dormir con un hombre, en el transcurso de su vida aún sería demasiado pronto.

Su madre, la hipócrita, hablando por teléfono con su amiga Margot. Margot se acostaba con un hombre dieciséis años menor que ella. ¡Había tenido la misma edad que Jill ahora, o más aún, al nacer ese muchacho! Pero no perjudicaban a nadie. Ninguno de los dos pertenecía a otra persona. Y allí estaba su madre, sermoneando a Margot, previniéndola, diciéndole que sufriría, que sus amigos debían estar riéndose de ella, que él la abandonaría por una muchacha de su misma edad. Jill sabía que probablemente su madre estuviera celosa, y nada más. Había visto al último amante de su madre un día en que la llevó al apartamento en su coche deportivo, cuando iba al suburbio donde vivía con su esposa e hijos, y Jill llegaba a casa en ese momento. Su madre había tenido que presentarlos. Era fofo y tenía la cara gris, trataba de aparentar juventud con su abrigo de badana y conduciendo un «Jaguar» rojo, y Jill no pudo comprender por qué su madre lo prefería a papá. ¿Qué tenía de maravilloso aquel viejo? Apostaba a que a su madre le encantaría tener un amante joven como Kerry Fowler, si alguno quisiera tener relaciones con ella.

En años anteriores, Margot había considerado siempre que febrero era el mes más difícil. El clima neoyorquino había terminado asentándose en el invierno; la gente estaba cansada de él, irritable, deprimida. Con razón quien inventó el calendario hizo que febrero fuese el mes más corto; aun así, casi era insoportable. Pero este febrero pareció demasiado breve, porque estaba enamorada de Kerry y vivían juntos en el apartamento de ella y Margot veía el mundo a través de sus ojos. Todo parecía ocurrir por primera vez y en muchos aspectos así era. Nunca había vivido con alguien que quisiera levantarse a las siete de la mañana de un sábado para ir corriendo a la Calle del Canal a comprar materiales plásticos para sus proyectos. ¡Era lo que hacían los niños! Kerry siempre estaba haciendo cosas: armaba una mesa para café con Plexiglass (ella no tenía idea de que fuera tan complicado) o le hacía un «collage» romántico titulado *El sol, la luna y las estrellas*, o buscaba entradas para un concierto de rock a medianoche, o insistía en que hicieran cola una hora por la tarde, bajo el intenso frío, porque deseaba ver una película muy anunciada el día del estreno.

Tenía que verlo todo; ambos tenían que pasarse el fin de semana corriendo hasta que ella quedaba exhausta. La llevó a «SoHo» porque Margot nunca había estado allí, la llevó a ver la reposición de un viejo film de Humphrey Bogart que ella había visto en su primera proyección, cuando él era demasiado joven para verlo, y fueron al «Planetario» porque ninguno de los dos había ido antes.

Margot había recorrido todo Nueva York con equipos de filmación por motivos de trabajo, pero ése había sido el Nueva York de las personas informadas, las crónicas de interés cotidiano, los desastres. El Nueva York de Kerry era como el de un turista, que aprovechaba todo cuanto la ciudad tenía para ofrecerle, como si su estadía hubiera sido sólo temporal. Recordaba que, cuando ella tenía la edad de Kerry, había sido igual, porque todo era nuevo, estaba libre y, por fin, disponía de un poco de dinero para ir a diversos lugares. Ambos compartían los gastos, como lo hacían los muchachos de la edad de Kerry. Eso era bueno, porque no quería tener la sensación de que lo mantenía y, sin embargo, se sentía culpable cuando le dejaba pagar cosas. Kerry no quería aceptar mucho dinero de su padre, apenas lo suficiente para salir del paso hasta conseguir ganar algo con la novela, si tenía suerte.

Tal vez Kerry quisiera hacerlo todo en el mismo instante porque era joven, o quizá porque sabía, como ella, que su amor sólo era fugaz. Ninguno de los dos se refería nunca a ello. Pero aun en los momentos más felices, Margot sentía tristeza detrás de la alegría. Un domingo de invierno en que habían estado patinando sobre hielo en el Parque Central con patines alquilados, volvieron al apartamento de Margot al comenzar el crepúsculo. Se quitaron las ropas mojadas y él encendió fuego en la chimenea, que Margot no había usado hasta conocerle porque creía que las chimeneas eran sucias. Al otro lado de las ventanas reinaba la oscuridad; dentro de la tibia habitación se estaba a salvo. Un resplandor rosado iluminó el cuerpo desnudo de Kerry cuando éste se arrodilló sobre los troncos para acercar cerillas a la leña, y Margot pensó que nunca había visto un cuerpo tan bello como ése. Joven, esbelto,

perfecto, como ningún cuerpo que hubiera visto antes. ¿Eran así los hombres jóvenes cuando ella tenía veintitrés años? No podía recordarlo. No se había acostado con jóvenes; se había enamorado de hombres mayores, casados, que la mimaban, y, después, más tarde, cuando empezó a concentrarse en hombres de su misma edad con la esperanza de hallar una relación perdurable, ya se habían vuelto fofos a consecuencia de sus años de solteros juerguistas o de rutinarios oficinistas. Kerry contemplaba el fuego con profundo placer; luego, se volvió y la miró con igual expresión de felicidad y ella pensó que nunca había sido tan feliz. En el mismo instante, lágrimas incipientes le oprimieron la garganta y tuvo que contenerlas.

Durante aquellas largas y maravillosas veladas de invierno, trazaron planes para el verano. Él quería llevarla a las islas griegas. Ninguno de los dos había estado allí. Alquilarían una pequeña embarcación. Por primera vez, esos nombres extraños sonaban a realidad. Se tomaría dos semanas de vacaciones, tal vez en julio. No, dijo él; mejor que sea a fines de septiembre; entonces, no habría muchos turistas y él habría concluido el libro. Margot se alegró de que fuera él quien fijara una fecha más lejana. Al menos, seguiría viéndolo todavía en otoño...

Le obsesionaba su cuerpo y él parecía igualmente obsesionado con el de ella, o quizá sólo fuera que los jóvenes siempre quisieran sexo. La agotaba, pero a ella no le importaba. No necesitaba dormir, sólo lo necesitaba a él. Le decía que la amaba y por fin Margot se permitió creerlo. Si querer tanto hacía que después la ruptura fuera más dolorosa, era un riesgo que se debía aceptar. Sentía que esto no podría volver a ocurrir; después, ella sería distinta... Tendría que actuar de acuerdo con su edad. Pero, ahora, aún quedaba tiempo para hacer todas las cosas que no había hecho cuando era joven.

Había momentos, por supuesto, en que el mundo se interponía entre ellos. Kerry la llevó a una fiesta para que conociera a sus amigos. Como le dijo que no se vistiera de un modo especial, se puso pantalones, pero no era el tipo de pantalones adecuado; todos los demás llevaban tejanos. Eran todos jóvenes, flacos y melenudos; muchachos y muchachas vestían igual, y todos fumaban marihuana tendidos en el suelo sobre almohadones de batik. Margot odiaba la marihuana. Desde que había dejado de fumar cigarrillos, la descomponía tanto como el tabaco. El aire apestaba. Los jovencitos —amigos de Kerry— la miraron como si fuera una intrusa, una anciana que no tenía nada que hacer allí. Ninguno se molestó en hablarle. Se sintió incómoda y fea. Al día siguiente, Kerry la llevó a una tienda de la Primera Avenida y le compró unos tejanos tan ajustados que no podía sentarse cuando los llevaba puestos. Parecía creer que su atavío era la única barrera que se interponía entre ella y sus amigos; Margot sabía que no era cierto. Eran su cara, su mente, su vida.

Otra vez fueron a «Sherry's» a buscar vino. Kerry permaneció inmóvil y silencioso, no distinguía un vino de otro ni pareció importarle, mientras que Margot lo sabía todo al respecto y, de pronto, se preguntó si el vendedor pensaba lo obvio y humillante de ello. ¿Les parecerían ridículos a otras personas?

—Das demasiada importancia a lo que piensan los demás —le dijo él cuando Margot no quiso ir a la próxima fiesta de los amigos de Kerry.

—Eso quiere decir que sí piensan que no tengo nada que hacer allí.

—Ignoro qué piensan, pero no me importa.

Entonces, ella fue y en sus rostros vio una total indiferencia, mucho más hiriente que un insulto. Era tan vieja que no existía para ellos. En defensa propia, le llevó a sitios frecuentados por sus amigos: a la fiesta nocturna de Ellen, a un domingo invernal en casa de Nikki en un automóvil prestado. Kerry estuvo silencioso y amable, pero, ¿qué pensaba? ¿Que algún día él y sus amigos serían así de viejos? Tal vez no le gustara, pero era mucho mejor que saber, como ella, que nunca volvería a ser joven como los amigos de Kerry.

Desde hacía ya más o menos un año, Nikki Gellhorn sentía que su vida se había detenido. No era persona capaz de tolerar una existencia estática; siempre tenía que estar alborotando, aunque sólo fuera con uno o dos coqueteos inofensivos. Le sobraba energía, pero utilizarla en el monótono ir a su trabajo y volver de él era un esfuerzo carente de sentido. Quería hacer cosas nuevas y distintas antes de que fuera demasiado tarde.

Había empezado a sentirse atrapada cuando las mellizas se fueron a la Facultad. Sabía que volverían de visita, por supuesto, pero nunca sería lo mismo. Jamás regresarían a casa para vivir en ella. Y aunque habían insistido en que ello no era verdad, Nikki sabía lo contrario. El año anterior, al finalizar su primer año de estudios, las muchachas estaban más gruesas, eran más fuertes, buscaban sus propias vidas, hablaban de sí mismas y de sus futuros como entes separados de la familia. Nikki se obligó a aceptarlo sin reservas para que siguieran siendo sus amigas, además de sus hijas. Ahora, cuando estaban otra vez en casa para disfrutar de las vacaciones de mediados de curso en su segundo año de estudios, Dorothy y Lynn eran personas mucho más maduras que el año anterior y Nikki supo que las había perdido.

Dorothy pensaba especializarse en psicología, quería trabajar con adolescentes trastornados. El verano anterior, había sido consejera en un buen campamento de clase media, pero ese verano trabajaría en un hospital para enfermos mentales de White Plains. Dijo que era una sucursal de Payne Whitney. ¿Viviría con sus padres en Wilton y haría cada día el viaje hasta el hospital? No, contestó Dorothy; el trayecto era demasiado largo, tendría un pequeño dormitorio en el internado del hospital, había tenido mucha suerte al conseguirlo, dijo, ya que los ofrecían primero a las enfermeras. Una menos, como los diez pequeños indios, pero Nikki sólo tenía dos. Lynn tenía un amigo. Había vivido con él durante casi todo el período escolar. Cursaba el último año en la misma Facultad que ella y ese verano recorrerían Europa juntos haciendo autostop. Lynn ya tenía mapas y listas de todos los albergues juveniles baratos. Pensaba especializarse en ciencias políticas, aunque habría

preferido inglés. Lynn elegía cuidadosamente sus cursos con vistas a ingresar en la mejor escuela de posgraduados, para poder conseguir después un buen puesto. ¡Qué diferentes eran sus hijas de ella cuando tenía su edad!, pensaba Nikki con admiración y cierta sensación de pérdida. No pérdida de ellas, sino pérdida de su propia juventud, de sus mejores años. Había optado por tener un matrimonio y una carrera; en un momento, había sido una decisión valerosa, pero ahora cuando consideraba su vida y la comparaba con la que iniciaban sus hijas, le parecía no haber tenido por completo ninguna de ambas partes: el trabajo o el matrimonio. En sus tareas, se había abierto paso coqueteando y adulando; y en su matrimonio, se había abierto paso coqueteando y adulando. Nunca se había atrevido a ser totalmente honesta en ningún período de su vida.

No podía explicarle esto a Robert. Después de veintidós años de matrimonio, una no podía mirar a su marido y decirle: «Nada de esto ha sido real jamás». Mantenían una relación cálida, afectuosa, que había engañado a todos, incluso a ellos mismos, pero, en realidad, nunca se habían conocido y ahora era demasiado tarde para hacerlo.

El domingo por la mañana, desayunarse en la cocina grande y anticuada, con el *New York Times* disperso, Dorothy y Lynn en casa, Robert cocinando, como le gustaba hacerlo los domingos de mañana, y el perro viejo y sordo a los pies de Nikki, fue como en otros tiempos; y, sin embargo, también era temporal, porque al día siguiente llegaría el amigo de Lynn para alojarse allí, hasta que él y Lynn volvieran a la Facultad, y sería un intruso. Nikki y Robert habían decidido ser modernos y permitir que Lynn y su novio durmieran en la misma habitación, ya que, de todos modos, vivían juntos en la Facultad.

—¡Pobre perro! —dijo Lynn—. ¡Guau! ¿Me oyes? Mamá, este perro está sordo como una tapia.

—Tampoco ve muy bien que digamos —añadió Robert—. Pronto morirá.

—Oh, eso me hace sentir malísimamente —dijo Dorothy—. Recuerdo cuando lo compramos. ¿Quién lo bautizó con el nombre de *Perro*?

—Tú —contestó Nikki.

—¡Pobre *Perro*! —repitió Lynn, ofreciéndole un trozo de tocino.

Se habían ido a vivir sus vidas adultas y habían abandonado a su perro, pensó con tristeza Nikki, casi sin fijarse en él, y eso parecía casi peor que abandonar a los padres, porque éstos no dependían de ellas.

—En realidad, el perro era de mamá —dijo Robert—. Vosotras, niñas, nunca os acordabais siquiera de sacarlo por la mañana. Un perro pertenece a quien lo alimenta, así, pues, pertenece a vuestra madre.

«Yo no lo quiero —pensó Nikki—. ¿Por qué me cargan con todo aquí? Las responsabilidades, las sobras y las separaciones. Estoy harta de ser la Buena de Mamá. Quiero mi propio apartamento en Nueva York y mi propia vida».

Pasó a la sección propiedades del *Times*. Hacía años que no lo miraba y le escandalizó el costo de un apartamento con un solo dormitorio en Nueva York.

Tendría que estar cerca de su oficina y esos aún eran más caros. Pero, ¿y qué? Ganaba un sueldo con el que podía hacer lo que quisiera y aunque tuviera que gastar en su vida hasta el último penique que ganara, ya era tiempo de hacerlo. No abandonaría a Robert. Pasarían los fines de semana juntos en Wilton, como siempre. Él podría ir de vez en cuando a Nueva York, si quería ir con ella al teatro, o, simplemente, si la echaba de menos, y podía quedarse a pasar la noche si lo deseaba. Pero era importante que ella misma pagara ese apartamento para que fuera suyo y nadie pudiera volver a decirle qué podía o qué no podía hacer en su propia casa.

—¿Qué os parece si tuviéramos una consulta familiar? —preguntó Nikki.

—¿No somos un poco viejos para eso? —objetó Lynn.

—Tú estás demasiado vieja, pero yo, no —respondió Nikki con ligereza—. Robert, siéntate, cariño.

Sabía por qué quería hablar del asunto con todos en lugar de hacerlo con Robert: porque él diría que no y las chicas que sí.

Los tres la miraron con tolerancia.

—¿Te importa que antes me sirva otra taza de café? —preguntó Robert.

La enfureció comprobar que algo tan importante para ella sólo era para él una forma de entretenimiento, como la televisión, y quería acompañarlo comiendo un bocado. Robert puso delante de él el café caliente y una ración de torta de café y se sentó.

—He decidido alquilar un pequeño apartamento en Nueva York para quedarme durante la semana y me gustaría saber qué pensáis al respecto —dijo Nikki.

Robert bebió un sorbo de café.

—Si la memoria no me falla, en una consulta familiar se empieza diciendo «estuve pensando en», no «he decidido» —dijo.

—Creo que lo he olvidado —dijo Nikki—. Es cierto que ha pasado mucho tiempo... Bueno: he estado pensando en alquilar...

Tenía un nudo en el estómago. Dorothy preguntó:

—¿Por qué?

—Porque desperdicio cuatro horas yendo y viniendo, lo que roba a mi vida y mi trabajo un tiempo y una energía valiosos, y vosotras, niñas, habéis crecido y no me necesitáis aquí.

—¿Y yo? —preguntó Robert.

—Tú y yo apenas nos vemos durante la semana. Disfrutaríamos más de nuestros fines de semana juntos si yo no estuviera tan cansada.

—Creo que tú y yo deberíamos discutir esto a solas —dijo Robert.

—Me gustaría discutirlo en familia —dijo Nikki.

—Opino que es una gran idea —dijo Dorothy.

—Yo también —afirmó Lynn—. Mamá nunca ha vivido sola. Vivir por cuenta propia es magnífico, se aprende mucho.

—Advierto que no te has quedado sola mucho tiempo —dijo su padre con sarcasmo.

Lynn le miró y enarcó una ceja.

—Tal vez mamá se sienta sola y venga a casa... Pero creo que, si quiere, debe tener su oportunidad.

—No sé qué tiene esto de tan insólito, papá —dijo Dorothy—. Si tuvieras tú el apartamento en Nueva York y mamá se quedara aquí en el campo, a nadie le extrañaría. Media población de Nueva York se ausenta en verano..., las mujeres y los niños.

—Ya hemos aceptado el hecho de que me gusta mi trabajo y me propongo conservarlo —dijo Nikki—. Siempre hemos aceptado ese hecho. Ahora, debemos empezar a aceptar que tengo derecho a ciertas consideraciones.

—Si tuvieras un apartamento, ¿podríamos ir a vivir contigo? —preguntó Dorothy.

—¡Por supuesto! Pondré un sofá-cama en el cuarto de estar. —¡Magnífico!

—Quiero que sepas —dijo Robert— que, si alquilas el apartamento, tendrás que hacerlo con tu dinero y que nunca entraré en él. Nunca.

El tono de su voz era frío y sereno.

Nikki sintió un pequeño escalofrío de temor que se convirtió inesperadamente en otro de deleitada anticipación.

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio. Si quieres tener un apartamento propio, no te lo impediré, pero para mí será como si no existiera. Te veré aquí.

—Cambiaré de idea —dijo Dorothy, comprensiva.

—Tal vez no —dijo Nikki. Su mirada se cruzó con la de su marido y sonrió—. Está en su derecho a sentir eso.

Al día siguiente, antes de ir a la oficina, Nikki fue a ver uno de los apartamentos que había visto anunciados en el diario. Visitó otros durante la hora de que disponía para almorzar (que siempre eran dos horas), ya que había cancelado una cita que tenía. Se enamoró del tercero. Estaba situado en el segundo piso de un edificio de piedra arenisca, adelante, frente a la tranquila calle, con un lindo balconcito del lado de afuera de las ventanas del dormitorio, lo bastante grande como para poner en él algunas macetas con abetos en invierno y geranios en verano. Había un ascensor diminuto y anticuado en el que no cabían más de dos personas, pero estaba habituada a las escaleras y el segundo piso le convenía. El edificio parecía limpio y bien conservado. El apartamento no era, en realidad, más que un enorme cuarto de estar con cielo raso alto y una chimenea que funcionaba, una pequeña alcoba para dormir, con ventana, que, probablemente, había sido antes cuarto de vestir, una cocina y un cuarto de baño. Era lo bastante grande para una persona sola, estaba bien para que algún huésped se quedara a pasar la noche y era demasiado pequeño para dos. Nikki decidió inmediatamente dónde instalaría la biblioteca. Volvió a la agencia de

alquileres, llenó los formularios y extendió cheques para pagar la garantía y el alquiler del primer mes.

—Se lo pintarán gratis, por supuesto —dijo el agente—, y el encargado arreglará cualquier cosa que necesite arreglo. Aquí tiene su número de teléfono. Querrá traer su propio cerrajero para que cambie las cerraduras, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Nikki, distraída.

—Algunos inquilinos prefieren dar una llave de repuesto al portero por si pierden la suya o se ausentan. Pero él no recibe paquetes.

—Puedo recibirlos en mi oficina.

—El anterior inquilino pregunta si le interesa comprar el acondicionador de aire del dormitorio.

¿Dormitorio? Oh, esa alcoba. Nikki lanzó una risita. Tendría que acostumbrarse a ser una habitante de la ciudad. En muchos aspectos, sólo era una campesina.

—¿Ese pedazo de chatarra herrumbrosa? Que lo saque y yo compraré el mío.

—Hace bien —asintió el agente.

—Quiero que lo pinten todo de blanco —dijo Nikki.

Lo decoraría todo en cristal y cromo, muy sobrio, en contraste con la ostentosa antigüedad de la arquitectura. Una cama doble en la alcoba, en lugar de una grande, le daría más espacio. Si Robert no iba a pisar su apartamento, bastaría con una cama doble y, si cambiaba de idea, podría ver que había tomado en serio sus palabras. Nadie volvería a abusar de ella.

—Envíe el contrato a mi oficina —dijo Nikki.

Habría sido hermoso que Robert lo examinara, ya que era abogado, pero sabía que esto era imposible. Se lo mostraría a alguno de los hombres con quienes trabajaba; todos ellos tenían experiencia como jefes de familia. Y, por supuesto, ella misma lo leería minuciosamente. No era tonta. Hacía muchos años que dirigía la casa en el campo. Una casa en la ciudad sólo difería en que era más pequeña y más fácil de llevar.

Cuando una de las mujeres a quienes Rachel conocía le pidió que se uniera a unas cuantas de ellas para formar un grupo de concienciación, Rachel pensó que era ridículo. ¿Creían esas mujeres haber estado inconscientes toda la vida? Pero cuando pensó en su horario cotidiano, comprendió que, aunque tenía todas las horas llenas, en realidad estaba sola todo el día. El peluquero, la manicura, la gente que la atendía en las tiendas: ninguno de ellos era en realidad amigo de ella. Siempre había estado decidida a no ser una de esas mujeres que confiaban sus vidas privadas a su peluquero. Rachel nunca había tenido nadie en quien confiar, pero había creído que no necesitaba a nadie y no podía imaginarse contándolo todo ante un grupo de mujeres, a una de las cuales sólo conocía socialmente y las demás eran desconocidas. ¿Ella que nunca había concertado citas a la hora del almuerzo porque prefería dormir y porque ya tenía que soportar a bastantes mujeres aburridas casi todas las noches, se iba a reunir a mediodía, en Parque Central Oeste, con un grupo de concienciación? Y

bien, ¿por qué no? Lawrence siempre le decía que debía tener amigas. Era hija única, ni siquiera tenía una hermana. Así, pues, aceptó y se prometió no reírse de ellas, aunque estaba segura de que tendría ganas de hacerlo.

Quiso vestirse de modo adecuado para asistir a una sesión destinada a concienciarse y, en la creencia de que todas militarían en el movimiento de liberación femenina, se compró unos tejanos desteñidos, una camiseta y unas zapatillas y lo cubrió todo con su abrigo de visón. (No pensaba congelarse para no desentonar). No se maquilló y se recogió el cabello dentro de una ligera bufanda de lana. Con sus grandes lentes para el sol, parecía de nuevo una modelo con ese atavío, pero fue lo mejor que pudo hacer. Tomó un taxi. No era tan tonta como para cruzar el parque, ni siquiera de día. Los muchachos que la asaltaban a una eran cada vez más jóvenes. ¿Qué se había hecho de la escuela?

—Me alegro tanto de que hayas venido —dijo Millie, la mujer a quien conocía, al abrir la puerta.

Era en uno de esos enormes apartamentos del West Side, tan grande como el de Rachel, pero nada elegante. Había otras seis mujeres sentadas en el cuarto de estar; todos los tamaños y formas de mujeres embutidas en toda clase de vestimentas. Lo único que todas tenían en común es que parecían haber nacido en la década de Rachel.

Rachel les fue presentada con nombres de pila, ocupaciones, edades y estado civil.

—¿Cómo debo designarte? —preguntó Millie—. ¿Cómo ama de casa?

—No lo sé.

—Rachel fue modelo, ahora está casada. Treinta y cinco años. Sin hijos.

La mujer que vivía en el apartamento había preparado una bandeja con café y emparedados porque las que trabajaban habían renunciado a sus horas de almuerzo para asistir a la reunión. Rachel, que acababa de desayunar, le dio las gracias y encendió un cigarrillo. Pocas veces fumaba, pero estaba nerviosa.

—En mi opinión, es una buena idea reunirnos así —dijo Millie—. A mí, por ejemplo, me enseñaron a que nunca confiara en otras mujeres y a que no las apreciara de verdad. Cuando salíamos con muchachos, las demás muchachas eran competencia; después, cuando todas estuvimos casadas, nunca confié en ninguna de las mujeres del grupo si dejaba de pertenecer a él al divorciarse...

Todas rieron.

—Una mujer divorciada me quitó a mi esposo —dijo una mujer pechugona, una psicóloga—. O, al menos, eso creía hasta que recordé que nadie quita a nadie salvo que ya se haya ido. Comprendí que todo lo que decía a mis pacientes eran cosas que creía con la mente, pero que tenía el corazón tan lleno de culpa y de prejuicios como ellos. Tal vez más.

—No sé por qué es tan importante tener marido —dijo una divorciada flaca que se llamaba Pat—. Yo abandoné a mi esposo, no él a mí. Y tampoco había otro

hombre. Sólo quería poder pensar en mí misma, para variar, en vez de adaptar toda mi vida a lo que él quería, a cuidar de su comodidad, a protegerlo de la realidad.

—Creo que las mujeres son más capaces de afrontarla realidad que los hombres —afirmó Millie.

—En realidad, y para empezar, no hay diferencia entre hombres y mujeres —dijo Anne, una maestra de baile—. Pero toda la vida nos han enseñado que somos diferentes y que ellos son mejores. Aquí, deberíamos empezar diciendo en cuántos aspectos las mujeres superamos a los hombres y, entonces, cuando nos sintamos muy bien, podremos deducir cómo arreglarnos sin ellos.

—¿Por qué tenemos que arreglarnos sin ellos? —barbotó Rachel.

Todas se volvieron a mirarla.

—Hay que poder arreglarse sin ellos para poder arreglarse con ellos —dijo la psicóloga de voluminoso busto.

—¡Bravo, bravo! —aplaudió alguien.

Rachel se acurrucó en el sofá y encendió otro cigarrillo. Contempló el Parque Central por la ventana y se preguntó si nevaría. El cielo estaba espantosamente gris. Si nevaba, jamás encontraría un taxi para regresar a casa. Esas mujeres eran terriblemente solemnes... ¿No era cómica la vida? Había que tener sentido del humor para sobrevivir. Si no se burlaba mentalmente de algunas personas mientras les mentía y halagaba, no podría soportarlo.

—A mi esposo nunca le importó lo que yo deseaba en la cama —estaba diciendo una de las mujeres—. Cuando se lo dije, intentó hacerlo, pero era tan evidente que procuraba ser amable, que los dos nos enojamos.

—En cuanto a mí concierne, puedo hacérmelo mejor yo sola —dijo Pat.

Las otras mujeres sonrieron y algunas asintieron con la cabeza.

—Las mujeres son mucho más sexuales que los hombres —opinó Millie—. Todos los libros lo dicen.

—Todas mis amigas lo dicen —dijo alguien, y todas rieron.

—Escuchad —dijo Anne, la maestra de baile—, ¡estoy tan harta de que la gente menosprecie a las mujeres que no tienen un hombre al lado! No necesito a un hombre para ser alguien. De todos modos, me gustan más las mujeres. Con una mujer se puede hablar, somos más cariñosas, más comprensivas, y si me enamorara de una mujer y ella de mí, probablemente tendríamos una relación amorosa y sexual más satisfactoria que la que tendría con cualquiera de los hombres con los que tuve relaciones.

«Oh, esperad a que llegue a casa y se lo cuente a Lawrence», pensó Rachel, encantada.

—¿Alguna vez lo hiciste? —se oyó decir—. ¿Tener una...?

—¿Un enredo amoroso con una mujer? Lo estoy pensando.

—Creo que debemos ser libres de hacer lo que queramos, pero no debemos hacer nada impulsadas por la ira —dijo la psicóloga—. El objeto de reunirnos aquí es

expresar nuestra ira y librarnos de ella.

—¿Qué tiene de malo la ira? —preguntó Pat—. Yo estoy enfurecida.

Algunas mujeres aplaudieron. Rachel miró ociosamente el cuerpo de la maestra de baile. Probablemente había sido bailarina y su cuerpo todavía era bello, flexible y delgado. Rachel no podía imaginarse a sí misma deseando acostarse con ella, pero sí le hizo pensar que debía ir con más frecuencia al gimnasio. Dos tardes por semana no bastaban. En adelante se levantaría temprano todas las mañanas e iría todos los días.

La reunión concluyó a las dos. Al otro lado de la ventana, el cielo se presentaba oscuro y amenazador. Las mujeres que trabajaban salieron deprisa para volver antes de que el mal tiempo las obligara a retrasarse. Rachel se disponía a coger el abrigo cuando sintió sobre el brazo la mano de Millie, que le susurraba:

—Ayudemos a Bárbara a fregar los platos. No tiene criada. Será una amabilidad por nuestra parte.

—Por supuesto —dijo Rachel.

—¿Qué te ha parecido la reunión? —preguntó Bárbara cuando llevaban los platos y tazas a la cocina.

Rachel se disponía a mentir como de costumbre, diciendo que le había gustado, pero después decidió no hacerlo.

—Creo que si supieran de qué estuvieron hablando aquí durante dos horas —dijo—, cada una de ellas habría llevado su plato y su taza a la cocina y los habría lavado, o, por lo menos, los habría puesto en el fregadero.

—Pero si tengo máquina lavaplatos —dijo Bárbara.

«¡Qué triviales son todas!», pensó Rachel cuando por fin estuvo sola en el ascensor. Millie se había quedado con su amiga Bárbara para continuar solas la discusión. Rachel se subió el cuello del abrigo y decidió caminar por el Parque Central Oeste para tomar un poco de aire. Allí no corría peligro y seguiría por el Parque Central Sur y, luego, por la Quinta Avenida hasta llegar a casa, evitando así pasar por el parque. Estaba nublado, pero no llovía y le hacía falta el ejercicio para elaborar las sensaciones que no lograba situar del todo.

No había esperado nada de la reunión y, sin embargo, se sentía estafada. Había ido en busca de amigos, no de un sitio donde poder formular acusaciones. ¿Era eso la amistad? Tal vez, pero no de la clase que ella deseaba. Quería una amiga con quien reír, con quien sentirse cómoda. Cuando era pequeña en Kansas City, había tenido una amiga del alma, y, ahora de pronto, al cabo de tantos años, la echaba de menos, aunque sabía que ambas habían cambiado y ya no tendrían nada en común. «Tengo que encontrar una nueva mejor amiga», pensó.

¿Quién podría ser? Admiraba a Margot King, pero Margot estaba tan atareada con sus programas de televisión, y ahora con Kerry, que no necesitaba una nueva amiga del alma. Además, Margot tenía a Ellen Rennie. Rachel advirtió que en ese preciso momento pasaba frente al edificio de apartamentos donde vivía Ellen. Ellen y Margot hasta vivían cerca una de otra. Era hermoso tener una vieja amiga de la escuela, pero

ella no tenía ninguna en Nueva York. ¿Y Nikki Gellhorn? Rachel también había admirado siempre a Nikki. Ahora que Nikki acababa de mudarse a su propio apartamento en la ciudad, dispondría de más tiempo. ¡Quizá pudieran ir juntas al gimnasio! «Eso sería un gran incentivo para mí —pensó Rachel—. Lograré que Nikki vaya a mi gimnasio. Podemos ir por la mañana, antes de que ella vaya a la oficina y entonces llegaremos a conocernos mejor, y podremos beber una copa juntas a veces, cuando Lawrence esté bebiendo con sus amistades masculinas, y podremos hablar». Nikki siempre disfrutaba tanto de todo, sería tan divertida.

Hasta que se detuvo a esperar el cambio de luz del semáforo, Rachel no advirtió que la calle estaba desierta salvo por un hombre que la seguía. Cuando ella se detuvo, él lo hizo al otro extremo de la larga calle y la miró. No pudo ver quién era. Si la seguía, ¿por qué se detenía? Si quería arrebatarle la cartera, ¿por qué no iba en su busca? Empezó a cruzar la calle, y, cuando llegó al otro lado, miró hacia atrás con rapidez y vio que la seguía de nuevo. «¡Oh, qué tontería! —pensó—. Va en la misma dirección, nada más...». Pero, para ponerlo a prueba, volvió precipitadamente la esquina y entró en una tienda española de comestibles que vio allí. Mientras hurgaba entre las latas de alimentos exóticos que se alineaban en los estantes, miró por el escaparate y vio que el hombre se había detenido en la esquina y miraba hacia la calle por la que ella acababa de tomar. Después, desapareció.

Rachel salió de la tienda y regresó al Parque Central Oeste. Se sentía confusa. En Nueva York era fácil volverse paranoica por cualquier cosa. El hombre parecía bien vestido, por lo que pudo ver de él a semejante distancia. No parecía un ladrón. Tal vez tan sólo la hubiera tomado por una persona famosa, vestida con tan extraño atavío. La Garbo, Jackie Kennedy... De todos modos, detuvo al primer taxi que vio.

Por un momento, creyó que ella le había reconocido. Sintió que la adrenalina vibraba por todo su cuerpo; pánico, culpa y luego deseo de nuevo. No sabía qué lo había impulsado finalmente a seguirla esa mañana. Hacía mucho tiempo que jugaba con esa idea, pero era demasiado arriesgado y, además, infantil. Sólo quería saber qué hacía ella durante todo el día. Podría habérselo preguntado, por supuesto, pero tal vez a ella le hubiera parecido extraño. No se debía preguntar a una mujer qué hacía durante todo el día; lo interpretaría como una crítica o como un intento de conquistarla. Así, pues, aquel día había decidido tomarse la mañana libre y verlo con sus propios ojos. Le gustaba que hiciera mal tiempo porque mantenía a la gente alejada de las calles, a menos que fueran de prisa a alguna parte, y él podría estar solo con ella. Cuando vio que Rachel salía del edificio vestida con esa especie de disfraz, tomó un taxi y siguió al que ella había tomado; y cuando ella entró en el edificio de Parque Central Oeste, la esperó. En ese edificio había muchos médicos; confió en que no estuviese enferma. Esa mañana se la veía tan pálida, que deseó tomarla en sus brazos y hacerla feliz. Se limitaría a decirle... ¿qué? ¿Qué quería robársela a su esposo? Pero no era eso lo que

quería. Si Rachel fuera la clase de mujer capaz de engañar a su marido, no sería la mujer a quien él veneraba. Estaba convencido de su fidelidad. Nunca llegaría a ser como otras mujerzuelas. Eran todas unas farsantes y unas sanguijuelas, todas, incluida su propia esposa. Sus escrúpulos le habían llevado a caer en una trampa. No tenía modo alguno de obtener a Rachel. Si intentaba tener un amorío con ella y ella aceptaba, ya no la desearía.

Recientemente, había tenido una nueva fantasía acerca de ella. En ella, él llevaba puesta una máscara de esquiar, de modo que Rachel no lo reconocía, y la seguía a su apartamento cuando estaba sola y entonces la violaba. Ella se le resistía, aterrada. Él la dominaba, pero completamente contra su voluntad. Seguía impoluta. Él no le hacía daño, la enfurecía, nada más. Pero ella se enfurecía contra el desconocido que ocultaba el rostro con una máscara de esquiar, no contra él. Seguiría siendo uno de sus amigos, uno de esos amigos a quienes ella invitaba a su casa. La fantasía era sumamente satisfactoria en un aspecto, porque le hacía eyacular, pero en otro aspecto no lo era. No sabía por qué, pero esperaría. En los últimos tiempos, su vida seguía su propio curso, y le mostraba lo que quería sin que él tuviera que comprender nada hasta que ocurría.

Marzo, 1975

EL ACTUAL AMANTE DE Ellen Rennie se llamaba Jim Vector, era ejecutivo de publicidad y tenía esposa y tres hijos en Scarsdale. Aunque su hija Jill lo consideraba pálido y fofo, Ellen pensaba que era bien parecido, cautivador, considerado y excelente en la cama. Siempre le provocaba tantos orgasmos, que ella creía desmayarse. Ya hacía un año que se entendían y para celebrarlo se encontraron a tomar unos cócteles en los oscuros y elegantes nichos del bar del «Hotel Plaza», en una mesa junto a la ventana, desde donde podían contemplar el parque cuando no se miraban a los ojos. Ellen supuso que Jim habría dicho a su esposa que otra vez debía trabajar hasta tarde. Ella le había dicho a Hank que debía encontrarse con un compañero de la oficina. No importaba que los viera algún conocido de Hank. Su esposo nada sabía del trabajo de ella, como tampoco la esposa de Jim sabía nada del suyo, según imaginaba Ellen. ¡Cuánto más abiertos estaban los canales de comunicación con la gente con la que no se estaba casado!

Después de cenar, irían a «su» motel; o tal vez ni siquiera se molestaran en cenar. Jim había querido ser audaz y alquilar una habitación en el «Plaza», pero Ellen se había negado, estremeciéndose.

—Algo horrible me pasó allí en mi noche de bodas —dijo—. No podría volver a ese sitio.

—¿Qué, amor mío, qué? Dime.

—No... No quiero hablar de ello. Ni siquiera contigo.

«Mejor dicho, sobre todo, contigo», pensó irónicamente Ellen. Esa «Cosa Horrible» era lo que siempre le hacía a Jim con gran goce por ambas partes. ¡Pero entonces había sido tan joven y tan inocente! Era como si todo le hubiera ocurrido a otra persona que, por pura casualidad, usaba el cuerpo de ella.

—Por eso tu matrimonio anduvo mal desde el principio —dijo él.

—Ésa fue la razón principal —asintió ella.

—¡Le daría un puñetazo!

Ellen puso suavemente una mano sobre la de Jim y se la llevó a los labios.

—No. Olvídate de Hank.

Esa noche, en el bar, Jim pidió champaña. Los recuerdos de Ellen sobre su traumática noche de bodas no incluían un rechazo del champaña. Brindaron por el hermoso año que habían pasado juntos.

—La gente nos creerá ricos —dijo Ellen.

—Les diré que acaban de ascenderte.

—¡Ojalá fuera cierto...! Tengo ideas tan buenas para publicidad. Me siento desperdiciada. Pero sólo hace dos meses que empecé... Dijeron que muy pronto me darían un trabajo de más responsabilidades. ¡Qué extraño! Hace dieciocho años estaba desperdiciada en mi trabajo y todavía se utilizan mal mis capacidades. Las posibilidades que tienen las mujeres no son tan buenas como dice la gente.

—Esta noche, no hablaremos del despacho —dijo Jim, y se sonrieron.

—Esta noche es para nosotros y nada más —dijo Ellen.

—Tengo una sorpresa para ti —continuó él—. Se lo dije a mi esposa...

Ellen sintió que el vello de la piel se le erizaba. De haber sido un animal con púas, las habría tenido todas de punta.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó con voz chillona.

—No temas. Tuve que decírselo. No podía soportarlo más. Le dije que te amo y que quiero el divorcio.

—Oh, no —dijo Ellen—. No.

—Eres una mujer tan buena y afectuosa —dijo Jim—. Ya sé que no quieres hacerle daño... Pero yo no puedo seguir así. No sirvo para fingir. Quiero casarme contigo.

Lo había estropeado todo. ¡Vaya regalo de aniversario! ¿Cómo podía haber cometido semejante estupidez?

—No puedes abandonar a tus hijos —dijo Ellen—. Y yo no puedo abandonar a las mías. Ellos no tienen la culpa de que nos hayamos enamorado.

—Yo estoy dispuesto a abandonar a mis hijos —afirmó él—. Y tú puedes conseguir la custodia de las tuyas. Pueden venir a vivir con nosotros. Me gustaría que tus hijas vinieran a vivir con nosotros.

—No lo comprendes. Mis hijas adoran a su padre. Se angustiarían...

—Los niños son bestezuelas egoístas —afirmó Jim—. Si tienen dos padres que se empeñan por partida doble en compensarles, no les importa que se divorcien.

Ellen suspiró profundamente y soltó su mentira.

—Precisamente la Navidad pasada, Jill, mi hija mayor..., ya sabes, ésa tan hermosa a la que conociste, se me acercó y me dijo: «Mamita, prométeme que tú y papá no os separaréis nunca. Quiero que seamos una familia». ¿Cómo podría lastimarla?

Jim miró su vaso; cuando la miró, tenía lágrimas en los ojos.

—Ellen, mi esposa... lloró toda la noche. Después, dijo que, a pesar de todo, se quedaría conmigo. Está al corriente de lo nuestro y dispuesta a quedarse conmigo pase lo que pase. ¿Por qué somos tan insensibles?

—Yo no soy insensible.

—Yo, sí. La abandonaría aunque ella está dispuesta a quedarse conmigo. Dijo que tenía la esperanza de que dejara de verte, pero que no lo exigiría. Dijo que incluso aceptaría eso.

—Parece ser una mujer magnífica. No debes seguir hiriéndola —dijo Ellen.

—Escucha, ¡si yo pudiera hablar con Jill! Podríamos ir todos juntos a alguna parte, al zoológico o no sé dónde, y así ella llegaría a conocerme...

—A los dieciséis años se es demasiado mayor para ir al zoológico —dijo Ellen con frialdad.

—Bueno, bueno, la llevaremos al teatro. ¿Al ballet? La llevaremos al «Salón Arco Iris».

—Eres el hombre más cruel que he conocido en mi vida.

—No. Sólo quiero hacer lo que sea correcto.

—Entonces, no me pidas que rompa el corazón de mis hijas —dijo Ellen.

Su pánico empezaba a ceder y sentía que de nuevo controlaba la situación. Jim podía volver y decir a su esposa que estaba dispuesto a intentarlo de nuevo. No era demasiado tarde. Jim era demasiado impetuoso..., eso formaba parte de su encanto, pero también de su perdición. Jamás podría casarse con él. Tal vez les diera a sus hijas todo lo que de mejor había en el mundo, pero no era el padre que ellas querían. Querían al viejo y predecible Hank.

—Ya sabes cómo son las niñas —continuó—. Creen que su padre es perfecto... No lo ven como yo. Yo encuentro que Hank es aburrido, ellas lo encuentran brillante. Pero, ¿comprendes, cariño?, como padre es brillante. No quiero que ellas lleguen siquiera a sospechar lo nuestro.

—¿Crees que Jill sospechó al vernos?

—Quizás. Acaso por eso dijo lo que dijo. Creo que tú y yo deberíamos tener más cuidado.

Jim paseó la vista por el bar.

—Aquí no hay nadie a quien conozca. De ahora en adelante, iremos a sitios muy apartados.

—Creo que no deberíamos vernos por un tiempo —dijo Ellen. Vio que el color abandonaba el rostro de Jim, habitualmente pálido, hasta que, por un momento, temió que sufriera una trombosis coronaria.

—Eso es una tontería —dijo él.

—No, no lo es. Estamos demasiado enamorados y perdemos el sentido de la realidad. Lo nuestro se está volviendo demasiado peligroso.

—A mi esposa no le importa.

—No quiero que la abandones —dijo Ellen—. Dile que harás un nuevo intento. ¿Por favor? ¿Lo harás por mí?

—Pero, ¿cuándo te veré?

—No lo sé —dijo ella—. Estoy tan confusa y alterada... Acabo de recordar el rostro de Jill, y...

—¡Qué buena eres! —dijo él con tristeza—. Te has sentido culpable durante todo este tiempo... ¡Qué terrible habrá sido para ti! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te deseaba.

—Yo te deseo ahora.

—También yo te deseo —dijo Ellen.

Jim tenía lágrimas en los ojos; Ellen esperó que no se echara a llorar en público. Si lloraba, la contagiaria; siempre le pasaba eso. ¡Cómo se autocompadecía! ¿Por qué estaría condenada a sacrificarse sin cesar? Una cometía una estupidez —casarse con quien no debía— y después lo complicaba teniendo hijos, porque para eso era la boda, y entonces quedaba atrapada para siempre. Sabía que no podría volver a ver nunca más a Jim, porque era demasiado imprevisible, demasiado emocional, demasiado peligroso. Las mismas cualidades que lo hacían excitante para ella hacían que sus amores se destruyeran solos. ¿Por qué le pasaba siempre lo mismo?

Jim pagó la cuenta y salieron. Fueron al motel, donde hicieron el amor durante horas. Ellen quería que fuera perfecto, para poder recordarlo siempre.

—Nunca renunciaré a ti —dijo él—. Nunca.

—Lo sé —murmuró Ellen, como si le hablara a un niño. Todos decían eso.

Marzo señalaba el comienzo de la primavera y señaló el comienzo de la nueva vida de Nikki Gellhorn en su apartamento neoyorquino. Mientras que en el campo había sido más bien desordenada aquí era imaculada. Todo era suyo y quería protegerlo. Tenía muchos libros de la editorial para la que trabajaba y trajo los que más le gustaban, además de aquellos en los que había colaborado con los autores. Los dispuso en orden alfabético en los estantes que había colocado como los de la Biblioteca Pública, pero todos sus libros estaban nuevos y limpios. Compró unas cuantas láminas y fotografías que le gustaban y las hizo enmarcar en plástico transparente, de modo que parecían flotar sobre las blancas paredes. Compró un pequeño aparato de televisión en colores para su dormitorio y una blanca alfombra esponjosa para poner ante la chimenea. El sillón de cuero de Bloomingdale era un modelo de muestra que se vendía, de modo que fue doblemente afortunada, ya que ello significaba una entrega inmediata. En un arranque de extravagancia, fue a «Tiffany's» y compró cuatro juegos individuales de porcelana china Dragón Rojo. No esos horrendos y sobrecargados cubiertos de boda que tenía en el campo y jamás utilizaba, vajilla para Dios sabe cuántas personas que no le gustaban lo suficiente como para invitarlos a su casa, y tampoco los descascarillados platos cotidianos que no hacían juego y que había adquirido durante los años de crecimiento de sus hijas; éstos eran «sus» platos, para «ella» y para «sus» amigos cuidadosamente elegidos. Se servirían las comidas en una mesa de cristal y cromo que hacía las veces de escritorio para despachar el trabajo que se traía de la oficina. Hacía años que no compraba sábanas y quedó consternada al ver qué caras se habían vuelto. Cuando terminó de decorar el apartamento, su cuenta bancaria estaba casi a cero, pero era su cuenta bancaria, no la que compartía con su marido.

Robert nunca había visto su apartamento. Se mantuvo inflexible. Ella intentó mencionarlo dos veces en los fines de semana, cuando estaban juntos, pero él la rechazó con una mirada llena de silenciosa cólera. Nikki se dijo que Robert tenía tanto derecho a su cólera como ella la había tenido a la suya, pero, en su fuero íntimo, su actitud la hirió y la ofendió. «Sólo él quiere compartir, poner las condiciones», pensó. Por primera vez desde que estaban casados, no se sentía sexualmente atraída por él. Sabía que el deseo se había desvanecido con su ira. Mientras que una parte de ella quería ser mejor esposa cuando estaba en casa, la otra parte le preguntaba por qué se consideraba obligada a apaciguarlo sin cesar. Antes, cuando vivían juntos toda la semana, se había sentido libre de decirlo cuando no deseaba tener relaciones sexuales. Ahora, se sentía obligada a hacerlo cada vez que él quería, pero no podía responder, porque ahora parecía tan extraordinariamente importante que respondiera más.

Él interpretó mal su falta de ardor y la acusó de tener un amante.

—¡Estás loco! —exclamó Nikki.

—Es todo tan evidente —dijo él—. Querías tener tu propia casa y ahora eres libre de hacer lo que te plazca. Ya no me necesitas. Le tienes a él. Nunca pudiste ocultarme nada.

—No te estoy ocultando nada, grandísimo burro. Si tuviera un amante, que no lo tengo, te lo diría.

—Me llamas loco y burro —dijo Robert—. Muchísimas gracias. ¿Después me llamarás cornudo?

—¡Me enfureces tanto que voy a matarte! —gritó Nikki.

Su voz pareció despertar ecos en la habitación. Ambos se miraron con fijeza. Maldito sea, maldito abogado, con todas sus palabras exactas. Maldita sea su mente literal. Probablemente, ahora estaría imaginando cómo podría asesinarlo: ¿arma de fuego o veneno? Inexplicablemente, Nikki experimentó el deseo de reír, pero en cambio, como sabía que esto lo pondría furioso, lloró. Era algo que siempre daba resultado.

—No llores —dijo él.

—Estoy tan sola..., no te importa nada de mí —sollozó Nikki. La alteraba tanto tener que llorar para conquistarlo, que eso la hacía llorar de verdad. No podía dejar de llorar. Robert se inquietó seriamente. La tomó en sus brazos.

—No llores, Nikki. Lo siento. No debí gritarte. ¿Quieres ir a casa?

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—No tengo un amante, y ahora tú estás enojado conmigo y eres malo conmigo y ya no te tengo de mi lado y estoy sola.

—Siempre estoy de tu lado —dijo él, golpeándole suavemente la espalda y acariciándole el mojado cabello.

Luego, le entregó un trozo de «Kleenex» para que se sonara la nariz.

—Ni siquiera vienes a ver mi bonito apartamento.

—Casi nunca voy a Nueva York —dijo él.

—¿Ni siquiera experimentas curiosidad?

—Claro que sí —repuso él.

—Podría darte una llave.

—Si te gusta.

—¿No quieres una llave? —preguntó ella.

—Es tu apartamento, tú lo pagas. A ti te toca decidir.

Nikki, que había dejado de llorar, se puso zalamera.

—¿No tendrías la sensación de que eres mi amante, si tuvieras una llave?

—Me haría sentir castrado —dijo Robert.

—¿Por qué?

—Porque deberías tener tú una llave de mi apartamento.

—La tengo. De esta casa.

—Esta es nuestra casa —dijo él.

—Robert, basta, basta, basta de comportarte de un modo tan horrible, deja de ser tan preciso. Usas las palabras como armas. Siempre estás buscando matices. Por amor de Dios, ¿ya no podemos limitarnos a sentir las cosas?

—Eres tú quien tiene problemas de insensibilidad —dijo él. Nikki no contestó. No deseaba decir nada.

Pero, cuando estaba en Nueva York, durante la semana, se sentía feliz. Concluido el trabajo, se encontraba con amigas y autores para ir a beber, llevaba a ciertos invitados por asuntos de negocios a cenar en vez de almorzar, e iba a nuevos restaurantes que siempre había querido probar. Descubrió que vivir sola en la ciudad tenía una gran desventaja: si no tenía una cita con nadie para cenar, se deprimía. Sus días estaban ocupados y era maravilloso volver a su pequeño apartamento, darse un baño, ver el noticiario nocturno, cambiarse de ropas, pero necesitaba salir. La idea de comer sola casi la asustaba. Aunque tuviera un manuscrito para leer por la noche, prefería cenar rápidamente con una amiga a sentarse en la cama con un yogur y el manuscrito. No tenía ganas de cocinar para ella sola. Nunca había cenado sola. Primero lo había hecho con sus padres; después, en el internado; luego, se había casado con Robert. Incluso en las pocas ocasiones en que había tenido que trabajar durante la cena, había tenido la compañía de las mellizas. Asociaba las comidas con amor y conversación. El televisor no era un sustituto adecuado.

Contó a Margot su tonto problema, pero Margot se rió.

—Ahora ya lo sabes —le dijo—. Lo mejor de mi relación con Kerry es saber que estará allí por la mañana para desayunar conmigo y que cenaremos juntos todas las noches.

—Quieres decir que no soy rara —dijo Nikki.

—Rara, no. Estás sola, eso es todo. En nuestra cultura, comer es un acontecimiento social. Lactancia, amor materno y todo eso. Una vez, hice una

pequeña crónica al respecto en el programa. Eso de que los viejos que viven solos no cocinan y se desnutren. Se deprimen tanto, que no les importa.

—De todos modos, compro demasiado en el supermercado —dijo Nikki.

—Eso es mejor que lo que yo hacía antes de conocer a Kerry... No compraba nada. Vivía a base de requesón y helado.

—Una noche, os llevaré a los dos a cenar —dijo Nikki—. Lo cargaré a mi cuenta de gastos. Puedes decir a Kerry que estoy intentando robarlo a su editor.

—Nos encantaría.

Llamó Rachel Fowler diciendo que quería que Nikki probara su nuevo gimnasio. Nikki se inscribió en él para hacer dos sesiones semanales por la mañana, antes de ir al trabajo. Rachel tenía un cuerpo envidiable y flexible, pero no era muy grácil. Nikki tenía el doble de energía que ella. Con todo, se inscribieron en las mismas clases. Tenían de compañeras a dos sesentonas que habían ido toda la vida a clases de gimnasia y eran mejores que ellas. A Nikki le encantaba levantarse temprano para ir al gimnasio y ocuparse de su cuerpo, en lugar de levantarse para viajar. Se había habituado tanto a despertarse a las seis, que siempre lo hacía antes de que sonara el despertador, a las siete.

Le gustaba Rachel, sobre todo en malla de gimnasia, avergonzada porque no podía tocarse los dedos de los pies.

—Oye —le decía Nikki—, si la malla de gimnasia me quedara tan bien como a ti, no me importaría no poder tocarme las rodillas.

—Preferiría ser lista a ser linda —dijo Rachel.

—Creo que eres ambas cosas.

Rachel se ruborizó de veras.

A veces, cuando el trabajo obligaba a su marido a retrasarse, Rachel invitaba a Nikki a beber en su apartamento. Sin embargo, eso dejaba todavía sin resolver el problema de la cena; así, pues, Nikki pidió a Rachel que saliera a cenar con ella.

—¿Quieres decir que deje solo a Lawrence?

—¿Por qué no? El sale con los muchachos, tú puedes salir con las muchachas —dijo Nikki soltando una risita, una costumbre que había adoptado años atrás para disimular que hablaba en serio—. Que sepa que tienes una vida propia... Nos divertiremos más sin él.

—Oh, me gustaría de veras —dijo Rachel, vacilando.

—Que te eche de menos un poco.

—Él quiere que yo tenga amigas...

—Yo soy tu amiga. Vamos, seré yo quien salga contigo.

Fueron a un restaurante donde conocían a Nikki. Comieron cosas que engordaban, compartieron una botella de vino y pagaron la cuenta a escote.

—Nunca como así —dijo Rachel, mostrándose complacida y horrorizada al mismo tiempo—. Siempre estuve a dieta, toda mi vida.

—Esto te hace bien de vez en cuando —dijo Nikki empleando ahora su voz maternal—. Eres demasiado formal... Tienes el cuerpo más bello que he visto y una comida no le hará daño.

—De verdad que lo estoy pasando bien —dijo Rachel cuando se demoraban con los restos del café.

Miró su reloj.

—Deja de pensar tanto en él —dijo Nikki—. Tienes permiso para acostarte tarde. Eres una muchacha mayor.

—Me siento tan culpable...

—¿Por qué? ¿Acaso se siente él culpable cuando te deja sola?

Rachel negó con la cabeza.

—Supongo que es diferente. El sale para mantenerme.

—Pues déjame que te hable de negocios, amiga mía. La mitad de esas reuniones son pura palabrería. Se reúnen porque quieren hacerlo. Podrían tramitar negocios en la oficina, por la mañana. Pero beber, comer y contarse chistes forma parte del juego que inventaron para alejarse de sus esposas.

—¿Por qué se casan entonces? —preguntó Rachel.

—Les convenimos.

—Creía que tu matrimonio era muy feliz.

—Y así es. Sólo que he trabajado la mayor parte de mi vida de adulta y conozco a los hombres casados.

—Es como si tú y yo estuviéramos en lados opuestos de la luna —dijo Rachel—. Yo los veo cuando representan un papel y tú los ves cuando representan otro. El único hombre a quien he conocido que es completamente sincero conmigo es Lawrence. Cuando no me hace caso, por lo menos es sincero.

—Oh, los maridos descuidan constantemente a sus esposas —dijo Nikki.

Rachel la miró con cierta sorpresa.

—Nunca te conocí a fondo, Nikki. Estás llena de ira, ¿verdad? —A veces.

—¿Qué piensa tu marido de que tengas una vida propia en Nueva York?

—Lo detesta.

—Pero tú lo haces, de todos modos.

Nikki se encogió de hombros y le sonrió.

—Si uno de nosotros se tiene que enojar, mejor que no sea yo.

—Te admiro de verdad —dijo Rachel.

Dice «de verdad» cada dos frases. Me pregunto si es «de verdad» tan tonta como parece.

Cuando salieron a la calle, Rachel buscó inmediatamente un taxi. El restaurante no tenía portero. Era una noche agradable, nada fría.

—Caminemos —dijo Nikki.

—¿Caminar? —repitió Rachel, horrorizada.

—Sí, caminar. Así podrás eliminar algunas calorías.

—No podemos andar por aquí a pie, de noche —dijo Rachel.

—Yo pensaba volver a casa a pie. Siempre lo hago.

—Nikki, nadie anda a pie por Nueva York, de noche.

—¿Quiénes son todas esas personas, entonces? ¿Fantasmas?

—Caminemos hasta la esquina, consigamos un taxi y te dejaré en casa.

A Nikki le pareció cómico cómo Rachel miraba a todos lados mientras se dirigían hacia la esquina. Se diría que alguien iba a materializarse detrás de un recipiente de basuras y echársele encima. Consiguieron un taxi y fueron primero al edificio donde vivía Nikki.

—No sé por qué no tienes portero —dijo Rachel.

—Rachel, quizá no lo sepas, pero la mayoría de la gente no tiene portero. La mayoría tampoco tiene coches con chófer.

—No te burles de mí. ¿Soy culpable de estar casada con un hombre rico?

—En tal caso, puedes pagar el taxi —dijo Nikki, riendo, y se despidió de Rachel con un beso—. Dile a Lawrence que esta noche tuviste una cita maravillosa.

—La tuve —dijo Rachel—. De verdad que la tuve.

Nikki aún sonreía cuando entró en el edificio y subió corriendo ágilmente las escaleras hasta su apartamento. Cuarenta y dos años y no pierdo ni un poco el aliento, pensó con orgullo. Llegaba a tiempo para ver los programas de las diez en la televisión. Esa noche pasaban su programa favorito, el que Robert detestaba; siempre la obligaba a apagar el aparato si estaban viendo la televisión juntos desde la cama. ¡Vivir sola tenía ciertas ventajas!

Acababa de introducir la llave en la cerradura de su apartamento cuando advirtió que toda la cerradura estaba suelta. Cuando la tocó, se movió en su mano. El corazón le dio un vuelco. Todo eso le había parecido irreal, como las estadísticas, pero ahora... Alguien había intentado forzar la entrada y había sido ahuyentado, o tal vez habría entrado. Acaso todavía estuviera adentro. De repente la inundó la cólera. ¿Cómo se atrevía alguien a entrometerse en su vida, desordenar sus cosas, las cosas que ella amaba? Abrió la puerta de un empujón y entró en el apartamento.

En el cuarto de estar no había nadie, ni había estado nadie. Fue al dormitorio, a la cocina, y miró en todos los roperos. La adrenalina dejó de subir y su furia se apaciguó. No habían tocado nada. ¿Qué demonios haría ahora? No podía llamar a Robert, le daría un ataque. Sería mejor llamar al cerrajero. Tenía un número de teléfono al que llamar en caso de urgencia durante las veinticuatro horas del día.

Cuando llamó, el cerrajero dijo que tardaría más o menos una hora en llegar, porque tenía que venir desde Queens.

—Mire, usted acaba de colocar esta cerradura —dijo Nikki—. Me costó cincuenta dólares.

—Tendría que hacerle poner una chapa que se atornilla a la puerta por encima de la cerradura —dijo el cerrajero—. Entonces, nadie puede arrancarla.

—¿Ahora me lo dice?

—Por lo general, espero a que me lo pidan.

—Tráigala —dijo Nikki.

Se sentó a esperar. Se le ocurrió que era una estupidez quedarse allí sentada, porque el ladrón podría volver. No quería desperdiciar el trabajo invertido en una cerradura de cincuenta dólares. Puso un *cassette* en su aparato para que el ladrón supiera que el apartamento estaba ocupado y se sirvió un gran vaso de vino blanco. ¡Dios santo, cualquiera podía entrar sin más ni más! Decidió llamar a Margot. Margot iría y traería a Kerry; entonces, habría un hombre cerca. Pero el teléfono de Margot sonó y sonó. Habían salido o estaban fornicando. ¡Qué problema! ¿A quién más podía llamar? Ellen le debía un favor por conseguirle el puesto, pero vivía en el West Side, más lejos aún que Margot, y cuando se vistiera y viniera, el cerrajero ya habría llegado... o el ladrón. Llamaría a Rachel. No le gustaba hacer salir de nuevo a Rachel cuando acababa de llegar a casa, pero tampoco le gustaba quedarse sola sentada allí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Rachel—. Llama a la puerta de tu vecino y espera allí hasta que yo llegue.

Nunca se le había ocurrido a Nikki llamar a la puerta de su vecino. Desde que se había mudado a ese apartamento, su mayor alegría había sido la intimidad y el anonimato que el edificio le proporcionaba. Ni siquiera conocía a sus vecinos.

Apuró el vino y salió al pasillo. No le gustaba dejar solo su apartamento; prefería quedarse allí y custodiarlo. En el piso había tres apartamentos. Tocó el timbre del más cercano a ella.

No hubo respuesta. Volvió a llamar. Oyó el ruido de la tapa de la mirilla al ser apartada.

—¿Quién es? —inquirió una voz temblona.

—Nikki Gellhorn, su vecina de al lado.

La puerta se entreabrió apenas, sujeta por una gruesa cadena, pero Nikki no pudo ver a nadie dentro. Después, bajó la vista y vio a una anciana diminuta, de unos cuatro pies de alto y unos ochenta años de edad, que la miraba con ojillos suspicaces, como un mono arrugado.

—¿Qué quiere?

—Alguien quiso entrar en mi apartamento.

—¡Oh! ¿Le han robado?

—Huyeron, pero podrían volver, yo...

¡Crash! La mujer cerró la puerta con violencia aun antes de que Nikki pudiera concluir la frase. Furiosa, Nikki volvió a oprimir el timbre con fuerza.

—Llame a la policía —le dijo por la mirilla la vieja voz—. A la policía.

—Pues ahora ya sé lo que es uno de mis magníficos vecinos —murmuró Nikki.

No quiso molestar a los otros dos. Los reservaría para algo importante de verdad, por ejemplo, para cuando el ladrón le robara el teléfono.

Se abrió la puerta del ascensor y apareció Rachel, con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas. Se precipitó hacia Nikki y la ciñó en un gran abrazo.

—Oh, Nikki, ¡qué susto me has dado! ¿Por qué estás en el pasillo?

—Es algo demasiado largo de contar sin tomar una copa —dijo Nikki, mientras conducía a Rachel a su apartamento.

—Cuánto me alegro de que me hayas llamado —dijo Rachel, arrojando sobre el diván el abrigo de visón—. Me habría ofendido si hubieras llamado a otra persona.

—Bueno, llamé al cerrajero.

—Oh, ya sabes a qué me refiero. Lo que quiero decir es que siento de verdad que tú y yo somos amigas, ahora.

—Y ¿para qué son las amigas, si no? —dijo Nikki soltando una risita.

Abrió una nueva botella de vino. Rachel sorbió el suyo diciendo:

—¡Qué serena eres...! Parece que estemos celebrando algo.

—Pues lo estamos haciendo.

Rachel inspeccionó la cerradura sin tocarla.

—Tal vez la policía pueda obtener algunas huellas digitales —dijo—. Qué lío es la vida, ¿no?

—Creo que, habitualmente, es divertida —observó Nikki—. Lo que ha ocurrido no es tan malo. Es más bien cómico. Tú estás aquí.

—Te admiro tanto —dijo Rachel—. Siempre te admiré.

—Vaya, gracias.

—Cuando volví a casa, Lawrence estaba en su estudio, trabajando, y no quería hablar. Me alegró que llamas. Te echaba de menos.

«No puedo creerlo —pensó Nikki—. ¡Se ha enamorado de mí! ¿Será invertida, acaso? Siempre pensé que la mitad de esta gente de sociedad eran bisexuales».

—¿Qué estás pensando? —inquirió Rachel.

—Nada —repuso Nikki—. Sólo pensaba en que me alegro de que estés aquí, así no tengo que estar sola.

«¿Por qué hago esto? No debería alentarla. Pero me gusta que esté enamorada de mí. Nadie lo estuvo nunca hasta ahora».

Rachel se preguntaba si habría sido demasiado insistente. Tener una amiga del alma es tan complicado cuando ambas son adultas... Los secretos que se compartían eran distintos, tan protegidos. Cuando era pequeña, sentada en su casita en un árbol, con su mejor amiga, le había confiado: «Odio a mi madre»; y su mejor amiga había susurrado: «Yo también odio a la mía». Decían que se querían y lo juraban con sangre. Pero, ahora, una y su mejor amiga estaban separadas por toda una vida de disimulos, y si una se franqueaba sin disimulos diciéndole que la quería, ella creería que una estaba desesperadamente sola y se apartaría.

Sabía que conocía a Nikki tanto como para quererla, pero pensaba en ella sin cesar. Le habría gustado poder ver a través de los ojos de Nikki, ser tan independiente. Ahora, Rachel sentía que había desperdiciado su vida. Ocuparse de la comodidad de Lawrence no bastaba. Él podía emplear a gente para que lo hiciera. Ella debía haber sido alguien por derecho propio, no sólo un eco. Pero no era

demasiado tarde. Nikki era mayor que ella y había aprovechado el momento. Ella también lo aprovecharía y se convertiría en una persona de verdad. Lawrence se alegraría..., no, tenía que dejar de pensar en sí misma a través de los ojos de él; ella se alegraría.

Cuando llamaron a la puerta, ambas saltaron. Nikki había cerrado con cadena la puerta sin cerrojo.

—El cerrajero —canturreó una alegre voz masculina.

Nikki lo hizo pasar. El hombre examinó la cerradura y encendió un cigarrillo.

—Tal vez debería instalar una cerradura con alarma —dijo.

—Con los vecinos que tengo, no —dijo Nikki—. Se limitarían a esconderse bajo la cama.

—Mire, es una buena cerradura. Como le costó demasiado abrirla, trató de arrancarla. Le pondré una de esas chapas que se atornillan atravesando la puerta. Nadie puede sacarlas... Cuanto más empeño se pone, más resistencia se encuentra.

—Muy bien —dijo Nikki—. Hágalo.

—Ahora, estás a salvo, a menos que dejes entrar a alguien —dijo Rachel, sonriendo a Nikki—. Tienes suficiente experiencia para no abrir la puerta a un desconocido, ¿verdad?

—Siempre los dejo entrar —dijo, sarcástica, Nikki—. Los traigo directamente de la calle. Sobre todo, a esos sujetos con tejanos ajustados. Quizá sea un ama de casa de Wilton, pero no soy una palurda.

Cuando el cerrajero hubo instalado la nueva cerradura, Nikki extendió un cheque y el hombre se fue. Rachel se sentía cansada.

—¿Puedo usar el teléfono?

—¿Hace falta que me lo pidas? Me has salvado.

Rachel llamó al servicio de coches para decirles que enviaran uno de inmediato. Nikki la miraba divertida. Tal vez fuera una tontería, pero era tarde y así vivía ella. Les indicó en qué apartamento debía llamar el conductor al llegar.

—¿Qué dijo tu marido cuando saliste corriendo? —preguntó Nikki.

—Dejé sobre su almohada un mensaje con tu número de teléfono, diciendo que tenías una emergencia. Probablemente crea que se trata de algo emocional. No soy el tipo de persona a quien los demás llaman cuando tienen una verdadera emergencia, como un escalamiento.

—No me explico por qué. Te recomendaré a todas mis amigas.

Margot sacó el teléfono del armario y volvió a conectarlo. En otra oportunidad, llamaría al servicio de mensajes. Kerry, que estaba de pie junto al fuego moribundo, se volvió a mirarla.

—¿Pongo más leña, encanto? ¿O nos vamos a dormir?

—Detesto irme a dormir —contestó ella—. Siento que me estoy perdiendo todas esas horas que podría estar contigo...

—Estás conmigo.

—Lo sé, pero como estoy dormida, no lo sé.

—Yo voto por dormir —dijo él bostezando.

«Antes, nos quedábamos conversando toda la noche», pensó ella. Sintió una pequeñísima alarma. Hacía casi tres meses que estaban juntos. Estaba irremediablemente enamorada de él. Pero era imposible que él ya estuviera cansado de ella, no tan pronto. Estaba resignada a que esto sucediera algún día, pero no tan pronto. En realidad probablemente estuviera cansado. No le sorprendería, ya que gastaba tanta energía y casi no comía nada. Ella se tomaba la molestia de ir a tiendas para *gourmets* a comprarle manjares maravillosos, y después él no tenía apetito. Por eso tenía un cuerpo tan bello. No sólo era juventud, era como vivía. O tal vez la amaba tanto como ella a él. Ahora, también ella tenía muy poco apetito. A veces, él se despertaba en mitad de la noche, la miraba, la abrazaba y decía: «Oh, Margot, te quiero tanto».

Llevaba consigo momentos como ése durante días, hasta que volvían a suceder. A veces, en los últimos tiempos incluso podía pasar todo un día con una sensación de seguridad, de que él no la abandonaría, de que, juntos, podrían detener el tiempo. Habría dado cualquier cosa por conseguirlo, habría hecho cualquier cosa, si, tan sólo, hubiera sabido qué hacer.

Abril, 1975

JILL RENNIE SABÍA QUE su madre estaba otra vez al acecho. Había roto con el hombre de cara gris, que telefoneaba a menudo en momentos peligrosos, cuando toda la familia estaba en casa. Jill, que había contestado el teléfono algunas veces, le había compadecido al reconocer la desesperación en su voz. Era un ratón gris, eso era.

—Para ti, mamá —decía con vivacidad.

—¿Quién es? —preguntaba la madre.

—No lo sé —mentía Jill.

Después, se iba a su dormitorio y escuchaba por el supletorio. Había muchos teléfonos internos en el apartamento. Un número era para los padres, el otro, para que Jill y Stacey se pasaran horas hablando con sus amigos. A su padre le gustaban los teléfonos internos y también le gustaban aquellos en los que se apretaban botoncitos cuadrados en vez de marcar el número. La madre decía que eran demasiado costosos y no podían permitirse el lujo de seguir teniéndolos, pero el padre insistía. Jill pensaba que esto era magnífico. Le encantaban los aparatos.

Había perdido seis libras y ya pesaba ochenta y seis. La gente había empezado a notarlo. La primera, por supuesto, fue su hermana.

—Jill, tienes un aspecto horrible —dijo Stacey—. Das miedo. ¿Cuánto pesas?

—¿Qué importa, si me encuentro bien?

—¿Sabes qué pasa cuando te mueres de hambre? Tu cuerpo empieza a comerse su propia proteína. Después, te comerás tu médula espinal y por fin morirás.

—¿Dónde leíste tantas estupideces?

—Jill, ¿ni siquiera tienes hambre?

—Como.

—A ellos puedes engañarlos, pero no a mí. No comes.

—Está bien, no como.

—Si adelgazas más, tendrán que internarte en el hospital y alimentarte a la fuerza —afirmó Stacey.

—Vomitaría y basta —dijo Jill con calma—. Sabes que vomito cuando tengo que comer algo que no me gusta.

—Entonces, te alimentarán por vía endovenosa. Te clavarán agujas en las venas. ¿No te preocupa un poco todo eso?

—En absoluto —respondió Jill alegremente.

—He buscado tus síntomas en un libro de Medicina en la Biblioteca Pública —dijo Stacey—. Tienes anorexia nerviosa adolescente. No la pueden curar. Sólo tú puedes hacerlo. Y si no, te mueres.

—Bueno, de eso nos preocuparemos más tarde —dijo Jill—. ¿Por qué no sales y juegas al doctor con algún lindo muchachito?

—Te llevarán a Payne Whitney —insistió Stacey—. Te internarán. Te pondrán en la sala de casos psiquiátricos.

—¿Te importaría salir de mi habitación? Tengo que estudiar para un examen de francés.

Stacey permaneció allí, robusta e inexorable, con las manos metidas en los bolsillos de sus desteñidos tejanos, pero sus ojos expresaban temor.

—No quiero que te mueras, Jill. Eres la única hermana que tengo.

—Sé buena y prepárame una leche batida, Stacey. Con la leche cruda y un huevo fertilizado, y sin azúcar. ¿De acuerdo? Puedes traerla y yo la beberé mientras estudio.

Poco después volvía Stacey con la espumosa leche batida.

—Esperaré aquí mientras te la bebes —dijo con suspicacia.

—¿No confías en mí?

—No.

—Pues toma una silla.

Stacey dejó la leche batida en la mesa, junto a Jill, y se sentó a esperar. Jill leía su libro de francés y, de vez en cuando, bebía un sorbito. No podía beberla con mayor rapidez, pero si esperaba demasiado entraría en su cuerpo. Terminó toda la leche batida y se obligó a sonreír.

—¿Está bien? Ahora, llévate el vaso y lávalo, por favor.

En cuanto oyó que Stacey entraba en la cocina, Jill se precipitó al cuarto de baño y vomitó. Estaba adquiriendo mucha habilidad en hacerlo; casi podía vomitar cuando quería. Hizo correr el agua en el inodoro, se lavó los dientes y salió del cuarto de baño sintiéndose de nuevo saludable como antes. Encontró a Stacey en el umbral.

—Sabía que lo harías —dijo Stacey.

—No hice nada. Estás loca.

—¿A quién odias tanto? —preguntó Stacey, como si estuviera a punto de llorar—. ¿A mamá? ¿A ti misma? ¿A mí?

—No te odio, chiquita. Eres la única hermana que tengo.

—¿A quién, entonces? ¡Contéstame!

—A nadie.

—Pues ya lo sé.

—En tal caso, dímelo tú —dijo Jill con ligereza.

—No puedo —repuso Stacey—. En primer lugar, no me escucharías. En segundo lugar, tienes que averiguarlo tú sola. En tercer lugar, no soy médico. Y, en cuarto lugar, sólo tengo trece años y no sé cómo afrontar este problema.

—Tú y yo tenemos que hablar —le dijo Ellen a Hank.

Vio que una expresión de cautela cruzaba su rostro; primero, temor y, luego, la inexpresiva máscara a la que ella estaba habituada. Tenía que estar enterado de todas las llamadas telefónicas de su último ex amante y ahora temía que Ellen fuera a decirle algo al respecto. En realidad, nunca la conocería. En cuanto a las llamadas, tendría que ponerles fin de alguna manera. Ninguno de sus otros amantes había sido tan temerariamente indiscreto como Jim. ¡Pobre Hank! Quizá temía que ella se dispusiese a decirle algo sobre la terrible situación de sus finanzas. Sobre las llamadas, cada vez más frenéticas, que recibía desde su oficina. Que ya era primavera y nada había cambiado. Debería conocerla mejor. Ellen había depositado los cheques de su sueldo en la cuenta bancaria conjunta, sin decir palabra, dejando que él se ocupara de todas las deudas, como siempre. Pero, en los últimos tiempos, ni siquiera podía pedirle que se sentara a conversar con ella sin ver esa expresión en su cara.

—Bueno —dijo Hank.

—Se trata de Jill. Te habrás dado cuenta de lo flaca que se ha puesto...

—Creí que todas las muchachas querían tener ese aspecto.

—Hank, ¡está esquelética! Ninguna otra muchacha tiene ese aspecto. Jill pasa hambre deliberadamente y no sé qué hacer al respecto.

—Dile que coma —dijo Hank.

—¿Crees que no lo he hecho? La he regañado, le he dado órdenes, he intentado adularla, hasta le ofrecí un auto para el año próximo si llega a las cien libras. Cien libras no es mucho pedir... Lo único que hizo fue escabullirse de las discusiones. Es como si toda la vida y la energía de Jill hubieran derivado a esa especie de cosa secreta que tiene.

—¿Debo hablar con ella?

—Si crees que sería útil...

—Acaso está enferma —dijo Hank—. ¿La llevaste al médico para que la examinara?

—Fue hace cinco meses. El doctor le gritó y le dijo que comiera, ella prometió intentarlo y después adelgazó seis libras más. Dice cualquier cosa para complacer al que considera su enemigo.

—Bueno, ¿y qué te dijo el médico? —preguntó Hank.

—Que si ella no supera esta situación, debería consultar a un psiquiatra.

Hank se mostró consternado.

—No tenemos dinero para eso, Ellen.

—Tal vez pudiera ir a una clínica.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Hank.

Parecía enojado.

Ellen se encogió de hombros.

—No creo que necesite un psiquiatra. Creí que podía resolverlo sola. Quizá tú tengas más suerte.

—Mañana hablaré con ella —dijo Hank.

—¿Por qué no lo hablas esta noche?

—Porque todavía no sé qué voy a decirle. Me lo has soltado todo de sorpresa.

—Tienes ojos. Podrías haberlo advertido.

—Supongo que me di cuenta, pero tengo problemas más apremiantes, por si lo has olvidado, Ellen. Estoy preocupado por mis negocios.

—Lo sé.

—Las niñas... se las dejas a su madre.

—Magnífico —dijo Ellen—. Magnífico, de veras. Otra de esas ideas arcaicas que heredaste de tu padre.

Hank optó por no hacer caso de esas palabras.

—Tal vez Jill tema a los muchachos —dijo pensativo—. Nunca tiene citas. Nunca veo muchachos por aquí. Quizás esté en la edad en que las muchachas temen convertirse en mujeres.

—Tiene casi dieciséis años —dijo Ellen—. Por si no lo sabes, a esa edad se es mujer... Jill es una hermosa joven, ¿por qué no va a querer crecer y tener citas? Las que tienen miedo son las feas.

—Bueno, es posible que no la conozcamos muy bien —dijo Hank—. Por mi parte, se podría decir que no la conozco. Los niños guardan muchas cosas en su interior. Todos lo hacen. Todos tenemos pequeños problemas privados.

—Quizá te confíe sus secretos. Dios sabe que, de pronto, se está poniendo muy difícil conmigo.

A la noche siguiente, después de que Ellen lo aguijoneara, Hank fue al dormitorio de Jill y tuvo una charla de diez minutos con ella.

—¿Y bien? —preguntó Ellen.

—Dice que no tiene problemas.

—¿Y qué más?

—Dijo que come alimentos orgánicos en un bar especializado cercano a la escuela, y que cuando llega a casa no tiene apetito. Dijo que el único motivo por el que parece más delgada es que está creciendo.

—No está creciendo —dijo Ellen con brusquedad.

Hank se miró las manos, grandes y blancas, con vello rubio en el dorso, manos potentes, tan impotentes ahora.

—Le pregunté por un psiquiatra y me respondió que no podemos permitirnos ese lujo. Tiene razón.

—¿Quería ir?

—No. Dijo que era una tontería.

—¿Le hablaste de muchachos? —preguntó Ellen.

—¿Yo?

Hank se mostró horrorizado.

—Fue idea tuya.

—Pero tú eres su madre. Tú le hablas de muchachos.

—Una vez fuiste muchacho. ¿Por qué no puedes hacerlo tú?

Hank la miró como si quisiera golpearla. Ellen nunca le había visto semejante expresión de cólera en todos sus años de matrimonio.

—Porque no puedo hacerlo —dijo, como si se ahogara.

De pronto, por primera vez en su vida, Ellen tuvo miedo de continuar la discusión con él por temor de que perdiera el control y la hiciera víctima de alguna violencia. Nunca había creído que Hank fuera capaz de ello. Se preguntó si esa oscura llama había estado siempre a la espera dentro de él o si era el resultado de toda la tensión a que había estado sometido. Fuera lo que fuese, no tenía ganas de que se le echara encima con esas manazas. Le dirigió una sonrisa conciliadora, se puso de pie y salió de la habitación.

No volvieron a hablar de Jill. Ellen pensó en llamar al médico de la familia y preguntarle si conocía a psiquiatras que pudieran atender a Jill por poco precio; después, cambió de idea. No podía humillarse ante el médico, admitir que no podía manejar a su hija. Tal vez lo único que necesitara Jill fuera conocer a un muchacho simpático. Si Jill se interesara por alguien y esa persona le aconsejara que aumentase un poco de peso, quizás ella lo haría por él. A la edad de Jill, ella no pensaba más que en hacerse atractiva para los jóvenes. En la escuela de Jill había muchachos. Sólo le hacía falta uno.

Cuando sonó el teléfono, Ellen, al principio, no quiso molestarse en contestar. Después, pensó que podía ser importante, y lo hizo.

—¿Puedes hablar?

Era Jim Vector, que ya formaba parte de su pasado y seguía aferrándose al presente como si tuviera parte en él.

—Creo que se equivocó de número —dijo Ellen.

—¿Cuándo podemos hablar? —susurró él. Tenía la voz ronca—. Tengo que hablar contigo.

—Por favor, no vuelvas a llamar aquí —dijo Ellen.

—En tu oficina te niegas a hablarme... Tengo que hablar contigo.

—No, Jill, sólo es alguien que se equivocó de número —dijo Ellen en voz alta, y colgó.

Sentía que todo la acorralaba. Todos pretendían de ella más de lo que podía dar. Estaba tan nerviosa, que le parecía estar a punto de estallar, y sonrió con acritud al pensar en los fragmentos de su cuerpo dispersos por la cocina, ya desordenada. ¿Dónde está tu madre? Ah, se disgregó..., todos querían un pedacito de ella y no pudo lograrlo de otro modo. Ellen se apretó el cuerpo con los brazos para impedir que temblara. Necesitaba tomar distancia otra vez, de la única manera que conocía, de la única manera que daba resultado. Necesitaba a un hombre nuevo.

A la mañana siguiente se sintió igual, estuvo distraída en la oficina y cuando llegó la hora de la merienda decidió ir a la *rotisserie* del barrio y comprar algo para llevar al despacho. Había dejado que el trabajo se amontonara toda la mañana y cometido errores, con la mirada perdida en la distancia, sin advertir casi que apretaba los puños y los dientes hasta que sintió hundírsele las uñas en las palmas y se dio cuenta de que también le dolían las mandíbulas. Tal vez debería comprar algún tranquilizante. Comería un emparedado y terminaría lo que había dejado inconcluso antes de estropear también toda la tarde.

La *rotisserie* estaba atestada y Ellen se disponía a salir sin comprar nada cuando vio a Kerry Fowler. Llevaba puesto un suéter de cuello alto y tejanos y estaba hermosísimo. Nunca, hasta entonces, había advertido cuán hermoso era en realidad.

—Vaya, ¿cómo está usted? —dijo Kerry sonriendo ampliamente—. ¿Se va o llega?

—No lo sé —respondió Ellen, devolviéndole la sonrisa—. Como no tenía con quién almorzar, pensé comprar un emparedado, pero se diría que a todos se les ha ocurrido la misma idea.

—Vivo a la vuelta de la esquina —dijo él, señalando con una mano en la que sostenía una bolsa de papel llena—. Acabo de terminar un capítulo, y pensé tomarme un descanso.

Así, pues, era allí donde tenía su apartamento.

—¿Cómo anda el libro?

—Hoy ha sido un buen día.

—Debería celebrarlo —dijo Ellen—. No todos los días puede decirse que ha ocurrido algo bueno.

—Parece abatida.

—Es sólo que tengo demasiado trabajo. Me gustaría olvidarlo todo por una hora.

—Oiga —dijo Kerry—, aquí tengo suficiente comida para dos y nadie debería tener que almorzar solo. ¿Por qué no vamos al museo y comemos en el jardín de las esculturas?

—Hace demasiado frío —dijo Ellen—. Me gustaría comprar una botella de vino e ir a un sitio abrigado y tranquilo.

Kerry la miró y ella percibió sus ojos gatunos. Parecía capaz de ver en su interior. ¿Hacía eso con todo el mundo? Si podía ver en su interior, la invitaría a su apartamento que estaba «a la vuelta de la esquina». Él pertenecía a Margot... Ella no debería estar haciendo eso. No lo había hecho.

—Si no le importa el desorden, podemos ir a mi casa —dijo Kerry—. Hasta hay una licorería en el camino.

—Magnífico —dijo Ellen con ligereza—. Si se porta como es debido, pagaré el vino.

Ellen quedó atónita ante la perfección del apartamento de Kerry. Estaba inmaculado, hasta en las páginas apiladas junto a la máquina de escribir, y tan

minuciosamente planeado como si allí viviera un arquitecto profesional. Era en un edificio de piedra arenisca más parecido a un conventillo que a una vivienda urbana, pero Kerry había raspado las viejas paredes hasta llegar al ladrillo, había construido armarios, bajado el cielo raso hasta poder ocultar tras él lámparas bajo cristal ahumado, e incluso tenía plantas. Era evidente que el apartamento significaba mucho para Kerry. No era de extrañar que no hubiera querido renunciar a él cuando fue a vivir con Margot. Era algo personal, una obra de arte.

—Su apartamento me tiene boquiabierto —dijo Ellen, apabullada.

—Estoy pensando en deshacerme de él —dijo Kerry.

—¿Y vivir con Margot?

—No, por supuesto que no. Me refiero a encontrar otro apartamento... Éste sólo me interesó cuando lo estaba restaurando. Fue algo así como un pasatiempo... Pero ahora que está terminado, me aburre.

—Me parece que se equivocó de profesión —dijo Ellen—. Podría ser decorador de interiores.

—No es más que un pasatiempo. Tengo muchos pasatiempos. ¿Le gustaría ver mis dibujos?

Ellen sonrió, pensando en el viejo chiste sobre los aguafuertes, y luego comprendió que él, por supuesto, era demasiado joven para saber algo de eso. Hasta ella era demasiado joven para saber algo de eso. Hasta ella era casi demasiado joven. Kerry sacó de un estante un gran álbum de recortes y lo abrió sobre la mesa para tomar café. Eran dibujos a pluma y tinta. Algunos, de aparatos mecánicos; otros, de anatomía: brazos, piernas, torsos, cuellos y unos cuantos bocetos de un rostro de hombre.

—Me recuerdan los bocetos de Leonardo da Vinci —dijo Ellen—. ¿Ha estudiado usted arte?

—No —repuso Kerry—. El modelo para la anatomía fui yo.

—Sí, la cara me pareció conocida —dijo Ellen.

—Pues lo mismo le pasaría con los demás si me conociera mejor —dijo él sonriendo—. ¿Qué le parece si almorzamos?

Guardó el álbum, puso esterillas y bandejas sobre la mesita. Luego, vació la bolsa de papel: fiambres, pan fresco, ensalada de col y encurtidos. Ellen, que había comprado el vino ya enfriado, abrió la botella y buscó dos vasos en la diminuta cocina. Hasta los platos y los vasos eran perfectos.

—Sobraré comida —dijo Ellen.

—Se conservará.

Kerry se sentó en el suelo, junto a la mesa baja, y ella le imitó. La alfombra era muy suave. Sorbió un trago de vino, sin dejar de mirarla con esos ojos que todo lo sabían.

También ella sorbió un trago de vino y ninguno de los dos hizo un movimiento para mover algo. Ellen odiaba el olor de los encurtidos de ajo y no se explicaba por

qué los había comprado Kerry, hasta que recordó que, por supuesto, él había comprado toda esa comida antes de tropezarse con ella. Quién sabe por qué, los encurtidos de ajo sobre la mesa, frente a ellos, hacían que la merienda pareciese muy inocente. Ella no iba a hacer nada por lo cual Margot pudiera odiarla. Nadie saldría perjudicado... Pero su corazón retumbaba como enloquecido.

Kerry extendió la mano y encendió el aparato de alta fidelidad, un dispositivo con cintas grabadas y toda clase de cosas de las que Ellen no entendía nada. De las paredes brotó música suave. Algo parecido a lo que tocaba Jill... Pero allí sonaba totalmente distinta. Intentó pensar en algo adecuado que decir para demostrar sus conocimientos, pero tan a sus anchas parecía él, que no lo creyó necesario. Por primera vez en su vida, Ellen se encontraba en el campo de batalla del adversario. No podría conquistarlo con el ingenio y la sabiduría de Ellen Rennie... Aquel muchacho estaba una generación más allá de todo eso. Veía directamente lo que ella necesitaba y ello no le asustaba ni le emocionaba. Lo absorbía en su ser tal como absorbía la música y el vino, y esperaba, mirándola, hasta que a ella empezó a temblarle la mano y tuvo que dejar el vaso de vino sobre la mesa.

Se acercó a Ellen con la misma soltura con que había encendido el aparato de alta fidelidad y la besó, mientras la tendía en la alfombra. Con sus labios suaves y sensuales la besó largo rato, lentamente; Ellen recordó ciertas horas en aquellos coches, veinte años atrás, y una intolerable excitación la colmó. Las manos de Kerry se movieron sobre ella, quitándole las ropas, tocándola, quitándose sus ropas, besándola sin cesar, mientras la música nunca terminaba, y ella tuvo un orgasmo bajo su mano igual que tantos años antes con manos que había olvidado, y luego tuvo otro bajo su boca, y después él la penetró y ella tuvo otro orgasmo y otro más hasta que creyó morir. ¿Cómo sabía él lo que a ella le gustaba?

Después, permanecieron acostados sobre la alfombra y él no cesaba de trazar el contorno del cuerpo de Ellen con el dedo, como un escultor o un pintor. Ella se preguntó si iría a parar a su álbum de bocetos. Kerry tenía un hermoso cuerpo, mucho más agradable que el de ella. Cuando lo recorrió con sus dedos, él se puso en seguida a hacerle el amor de nuevo. Ellen no tenía intención de volver a la oficina esa tarde.

A las seis y media, se dio una ducha en el cuarto de baño de Kerry, lleno de plantas, procurando no mojarse el cabello, y se preparó para volver a casa. Cuando salió del baño, él ya había limpiado el cuarto de estar, guardado la comida sobrante y lavado los vasos y los platos. Era como si ella no hubiese existido. Supuso que él tendría que encontrarse con Margot, para cenar. Le sorprendió la fuerza de los celos que experimentó en el momento en que más culpable debía haberse sentido. Había copulado con el amante de Margot, no una vez —lo cual podría haber racionalizado como un accidente—, sino varias, durante horas. ¿De qué serviría decir que las presiones de su desdichada vida la habían empujado a ello? Podría haber elegido a una docena de otros hombres, no al de Margot. Sin embargo, experimentaba más resentimiento que culpa, porque tenía la sensación de que ella no le importaba a

Kerry. Le gustaba bastante, había disfrutado de esa tarde, tanto como ella, pero no significaba mucho para él. No estaba enamorado de ella como siempre lo estaban todos los hombres. Sentía furia y un dolor muy parecido al amor.

Kerry había encontrado el modo de afectarla otra vez. No se había equivocado con respecto a ella desde el momento en que se encontraron, ese día. Había adivinado su sexualidad y su anhelo y los había colmado. Ahora, leía el secreto de su inseguridad y había optado por no ayudarla, y por eso Ellen sentía que Kerry la había vencido. «Es una persona horrible —pensó Ellen—. Me hará daño, me romperá el corazón. No quiero tener nada que ver con él». Tenía ganas de llorar. Él no tenía derecho a tomar el control. Debía tomarlo ella, ya que era quien más tenía que perder, su marido, su familia, mientras que él sólo tenía a Margot, quien, de todos modos, era evidente que no le importaba mucho. Era totalmente libre: podía tomarla o dejarla.

Kerry le puso el abrigo, se lo abotonó como a una niña y le besó la frente, las mejillas, los labios.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así, en *rotisseries* —dijo con un acento extranjero que ella interpretó como de Transilvania—. La gente nos descubrirá.

Pese a sí misma, Ellen sonrió y lo abrazó. Lo sintió frágil en sus brazos, como un muchacho joven, pero fuerte. ¿Quería decir que deseaba volver a verla o no?

—¿Qué haremos? —preguntó ella.

—Te enviaré un mensaje —dijo él sin abandonar el acento.

—No quiero que nadie sufra —dijo Ellen—. Tengo que pensar en ello.

—Por supuesto.

Ellen bajó a la calle y buscó un taxi. Lo de esa tarde había sido un error. Tendría que mantenerse alejada de Kerry. Una de las personas que fácilmente podría sufrir las consecuencias era ella misma.

Mayo, 1975

EL INVIERNO QUEDABA DEFINITIVAMENTE atrás. Como hacía muchos años que Nueva York no había gozado de una verdadera primavera, la gente trazaba planes para el verano. Se alquilaban coches para hacer excursiones a Connecticut y Hampton en busca de casas para alquilar. Les decían a los niños cuánto disfrutarían en el campamento. Los adolescentes se preocupaban por la escasez de trabajos estivales. A las casas de apartamentos con aire acondicionado llegaban operarios para efectuar el cambio anual del filtro. Los pobres no tenían tales problemas; sólo la esperanza de que ese año no fuera tan caluroso como el anterior, de que los precios no subieran más, de que nadie volviera a robar el cheque del Seguro Social, ese mes, de que el casero reparara la ventana rota, el techo con goteras, el lavabo roto. La clase media se preocupaba también por los precios y la ola de crímenes. Los ricos discutían estos problemas, pero no se preocupaban, excepto aquellos cuyos ingresos dependían del mercado de valores. Éstos se preocupaban mucho.

Los Fowler eran lo bastante ricos como para poder superar cualquier fluctuación económica temporal. Hacía muchos años que eran dueños de la casa de Hampton Este. Allí, mantenían sirvientes durante todo el año para evitar los robos de invierno y para poder disponer de ellos en verano. En las primaveras anteriores, las principales preocupaciones de Rachel habían sido elegir y comprar el vestuario estival y lograr que Lawrence fijara la fecha del viaje anual, en mayo, a Londres, Zurich y París, de modo que pudiera disponer, en consecuencia, el calendario social neoyorquino de ambos. Esta primavera era distinta. Había decidido volver a la Facultad en otoño.

Escribió pidiendo sus certificados de estudio a la escuela secundaria donde había concurrido, solicitó folletos explicativos a Barnard, la Universidad de Nueva York y Columbia, y decidió inscribirse en las tres. Aunque había tenido buenas notas en la escuela secundaria, ningún miembro de la familia había creído necesario que Rachel fuera a la Facultad. Ya había hecho algunas veces de modelo, tenía el tipo adecuado, y ellos poseían muy poco dinero; así, pues, acordaron con ella que probara fortuna en Nueva York, que intentara ser modelo, tal vez conseguir un marido rico. Aunque era hija única, sus padres no eran excesivamente protectores. Creían que la belleza de Rachel era un don divino; con ella, podía enriquecerse y triunfar. La única condición que pusieron los padres cuando Rachel partió hacia Nueva York a los dieciocho años, fue que se alojara en el «Hotel Barbizon» para mujeres. Así lo hizo ella... durante dos semanas.

Luego, comenzó a ganar dinero por su cuenta y se mudó a un apartamento con otras tres muchachas. Poco después, se fue a vivir con el hijo de un rico, que dijo que se casaría con ella. No lo hizo, pero le enseñó a leer minutas en restaurantes franceses e italianos, a jugar al tenis y pagó el aborto. Después, perdió su interés por Rachel, que se fue a vivir con un joven que se había enriquecido solo y decía que se iba a casar con ella. Ahora, Rachel usaba anticonceptivos. Pero también quedó embarazada, lo que no dejaba de resultar extraño, pero el joven con quien vivía pagó el aborto y consiguió que se lo hicieran en un buen hospital, en lugar de tener que acudir al sitio tenebroso donde habían ido la primera vez. Al día siguiente, cuando salió del hospital, Rachel descubrió que su novio había cerrado el apartamento y se había marchado de la ciudad por un período indefinido. No logró que ninguno de los amigos de él le dijera dónde había ido. Ya entonces había decidido que en tres años sin estudiar había aprendido más que la mayoría de las jóvenes en toda su vida, y comenzó a dedicarse con empeño a desarrollar lo que hiciera falta para encontrar a un hombre rico que se casara con ella.

Lo que hiciera falta. Rachel lo hizo todo mal. Cautivó a farsantes que pasaban cheques sin fondos, a jugadores, a hombres cuyos divorcios no eran definitivos, a mentirosos y a varios jóvenes verdaderamente ricos, uno de los cuales quiso azotarla con el cepillo para el cabello; otro quiso probarse los vestidos de ella. Cuando conoció a Lawrence Fowler, tenía veinticuatro años, poseía un apartamento, se estaba recobrando de su tercer aborto y odiaba a los hombres.

Lawrence le llevaba veinte años, lo cual no era ser viejo, pero Rachel se encontró pensando en él como en una imagen paterna. No le exigía nada. Era muy bueno con ella, pero no intentaba mantenerla ni cambiarla. Mencionó que se estaba divorciando, pero ella no le prestó atención porque ya había oído eso antes. Al cabo de un año de relaciones, Lawrence le dijo que iba a casarse con ella. Rachel estaba harta de escuchar eso. Insistió en contarle todo su pasado. Él no se escandalizó, pero se encolerizó mucho con aquellos hombres que la habían subestimado. Le dijo que olvidara el pasado. Dijo que sólo quería tenerla a su lado, y que la compensaría de todo.

No fue hasta después de estar sólidamente casada con Lawrence Fowler que Rachel se permitió enamorarse de él sin reservas. Dejó de temer. Él dijo que no quería hijos, puesto que ya tenía uno, Kerry, y deseaba poder viajar con Rachel, tenerla toda para él solo, no quería empezar de nuevo con niños. Ella descubrió que, de todos modos ya no podía tenerlos; así, pues, no hubo inconvenientes. Decidió que todo cuanto le había ocurrido antes había sido para bien.

Sólo hasta el año anterior no descubrió Rachel que su felicidad no bastaba. Era satisfacción, pero no júbilo. Había permanecido como dormida. Sabía que no era posible volver hacia atrás y hacerlo todo de nuevo, pero se podía compensar lo que no se había hecho. No sabía exactamente qué esperaba obtener de la Facultad, pero estaba segura de que la haría sentirse menos diferente, menos inadecuada. El hecho

de que ser estudiante de primer año a los treinta y cinco años la haría muy diferente de los demás, no importaba.

Una de las mañanas en que le tocaba ir al gimnasio, se levantó más temprano que de costumbre para poder atrapar a Lawrence antes de que saliera para dirigirse a la oficina. Él levantó la mirada de la mesa del desayuno y los diarios, y se asombró al ver la soñolienta figura que entró en el cuarto de estar con una bata desabotonada.

—Y bien, ¿qué es esto? —inquirió burlón.

—Soy yo.

Rachel se sentó frente a él.

—Te traeré un poco de té...

—No, prefiero café —dijo Rachel. Y dejó que le sirviera una taza—. ¿Podemos hablar?

—Por supuesto.

—Quiero ir a la Facultad...

—Muy bien. Pero vamos a Europa y, después, a Hampton Este todos los fines de semana. Tal vez la escuela de verano sea demasiado.

—Me refiero a una verdadera Facultad... Quiero empezar en otoño.

Lawrence enarcó las cejas.

—¿Me abandonas?

—No, estudiaré en Nueva York, por supuesto. ¿Qué opinas?

—Que es una buena idea.

—¿No crees que soy demasiado vieja? —preguntó Rachel.

—En absoluto. Nadie es demasiado viejo para educarse.

—¿Lo pagarás tú?

—No espero que lo hagas tú —dijo él sonriendo.

—¿De verdad no tienes inconveniente? Estaré ocupada haciendo trabajos escolares, tendré que desatender un poco algunas tareas de la casa...

Lawrence se encogió de hombros.

—Si necesito una secretaria social, emplearé una secretaria social. Creí que te gustaba ocuparte de esas cosas. Si prefieres ir a la Facultad, me parece muy bien.

Rachel le tomó las manos entre las suyas.

—Eres bueno de verdad, ¿sabes? Ni siquiera me preguntaste qué quiero ser cuando sea mayor.

Lawrence rió.

—¿En qué quieres especializarte?

—Quiero estudiar Historia, Política y Banca.

—¡Banca!

—Quiero saber lo que haces —dijo Rachel con seriedad.

—¿Para qué quieres saberlo? Es aburrido.

—Tú no lo encuentras aburrido.

—Bueno. Si quieres, te ayudaré. Podemos sostener conversaciones.

—¡Oh, me encantaría hacerlo! —exclamó Rachel—. Me encantaría de verdad.

—¿A qué Facultad irás?

—A la que me acepte.

—¡Ojalá todas te acepten! —dijo Lawrence—. Si necesitas ayuda para inscribirte, dímelo. Tengo amigos.

—Ya me he inscrito.

Lawrence se mostró molesto.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberte ayudado.

—Quiero ingresar por mis propios méritos.

—¡Qué terca eres! —dijo Lawrence.

—¿Por qué pareces tan furioso?

—Porque no quiero que sufras.

—Crees que no conseguiré ingresar.

—No he dicho eso.

—Pero lo temes —dijo Rachel—. Crees que soy demasiado tonta. Lo sé. Quiero demostrarte que no lo soy.

Él le dio golpecitos en la mano.

—Todo saldrá bien.

Pero aún se lo notaba alterado. Rachel tuvo la inquietante sensación de que Lawrence iba a investigar todo eso, tal vez mover algunos hilos. No quería decirle que sospechaba, porque entonces se enfurecería y no la ayudaría en nada. Rachel ignoraba qué quería. ¡Se había habituado tanto a que él se lo facilitara todo! Ansiaba tanto ingresar en la Facultad, que tenía la esperanza de que él sí la ayudara... ahora que lo había mencionado, creándole de nuevo una sensación de inseguridad. ¡Oh, si al menos pudiera hacer algo por su cuenta! Pero aunque él la ayudara a ingresar, sería ella la que tendría que estudiar. Si era demasiado haragana o demasiado estúpida, la expulsarían. Detestaba ser como era, tan fácil de manejar, tan fácil de recaer en la inseguridad. Lawrence sólo quería lo mejor para ella, que no sufriera más. Debería estarle agradecida. ¿Por qué, entonces, se sentía tan desilusionada ante el hecho de que él hubiera tomado su mano y penetrado en su sueño?

—¿Por qué pareces tan triste? —le preguntó él, sonriendo y besándola—. Alégrate... Irás a la Facultad.

Un día caluroso, Rachel se dirigió a Bloomingdale a comprar una máquina de escribir. Cuando iba a la escuela secundaria era demasiado pobre para poseer una y, después, no había sido necesario. Ahora que iría a la Facultad, aprendería sola a escribir a máquina. Ése sería su plan para el verano. Pensó que quizás hubiera sido mejor ir a una casa de artículos para oficina, pero «Bloomie» era una de las tiendas en la que tenía cuenta corriente. Al entrar, encontró la tienda llena de muchedumbre que aprovechaba la hora del almuerzo.

Nunca había visto tanta gente agolpada. Algunos compraban, otros miraban, otros sólo habían entrado para eludir el calor aprovechándose del aire acondicionado. Para

ella, era la mañana; para los demás, el mediodía. Advertía que su ritmo cotidiano no coincidía con el de la mayoría, y lo mismo pasaba con el estilo de vida que llevaba, pero ser zarandeada por toda aquella humanidad hizo que lo advirtiera más que nunca. Al menos, aquel día nadie más parecía querer comprar una máquina de escribir. Adquirió una portátil, hizo que se la enviaran y bajó por la escalera mecánica.

¡Qué raro era lo que le pasaba con las multitudes! Por lo general, no la molestaban, pero hoy, quién sabe por qué, se sentía tocada y codeada, como si alguien la estuviera rozando personalmente, el leve chasquear de una mano húmeda contra su cadera. No le gustaba. Se volvió dos veces para ver quién era, pero no había nadie a quien pudiera identificar como posible manoseador público. Probablemente, sólo era su estado de ánimo. Sin embargo, su humor empeoraba y huyó a la calle. Allí, las muchedumbres eran más densas aún. Todas aquellas personas eran tan anónimas, cada una de ellas preocupada por llegar a alguna parte; pero Rachel seguía sintiendo aquella fuerza personal dirigida contra ella. Sentía concretamente ojos fijos en ella, alguien que la observaba sólo a ella; pero cuando miraba de uno a otro lado, no veía más que a desconocidos ensimismados en sus pensamientos. Subió a un taxi y se dirigió al centro, a la Universidad de Nueva York.

La zona universitaria tenía un hermoso aspecto en primavera. Todos los árboles del parque hacían lo posible por florecer. Rachel entró en uno de los edificios y miró a su alrededor, imaginando ya que estudiaba allí. Estaba completamente vacío. Los estudiantes se hallaban en clase o afuera, al sol. No cabía la menor duda de que era un sitio grande. Cuando estuviera lleno de estudiantes, podría refugiarse allí y nadie la encontraría demasiado vieja. Leyó, divertida, los tableros de anuncios que había en el pasillo, tratando de comprender el mundo de aquellos jovencitos, separados de ella por una generación. Muchos de ellos parecían tener apartamentos propios. Había tarjetas escritas a mano que anunciaban subalquileres pedidos y ofrecidos en Greenwich Village, muebles en venta, hasta gatitos. Lecciones de flauta. Libros franceses en venta. Se busca compañero de dormitorio. ¡Qué lástima que no pudiera volver a vivir su decimoctavo año sabiendo cuanto ahora sabía! Lo habría afrontado todo de otra manera, desde el principio hasta el fin, hasta conocer a Lawrence. Claro que en esta segunda oportunidad tendría que dar cabida a Lawrence. No podía imaginarse feliz sin él. Pero, ¿la habría querido él si ella hubiese sido diferente? ¿Lo habría considerado ella su salvador, o habría vivido satisfecha con un grupo de coetáneos suyos, invulnerable, sin sentirse dolorida ni amargada? ¿Su necesidad y su dependencia lo habrían atraído tanto como su porte?

Oyó un ruido y vio que una puerta se abría un poco y, luego, volvía a cerrarse, pero no del todo. Parecía ser un armario para guardar enseres de limpieza. En el pasillo no había nadie, excepto ella. Rachel se acercó al refrigerador de agua situado al fondo del pasillo y se inclinó para beber, sin dejar de observar la puerta entreabierta. Ésta volvió a moverse, apenas un poco. Tal vez fuera algún estudiante

que estuviera robando algo. Se hallaba en una Facultad. Las Facultades eran seguras, no como la calle o el mundo real. No podía ser alguien que estuviera vigilándola. ¿Quién iba a querer vigilarla, allí? No obstante, experimentó la misma extraña sensación que había tenido en Bloomingdale, entre la muchedumbre; se alejó del corredor, bajó la escalera y salió a la calle. Se sentía más segura a la luz del día.

Tenía que dominarse. Probablemente sólo se tratara de una reacción psicológica producida por el nerviosismo de iniciar una nueva vida. En lugar de afrontarla, inventaba enemigos invisibles. Tenía que ser eso y nada más. Muy bien, la asustaba el ingresar en la Facultad, la asustaba tener que llevar el ritmo adecuado, obtener buenas calificaciones, aprobar exámenes. Era natural. Si lo miraba de frente, dejaría de imaginar espectros ocultos en armarios y ojos entre las multitudes. Llegó a pie a la plaza Washington, la cruzó y, luego, tomó un taxi que la llevó hasta las afueras. La Facultad se esfumó de su mente y se concentró en lo que ella y Lawrence harían esa noche con los adultos.

Empezaba a cobrar valor. Por un momento, en el pasillo, creyó que ella había notado su presencia, y su excitación estuvo a punto de estallar lanzándolo a su fantasía. Saliendo del armario para enseres de limpieza, podría haberla enfrentado. Estaba sola y tan cerca. La había estado siguiendo todo el día, a la tienda, a la Universidad, acercándose y envalentonándose más entre la multitud del mediodía. Cada vez se le hacía más difícil separar sus fantasías sobre ella de la realidad, porque sus encuentros secretos con ella, de noche, y estos sueños se mezclaban con sus imaginaciones diurnas. A veces, le preocupaba pensar que quizás estaba enloqueciendo. Lo importante era conservar el control. Había demasiadas cosas por las que preocuparse durante el día normal, cosas que controlar, sin tratar, además, de evitar esos deslices. Un hombre debía tener un sitio en el que desahogarse. No se podía contener todo eternamente. Había una imagen que mantener —un puesto, una vida, una familia— y estaba, además, lo que sentía por Rachel. ¡Todo estaba tan cuidadosamente contenido! Pero, de vez en cuando, se abría una grieta y él sabía que algo muy peligroso iba a salir. No quería que ello ocurriera en casa o en el despacho; había que proteger esas zonas. Por eso se había permitido atender sus necesidades en esta obsesión secreta con Rachel. No creía que nunca llegara a hacerle daño. Era una de las pocas personas en el mundo hacia la que no sentía absolutamente ningún odio. Para ella, él sólo era uno más entre los que componían su vasto grupo de amigos y conocidos. Se preguntó por qué no le ofendía más el ser tan poco importante para ella. Debería odiarla por ello. Quizás algún día encontrara una manera de ponerla a prueba.

Los que tomaban parte en el programa de televisión de Margot King, como todos los programas que difundían noticias en los últimos tiempos, hacían un gran despliegue en público de sus relaciones amistosas. Se hacían bromas durante la emisión, reían, se divertían. Cuando llegaba el buen tiempo, celebraban encuentros de béisbol en el parque contra los componentes de otros programas de noticias. Pero, en cuanto terminaban los partidos, eran como los empleados de cualquier oficina en cualquier parte de la ciudad; algunos eran cordiales, la mayoría iba cada uno por su lado. Los que viajaban en tren corrían de vuelta a casa; los que vivían en la ciudad tenían diligencias que hacer, amigos con quienes encontrarse. Todos parecían pensar que ya bastaba con ello. Margot, en particular, siempre había sido un ser solitario. Mientras transmitía las noticias, permanecía completamente aislada en su mundo. Si el hecho de aparecer por la televisión los hacía más visibles que a la mayoría, tenían que empeñarse aún más por preservar su vida privada; y cuando se ausentó para tener un hijo todo el mundo lo supo, y afluyeron tarjetas de felicitación y regalitos. Pero nunca invitó a Margot a ir a su casa con ella y ver al recién nacido, ni Margot esperó que lo hiciera. Mencionó durante el programa que el recién nacido era varón, pero no dijo cómo se llamaba ni reveló a nadie que el apellido que utilizaba profesionalmente no era su apellido de casada. Habían recibido una amenaza de secuestro. Aunque era obvio que provenía de un lunático, lo comunicaron a la policía y no se mencionó en el programa. Ser una personalidad pública tenía sus riesgos.

Margot estaba habituada a recibir cartas de maniáticos. También recibía cartas de admiradores, hasta propuestas de matrimonio de desconocidos. Se preguntaba qué clase de personas solitarias serían las que se sentaban a escribir cartas a perfectos desconocidos. La correspondencia hostil era la más desconcertante. Cuando los participantes en el programa fueron fotografiados para un anuncio periodístico, hubo quienes recortaron la fotografía, la enviaron a quienes más odiaban y escribieron encima de sus caras. Margot recibió seis retratos suyos que ostentaban penes dibujados sobre el cuerpo, uno con un bigote, otro con una enorme nariz y otro aún con esvástica por el margen. La llamaban perra, mujerzuela, prostituta, fascista y comunista. Una carta decía: *Usted cree en el aborto, morirá*. Guardaba todas las cartas delirantes en una carpeta, en su archivo, por si alguien la mataba. Probablemente, se trataba de paranoicos; tenía conciencia de que quienes escribían cartas delirantes no solían ir más allá de sus palabras; pero, sabía también que algunas personas anónimas, que habían destacado matando a una celebridad, habían escrito, antes, cartas delirantes a las que nadie hizo caso. Su número de teléfono no figuraba en la guía y nunca mencionaba su vida personal en el programa. Nunca contestaba cartas, a menos que fueran de escolares que parecían buenos e inteligentes. Incluso entonces, sus cartas eran breves y estaban escritas a máquina en papel con membrete de la oficina. No sentía afecto hacia su público. A menudo, había oído a gente famosa prodigarse en efusiones por televisión sobre lo mucho que amaban a su público, y se preguntaba si era posible que ello fuera cierto. Una necesitaba al público para seguir

siendo popular y conservar su empleo, pero, ¿cómo era posible amarlo cuando era evidente que gran parte de él la odiaba a una sin motivo alguno?

Pensaba en sí misma como en una cronista, no como en una personalidad. Se peinaba sola, aunque los gastos de peluquero se podían deducir de los impuestos. Lo hacía cortar por un profesional cada tres meses. Vestía ropas sencillas, y si bien tenía cuidado de no ponerse lo mismo dos veces en el transcurso de la misma semana, porque también eso originaba cartas furiosas, también repetía su vestuario a fin de no enemistarse con los desposeídos que le escribían para pedirle sus ropas viejas, dinero y su cabeza en una bandeja. Pensaba qué irónico resultaba que, aunque no fuera famosa de verdad, era lo bastante visible como para que algunos desconocidos creyeran que también ella debía ser accesible.

Su vida giraba alrededor de Kerry. Su horario cotidiano era arbitrario y difícil, pero el de él también lo era. Eso la preocupaba. Ella dependía de su trabajo, pero cuando Kerry no volvía a casa, estaba donde fuera por propia elección. En el transcurso de las últimas semanas, su horario se había vuelto más difícil de predecir. Margot siempre le decía dónde estaría durante el día, y él le decía que ignoraba dónde pararía. Ella tenía que aceptarlo. A él le gustaba recorrer la ciudad, ver amigos, hacer cosas impulsivamente. Margot temía llamarle por teléfono a su apartamento durante las horas en que creía que podía estar escribiendo. Pero cuando Kerry sabía que ella había preparado cena y le estaba esperando y él no llegaba, sí le llamaba; y cuando no le encontraba en su apartamento, sentía escalofríos. Cada vez que aparecía, él decía la misma excusa inocente: se había encontrado con un amigo, había olvidado qué hora era. Ni siquiera se molestaba en inventar algo melodramático, y Margot tenía que aceptar sus palabras como la verdad. Detestaba hacerlo, pero tenía que soportarlo. Hubiera querido ser una persona que llevara una vida como la de él; que se encontraba con amigos en la calle y vagabundeaba con ellos conversando durante horas y horas, que no trazaba planes, que olvidaba las horas de comer. Lo único que Kerry planeaba era sus vacaciones de otoño en las islas griegas. Eso, por lo menos, aún existía, y a ello se aferraba cada vez que se ponía nerviosa o se asustaba. Deseaba poder idear un modo de hacerse más importante para él, ahora.

Llevó a casa la carpeta de cartas delirantes y se las mostró. No estaba segura de qué reacción esperaba que suscitaran; probablemente, el deseo de protegerla. La reacción que produjeron la tomó totalmente por sorpresa.

—¡Son fantásticas! —dijo Kerry, encantado. Estaba sentado en el suelo, con la correspondencia hostil que Margot había dispersado a su alrededor—. ¡Son un documento social increíble! La neurosis de nuestra época..., son un libro. ¿Pensaste alguna vez en hacer un libro con ellas, cariño?

—Supongo que estás bromeando —dijo Margot.

Él la miró con ojos diáfanos, inocentes y entusiastas.

—No, lo digo en serio. Podría incluir fotografías de gente correcta, vulgar, cortando el césped, sacando sus perros a pasear; niños haciendo sus tareas escolares,

amas de casa planchando, gente sentada ante televisores en oscuros cuartos de hotel y en bonitos apartamentos, con cosas tejidas en los brazos de los sillones... Ya sabes, esas cosas viejas que solía tener mi abuela.

—Antimacasares —dijo fríamente Margot.

No le gustaba verse metida en el baúl de los recuerdos al lado de su abuela.

—Eso... Y, después, pondrías las cartas. Habría una niñita columpiándose en el parque, divirtiéndose en grande y, luego, la carta donde te llaman mujerzuela y prostituta.

—Me las escribieron a mí —dijo Margot—. ¡A mí! ¿No lo comprendes? No para que tú te divirtieras con ellas. Algunas personas de carne y hueso que andan por allí, en alguna parte, escribieron esas cartas para mí.

—Entonces, te pertenecen —dijo Kerry—. No están firmadas. Puedes publicarlas como documento humano y ganar un poco de dinero.

De rodillas sobre la alfombra, Margot recogió furiosamente las cartas amenazadoras.

—Recibiría más, eso es todo.

—Esta clase de gente no lee libros —dijo Kerry en tono complacido.

—Me alegro de no haberte escrito nunca una carta de amor —dijo Margot—. Probablemente las publicarías si creyeras que tienen posibilidades comerciales.

—Estás enojada —observó Kerry, sonriendo.

—No, estoy ofendida.

—¿Por qué lo estás?

—Supongo que creí que te preocuparías.

—Se diría que somos diferentes —dijo Kerry.

—En lo que importa, no —se apresuró a contestar Margot.

Aquella tarde, se llevó las cartas a la oficina y las guardó bajo llave, en su archivo. ¿Se había comportado como una tonta? No, Kerry creía que ella había llevado las cartas a casa para entretenerle. ¡Ojalá ignorara que había intentado conseguir que él le prestara más atención! La acusaría de intentar alarmarle sin motivo.

Sabía que no se podía obligar a nadie a querer a otra persona haciendo que la compadeciera. Cuando era joven y estaba enamorada de hombres casados, ellos siempre habían dicho que sentían pena por sus esposas, que sentían pena por sus hijos, pero ella había terminado por comprender que no era cierto. Con sus esposas e hijos se protegían de muchachas jóvenes como ella, que pretendían casarse con ellos. Sus familias merecían compasión, sí, pero esos hombres eran los últimos en el mundo que lo comprendían. La compasión era una carga. Jamás volvería a intentar que Kerry se compadeciera de ella. Se alegraba de tener edad suficiente para conocer algunos ardides propios, el más difícil y eficaz de los cuales era el dominio de sí misma.

Por primera vez en su vida, Ellen Rennie recibía una lección de dominio de sí misma. Todos los días, en la oficina, saltaba cada vez que sonaba el teléfono, con la esperanza de que fuera Kerry, y nunca era él. Llegaba al despacho a las nueve en punto y se quedaba hasta las seis, ansiando que llamara, pero acabó por darse cuenta de que era inútil. Nunca más llamaría. Para Kerry, ella había sido un momento de gratificación, nada más. Tal vez menos aún; tal vez creyera haberle hecho un favor. Esa idea le daba pánico. Le había hecho un favor, eso era lo humillante; pero, en vez de estar agradecido por haberla encontrado, como lo estaban los otros hombres, probablemente se sintiera como un *boy-scout* que había ayudado a una anciana a cruzar la calle. Jamás, jamás volvería a acostarse con un muchacho joven. Para ellos, el sexo era demasiado fácil. Necesitaba a un hombre que la considerara importante, valiosa. Un hombre casado, que casi nunca engañara a su esposa, que se encontrara abrumado por la pasión y el remordimiento, pero no hasta el punto de querer terminar. Quería ser el gran amor de alguien. Lo necesitaba. Fuese cual fuese la frecuencia con que Ellen había ensayado mentalmente su gran mensaje, siempre ocurría como algo fresco y nuevo.

Por primera vez desde que estaba en la Compañía miró a su alrededor, y vio al personal y a los autores bajo otra luz. No había muchos que le gustaran. El hombre que buscaba tenía que causarle una clase especial de cosquilleo. No era necesario que fuera de un tipo especial, pero debía causar la reacción química adecuada. Tan furiosa estaba Ellen con Kerry, que ya no le parecía sexualmente atractivo. Quería alguien totalmente distinto, que, para empezar, fuese considerado y amable.

Cuando entró en la oficina de Reuben Weinberg, Ellen supo que era el hombre que buscaba. No estaba realmente segura de si era el modo cómo el cabello espeso y oscuro se le rizaba sobre el cuello, o el retrato de su esposa sobre el escritorio en un marco. Era ella la que lo había puesto allí, no él, y se trataba de una foto vieja. Ellen había visto una vez a la esposa. Hacía mucho tiempo que ese hombre no se preocupaba por mirar el retrato de su esposa sobre el escritorio, pero, evidentemente, sentía que debía conservarlo allí. Ellen miró a Reuben Weinberg con renovado interés. Era jefe de revisores y vicepresidente. Algunas de las mujeres que trabajaban en la oficina estaban encaprichadas con él, pero nunca se había enredado con ninguna de ellas. Tenía poder en la Compañía, era amable, le llevaba cuatro años y era judío. Tenía precisamente la cantidad adecuada de culpabilidad.

—He venido a preguntarle si el autor ruso del que se ocupa usted llevará a su intérprete de gira con él —dijo Ellen.

—Siempre la lleva —respondió Reuben.

Y sonrió, porque la intérprete era joven y linda y el autor ruso hablaba inglés bastante bien.

—¿Debo conseguirles una *suite* o nos comportaremos con corrección?

—Estoy seguro de que le encantaría tener una *suite*. Con o sin ella.

—Les reservaré una —dijo Ellen—. Eso le dará aire de triunfador en las entrevistas... No cuesta más que dos habitaciones.

Sentándose cómodamente en el borde de su escritorio, le dirigió una mirada larga y serena. Dientes un poco torcidos..., eso quería decir que sus padres no pudieron permitirse el lujo de hacerlos arreglar. Una sombra de cicatrices de acné en las mejillas, no tantas como para resultar desagradables, pero quería decir que, probablemente, había tenido complejo de inferioridad cuando era un adolescente. Con granos, sin dinero y libresco, en el preciso momento en que más le excitaban las mujeres. Casado en su juventud, probablemente por atracción sexual. Ahora, precisamente tenía la edad en que se daba cuenta de todo lo que se había perdido. Lo que Ellen alcanzaba a ver de su cuerpo era atractivo. No estaba demasiado tostado, lo que indicaba que no era un fanático del tenis ni del golf. No convenía que un hombre tuviera demasiados intereses marginales; éstos encauzaban su interés por engañar a su esposa. Enrojeció levemente bajo la mirada de Ellen. Ésta le miró a los ojos y sonrió y, luego, le miró la boca. Cuando supo que ya lo había puesto lo bastante incómodo, se apartó del escritorio y se dirigió hacia la puerta con naturalidad. Cuando llegó a su oficina, sonó su teléfono.

—Quizá sería mejor que buscara dos habitaciones —dijo Reuben—. Alexis está casado.

—¿Y quién no? —observó ella.

—Claro que su mujer está en Miami y no habla ni un ápice de inglés...

—Parece perfecta —dijo Ellen.

—¡Qué traviesa está hoy!

—No más de lo habitual.

—Me cancelaron una cita para almorzar —dijo Reuben—. Si quiere, le pago un emparedado.

—Estupendo.

Colgó con suavidad el auricular y se pasó las manos por los senos y por la esbelta cintura. Iría despacio con él. Resultaría fácil. Ya se sentía mejor. Sería un verano maravilloso.

Junio, 1975

POR PRIMERA VEZ EN SU VIDA, ese verano, Nikki Gellhorn se sentía como si fuera una de sus hijas. Ellas emprendían sus aventuras; Nikki, la suya. Concluidos los estudios, durante el verano Lynn y su novio fueron en avión a Londres, primera etapa de su verano europeo. Lynn tenía su mochila, su pasaporte, sus cheques de viajero, su mapa del sistema londinense de metros, su mapa de la zona vinícola francesa, su lista de albergues juveniles, sus píldoras anticonceptivas, sus tejanos, sus libros en rústica y (bajo protesta) llevaba puesto el brazalete de plata de «Alerta Médico» en el que se hacía constar que era alérgica a la penicilina. Ella y su novio ni siquiera se habían molestado en comprar anillos de boda en el baratillo, una sugerencia de Nikki que fue recibida con alaridos de risa.

Dorothy trabajaba en el hospital suburbano de enfermedades mentales. Le encantaba hacerlo.

—No son violentos, mamá —le aseguraba a Nikki—. A los violentos los encierran en otra sala. A mí me envían los adolescentes consentidos, cuyos padres quieren hacerles dejar las píldoras y las drogas por cien dólares diarios..., el hospital, no el hábito.

Tenía sus uniformes, su marbete en el que figuraba su nombre y su raqueta de tenis. Jugaba con los pacientes y con los demás auxiliares. Ya había conocido allí a un estudiante de Medicina que le agradaba. Nikki dudaba de que Dorothy llegara a conceder a sus padres una visita semanal, ni siquiera con el estudiante de Medicina. Una casa en el campo no era tan interesante. La misma Nikki ya no seguía disfrutando de los fines de semana en ella. Ella y Robert se trataban con bastante amabilidad, concurrían a asados, comidas al aire libre y ofrecían almuerzos, pero ella siempre se alegraba cuando llegaba el lunes y podía volver a Nueva York. Regresar el lunes por la mañana en lugar del domingo por la noche era su concesión al «ego» de Robert, aunque le resultaba muy incómodo.

En la oficina, preparaban libros para el año siguiente. Con todo, el verano era una época más tranquila, porque la gente hacía vacaciones y eso parecía desmoralizar a los que quedaban. El edificio nunca parecía darles suficiente aire acondicionado. Los lunes por la mañana comparaban sus bronceados. Los solteros de verano, cuyas esposas se encontraban en Hampton o en Fire Island, habían empezado a convivir con sus amigas.

Una tarde, toda la oficina asistió a la proyección de uno de los libros de «Heller y Strauss» convertido en un film. Ellen Rennie se sentó junto a Reuben Weinberg, y, al término de la proyección, salieron juntos. Nikki no le dio mucha importancia al hecho.

Al día siguiente, Ellen entró en su oficina.

—¿Estás ocupada?

—Como de costumbre —dijo Nikki, dejando a un lado un manuscrito que estaba leyendo.

—Tenía que contártelo —dijo Ellen—. ¿Eres capaz de guardar un secreto?

—Claro.

—Estoy enamorada.

—No me digas. ¿De quién?

—De Reuben —dijo Ellen.

Nikki sabía algo sobre el pasado de Ellen por Margot, pero siempre había imaginado que los hombres habían de ser irresistibles, no como Reuben. No podía imaginar que una mujer pusiera en peligro su matrimonio por Reuben.

—Tenía que contárselo a alguien —continuó diciendo Ellen—. Nunca estuve enamorada así, antes. Una jamás sabe quién será, ¿verdad?

—No, jamás —dijo Nikki.

—Me resistí —prosiguió Ellen—. Al fin y al cabo, tengo que mantener en pie mi hogar. No es fácil. Y Reuben está casado, lo cual también es una dificultad. Pero, al final, no pude resistir. Es tan increíble... Pero tú lo conoces, por supuesto.

—No como tú —observó Nikki, sonriendo.

Mientras se sentaba en el borde del escritorio de Nikki, Ellen clavó la mirada en el espacio; un lejano resplandor le brillaba en los ojos.

—En la cama, es increíble... —dijo.

—¿No se lo has dicho a Margot?

—Por supuesto —dijo Ellen—. A Margot se lo cuento todo. Somos amigas de toda la vida.

—Pues no creo que debas decírselo a nadie más en esta oficina, aparte de mí —dijo Nikki—. Corren muchos chismes por aquí.

—Oh, ni se me ocurriría. Te lo dije a ti, Nikki, porque eres la mejor amiga que tengo aquí y sé que puedo confiar en ti.

—Puedes.

Nikki se preguntó a cuántas personas más se lo habría contado ya Ellen. Parecía demasiado ansiosa por hacer confidencias; parecía casi decepcionada ante el hecho de que Nikki no le exigiera detalles. ¿Es la idea del amorío lo que le gusta, se preguntó Nikki, o el mismo amorío?

—No es fácil estar juntos en la misma oficina —continuó Ellen—. Por suerte, su esposa e hijos están de veraneo en Fire Island y él sólo va allí los fines de semana. Durante el resto de la semana, usamos su apartamento.

—¿No tienes que regresar a tu casa?

—Quiero decir a la hora del almuerzo y después del trabajo..., ya sabes.

—Yo no sé nada —dijo Nikki—. Soy muy aburrida, nunca tuve un amorío.

—¿Nunca?

—Jamás tuve tiempo para ello.

—Debes de haber sido muy feliz en tu matrimonio —dijo melancólicamente Ellen—. El mío es una pesadilla. Sin embargo, una hace lo que puede para sobrevivir. Momentos robados.

—Eso parece el título de una película muda. D. W. Griffith.

—No me extraña que seas revisora —dijo Ellen.

«Soy igual que Robert —pensó Nikki, horrorizada—. Hago lo mismo que hace él con las palabras. Tal vez si se vive con alguien el tiempo suficiente, ambos se convierten en gemelos».

—Créeme, Nikki —estaba diciendo Ellen—, si no fueras feliz en tu matrimonio, habrías tenido tiempo de tener un amorío. Los hombres siempre andan a la caza de mujeres casadas. Es demasiado fácil para nosotras.

Nikki recordó. En el transcurso de su vida, por lo menos habría habido una docena de hombres que le habían hecho ofrecimientos serios. Los había guardado a todos en su mente, como si tuviera en la mano un carnet de baile, y los había descartado riendo. Siempre había pensado que un adelanto valía tanto como un *fait accompli*. Y era mucho más seguro. Y después de tanta bondad por su parte, su marido la acusaba de engañarlo. ¡Qué irónico!

—¿Sospecha algo tu esposo? —le preguntó a Ellen.

—¿Hank? Jamás. O si sospecha, no quiere admitirlo. La gente es muy autoprotectora.

—Supongo que sí.

Ellen volvió a su oficina y a su mundo de ensueño, y Nikki a su manuscrito. Se preguntaba si su hija Dorothy estaría haciendo el amor con ese estudiante de Medicina. ¿No sería cómico que sus dos hijas terminaran casándose con médicos? Su madre estaría encantada... «Dios santo, tengo que dejar de pensar en el matrimonio», se dijo Nikki. Las muchachas ya no se casan con alguien sólo porque estén acostándose con él. O porque quieran hacerlo. Se limitan a divertirse. Y sus madres, también. «No soy muchos años mayor que Ellen. Ella parece mayor que yo. “Demasiado vieja” es una treta que inventaron nuestras madres para mantenernos encerradas en el serrallo. Primero, somos “demasiado jóvenes”; después, “demasiado viejas”. No es que desee hacer algo, pero, si alguna vez lo deseo, no dejaré que el hecho de tener cuarenta y dos años me impida correr la aventura».

Su secretaria, Elizabeth, dio unos golpecitos en el marco de la puerta.

—Nikki, ¿puedes prestarme diez dólares hasta el día de pago? Anoche me asaltaron.

—¡Bromeas!

—No, de veras. Me robaron. Regresaba a casa después de haber ido de compras —anoche las tiendas estuvieron abiertas hasta tarde— y un sujeto me cortó la correa del bolso con unas tijeras y desapareció. Cuando me volví, le vi correr hacia la entrada del metro. No iba a seguirlo hasta allí.

Nikki miró a la bonita joven china, de veinte años, de cabello largo, espeso, lacio, con tejanos, sin caderas, y pensó que tenía suerte de que sólo la hubieran robado en vez de violarla.

—¿Qué hiciste?

—Bueno, por suerte me había gastado la mayor parte del dinero... Pero lo que de verdad me molestó fue que había una falda que me gustaba mucho, y me dije que era demasiado cara y que le haría bien a mi alma no ceder por una vez, y no la compré. Y, después, ese maleante se me lleva el dinero. ¡Qué furiosa me puse!

—Considéralo desde este punto de vista —dijo Nikki—: podrías haber comprado la falda y, después, él haberte quitado eso.

Elizabeth rió.

—¿Dispones de diez dólares? No me gusta pedirte...

—Por supuesto.

Nikki hurgó en el bolso hasta encontrar el billetero.

—¿Llevas todas tus tarjetas de crédito? —inquirió Elizabeth.

—Claro, ¿por qué no?

—¿Y el dinero y las llaves? Algún individuo podría arrebátartelo todo y llegar a tu casa antes que tú.

—Dudo que me suceda —dijo Nikki. Recordando a su ladrón frustrado, sintió un leve escalofrío—. ¿Qué pasó con tus llaves, anoche?

—Las llevo en el bolsillo.

—¿Cómo puedes vivir así?

Elizabeth se encogió de hombros.

—No me las quitó. Eso es lo principal.

—¿Todos viven como tú?

—No. A la mayoría de mis amigas no les importa. Pero ya me asaltaron una vez y eso me enfureció de verdad. Se experimenta una horrible sensación de ser invadida, y de cólera e impotencia. Por otra parte, mi novio lleva consigo lo que llama «dinero para ladrones». Son veinte dólares, para que el ladrón no se enfurezca y lo aporree o algo peor. Supongo que esos canallas esperan obtener más de un hombre. Quiero decir que si una secretaria sólo lleva encima treinta y cinco centavos, creen que ya está bien.

—¡Qué cínica eres para tu edad! —dijo Nikki, dándole los diez dólares.

—Gracias. Te los devolveré la semana próxima.

—No te preocupes por eso.

Elizabeth sonrió, sacudiendo la larga cabellera.

—Más vale ser cínica que inocente, créeme.

—Seguiré viviendo peligrosamente.

Cuando la secretaria se marchó, Nikki contempló durante largo rato su bolso. Recordaba lo que le había ocurrido aquella vez, hacía diez años, cuando trabajaba fuera de horas, sola en la oficina, y al volver del baño había sorprendido a un hombre joven sacando el billetero de su cartera, que ella había dejado sobre el escritorio. Se había puesto tan furiosa, que lo persiguió hasta el ascensor gritando: «¡Oiga, devuélvame el billetero!». Era un joven de escasa estatura y estaba asustado; y cuando ella lo atrapó en el ascensor, dejó caer el billetero a sus pies, sin haber tocado el dinero, y huyó por la escalera de incendio. Al día siguiente, cuando contó lo sucedido a los demás empleados, éstos rieron. Ahora, todos cerraban sus oficinas con llave al salir o se llevaban consigo su dinero. Nadie se quedaba solo fuera de las horas de oficina. Las puertas de cristal que comunicaban con la sala de recepción se cerraban con llave a las cinco y los empleados tenían llaves. Había un guarda en el vestíbulo de noche y un registro de entradas. Las cosas habían cambiado. Hasta ella había cambiado en pequeños aspectos. Se había vuelto avezada en la oficina, pero no en la calle. Le ofendía que alguien le robara su libertad. Se podía vivir en una prisión de miedo en la propia mente, y quizás esto fuera igualmente malo. No estaba segura de ello.

Los únicos que sabían que Ellen Rennie cumplía cuarenta años eran la familia de Ellen, su amante Reuben y Margot. Cuando cumplían años, Ellen y Margot siempre se invitaban mutuamente a almorzar y se hacían costosos regalos. Era una tradición que habían iniciado en la Facultad. Ese año, Margot llevó a Ellen a almorzar a «Madrigal» y le regaló un bolso de Gucci.

El restaurante era todo amarillo y blanco, como si lo bañara el sol. En las paredes había murales que representaban a trovadores franceses del siglo dieciocho; y en cada mesa, rosas amarillas y color damasco en grandes copas para beber coñac. Se exhibían cajas de frambuesas frescas, muy difíciles de conseguir en la ciudad, y al fondo de la sala podía verse un jardincillo rebosante de hiedras. Ambas bebieron varios vasos de vino, cada una por sus motivos particulares.

—¿Cómo se siente una cuando cumple cuarenta años? —preguntó Margot.

—Si quieres que te diga la verdad, hoy me siento exactamente igual que ayer. Salvo el alboroto que todos hacen. Las niñas insistieron en que celebráramos una cena de cumpleaños. La están preparando ellas mismas. Tuve que prometer que no volvería a casa antes de las seis, lo cual resultó conveniente, porque voy a pasar la tarde con Reuben.

—Simplemente, otro día más —dijo Margot, sonriendo.

Ellen no estaba segura de que fuese «simplemente, otro día más». Aquella mañana la había despertado una sensación de temor, como si hubiera sonado un reloj anunciándole: «has pasado por la mitad». Tenía que admitir que había pasado por la mitad de su vida, y eso la situaba en el inicio de la edad mediana. No había modo de esquivar la lógica de este acontecimiento. Y si no llegaba a cumplir los ochenta años,

o si se volvía senil o algo por el estilo, quería decir que ahora estaba en plena edad mediana. No se sentía diferente en nada, no parecía diferente en nada, y no era justo. Bueno, digamos que durante los primeros diez años de su vida sólo había sido una niña que aprendía cosas; y los diez siguientes habían sido la época del ensayo y el error; así, pues, sólo había tenido veinte años de vida real y todo había transcurrido tan rápido. Gran parte había sido desgraciada; un poco, excitante. Pero había pasado, y lo que restaba ahora parecía investido de excesiva importancia porque, por primera vez, Ellen advertía cuán limitado era el tiempo.

—No te muestres tan deprimida —dijo Margot—. Es tu cumpleaños. Cumpliré el mío dentro de unos meses. Me estás asustando.

—Hace que una se pregunte... —dijo Ellen.

—¿Qué?

—Me pregunto qué hice de memorable en mi vida. Si ahora estoy tan deprimida, ¿cómo me sentiré a los cincuenta años? Probablemente, me encerraré en mi dormitorio con una botella de ginebra.

—Es probable que estés en el dormitorio de alguien, con una botella de champaña. Con otro cuero cabelludo en tu cinturón.

—Oh, Margot, ¿cómo puedes decir eso? ¡Nunca me he aprovechado de nadie! Nunca hubo cueros cabelludos.

—Quizá si me casara con alguien, le gustaría más a Kerry.

Ellen sintió que el corazón le daba un vuelco y esperó no haber empalidecido. ¿Acaso Margot intentaba sonsacarle? Tal vez ese pequeño soplón se lo hubiera dicho. No se atrevería. Margot se lo habría dicho directamente; le habría dado un ataque y, sin duda, no estarían disfrutando de ese agradable almuerzo de cumpleaños. En el preciso momento en que creía concluido el embarazoso incidente con Kerry, tenía que surgir así. Pero Margot parecía totalmente inocente y absorta en sí misma.

—La próxima vez que te enamores, deberías casarte —dijo Ellen.

—¡La buena mamá Ellen! Buena estás tú para hablar de las glorias del matrimonio.

—Deberías casarte —dijo Ellen—. Necesitas un solo hombre. Necesitas amor y seguridad.

—Creo que estoy demasiado apegada a mis hábitos para casarme —dijo Margot—. En realidad, no me gusta compartirlas cosas.

—Eso es un disparate —dijo Ellen.

—No veo ningún matrimonio feliz cerca de mí. ¿Y tú?

—El tuyo lo sería.

—No, no lo sería. Si lo fuera, me habría casado hace años, con cualquiera. Ahora, puedo aceptarme. Admito que nunca quise.

—Los segundos matrimonios funcionan mejor —dijo Ellen—. Si casarse fuera un error tan grande, ¿por qué la mayoría de los que se divorcian a nuestra edad se casan con otra persona?

—O simplemente viven juntos —observó Margot.

—No soy de las que se separan para «vivir juntos» —dijo Ellen—. Si alguna vez me divorciara de Hank, sólo lo haría para casarme con otro.

—¿Tienes a alguien en perspectiva?

—No. Es la tristeza del cumpleaños. Es muy deprimente tener cuarenta años y estar casada con Hank.

—Eso sí que lo creo —dijo Margot, riendo.

—No, Margot, en serio. Dime la verdad. Cuando nos miran a Hank y a mí, los demás piensan: «No me explico qué habrá visto».

—Yo, sí.

—No me refiero a ti, sino a los desconocidos, a las relaciones casuales. ¿Piensan que Hank es un fracasado?

—Depende de quién son amigos, de él o tuyos.

Ellen suspiró.

—No sé por qué te lo he preguntado. Conozco la respuesta. Hasta sus amigos lo consideran un fracasado. ¡Dios mío! ¿Cómo se puede saber a los veinte años lo que ocurrirá cuando una se haga mayor?

—¿Por qué no te divorcias? —preguntó Margot dirigiéndole una mirada seria—. No eres demasiado vieja. Abandónalo mientras aún tienes posibilidad de hacerlo. Las muchachas te harán compañía. ¿No te encantaría vivir en tu apartamento con Jill y Stacey? Sin Hank..., piénsalo.

—¿Qué haría él sin mí? —dijo Ellen. No comprendía cómo Margot no veía la ineludible lógica de esto—. Soy yo la que aporta el dinero en esta familia.

—Entonces, no tendrías que sentirte culpable por abandonarlo —dijo Margot con su lógica propia—. No tendrá que mantenerte.

—No puedo pisarlo cuando está caído, Margot. Hank me ama.

—Debe amarte, es cierto. Siempre has sido muy descuidada para ocultar tus huellas.

—Lo sé —dijo Ellen—. Hank no es curioso. Extraño, sí, pero no curioso. —Rió—. No seamos perversas con mi pobre marido. Es el único que tengo.

¡Qué hermoso era estar allí con Margot, como en los viejos tiempos de escuela, burlándose de los muchachos! Era casi como si Hank no fuera más que uno de sus fieles admiradores juveniles, alguien de quién podía reírse y deshacerse cuando la aburría. ¡Ojalá fuese verdad!, pensaba Ellen. Si pudiera desaparecer en el pasado, como Alicia en la madriguera del conejo. Si pudiera hacerlo todo elegiría a un intelectual, como Reuben; a alguien que amara los libros, hablara de libros y tuviera poder, que conociera a gente interesante, que fuera creativo y que hiciera el amor de un modo tan magnífico, como si hubiera descubierto el sexo por primera vez y nunca pudiera hartarse de él. El poeta del dormitorio, le había llamado ella un día.

—¿Te gustaría vivir de nuevo tu vida? —preguntó Margot.

—Sí —repuso ésta—. Con tal de que fuese distinta.

—Bueno, ésa sería la única justificación, ¿verdad?

Después de almorzar, Ellen fue directamente al apartamento de Reuben, que estaba en el West Side, no muy lejos del de ella. Él también se había tomado la tarde libre en honor al cumpleaños de Ellen y la esperaba. El portero, que ya la conocía, no la detuvo para preguntarle a dónde iba; y Ellen se preguntó cuántos porteros, en toda la ciudad, estarían saludando cortésmente a mujeres que iban a visitar a hombres cuyas esposas estaban ausentes, de veraneo.

Reuben abrió la puerta en cuanto Ellen tocó el timbre; se besaron y se abrazaron como si no se vieran desde hacía meses. Una de las cosas que más amaba en él era que fuese tan afectuoso. Una vez, le había preguntado si era tan afectuoso padre como amante (no dijo «marido»), y él había dicho que sí, que siempre abrazaba y besaba a sus dos hijitos porque su padre había sido frío. Después había agregado, con un resplandor en la mirada, que quizá no fuese un marido tan afectuoso como debería serlo. Era tan perspicaz y tan bondadoso... Cuando Ellen quería preguntarle algo y no lo hacía, él lo advertía y siempre respondía.

—¡Espera a ver lo que tenemos! —dijo muy contento, mientras la conducía al cuarto de estar.

Era la primera vez que Ellen veía el cuarto de estar sin que todos los muebles se hallaran cubiertos con sábanas. El apartamento de Reuben siempre le hacía gracia porque su esposa lo había cubierto todo, como una anciana, para que no se ensuciara durante el verano, mientras ella se hallaba ausente. ¿Qué importaba que el pobre Reuben tuviera que vivir allí durante la semana? Las únicas habitaciones que había dejado sin cubrir eran el dormitorio y la cocina.

Reuben había sacado un termo con hielo, y en el hielo había una botella de Dom Pérignon. Junto a ella se enfriaban dos copas. En una bandeja de plata había un envase abierto de caviar «Beluga Malossol», el favorito de Ellen, y un plato con tostadas que evidentemente él mismo había preparado. Incluso las había cortado a cuadritos, y les había quitado las cortezas. Y el toque final era una cajita con el sello de «Cartier».

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo Reuben.

—¡Oh, Reuben, éste es mi mejor cumpleaños!

Él echó mano a una llave y destapó el champaña, que produjo un satisfactorio estampido y un siseo de helado vapor, pero sin derramarlo. Ellen aplaudió.

—Un cantinero me enseñó este truco —dijo él—. Mis manos no son muy fuertes...

Cuando llenó las copas, ambos brindaron y bebieron; después, él la hizo comer caviar, aunque no tenía apetito. Luego le dio el regalo. Al abrir la caja, Ellen vio una pequeña y delicada cadena de oro que le quedaría muy ceñida alrededor de la base del cuello.

—Oh, pónmela —dijo Ellen. Reuben lo hizo y le besó el cuello por encima de la cadena—. Nunca me la quitaré —agregó ella.

—Pensé que tal vez no debía regalártela —dijo él—. Pero es que te amo... Y puedes inventar algo si él te pregunta, ¿verdad?

—Por supuesto. Diré que me la regaló Margot.

Pensó en el bolso de Gucci. Reuben ni siquiera había notado la caja, o, en caso contrario, ya la había olvidado. Así, pues, podía guardar el bolso en el ropero y, cuando empezara a usarlo, Hank ni siquiera se daría cuenta.

—¿Dos regalos? —preguntó Reuben—. Tu Margot es muy dadivosa.

—Nunca pierdes tu capacidad para sorprenderme —dijo Ellen.

—¡Ojalá nunca la pierda!

Ellen se dejó puesto el collar mientras hacían el amor en la cama y pensó que ahora era realmente el regalo que le había hecho él a ella, porque llevaba consigo el contacto de su piel y hasta el olor de su piel, según imaginó. Aunque llevaría el collar en la ducha y en el mundo exterior, seguiría formando parte de los dos haciendo el amor. Le gustó la idea. También le gustó que él hubiera quitado las sábanas que cubrían los muebles del cuarto de estar y la hubiera agasajado allí para que no se sintiera como una intrusa de verano. De verdad que era un hombre muy considerado. Suponía que, cuando llegara el otoño, encontraría otro lugar para llevarla, donde ambos podrían sentirse cómodos y seguros. No sabía por qué, no se imaginaba a Reuben en un motel. Era demasiado ingenuo, demasiado idealista. Probablemente, algún amigo íntimo de Reuben tuviera un apartamento de soltero.

—Te amo —decía él una y otra vez—. Te amo, te amo.

¡Qué hermoso era oírsele decir! Podía seguir escuchándolo eternamente.

—Yo también te amo —dijo Ellen.

Stacey había pasado toda la tarde horneando una torta de cumpleaños. Además, había comprado un frasco de perfume para su madre. Jill le había comprado un libro que también ella quería leer, y se pasó el día leyéndolo sin ensuciarlo, antes de envolverlo de nuevo con su papel para regalo. Claro está que podría haber esperado a que su madre terminara de leerlo para pedírselo, pero leerlo antes le proporcionaba un especial placer secreto. Jill leía rápidamente. Ahora que el libro le pertenecía por completo y estaba a salvo en su mente, no era más que una cáscara, como una vieja naranja exprimida, un regalo de cumpleaños perfecto para esa cáscara que era su madre.

Stacey puso fin a las últimas y laboriosas decoraciones con azúcar.

—¡Listo! Como en la confitería.

—Es demasiado bueno para ella —dijo Jill.

—Como dice mamá, no tiene objeto hacer algo si no se hace a la perfección —dijo Stacey, animada—. Es hora de poner el pollo en el horno... ¿Lavaste la ensalada?

—Todavía no.

—¡Jill! No puedo hacerlo todo yo.

—Fue idea tuya.

—Pero dijiste que me ayudarías —insistió Stacey.

—No lloriquees.

—No lo comprendes. Hago todo esto porque me gusta. La fiesta no es más que una excusa.

—Entonces, ¿por qué no ofreces una fiesta a tus amigos?

—Ella habría dicho que es demasiado caro. Ésta es una de nuestras «grandes charadas familiares». Ya verás, ella y papá quedarán encantados.

Jill se sentó en la silla de la cocina. En los últimos tiempos, se sentía mareada, veía manchas frente a los ojos, tenía períodos de náuseas y lasitud. No le gustaba como se sentía, no le gustaba nada.

—Te veo un poco verde —dijo Stacey—. ¿Te encuentras bien?

Jill se mordió un labio.

—Ya pasará. Tráeme un vaso de agua embotellada de la nevera, por favor.

Stacey se la llevó a la carrera. Jill bebió un poco y tuvo ganas de vomitar. Sentía que un sudor frío le perlaba el rostro y le corría por los costados.

—Diría que probablemente se trata de algo que comiste —dijo Stacey—. Pero, tratándose de ti, es probable que sea algo que no comiste.

—Me pregunto si tendré cáncer —dijo Jill.

—El médico de la familia. Si consigues llegar a Todos los Santos, hijita, podrás salir disfrazada de esqueleto a pedir regalos.

—Ja, ja, ja, ja —dijo Jill.

Se sentía un poco mejor. Cuando se pasó el dorso de la mano por la frente, le sorprendió descubrir que tenía el cabello mojado. Su frente estaba fría al tacto, no tenía fiebre, ni mucho menos. También tenía la mano fría. Bajo la luz fluorescente de la cocina, sus uñas parecían azuladas. Esperaba poder mantenerse en pie durante la cena. Según el reloj de la cocina, eran las seis y cuarto. Su madre no había vuelto aún y su padre se estaba dando una ducha, con el propósito de emperifollarse. Stacey había empezado a lavar las verduras para la ensalada mientras dirigía miradas ansiosas a Jill.

—Tienes un aspecto calamitoso —dijo Stacey—. ¿Cómo estarás de presión arterial?

—¿No tienes un aparatito para medirla en tu cuarto?

—Apuesto a que también tienes poco azúcar en la sangre.

—Bueno, te propongo una cosa, Stacey... Cuando muera, puedes hacerme la autopsia.

—Usaré esto —dijo Stacey, sonriendo al agitar el cuchillo de cocina—. Pero aguarda hasta después de la cena, lo necesito.

Hank entró en la cocina; vestía pantalones limpios y una camisa deportiva limpia y olía a pino. Miró a las dos niñas con sonrisa satisfecha. «¡Qué escena más

hogareña! —pensó Jill asqueada—. Stacey adula, yo me muero, papá finge y mamá está con el que la goza. Me pregunto si se acordará tan sólo de volver a casa para cenar».

Ellen llegó a casa a las seis y media. Fue directamente a su dormitorio, luego, al cuarto de baño, se dio una ducha y entró en la cocina con su albornoz.

—¿Qué nos ponemos esta noche? —preguntó jovialmente—. Vaya, Hank, qué elegante estás. Creo que me pondré pantalones.

Y se dirigió a su dormitorio sin esperar a que nadie le contestara.

Hank preparó unos cócteles y llevó uno al dormitorio para Ellen y otro para él. Jill estaba sentada en la silla de la cocina como un bulto inmóvil. No estaba segura de poder reunir la fuerza necesaria para ponerse de pie.

—Voy a cambiarme de ropa —anunció Stacey—. Jill, ¿quieres vigilar el pollo? Sácalo cuando suene la alarma. ¿Jill?

—Sí.

—Cuando la manecilla pequeña señale las siete y la grande las tres.

—Ponte eso ya sabes dónde.

—Me daré prisa y luego podrás vestirme tú. A menos que te propongas quedarte así.

—Ya lo estoy viendo, Stacey —dijo Jill—. Cuando crezcas, serás la madre de alguien.

—Ponte eso ya sabes dónde.

—No tengo dónde.

Mientras la radio de Stacey transmitía su música favorita, Jill se preguntó qué camiseta con inscripciones elegiría Stacey, de su colección, para agasajarlos esa noche. El sonido de la música iba y venía. Le parecía que la silla se balanceaba con suavidad. Sentía que el cuerpo le pesaba mucho, muchísimo; tanto, que no podía moverlo, y era inexorablemente arrastrado hacia el suelo. Pesaba mil millones de libras; era un cuerpo pétreo, paralizado. Cuando dio contra el suelo, ni siquiera lo sintió.

Recobró el sentido en algo que parecía un vehículo, pero se durmió; y cuando volvió a reaccionar, yacía en una cama, en una habitación desconocida. Tenía un brazo atado con correas a un tablero y, en el brazo, una aguja hipodérmica sujeta con tela adhesiva a la vena grande; unos tubos corrían desde la aguja hasta un gran frasco que pendía sobre ella en un soporte de acero. La vena del brazo le dolía muchísimo. Pegado a la almohada había un timbre, que oprimió con la mano libre. Un hospital. Ahora bien, ¿qué hospital, y dónde?

Entró una enfermera, que sonrió al ver despierta a Jill.

—¿Cómo se encuentra?

—Me duele la cabeza.

—Se golpeó la cabeza al caer. Le dieron tres puntos, pero el doctor dice que no le quedará cicatriz. Es una muchacha con suerte.

Jill se tocó la cabeza con la mano libre. Tenía un vendaje que le cruzaba en diagonal sobre la ceja.

—¿Dónde está mi familia?

—Esperando afuera. Los llamaré...

—¿En qué hospital me encuentro?

—En el de Payne Whitney.

—¿Dónde llevan a los chiflados?

La enfermera nunca perdía su sonrisa que parecía pegada con engrudo. Se asemejaba a la joven del anuncio del «Rey de las Hamburguesas».

—Vamos, no creerá que está chiflada ¿verdad?

—No. ¿Por qué estoy aquí, entonces?

—Tiene mucha suerte de estar aquí —dijo la enfermera.

Salió a zancadas de la habitación y volvió rápidamente con los padres de Jill y Stacey.

Ellen, que tenía aspecto de haber estado llorando, se apresuró a abrazar y besar a Jill, lo cual la hizo encogerse. Su padre le dirigió una falsa sonrisa jovial y le tomó la mano con su agradable manaza. Stacey, por supuesto, estaba inspeccionando todos los aparatos que le habían adherido a Jill mientras ésta dormía.

—Tienes un catéter —dijo Stacey, triunfante.

Siguiendo la mirada de Stacey hasta el suelo, Jill vio un frasco, parcialmente lleno de orina, del cual salía un tubo que —como descubrió experimentando una punzada cuando intentó moverse— estaba adherido a sus entrañas. Se sintió como si fuera un trozo de carne. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ahora que está despierta, podemos sacarle eso —dijo alegremente la enfermera—. ¿Quiere volverse, por favor, señor Rennie? —Cuando su padre les dio la espalda, la enfermera arrancó el tubo que tenía adentro y levantó el frasco—. Pero, en el cuarto de baño, debes usar el tazón de hojalata, no el inodoro, porque tenemos que medir todo cuanto salga de ti. Llama a la enfermera cada vez que necesites ir al cuarto de baño. No vayas sola podrías caerte.

Jill contempló el frasco que reposaba sobre el tablero adherido a su brazo.

—¿Y eso?

—Oh, eso va contigo. Sobre ruedas.

—¿Cómo que «va conmigo»? ¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que consigamos que peses ochenta y cinco libras o empieces a comer sola, lo que ocurra antes.

—¡Oh, Dios mío! Es la tortura china del agua.

La enfermera dirigió su imperecedera sonrisa a los demás miembros de la familia y salió del dormitorio. Ellen le acariciaba la cabeza a Jill, quien deseaba que su madre le quitara las zarpas de encima. Se preguntaba cuánto hacía que estaba allí. No podía hacer mucho tiempo; no había flores en la habitación, ni tampoco televisor, y su

padre llevaba el mismo traje que se había puesto para la cena de cumpleaños de su madre. ¡Dios santo, la cena de cumpleaños!

—¡Uy, mamá! —dijo Jill—. Debo de haber estropeado tu cumpleaños.

—¿Qué cumpleaños? —dijo la madre con animación—. Aún tengo treinta y nueve años.

—Lamento haberme puesto enferma.

—Basta con que te cures —dijo su padre—. Es lo único que deseamos.

—¿Cuánto tiempo tendré que permanecer aquí?

—Un par de semanas —dijo Ellen.

—Pues no podemos permitirnos ese lujo —dijo Jill—. Comeré en casa.

—Ya nadie confía en ti, Jill —dijo su madre.

—Gracias.

—Esta vez te vas a curar —continuó Ellen—. Tu padre y yo tenemos muchos seguros médicos. A decir verdad, ya que tienes que pasarte un par de semanas en el hospital, tuvimos la suerte de conseguir que te trasladaran a la sucursal de Payne Whitney en el campo. Es un lugar muy bonito, como un predio universitario. Tienen canchas de tenis, árboles...

—¿Con quiénes jugaré al tenis, con otros locos?

—Un médico hablará contigo todos los días para averiguar a qué se debe tu obsesión de adelgazar. Tú lo resolverás. Ya verás cómo todo sale bien.

—Te visitaremos sin cesar —dijo Stacey—. Está cerca de casa.

—Y, además —concluyó su madre, triunfante—, hice que un cirujano de cirugía plástica cosiera ese corte. Ni siquiera conseguirás ver la cicatriz.

«Estoy segura de que eso fue lo primero en que pensó —se dijo Jill—. Que mi hermosa hija no tenga una cicatriz en la cara... Todo lo que salga de mí debe ser perfecto».

—Me duele el brazo —dijo Jill—. Decidle al médico que me saque esto. Me duele de veras.

Por un momento, su padre pareció a punto de perder totalmente su compostura y estallar en lágrimas. Después, se repuso y oprimió el timbre. Cuando por fin llegó la enfermera, le dijo:

—Dice mi hija que tiene hambre.

—¡Magnífico! —exclamó la enfermera.

Salió deprisa y regresó trayendo una bandeja, en la que había un vasito de papel lleno de natillas y una cuchara. Parecía un servicio de hotel... Le dio a una manivela, levantó la cama y puso el alimento sobre la mesilla de noche, que empujó sobre el regazo de Jill.

—Soy zurda —dijo la joven—. No puedo comer, si no me quitan el entablillado del brazo.

La enfermera la miró con los ojos entornados, con desconfianza.

—Es zurda —afirmó Ellen.

—Tendré que preguntarle al doctor.

—Pues pregúntele —dijo Jill.

—Está regateando conmigo —dijo la enfermera.

—¿Qué importa? —dijo Jill—. Si como, ganamos las dos.

La enfermera salió de la habitación y volvió trayendo una bandeja con emplastos adhesivos, algodón y un frasco que parecía contener alcohol. Liberó a Jill de la máquina de torturas, le frotó el brazo y cubrió el agujero con un emplasto adhesivo. Jill podía ver una magulladura incluso por encima del vendaje. Sacudió la mano izquierda, que sentía extraña, y cogió la cuchara. Todos la observaban. Parecían un montón de idiotas. Sacó una cuchara de natillas, que eran sorprendentemente insípidas, y se la tragó. Estuvo a punto de hacer arcadas, pero contuvo esta sensación hasta que se le pasó. «Esto no es comida —se dijo—. No parece comida. No sabe a comida».

Todos se quedaron rondando hasta que Jill terminó de comer las natillas y bebió un vaso de agua y después se quedaron un poco más para comprobar que no vomitaba. Jill no tenía intención de hacerlo. En ese hospital sería una santa y también en ese lugar del campo donde llevaban a los locos; y en cuanto llegara a estar lo que ellos consideraban bien, la dejarían libre. Los médicos no permitirían que se hinchara hasta convertirse en un fenómeno enorme, en un globo de grasa. Estaría a salvo. Entonces, quedaría en libertad para reanudar su vida normal. Le diría al médico lo que éste deseaba oír. Quizá le dijera que quería ser modelo. Él se lo creería. Y tendría que dejarla ir cuando aún estuviera delgada. Jamás se había oído hablar de una modelo gorda. Deseaba tener la edad suficiente para poseer un apartamento propio, para ganar un poco de dinero. Estar atrapada con la familia, a merced de ella, era el infierno. Intentaban apoderarse de lo único privado que le quedaba: SU CUERPO. Nunca les dejaría que se apoderasen de él. Era más lista que ellos, aunque ellos detentaban el poder. Jill sabía que ganaría.

Por segunda vez en el transcurso de la semana, Kerry no fue a cenar. Margot había vuelto de prisa del estudio a su departamento en cuanto finalizó la transmisión, se puso a cocinar, se bañó, se vistió con algo bonito y tentador y, luego, esperó. Puso sus discos favoritos, bebió unos vasos de vino, llamó dos veces más a su servicio de llamadas telefónicas por si se habían equivocado la primera vez al decir que no había llamado nadie, y esperó. Telefoneó a su apartamento: no hubo respuesta. Atenuó el calor bajo la *banquette de veau* para que no se cociera demasiado, volvió a telefonear al apartamento de Kerry y terminó la botella de vino. Detestaba el estofado: sólo lo hacía porque no se le ocurría otra cosa que no se echara a perder si él tardaba. Podía preparar un bistec, por supuesto, pero impregnaba de olor el apartamento y eso no era muy romántico. Los acondicionadores de aire funcionaban en ambas habitaciones y

quemaba velas perfumadas. Muguete, porque era junio. Olía a caramelos baratos; apagó las velas.

Ansiaba llamar a alguien, tener alguien con quien hablar, porque estaba sola y asustada, pero no quería tener el teléfono Ocupado. ¿Por qué diablos no había hecho instalar dos líneas? Porque era mezquina, por eso, sabiendo, como sabía, que sus amigos la llamarían a la oficina donde había un millón de líneas, todas gratis. Ni siquiera después de tantos años de mantenerse sola había superado por completo el temor inicial que había tenido de quedarse sin un centavo. Le había asombrado estar ganando lo que su padre llamaba orgullosamente «tanto dinero como un hombre», pero le preocupaba sin cesar que su buena suerte pudiera abandonarla. Por eso, en un minuto despilfarraba, por ejemplo, regalando a Ellen el bolso de Gucci que costaba más de cien dólares, cuando, probablemente, Ellen hubiera preferido que le regalase un bono de compra para una tienda de comestibles de lujo, para que su familia pudiera comer bien por fin. Y al minuto siguiente era estúpidamente ahorrativa y no hacía instalar dos teléfonos. Y allí estaba atrapada, esperando que apareciera o llamara Kerry y sabiendo en su fuero íntimo que no llamaría, que aparecería cuando tuviera ganas y ni un minuto antes. Carecía de objeto encolerizarse por el teléfono; debería encolerizarse por haber elegido a ese hombre.

Margot se estaba poniendo furiosa. Abrió otra botella de vino. Como los nervios la habían hecho adelgazar desde que conociera a Kerry, esa noche podía beber cuanto quisiera. Si se emborrachaba, quizá le dijera exactamente que era un cerdo desconsiderado. No le asistía el derecho a tratarla como si ella no fuese nada. ¿Quién era él, en definitiva? Sólo un chico, con una novela inédita que ni siquiera le había permitido leer. Tal vez le faltara oficio y fuera narcisista, como su autor. Estaba segura de que lo era. Es probable que su influyente padre hubiera logrado que el editor concediera al muchacho un contrato y un adelanto simbólico, como un favor. Es probable que el editor creyera que Lawrence Fowler compraría diez mil ejemplares y los almacenaría para regalarlos como presentes de Navidad; podía permitirse ese lujo. Ese mocoso. ¿Por qué no llegaba de una vez? De sobra sabía que en el transcurso de toda la semana siguiente ella tendría que ocuparse de las noticias de las once, además de las del anochecer, y no podrían pasar una velada decente juntos. Se suponía que esta semana era especial. Ya podría perder el tiempo la próxima semana. ¿Dónde podía estar que fuera más importante que estar allí?

Eran las diez y media y Margot se paseaba por el apartamento como un animal enjaulado. Ni siquiera estaba hambrienta, sólo achispada y furiosa, pero no tan ebria que no se controlara. No le gritaría; se limitaría a decirle con calma qué necesidades experimentaba ella y por qué él era injusto. Kerry se disculparía, como siempre, pero esta vez no dejaría que la conquistara. Le haría saber cómo se sentía. Él no tenía ninguna idea de ello, sus discípulos sólo formaban parte de su fácil encanto.

Las doce menos cuarto. Oyó la llave de Kerry en la cerradura y el corazón le dio un vuelco. Había temido que estuviera muerto. Recordó cuando era pequeña y sus padres la dejaban sola de noche, con la criada, o con una prima, o con algún adulto al que pudieran echar mano. Margot, la niñita buena, había permanecido acostada en su lecho, quieta como una momia, sudorosa, insomne, hasta que oía la llave en la cerradura. Al oír el primer murmullo de las voces bajas de sus padres suspiraba satisfecha y se dormía antes de que ellos entraran siquiera en su dormitorio a verla.

—¡Kerry!

—Hola, cariño. —Parecía sereno y fresco, ni siquiera apenado—. Huelo a quemado.

—La ternera —dijo ella en tono apagado.

Lo único que no quería era estar sola. ¿Cómo decírselo a alguien? Era lo peor que se podía decir, porque, entonces, la respuesta sería: búscate otro.

Kerry fue a la cocina, miró dentro de la cacerola y apagó la llama.

—Salvada —dijo—. No rasparemos el fondo, y listo. Siento haber llegado tarde.

—Ah, te diste cuenta.

—Lo siento. Estuve ayudando a un amigo a mudarse a su apartamento. Sé que debía haber llamado, pero él aún no tenía teléfono.

—No te creo.

—No hace falta —dijo él dulcemente. Colgó la chaqueta en el armario del dormitorio antes de acercarse a ella y despeinarla—. Estás muy mona.

—Estoy muy enojada —repuso Margot—. Eres sumamente desconsiderado y eso no me gusta.

—Oh, supongo que lo soy —dijo él—. Ya me conoces, me olvido de todo. No sirvo para seguir el orden doméstico. ¿Queda algo de vino?

Se lo indicó con un ademán en lugar de precipitarse a servirle un vaso, como lo hacía habitualmente: su *geisha*.

—Es bastante bueno —dijo.

Temía llevar la disputa más adelante, pero tampoco estaba dispuesta a reconciliarse con él.

Kerry se sirvió un vaso de vino y se sentó en el suelo, junto a ella. «No sirvo para seguir el orden doméstico —pensó Margot—. Ni siquiera necesita una silla. No necesita alimento, no me necesita a mí». Kerry sorbió el vino y le dirigió una sonrisa triste y dulce.

—Estás enojada, ¿verdad, cariño? —preguntó.

Margot se encogió de hombros.

—Tengo que decirte algo —continuó diciendo Kerry—. Quiero volver a mi propio apartamento. Debo estar libre. Quiero ver a otras mujeres. A otras personas. Quiero estar solo.

Margot tuvo la sensación de que todas las pequeñas cicatrices de las heridas que le habían infligido en el transcurso de tantos años se hubieran abierto de nuevo. Las

había creído completamente cerradas. Eran tan recientes y escocían tanto como si el tiempo no hubiera pasado. Apenas podía respirar.

—Seguiremos viéndonos —prosiguió diciendo Kerry—. Nos citaremos con mucha frecuencia... Te quiero de veras, ¿sabes?, y deseo seguir viéndote.

—¿Citas? —exhaló Margot.

Ansiaba darle un puñetazo en la nariz, hacerle brotar sangre.

—Somos amigos, ¿no? —dijo él.

—¿Amigos? ¡Qué sabes tú lo que es un amigo!

—Seré un buen amigo, ya verás. —Le sonrió con esa sonrisa persuasiva de la que estaba tan seguro—. Te construiré nuevos estantes para los libros.

—¿Cuándo quieres irte?

—Bueno, podemos cenar y pasar la velada juntos. Lo que queda de ella. Te hará bien hablar..., ventilarás todo lo que sientes y, entonces, no estarás enojada conmigo. Podrás decirme que soy un canalla. Y, después, mañana por la mañana, sacaré mis cosas de aquí.

—¿Mañana por la mañana? —repitió ella.

—Bueno, ya es tarde. Si quieres, puedo dormir en el diván.

—Y después te irás, porque de mañana te conviene más. Siempre hay que hacer lo que te conviene a ti, ¿verdad?

—Soy una persona terrible, egoísta —dijo Kerry con calma.

—Yo también. Quiero que te vayas ahora.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. —Se puso de pie, con los brazos bien abiertos, y pensó que probablemente debía parecer una bruja vengativa—. ¡Vete! —le gritó—. ¡Junta tus cosas ahora y vete!

«No me abandones», ansiaba decir. Lo estaba pensando con tanta fuerza que no podía comprender que él no la oyera. «No te vayas, no me abandones, retira tus palabras, no las has dicho».

—Mira, si quieres puedo irme ahora y venir mañana en busca de mis pertenencias, cuando tú no estés. Fijaremos una hora. Yo dejaré mi llave sobre el tocador.

«Quizás esté cambiando de idea». Le miró tratando de ver detrás de aquellos ojos serenos.

—Escucha —le dijo—, eres libre de hacerlo cuando quieras... Vienes y te vas cómo te place. Tienes una llave. Discutámoslo un poco.

—Debía haberme ido hace un par de semanas —dijo Kerry—. Quería decírtelo. Si me hubiera mudado entonces, cuando quería hacerlo, no te habría causado tanto dolor llegando tarde y olvidando cosas. Habría sido mejor para los dos.

—¿Hay otra mujer?

Tuvo ganas de matarse por haberlo preguntado, no formaba parte del juego. Él movió la cabeza negativamente.

—Sólo es que no puedo dejarme atar, Margot. Necesito ser libre.

Se dirigió al dormitorio y empezó a recoger las pocas cosas que había dejado en el apartamento de Margot. Ella advirtió cuán pocas eran en realidad. La bata de seda que ella le había comprado, unos tejanos, algunas camisas y sueters. Ni siquiera usaba ropa interior. Entró en el cuarto de baño en busca del cepillo de dientes. Siempre había usado el peine y el cepillo de Margot, un hábito que ella había deplorado; pero, ahora, habría hecho cualquier cosa para que Kerry volviera a utilizarlos. Dejó caer la navaja en el cesto de la basura. Era una de esas navajas de material plástico que venían gratis con un paquete de hojas. Se preguntó si la habría comprado a propósito para ser transitoria. Sólo la había comprado porque cuando utilizaba la navaja de ella, se quejaba de que Margot embotaba la hoja.

Kerry lo arrojó todo dentro de una bolsa para compras que encontró en la cocina. Margot lo contemplaba, paseándose de un lado a otro en pos de él, mordiéndose las uñas hasta que le dolieron. Cuando estuvo listo, Kerry sacó la llave —la llave de Margot— de su llavero y la dejó encima del tocador. Después, se acercó a ella, le puso las manos sobre los hombros y le miró el rostro.

—Margot, quiero que sepas que ninguna mujer me ha atraído tanto como tú. Jamás.

Ella no dijo nada. Kerry partió. Margot esperó hasta que oyó cerrarse tras él la puerta del ascensor; después, cerró con llave y cerrojo la puerta de su apartamento, se dirigió al armario del dormitorio, cerró la puerta, se sentó en el suelo y gritó, gritó hasta quedar completamente ronca.

Julio, 1975

EN VERANO, RACHEL FOWLER gustaba de pasar los fines de semana en su casa de Hampton Este. Era cómoda y todo olía tan bien... El aire, el océano, su piel calentada por el sol. Ahora, desde hacía varios años, evitaba recibir el sol en la cara, por temor a las arrugas, pero dejaba que su cuerpo se tostara lo más posible apenas cubierto por un ínfimo bikini. Nadaba en su piscina, nunca en el océano, y no iba a invalidar esas aburridas tres horas mensuales que pasaba con el peluquero para que le pusiera en el cabello la cantidad adecuada de veteado de sol. Para Lawrence, sentarse al sol era una total pérdida de tiempo. Lo hacía, pero rodeado de libros y papeles. Sin embargo, de vez en cuando se volvía para tostarse igualmente por ambos lados. A Rachel le causaba deleite ver que era tan vanidoso como cualquiera; esto lo hacía vulnerable y digno de afecto.

A veces, llegaba Kerry para pasar el fin de semana. Tenía una nueva novia. A Rachel le sorprendió que hubiera pasado a tener una sola novia tan pronto después de su ruptura con Margot. Kerry siempre deseaba lo que no podía alcanzar. Tal vez aún no había logrado conquistar del todo a esta nueva muchacha y por eso le prodigaba tantas atenciones. Era una modelo negra —amarillenta, en realidad—; sólo contaba veinte años y era hermosa. Era tan alta y delgada, que Rachel creía que probablemente fuese watusi, en parte. Ganaba cien dólares por hora y se llamaba Haviland.

—¡Haviland! —había dicho Kerry al conocerla—. ¿Qué clase de nombre es ése?

—Mi madre lo leyó en el fondo de un plato que estaba lavando —repuso ella con calma, y después se rió de él.

¡Pobre Margot! Rachel y Lawrence ofrecían una gran fiesta el fin de semana del cuatro de julio, e invitaron a Kerry (con su novia) y a Margot. Rachel esperaba que el hecho no hiriera demasiado a Margot. No podía omitir a ninguno de ellos, y Kerry había dicho que no iría sin Haviland.

Nikki y Robert vendrían y pasarían el fin de semana en la casa de Rachel. Rachel quería que Lawrence y Robert se hicieran buenos amigos, para que los cuatro pudieran salir juntos. Era tan agradable tener consigo a su mejor amiga durante todo el largo fin de semana, que le resultaba difícil esperar. Pensar en Nikki le infundía calidez y felicidad. Era como tener una hermana, pero sin que existiera rivalidad fraternal. Como preparación para ir a la Facultad, en otoño, Rachel había empezado a leer libros de Psicología, pensando que tal vez siguiera esta materia como otro curso

más. Había tantas cosas que antes ni siquiera sabía que le interesaban. La habían aceptado en la Universidad de Nueva York; así, pues, concurriría a ella.

A veces, Rachel se preguntaba si en sus sentimientos hacia Nikki había algo más que cariño fraternal. Era casi como si se hubiera prendado de Nikki. Era una niña de doce años enamorada de la consejera del campamento, salvo que ella nunca había ido a un campamento y ahora era un poco tarde para experimentar estos sentimientos, ¿verdad? Esa era la razón principal por la que Rachel se había interesado tan súbitamente por la Psicología. Quería conocerse mejor. Suponía que no era lesbiana. Si lo era, ¿empeoraría con la edad? Había leído el caso clínico de una mujer casada con dos hijos que, a los cuarenta años, huyó con otra mujer y pasó totalmente de gustar de los hombres a gustar de las mujeres. ¿Podría ocurrirle lo mismo a ella? No podía imaginar que alguna vez dejara de amar a su esposo, pero, por otro lado, ¿era posible que amara a Nikki y a Lawrence al mismo tiempo? Y ¿cómo se llamaba eso?

Además, no podía entender cómo se comportaba Nikki a veces. Estaba segura de que Nikki era normal y, sin embargo, coqueteaba con ella como si una de las dos fuese un hombre. Rachel no estaba segura de cuál de ellas. Nikki actuaba como una mujer que coqueteaba con un hombre, pero, al mismo tiempo, adoptaba el papel activo y era tanto más sofisticada, hasta que, a veces, Rachel pensaba que Nikki hacía las veces de hombre. Al fin y al cabo, ¿era necesario que una de ellas hiciera el papel de hombre? ¿Coqueteaba Nikki con ella solamente porque así estaba condicionada? ¿Quería Nikki que Rachel estuviera encaprichada con ella? Y, en tal caso, ¿por qué? Como Rachel no se atrevía a discutir todo esto con Nikki por temor a ser rechazada, se limitaba a seguir comprando libros de Psicología, con la esperanza de encontrarse en uno de ellos.

La hija de Nikki, Dorothy, trabajaba en el hospital al que Ellen Rennie había enviado a su hija anoréxica. ¡Pobre Ellen! Rachel había invitado también a Ellen y Hank a la fiesta. A Ellen debía resultarle espantoso tener a su hija recluida en un hospital para enfermos mentales, aunque sólo fuera por un mes. Rachel pensaba que, probablemente, Ellen estuviera culpándose por ello. Una siempre lo hacía, aunque no tuviera la culpa. Ellen había enviado a su hija menor de viaje para que hiciera la visita anual a la abuela. Rachel se preguntó si la pequeña se sentía rechazada. Y el negocio del pobre Hank seguía mal. Todos habían creído que el verano sería mejor época para la venta de automóviles, pero casi nadie compraba los coches grandes de Hank. Rachel pensaba que aun ella, a pesar de lo tonta que era, podría habérselo dicho, previniéndolo. Pero nunca hablaba de negocios con los hombres durante las fiestas, sobre todo si iba a tener que decirle a uno de ellos que se equivocaba en algo.

Ahora, por primera vez en mucho tiempo, Rachel se despertaba todas las mañanas con la sensación de que tenía algo por delante, además de la cena. Saber que en otoño tendría que trabajar con empeño hacía súbitamente valioso el ocio de ese verano. Tenía sus libros, sus amigas y todos sus nuevos intereses. Y lo mejor de todo, tenía sus pensamientos. A veces, algo que leía la hacía quedarse pensando tanto rato, que

perdía la noción del tiempo. Nadie le había dicho jamás que para eso era la educación; para hacer pensar. Había tenido pésimos maestros. Quizá, cuando obtuviera el título universitario, si no era demasiado vieja, seguiría algunos cursos de educación y conseguiría un puesto de maestra para niños pequeños. ¡Delirios de grandeza! Pero, ¿por qué no? Lawrence era hijo de sus propias obras. Ella llegaría a ser una hija de las suyas.

La fiesta se celebró el sábado por la noche. Margot, Ellen y Hank habían reservado habitaciones en un motel de la playa. A Ellen le había preocupado el gasto que ello suponía por una sola noche, pero, después, pensó que tener que conducir de regreso a Nueva York a las cuatro de la mañana, con un marido probablemente ebrio, era peor que el gasto de la habitación. Para Margot también sería bueno alejarse, aunque desde hacía cierto tiempo estaba tan rara que no quería ir de ningún modo, hasta que Ellen la convenció. Era como si Margot se hubiera apartado de todas ellas. Ahora, la rodeaba un helado caparazón y nunca decía una palabra amable sobre nadie. Era ridículo dejarse afectar de ese modo por un hombre. Así se lo había dicho Ellen y Margot había asentido ceñuda. Sobre todo, había agregado Ellen, por un hombre del que sabías, desde el primer momento, que sólo te ofrecería una aventura fugaz.

—No se trata de Kerry —había dicho Margot—. Le odio. No siento nada por él.

—Entonces, ¿por qué estás tan deprimida?

—Porque cuando se ha vivido un tiempo con alguien, una se habitúa a ello y, después, cuando ya se ha ido, es peor de lo que una recordaba.

—A mí me encantaría estar sola —dijo Ellen—. En ausencia de las niñas, no dejo de pensar qué hermoso sería que Hank decidiera tomarse unas pequeñas vacaciones solo.

—Así podrías llamar a tu amante para que acudiera corriendo —dijo Margot—. Ellen, no tienes idea de lo que es estar sola. Absolutamente ninguna idea.

A Margot no le agradó Hampton. Había llegado a odiar cualquier sitio en el que la juventud y la belleza fueran lo más importante. Cualquier población cercana a una playa, donde la gente se quitaba las ropas para que todos vieran sus cuerpos y los juzgaran, donde muchachas elásticas y tostadas la habían sustituido a ella, la deprimía. Le agradaba su oficina, su trabajo, la cámara en la que era reina aunque sólo fuese por dos minutos. Le gustaba sentarse vestida en los restaurantes neoyorquinos. No quería ser juzgada como una mercancía. No era que no pudiese ir a la playa con un diminuto bikini y tumbarse junto a esas jovencitas; era que le molestaba hacerlo. Sabía que la línea de su busto era un poco más baja que diez años antes y más baja todavía que las picaduras de abeja que tenían esas muchachas, pero lo que complicaba el asunto era que a los hombres sí les importaba. ¿Debía una mujer ser descartada como pareja sexual, sólo porque tenía un poco de celulitis en la parte superior de los muslos?

¿Qué tenía de importante ser perfecta? Cuando Margot tenía veinte años, los muchachos de su edad se sentían ofendidos porque ella era inteligente y ambiciosa; ahora, los hombres de su edad la rechazaban porque era demasiado vieja. ¿Con qué derecho se atrevían a rechazarla?

El tenis la aburría. Se aburría con quienes hablaban de tenis todo el día cuando no estaban jugando ellos. ¡Quién quería tener un solo brazo grande! Margot era una persona de la ciudad y nadaba fundamentalmente como un modo de refrescarse cuando no disponía de aire acondicionado, no porque disfrutara del deporte. En la Facultad, había jugado al *bridge*, pero hacía años que no lo hacía y ya lo había olvidado. A decir verdad, no se le ocurría ningún pasatiempo en el que participara más de una persona del que ella disfrutase, salvo conversar y fornicar. La mayoría de las conversaciones olían a juego más de lo que le agradaba. Sus planes para el fin de semana del cuatro de julio consistían en efectuar una aparición simbólica en la fiesta de Rachel, emborracharse y esperar que el fin de semana terminara lo antes posible. Sólo iba porque la idea de estar sola en Nueva York sin nadie con quien hablar le asustaba más que la idea de ser inspeccionada y rechazada por estúpidos.

No lograba olvidar que Kerry la había abandonado porque era demasiado vieja. Si ella hubiera pertenecido a su misma generación, habría sabido cómo retenerlo. Pero, ¿por qué, si jamás había sabido retener a ningún hombre de su propia generación? Tal vez debería haberse casado. Entonces, habría tenido a un hombre que tendría que soportarla por mucho que se odiaran mutuamente. ¿Sería eso mejor que la soledad? ¿Era mejor para Ellen? «No —pensó Margot—, yo soy bastante honesta y ella, no. A Ellen le gustan los subterfugios, cree que eso es dramático. Yo no dispongo de tiempo para ello y jugar me aburre».

Los Fowler vivían en una casa enorme enclavada sobre una duna, lo bastante alejada del mar para que la erosión de la costa nunca pudiera amenazarlos. Disfrutaban de un amplio panorama y la casa tenía muchas paredes de cristal con paneles deslizantes. Tenían una piscina de agua caliente. Pero, lo mejor de todo, poseían un prado poblado por estatuas de mármol: faunos, querubines, gárgolas, relojes de sol, esferas de plata sobre pedestales de cemento, cada una diferente; tanto, que era totalmente *camp*. Era una broma que ellos disfrutaban y que compartían con sus amigos. Entre las estatuas había árboles, plantas y canteros de flores, mesitas con sillas instaladas bajo sombrillas a rayas, de colores alegres, todo bajo el suave soplo de la brisa del mar. Era un lugar perfecto para celebrar una fiesta y un sitio perfecto para emborracharse.

La fiesta comenzó a las seis, con cócteles. Ese año, Rachel, para ser originalmente elegante, ofrecía una merienda al aire libre en la que se servían emparedados de chorizo, hamburguesas y vino en jarras. Hasta había puesto vasos de plástico de los que se tiran una vez usados. Margot notó que el cantinero tenía unos diecinueve años y era muy atractivo; además, no era invertido. Algún talento local que ganaba dinero durante las vacaciones de verano, o el hijo de alguien. Pero, ¿acaso no eran todos

hijos de alguien? Tenía que empezar a pensar en ellos como gente. «Si no acabo con esta tendencia —pensó Margot mientras aceptaba un vaso de vino al cantinero y le sonreía—, algún día podré ser una dama muy anciana rodeada por todos mis jóvenes, como esa película sobre la gobernanta, donde le dicen cuánto la recordaron siempre. No debo deprimirme. El cantinero no me interesa. Una sonrisa no es coquetear».

Margot recorrió el prado observando a los invitados. ¿Por qué aquellas hermosas jóvenes miraban a esos viejos feos con tanta admiración? Esa admiración, ¿era real o lo hacían sólo para cautivar? Estaban allí las mujeres divorciadas, las que aún no habían encontrado amantes, haciéndose compañía y mirando a los que tenían a alguien con mal disimulada envidia. «Yo no envidio a nadie —pensó Margot—. Los odio a todos».

Advirtió que Ellen todavía no se había deshecho de Hank. Ellen debía de estar más enamorada de Reuben que de sus anteriores amantes, se dijo Margot. Quedarse junto a Hank era su modo de ser fiel a Reuben. Hank, por otro lado, parecía buscar algo con la mirada. Margot se preguntó qué haría si alguna vez encontraba una mujer que le gustara. Probablemente, tartamudear y volcarle una copa encima. Don Simpatía.

Lawrence y el marido de Nikki, Robert, estaban charlando. Rachel flotaba de un lado a otro derramando dulzura. Lo tenía tan bien calculado —dos minutos con cada invitado— que hizo pensar a Margot que podría lograr un puesto en la sala de control.

Ni siquiera le haría falta consultar el reloj. Margot bebió algunos vasos más de vino, mordisqueó un palito de zanahoria y echó una ojeada para ver si algunos de los hombres, siquiera uno, aunque fuera un fracasado sin lugar a dudas, parecía levemente interesado en ella. Lo mismo hubiese importado que fuese invisible. Había demasiada gente y demasiada competencia. A Rachel le encantaba que a sus fiestas acudiese gente joven y hermosa, junto con los de más edad de quienes Lawrence y ella realmente gustaban; los ordenaba del mismo modo que ordenaba las flores: esto iría bien aquí. De los altavoces instalados fuera de la casa surgía música y la gente joven y hermosa no le hacía caso porque ese año no se bailaba. Ese año se demostraba impasibilidad. Margot contó la cantidad de faldas largas contra la cantidad de pantalones que las mujeres lucían y, luego, contó la cantidad de mujeres que no se afeitaban los sobacos desde hacía, por lo menos, dos semanas. Eso quería decir que estaban solas. Si se afeitaban, o si nunca se habían afeitado y tenían pelo largo y virgen en los sobacos, quería decir que les gustaba así o que a otra persona le gustaba. Escuchó conversaciones y bebió, sintiéndose como la «Invisible Scarlett O'Neill» de su infancia, cuando leía historietas.

—¿En casa de quiénes estás? Oh, yo estaré allí el próximo fin de semana.

¡Cuántas maniobras a fin de conseguir camas para pasar el final de semana debía haber entre los que carecían de hogar! ¡Qué ansia de que afluyeran los huéspedes de fin de semana había entre los propietarios y arrendadores de casas, con sus listas y

sus planes! ¿Qué pasaría si llovía y no se había invitado a nadie? ¿Por qué la gente de la ciudad enloquecía durante dos semanas cada verano?

Y, entonces, Margot vio a Kerry. En aquel momento salía de la casa aferrando la diminuta muñeca de una joven negra muy alta, muy bella, muy joven. Ambos vestían tejanos desteñidos y desaliñadas camisetas. La muchacha llevaba unas sandalias colgadas del cinto e iba sin bolso. Margot ya sabía que Kerry estaría allí, pero verlo por primera vez desde aquella noche terrible en que la había abandonado fue como recibir una bofetada. Se sintió personalmente insultada con sólo mirar su cara radiante y bien parecida. Él no la vio. Estaba demasiado ocupado en discutir con la joven. Había mucha gente en la terraza y Margot se les acercó, no demasiado, pero sí lo suficiente para oír.

—¿Por qué no puedes quedarte todo el fin de semana? —estaba diciendo Kerry.

—Tengo una cita en la ciudad, esta noche.

La joven tenía la voz más serena que Margot hubiera oído en su vida. No desabrida; sólo indiferente.

—Te comprometiste a venir conmigo a la fiesta. Nos pusimos de acuerdo.

—Estoy en la fiesta.

—¿Te esperará él?

La joven se encogió de hombros.

—Su espectáculo no termina hasta las once.

—Sigues con él... Creí que le habías abandonado.

La joven se limitó a mirarle. Esa muchacha también tiene ojos de gato, pensó Margot. Ella y Kerry, dos gatos. Él temblaba de ira o de frustración, Margot no estaba segura de ello. Sólo sabía que ella jamás había suscitado tal emoción en él.

—Si vives conmigo —dijo Kerry—, no quiero que salgas con otros tipos.

—Así soy yo —repuso la joven, con calma—. Necesito ser libre.

¿Vivía ella con él? Margot sintió tal dolor, que ni siquiera supo con certeza de dónde provenía; era, simplemente, una agonía que lo abarcaba todo. «Kerry nunca me pidió que viviera con él. Me visitaba. Yo le perseguía. Y él está persiguiendo a ella. Me porté como una tonta».

Margot huyó al interior de la casa. Allí se estaba fresco y ella quería morir. Entró en el cuarto de baño de Rachel y buscó píldoras somníferas en el botiquín. Nada. Algunos tranquilizantes que no harían efecto ni a un recién nacido. Una navaja: podía cortarse la vena del cuello, esa vena grande que sobresalía cuando ella perdía los estribos. Podía sumergirse en un baño caliente y sangrar hasta que perdiera el sentido y, entonces, resbalar dentro del agua y ahogarse. La epiglotis se cierra y ni siquiera encuentran agua en los pulmones. ¿No era previsible que Rachel usara maquinilla eléctrica? Dios no permitiera que le mellara el equipo. Margot volvió a salir de la casa caminando lentamente y, al pasar por el bar, recogió un vaso y una jarra de vino blanco casi llena. Balanceándola con descuido de un dedo, por el asa, se encaminó hacia la playa. Oscurecía. Los demás sólo eran siluetas, no la persona identificable

del enemigo. Sólo bultos que hacían ruido. Se sentó a la orilla del mar, se acomodó la larga falda alrededor de las piernas para protegerse del frío y llenó de vino el vaso. Apoyó bien la jarra en la arena, de manera que el agua la lamiera y la mantuviera fresca. A sus espaldas, lejos, en la casa, encendían las parrillas de carbón para asar la carne. Podía oler el humo, que le recordó otros veranos, tiempo atrás, cuando era joven y feliz, cuando anocheceres como ése eran estímulos y no derrotas. En aquellos días, siempre ignoraba qué aventura vendría luego. Ahora, sólo sabía que no habría más aventuras. Siempre estaría sola. Era inevitable que estuviera sola, pero no era inevitable que lo estuviera siempre. Podía matarse, si lo deseaba. Podía quedarse allí sentada y beber hasta que la oscuridad fuera total y ella estuviera completamente ebria; entonces, podía adentrarse en el océano y dejarse arrastrar por él. Nadie lo sabría siquiera. Creerían que había ido a nadar un poco para despejarse. Jamás tendría que soportar la definitiva humillación de que Kerry supiera que ella no tenía nada por lo cual vivir.

Rachel dejó su vaso a un lado para saludar a una amiga y, cuando se volvió de nuevo, el vaso había desaparecido. Eso la molestó, porque era la tercera vez que le ocurría en el transcurso de la noche. Para empezar, se arrepentía de haber comprado vasos de plástico. El que los recogía para echarlos a la basura se apresuraba demasiado, sobre todo, teniendo en cuenta que el suyo aún no estaba vacío. Cuando una era rica, los demás derrochaban sus pertenencias sin pensar siquiera. Ahora, tendría que ir al bar en busca de otro vaso de vino, o pedir a alguien que se lo trajera. ¡Ojalá lograra sorprender al camarero que se llevaba las cosas con tanta rapidez...! Miró a su alrededor. Era raro que, al parecer, otras personas no perdieran los vasos. Sobre las mesas, por doquier, había vasos a medio llenar, hasta ceniceros colmados. A Rachel no le gustaban los ceniceros colmados. Se acercó a uno de los muchachos a quienes había contratado para la velada y le pidió con su suave y dulce voz que limpiara un poco, sobre todo, los ceniceros. Después, se dirigió al bar, examinó el hielo y el vino, los refrescos, jugos de frutas y bebidas para dieta, y comprobó si lo habían servido todo. El joven y simpático camarero le sonrió.

—¿Ha vuelto a perder su vaso, señora Fowler?

—¿Se dio cuenta?

—La gente debe de estar divirtiéndose de veras. Le dio otro vaso y lo llenó de vino y hielo.

«Tal vez un invitado se equivocó al recoger el vaso —pensó Rachel—. Pero, entonces, ¿por qué no dejó, en cambio, el suyo? ¿Qué tiene el mío de especial?».

Sin saber qué era, experimentó una extraña y hormigueante sensación de alarma. Por primera vez en su vida no se sintió cómoda en su propia casa. Era una carencia de control, como si hubiera sido invadida por algo o por alguien, como si sólo fuera una invitada más entre aquella muchedumbre. Se preguntó por qué los había invitado a todos, en definitiva. A unos, apenas los conocía; otros no le gustaban, en realidad.

Sólo creía ser la anfitriona, pero, en verdad, la misma fiesta había tomado el mando, como un gran monstruo dotado de vida propia.

Casi se podía ver el cuerpo de Rachel a través de su vestido y él no pudo decidir si ello le alegraba o le enfurecía. Se preguntó qué sentiría su marido ante el hecho de que todos los hombres presentes en la fiesta pudieran mirar el cuerpo de Rachel y tener fantasías. ¿O acaso era él el único que sentía como si la estuviera tocando con sólo mirarla? La deseaba. Era doloroso estar tan cerca de ella después de haber pasado tantas horas frenéticas siguiéndola por las calles de la ciudad. Esa noche, ella le había hablado, le había tocado levemente el brazo al saludarlo y, después, se había vuelto hacia su esposa con el mismo afecto; para Rachel todos eran iguales; en realidad, él no era un hombre para ella.

Observó cómo movía la boca cuando hablaba con los invitados, demasiado lejos para que él oyera las palabras; imaginó esa boca suave moviéndose sobre la de él. Otros invitados hasta la X saludaban dándole un beso: ¿por qué él no podía hacerlo? Temía tocarla, porque su ensueño sobre ella estaba tan cerca de la superficie de su vida cotidiana que no sabía cómo podría controlarse si alguna vez llegara a tocarla. No debía permitirse estar solo con ella, aunque habría sido fácil. Él, que la había seguido en silencio y sin ser visto por kilómetros de calles de la ciudad, podía acorralarla fácilmente en esa casa, arrancarle ese vestido indecente y hundirse en su carne, llenarla, morderla y magullarla, y, después, besar tiernamente a la mancillada diosa.

Era lo bastante cuerdo como para saber que había testigos demasiado cerca. Se mantuvo bajo un estricto control, bebió un poco para calmarse, pero no demasiado, agradecido por el hecho de que en esa fiesta todos estuvieran tan ocupados procurando causar buena impresión, que no tenían el menor interés en observar a nadie más. Al cabo de un rato, se sintió en libertad para andar de un lado para otro, hablando con algunas personas, siguiendo andando antes de quedar atrapado en una conversación aburrida, observando siempre a Rachel. Le estaba entrando un fuerte dolor de cabeza. Rachel tomaba sorbitos de su vaso de vino y dejaba la huella de su boca en el plástico. Hasta un trozo barato de material sintético comprado en el baratillo sentía el toque íntimo de sus labios; pero él, no. Rachel dejó el vaso en una mesa y tendió ambas manos a dos amigos. En un abrir y cerrar de ojos, él estuvo detrás de ella y se apoderó del vaso antes de alejarse rápidamente. Con naturalidad, como si tan sólo llevara dos bebidas a unos amigos, llevó el vaso de Rachel y el suyo al borde de la terraza. Dejó el suyo sobre la mesa, entre los desechos de la fiesta. Se llevó el vaso de ella a los labios y apoyó la boca en el sitio que había tocado la de ella; saboreó su lápiz labial, imaginando que saboreaba el interior de sus labios.

Entonces, tuvo que bajar de la terraza en busca de la oscuridad protectora de los arbustos. Nadie podía verlo. Quizás el que había dispuesto el paisaje hubiera distribuido los arbustos para que los amantes pudieran ocultarse en su sombra y besarse. Besó los labios de Rachel en el vaso de plástico y se abrió la bragueta.

Eyaculó con tal violencia, que se estremeció. Sentía la fría brisa del mar en el cuello. Imaginó que desde el césped del jardín de Rachel, donde él había vertido su simiente, brotaba una Rachel fantasmagórica, como un arbusto florido. Ahora, él era parte de su vida, aunque ella lo ignorara. Arrojó el vaso al suelo. Al usarlo, él lo había ensuciado. Subió el cierre de los pantalones, se enjugó con el pañuelo el sudor del rostro y volvió a la fiesta.

No advirtió que su necesidad de apoderarse de los vasos que ella había besado era tan insaciable hasta que se hubo llevado otro y, luego, un tercero. Tres veces se estremeció entre los arbustos, con los labios sobre el eco de los de ella y la mano sobre su dolorido y odiado pene. Se sentía completamente desangrado. Pero, cosa extraña, no experimentaba el remordimiento habitual. Era como si el remordimiento hubiera muerto, por fin. En cambio, sentía el comienzo de otra emoción, una que le resultaba imposible comprender, porque no se dirigía hacia él, sino hacia Rachel.

Era cólera.

Sola en la playa, Margot terminó de beber la jarra de vino y se tendió, entumecida, en un charco que la marea había formado. El océano había crecido. Burbujeante y punzante, el agua se lanzó a la arena mojada pasando junto a sus piernas y por encima de su cintura; luego, retrocedió. Arriba y abajo, arriba y abajo, la marea parecía un encaje que se extendía a todo lo largo de la playa, bajo la luz de la luna. Asió la jarra vacía y la arrastró un poco hacia el océano; después, abandonó el intento, y jugó con ella, todavía sin fuerza suficiente para arrebatarla para siempre. Margot la empujó con un dedo del pie y la jarra se volvió. El agua remolineó a su alrededor, chapoteó sobre ella, se precipitó a lo largo del cuerpo de Margot hasta alcanzar sus pechos y volvió a retroceder. Tenía totalmente mojadas las puntas de los cabellos. Debía tomar una decisión: levantarse y nadar hacia el mar abierto, o renunciar a la idea. Si se limitaba a quedarse donde estaba, sólo conseguiría llenarse la nariz de agua salada y arenosa.

Se tumbó boca abajo y apoyó la cara en los brazos cruzados para no tocar la arena. Se sentía tan pesada..., morada, cubierta de arena y borracha, no muy segura de por qué había querido matarse, pero tampoco completamente segura de no querer hacerlo. ¡Qué hermoso sería dormirse durante mucho, mucho tiempo, y despertarse sin recordar nada que le hubiera hecho daño! Abrió las piernas y dejó que la marejada se volcara entre ellas. Era una sensación agradable, sensual. Le habría encantado quitarse las bragas, pero tenía demasiada pereza.

Un hombre caminaba por la playa. Lo miró acercarse y vio que era más bien alto, que tenía un hermoso cuerpo, que era joven y llevaba algo en la mano. Cuando lo tuvo más cerca, vio que era el cantinero y que traía consigo una lata de cerveza. Iba descalzo. La había visto y venía a investigar.

—¿Qué tal? —preguntó.

—¿Qué tal?

—¿Qué hace en el agua?

—¿Qué hace usted lejos del bar?

—Es mi turno de descanso —respondió él.

—Es mi turno de descanso.

—¿Le divierte? —preguntó él.

Su serenidad e indiferencia eran totales. No se burlaba de ella, no demostraba curiosidad juvenil, nada.

—El mar es mi amante —dijo Margot—. Pero huye de mí —añadió riendo.

El joven se quitó las ropas. Debajo llevaba puesto algo minúsculo, semejante a un bikini. No era justo. Plegó con esmero sus pantalones y camisa, antes de tenderlos sobre una duna de arena, lejos del agua. Aplastó con la mano la lata vacía de cerveza, tal como, probablemente, lo había visto hacer en la televisión y la arrojó lejos. Luego, se detuvo junto a ella y la contempló con curiosidad, como si se tratara de un objeto arrojado por el océano. ¿Cómo la clasificaría: como una sirena o como una morsa?

—¿Quiere nadar? —preguntó el cantinero.

—No.

—Le conviene limpiar la arena de su vestido. ¿Por qué no se quita la ropa y la lavamos?

La proposición parecía sensata.

—Bájeme el cierre —dijo Margot.

Él la ayudó a quitarse el largo vestido, pesado por estar empapado de agua salada y arena y, luego, se zambulló limpiamente en una ola, llevando la tela en la mano como una cinta para que ella pudiera encontrarlo todavía en la oscuridad. Su cuerpo, completamente tostado, desapareció en las hondas aguas, pero Margot pudo ver cómo su cabeza subía y bajaba cuando nadaba de vuelta hacia ella. De pie en la orilla, el hombre retorció y sacudió su vestido, que flameó en la brisa produciendo un chasquido. Después, tendió con esmero el vestido sobre el rígido césped que crecía en la duna, donde había puesto su ropa. Margot se preguntó por qué sería tan amable con ella. Se incorporó y entró caminando en el agua. Estaba muy fría. Esperó a que pasara la serie de grandes olas y, luego, corrió hasta que el agua le llegó al hombro y chapoteó de un lado para otro hasta sentir la piel suave otra vez. Se reclinó y dejó que el agua le extendiera en abanico el cabello lleno de arena y se lo limpiara. Más tarde, lo tendría pegajoso y salado, pero «más tarde» no existía. Una ola le cayó encima, la derribó y le llenó la boca de agua salada, y ella vomitó. Después, comenzó a llorar. Lloró y lloró al tiempo que procuraba volver a la playa entre la marejada que le llegaba a las rodillas, hasta que se sintió ceñida por los brazos de él, que después la levantó y la llevó hasta la duna.

Había ocultado una toalla allí. Se acostaron en ella y él le mostró sus provisiones: otras dos latas de cerveza, un paquete de pastillas para el aliento, un paquete semivacío de cigarrillos de mentol, un encendedor de gas butano y un peine de metal. Era como un niño que escapara de su casa durante una hora llevándose consigo sus

tesoros. Margot dejó de sorber por la nariz y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa y, después, le ofreció un cigarrillo, que ella rechazó, y una lata de cerveza, que aceptó. Decidió que el cantinero era adorable. Cuando la besó, se quitó el corpiño y las bragas y los arrojó lejos; después, hicieron el amor.

Nikki estaba absolutamente encantada con la fiesta, con todo el fin de semana. Cuando vio llegar a Margot con aspecto de haber nadado vestida y con aire de gato que se ha tragado al canario, se quedó muy complacida. Miró por doquier en busca de un hombre igualmente mojado y desgredado, pero era obvio que éste, fuera quien fuese, había entrado en la casa con mayor sutileza. «Tal vez sea el marido de alguna de mis invitadas —pensó Nikki—. Espero que no sea el mío». Lanzó una risita al pensar en que Robert pudiera engañarla, sobre todo, con su buena amiga, porque esto era totalmente absurdo. Tenía suerte de que nunca la hubiera engañado. Hasta se había sentado junto a ella durante la cena, lo cual era considerado por su parte. Lo encontró sin dificultad en la multitud y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Tienes ganas de acostarte conmigo? —le preguntó.

—Siempre —contestó Robert.

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Saldremos mañana temprano y me llevarás a Nueva York. Me llevarás a mi apartamento y bautizaremos la cama.

—Desprecio a las mujeres que usan el sexo para regatear —dijo Robert apartándose de ella con ira.

—¡No hago eso!

—Lo haces. Eres como las demás.

—¡Maldito seas, Robert! —Nikki sintió que las lágrimas afluían a los ojos—. Siempre lo estropeas todo.

—Yo, no —dijo él—. Eres tú la que lo haces.

—Estaba pensando cosas hermosas acerca de ti —dijo Nikki—. Cosas hermosas. Y, entonces, tienes que comportarte horriblemente otra vez.

—No me vengas con ardides de niña llorona. Te comportas como una niña cuando quieres algo. Ya estoy harto de eso.

—Buenas noches, Robert —dijo Nikki.

Entró en la casa, se dirigió a la habitación que ambos ocupaban y cerró la puerta.

Era la una de la madrugada, hora en que ella solía acostarse. Robert no fue a buscarla y Nikki sabía que no lo haría. Cuando, por fin, se acostó en la cama grande que Rachel había instalado amablemente en la mejor habitación de huéspedes, Nikki estaba casi dormida de tanto contar ruidos de autos que partían, en lugar de ovejas. Cuando miró el reloj que había sobre la mesita de noche, de su lado de la cama, vio que eran las tres y media.

—¿Dónde estabas, lavando los platos? —preguntó ella.

—Buenas noches —dijo Robert, y le dio la espalda.

Se durmió de inmediato, y Nikki no supo si ello la alegraba o la apenaba. Ya ni siquiera sabía lo que sentía hacia él. Pero, aunque estaba furiosa con Robert, le sorprendió la facilidad con que se sumió en el sueño, por el solo hecho de estar él en la cama junto a ella. ¡Qué extrañas eran las costumbres!

El largo fin de semana del cuatro de julio terminó el domingo. Ellen, Hank y Margot partieron hacia Nueva York poco antes de mediodía, hora en que se vencía el alquiler del motel en el que se alojaban. En el automóvil nadie habló mucho. Margot se sentía mal después de la borrachera, a Hank no le gustaba hablar mientras conducía y Ellen se cansó de parlotear sola.

Nikki y Robert desayunaron tarde en la terraza, con Rachel y Lawrence. La servidumbre había limpiado todo tan bien, que nadie habría advertido que allí se había celebrado una fiesta la noche anterior. Robert llevaría a Nikki hasta Sayville, donde ella tomaría el tren para Nueva York, tal como lo había planeado. Luego, él seguiría hasta Wilton.

—¡Pero eso es inhumano! —dijo Rachel—. Y además, es la ruta más larga. Podría llevarla directamente a Nueva York y, después, subir por la Calzada East River.

—Tengo un mapa... —dijo Robert.

—Le haré un mapa en el que figuren los atajos —dijo Rachel.

A Nikki le agradó que Rachel, que nunca era dominante con los hombres, se pusiera de su parte en contra de Robert. ¡Era tan terco e infantil! Ahora, no sólo le estaba vedado el apartamento de ella; al parecer, había decidido que Nueva York también lo estaba. «Este pueblo no basta para los dos, bribón». Ahogó una risita tras su taza de café.

Kerry se quedaría unos días en la casa, solo, excepto la servidumbre. Haviland había insistido en regresar a Nueva York con unas personas que tenían coche, para acudir a su cita. Kerry le había dicho que hiciera sus maletas y saliera de su apartamento antes de su regreso. Su jugada consistía en suponer que ella aún estaría allí cuando él volviera. Al fin y al cabo, él era un seguro contra su otro novio, así como éste era un seguro contra él. Se levantó temprano, nadó un poco y, ahora, tumbado en la playa, leía la sección de crítica bibliográfica del *Times*.

El encargado de la casa cargó las maletas de los Gellhorn en su coche. Nikki abrazó a Rachel y la besó.

—Un millón de gracias. Te llamaré mañana, en la ciudad.

Se disponía a estrechar tan sólo la mano de Lawrence, porque éste más bien la apabullaba, pero él la despidió con un beso, lo cual fue una sorpresa. Robert no besó a Rachel. Nikki pensó que probablemente estuviera molesto porque ella había ganado lo que él consideraba un juego de fuerza. Rachel y Lawrence emprenderían el regreso después de cenar, para evitar la aglomeración de vehículos. En realidad, Nikki habría

preferido quedarse hasta que ellos partieran, pero tenía que irse con su marido; era puro protocolo, nada más. Advirtió que si aquel día Robert le hubiera gustado más, se habría sentido libre para decirle que volvería con los Fowler, pero siempre que se sentía disgustada con él se mostraba especialmente correcta y amable.

Robert tuvo la radio puesta hasta llegar a Nueva York y ninguno de los dos habló. «Lo que de verdad quiero hacer cuando llegue a casa es lavarme el cabello, acostarme y mirar la televisión. Este fin de semana he tratado con tanta gente, que estar sola será un alivio». Supuso que a Robert, en secreto, también le alegraría librarse de ella.

Robert detuvo el coche frente al edificio donde vivía, pero dejó el motor en marcha.

—¿Lo tienes todo?

—¿No necesitas subir para orinar o hacer alguna otra cosa? —No.

—Entonces, gracias por haberme traído. Te llamaré mañana, o llámame tú.

—Ya sabes que lo haré.

—Adiós...

Cogió su maleta y entró en el edificio utilizando su llave. En el diminuto vestíbulo, sacó la correspondencia del buzón, y cuando volvió a mirar a través de la puerta de cristal con filigranas de hierro, Robert ya se había ido. «Canalla», pensó.

Nikki abrió la puerta de su apartamento, sorprendida de haberse olvidado de cerrarla con doble vuelta de llave y, horrorizada, dejó caer las cartas, que resbalaron por el suelo desnudo. El apartamento había sido saqueado, desvalijado, sistemáticamente despojado. Tuvo la sensación de que se ahogaba. Corrió de un lado para otro contemplando el desastre: habían desaparecido la alfombra de piel, el aparato de televisión en colores, el grabador de cassettes, la radio-reloj, la batidora, la tostadora, el cubrecama, ¡malditos!, las joyas por supuesto, y casi toda la ropa. Habían dejado el acondicionador de aire porque pesaba demasiado. Eso significaba que, probablemente, no habían sido varios, sino uno sólo. El ladrón había vuelto.

Oh, ¡qué ganas tenía de agarrarle por el cuello! ¡Le daría puntapiés en los testículos, le mataría! Se sentía personalmente maltratada, el ladrón había mancillado su vida privada. Tardó unos minutos en darse cuenta de que era él quien podía haberla matado.

¿Cómo había entrado, en definitiva? La cerradura de la puerta delantera estaba intacta. Por el balcón, claro está. La ventana todavía estaba abierta. Había entrado por la ventana, que ella nunca trababa —aunque una cerradura de ventana no le habría detenido—, y sin que nadie lo molestara durante el largo éxodo del fin de semana de esa elegante vecindad, se había llevado por la puerta de calle todas sus pertenencias que se podían empeñar. Por eso la puerta no estaba cerrada con doble vuelta de llave; sabía que la había dejado así al partir.

El canalla de Robert debía haber estado allí. Después, lo pensó mejor, y se dio cuenta de que Robert se habría mostrado tan santurrón, tan relamido, tan odioso, habría insinuado que había recibido lo que merecía por haber abandonado el campo

hermoso y seguro y por haberle dejado a él, que habría sido intolerable. Nunca se lo diría a Robert, ni siquiera cobraría el seguro, porque, si lo hacía, las tarifas se elevarían y él se enteraría del robo. No tendría más remedio que ahorrar hasta que lo hubiera remplazado todo. Quizá debiera llamar a la policía. Quizá nunca hallaran sus pertenencias, pero, al menos, podía intentarlo. ¡Se sentía tan perdida! Había un millón de cosas que hacer y no deseaba hacer ninguna; sólo acostarse, taparse la cabeza con las mantas y llorar. ¿Por qué ese sujeto había tenido que destrozar su perfecto apartamento? Ella nunca dejaba entrar a nadie, salvo que fuera un amigo especial. ¿Quién era ese desconocido que se creía dueño de ella, que podía, sin más, forzar la entrada y apoderarse de todo cuanto quería? Ahora, tendría que conseguir un portillo de hierro, barrotes, para poner sobre la ventana, y, entonces, los ladrones no podrían entrar, pero también ella quedaría encerrada dentro. Sería mejor estar en la cárcel. Atrapada. Un niño en su parque.

Llamó a la policía y, después, al cerrajero. No temía que el ladrón volviera. Éste sabía que ella había vuelto, que todos los que se habían ido durante el fin de semana estaban en casa o en camino a ella. Además, ya no le quedaba nada que llevarse, excepto el acondicionador de aire y los muebles, pero, para ello, tendría que esperar otro fin de semana. Nikki no iba a ninguna parte. Ni esa noche, ni el próximo fin de semana. También tenía derechos en este mundo. Sentada en su profanado apartamento, Nikki esperó a los hombres de uniforme y al que traía los barrotes carcelarios. Quería beber un trago, pero, cuando miró el armario, vio, sin experimentar sorpresa alguna, que el ladrón también se había llevado todas las bebidas.

Jill Rennie nunca se había recuperado por completo de la sorpresa que experimentó al comprobar que no había barrotes en las ventanas del hospital para enfermos mentales, en el campo, ni cerraduras en las puertas del dormitorio. Había previsto que habría lunáticos y asistentes, camisas de fuerza, todo lo que había visto en las películas de terror. Pero, por el contrario, era un sitio verdaderamente agradable. Los chicos eran raros, pero también lo eran algunos de los chicos «normales» de la escuela. Allí, los pacientes eran separados de acuerdo con la edad, el sexo y el grado de violencia. Como ella no era violenta ni suicida, se le permitía pasar los días como le placiera, con tal de que concurriera a la sesión diaria con el matasanos y de que les permitiera alimentarla. Recibía comidas regulares, en pequeñas porciones, y, además, una especie de batido de leche al que agregaban alimentos especiales para fortalecerla. Una paciente le dijo que el batido de leche por sí solo contenía mil calorías y que, al que no lo bebía, le aplicaban de nuevo alimentación intravenosa. La primavera anterior había estado allí otra muchacha anoréxica y eso era lo que le había ocurrido. La paciente que se lo contó fue una ex drogadicta de catorce años y Jill no sabía si

creerla o no en cuanto a las calorías. La creía sin dudar en cuanto a la alimentación intravenosa.

Podía dedicarse a artes y oficios, pintura, otros pasatiempos y deportes. Jill había previsto que se tejerían cestas, pero se había equivocado. Llevaba un cuaderno de apuntes sobre los demás pacientes porque pensaba que algún día se podría hacer un buen libro con ello. La mayoría pertenecían a la clase media alta o eran ricos. Había que serlo, con esos precios. Había también muchas leyendas, que ella anotó, acerca de pacientes anteriores. Se hablaba de una muchacha que se había tragado diez piezas de vajilla sacadas del comedor para suicidarse; después, se comió un estropajo y, por fin, cuando después de portarse muy bien se la declaró curada, al ir a saludar a sus felices padres que la esperaban en la sala, pasó de largo junto a ellos y saltó por la ventana. El cristal de esa ventana estaba ahora protegido con tela metálica.

El día siguiente a la llegada de Jill, una auxiliar de enfermería llamada Dorothy Gellhorn fue a verla. Dorothy había ido a su encuentro porque la madre de Jill y la de ella —Nikki Gellhorn, revisora en una editorial— eran amigas. Dorothy tenía diecinueve años y quería ser psicóloga. Jill percibía cuándo Dorothy trataba de influir en ella, pero no le importaba, porque Dorothy era una novata. Se hicieron bastante amigas. Dorothy tenía siempre relatos interesantes que contar. Jill prefería el del asesino misterioso. El asesino misterioso era un muchacho —o lo había sido— y había matado a sus padres. Como éstos eran sumamente ricos y él hijo único, había heredado la fortuna de ellos y en vez de ir al hospital del Estado para dementes criminales, se encontraba recluido allí y mantenido por la herencia de sus padres asesinados. Se suponía que ahora tenía más de cuarenta años. Dorothy nunca lo había visto. No se permitía verlo a nadie, excepto su guardián. En opinión de Jill, hubiera sido mejor que estuviera muerto. Pero tal vez él pensara que estaba mejor que cuando vivía con sus padres. ¿Quién era ella para menospreciar la lógica de otra persona? Se preguntaba si el joven lo habría planeado o si lo habría hecho siguiendo un impulso. Al parecer, por aquella época tenía quince años. El sitio donde le tenían encerrado estaba lejos, al otro extremo del predio universitario, como lo consideraba Jill.

A cambio de sus interesantes relatos, Jill comunicaba a Dorothy lo que le había dicho el matasanos y qué le había preguntado. Allí, todos se esforzaban mucho por hacer sentir a Jill que la estimaban de verdad y que les importaba lo que le sucediera, pero Jill no podía evitar pensar que la consideraban un caso interesante e insólito. Drogadictos, tragapíldoras y suicidas llegaban allí por docenas. Niñas de doce años que se dedicaban a fornicar y escandalizaban a sus madres... ¿y qué? Esa clase de cosas ocurría sin cesar en los barrios bajos y los padres no internaban a sus hijas en un hospital para enfermos mentales. Pero los ricos no soportaban que semejante reflejo de ellos viviera en su propia casa. Algunos de esos padres inquietos ni siquiera

vivían en Nueva York; unos cuantos, ni siquiera en los Estados Unidos. Viajaban durante todo el verano y pensaban que así su extravagante retoño no les molestaría.

En cuanto a las demás pacientes, Jill no quería entablar amistad demasiado íntima con ninguna de ellas. Su estancia en la clínica iba a ser tan corta que si llegaba a gustarle alguien la echaría de menos después. Le agradaba Dorothy, pero era demasiado mayor para ser amiga suya cuando saliera. Sus intereses eran distintos. A Dorothy le gustaban los hombres y el sexo, tenía novio, planeaba su carrera. En sus días libres, concurría a fiestas en compañía de otras auxiliares y fumaba marihuana. Jill nunca la había visto vestida de calle; sólo con ese uniforme sobre cuyo bolsillo se leía «Señorita Gellhorn». A los pacientes se les permitía que se pusieran lo que quisieran.

A Jill ya no le sentaban las ropas, le apretaban demasiado. Sus padres fueron a verla y le trajeron unos nuevos tejanos desteñidos y algunas camisetas. También le llevaron algunos libros encuadernados en rústica, aunque en la clínica había biblioteca. Sus padres procuraban actuar según la idea que se habían formado de lo que eran unos padres perfectos, para que los médicos no creyeran que ellos eran responsables de la extravagante conducta de Jill. Eran tan dulces el uno con el otro, que a Jill se le revolvía el estómago. Se quedó cansada y aliviada cuando, por fin, se marcharon. Fue al cuarto de baño, se aseguró de que estuviera desocupado y vomitó. Esto la hizo sentirse mucho mejor. Se alegraba de poder hacerlo todavía. No le convenía perder su habilidad, ahora que los médicos iban a devolverle su cuerpo al concluir el mes.

—Hoja, Jill —le dijo Jill a su imagen que se reflejaba en el espejo. No se parecía a ella y tenía que recordarse constantemente quién era. Parecía una desconocida con el rostro hinchado. Un cerdo con una manzana en la boca para que ellos lo trincharan y se lo comieran—. No te preocupes, querida Jill —dijo Jill a esa pobre cosa porcina, que aquella mañana pesaba noventa y cinco libras antes del desayuno—, te pondré bien de nuevo en cuanto salgamos de aquí.

Agosto, 1975

JILL REGRESÓ DEL HOSPITAL para enfermedades mentales a su casa el último día de julio. Su familia quedó encantada ante el manifiesto cambio que se había producido en ella y no tardó en olvidarla. No era que Jill no les importara, pero parecía encontrarse muy bien y ellos tenían sus propios problemas. Por eso, a medida que transcurría agosto, ninguno de ellos prestó la menor atención a las «citas para almorzar» y «citas para cenar» con amigos que la mantenían alejada del apartamento a la hora de comer, ni al hecho de que estaba adelgazando; tampoco advirtieron que en las pocas ocasiones en que compartía una comida con ellos se dirigía enseguida al cuarto de baño y vomitaba. Cumplió dieciséis años y todos dieron por sentado que, por fin, se había interesado por la vida social. Sustituyó los nuevos tejanos por otros de una medida mucho menor y nadie lo advirtió siquiera. Todos los tejanos se parecían.

Hank estaba preocupado por su negocio. El precio del combustible había vuelto a subir y los automovilistas de verano atascaban las rutas, pero no con los coches grandes que él vendía. Cambiar su licencia era imposible. Procuraba no pensar en lo que podía haber sido; pero pensar en lo que vendría era peor: la quiebra. Había despedido empleados y disminuido el personal hasta dejar sólo el esqueleto. Había inquina. El miedo flotaba en la oficina como un gas venenoso. Él seguía indeciso, impotente, temeroso.

Stacey se sentía aliviada por haber vuelto de la casa de la abuela. Su estancia anual con el grupo geriátrico le exigía bastante paciencia. Estaba contenta de hallarse de regreso en la ciudad que amaba, donde podía vagar por donde quería, pasar horas en la Biblioteca Pública y en los museos, frecuentar a sus amigos de la escuela (los que eran demasiado pobres para irse durante el verano). Ni siquiera la ola de calor de agosto le molestaba mucho. Dentro de los edificios se estaba fresco.

El problema de Ellen era Reuben Weinberg. Su amorío con él era más placer que problema, porque su esposa seguía ausente y Hank era tan fácil de engañar. Ella y Reuben planearon para pasar juntos un fin de semana, a fines de agosto. Reuben reservó habitación en una vieja y pequeña posada de Connecticut. Alquiló un automóvil. Ellen le dijo a Hank que aquel fin de semana se quedaría con Nikki, en Wilton, porque el marido de Nikki tenía que ausentarse por negocios y ella no quería quedarse sola.

—Ya sabemos, haremos esas aburridas cosas que hacen las mujeres —dijo Ellen a Hank—. Probablemente, salir a comprar antigüedades. Tú puedes ocuparte de las niñas.

—Está bien —dijo él con calma—. Que te diviertas.

Ellen se lo dijo también a Nikki, para que confirmara su coartada.

—Pero es que no he ido a pasar un fin de semana en el campo desde el robo —dijo Nikki—. Si Hank llamara, le contestará Robert, no yo.

—Hank nunca llama —dijo Ellen.

—¿Y si pregunta?

—Dile que nos divertimos mucho. ¡Qué ignorante eres en cuanto a engaños! Incluso cuando pregunta, Hank no quiere respuestas.

—Creo que eso depende del marido —dijo Nikki—. El mío cree que estoy en Nueva York, con un gran lío amoroso. Lo cual no es cierto. El tuyo es otro tipo de persona.

—Nunca le contaste a Robert lo del robo y ni siquiera sospechó —dijo Ellen—. ¿Cuándo dejarás de pensar que tu marido tiene rayos X en los ojos y pasa por encima de los edificios de un salto?

—Dejé de pensar eso hace bastante tiempo —dijo Nikki.

El fin de semana elegido, Ellen se encontró con Reuben en el garaje. En cuanto dejaron atrás los límites de la ciudad y los feos edificios fueron remplazados por cosas frescas, verdes, que crecían, Ellen sintió como si todos sus problemas se hubieran alejado. ¡Qué maravilloso era deshacerse del pasado, tener otra oportunidad! Miró a Reuben, que conducía con mucha atención, pero él advirtió que ella le observaba y se volvió para tomarle la mano y sonreírle.

—Te amo —dijo.

—Yo también te amo —dijo ella.

¿Le amaba, en realidad? ¿Más que a los otros? Él la hacía sentirse dueña de sí misma, no la mártir acosada que se consideraba en casa. Le amaba, pero era consciente ahora, como lo era desde hacía cierto tiempo, de que lo había escogido deliberadamente, como había escogido deliberadamente a todos sus amantes salvo a Kerry, su único error. En el transcurso de toda su vida de casada había estado compensando su mayor error; el de elegir a Hank —o dejar que él la eligiera—, poniendo sumo cuidado en ello. Su vida amorosa era su sustento. Sin ella, se marchitaría y moriría, o enloquecería. Pero, ahora, a los cuarenta años. ¿Bastaba con eso? Quizás este hombre tan bueno, que la quería, se volviera accesible, como los demás. En tal caso, ¿qué haría ella? ¿Se desharía de él como siempre lo había hecho con todos los demás, o lo tomaría en serio? Ya tenía cuarenta años, estaba en los comienzos de la mediana edad y no podría seguir teniendo amoríos eternamente. ¡Qué bueno sería formalizar su vida, deshacerse de Hank, tener una nueva vida y ser fiel! ¡Qué tranquilo sería y, sin embargo, qué divertido, porque se divertía con

Reuben! Ese fin de semana sería una prueba para ambos. Ellen nunca había sabido de un fin de semana que no pusiera a un hombre frente a su momento de la verdad.

—He oído decir que Mary Logan está harta de su editor —dijo Reuben—. La semana que viene almorzaré con su agente y trataré de contratarla. No digas nada.

—No lo haré —dijo Ellen.

¡Qué hermoso enterarse de estos secretitos, estar cerca de la fuente del poder!

La posada se hallaba en las afueras de un pueblecito, a casi dos horas de la ciudad. Estaba rodeada de árboles y colinas y tenía un lago y un viejo molino de harina. En el lago abundaban las truchas y los róbalo, que eran cocidos y servidos frescos a la hora de cenar en el comedor de la posada. Ellen y Reuben fueron a su habitación, hicieron el amor, se ducharon juntos y bajaron a beber unas copas en la terraza y a contemplar la puesta del sol.

—¿Sabes —dijo Reuben— que Herbert Ellis me hizo una llamada telefónica a cobrar, a las cuatro de la madrugada, para quejarse de que no había ningún libro suyo en la estación ferroviaria de Eferflow, Idaho?

—¡Qué descaro!

—Bueno, este fin de semana no podrá encontrarme.

Sonrió y le tomó la mano.

Cenaron en una mesa, en el rincón más tranquilo del comedor de la posada, iluminados con velas, servidos por una camarera que vestía ropas de la época de la Revolución.

—¿Qué te gustaría hacer mañana?

—Sólo curiosar. ¿Qué te gustaría hacer a ti?

—Me parece magnífico.

Después de cenar, bebieron coñac en la terraza hasta que los mosquitos les obligaron a entrar. Se dirigieron a su habitación, hicieron el amor otra vez y se durmieron, acurrucados, juntos, en el lecho de matrimonio demasiado pequeño, con el antiguo armazón de cama imperial construido para enanos de una generación anterior.

El sábado fue un día de sol. Después de desayunar, subieron al coche y exploraron la campiña. No hablaron mucho, pero estuvieron muy sociables. Ellen experimentaba la sensación de conocerlo desde hacía mucho tiempo. No se producirían sorpresas desagradables. Cuando vio un granero con un cartel de antigüedades en venta, lanzó un chillido de júbilo.

—¡Oh, vamos a ver!

Reuben estacionó el coche y entraron en el granero, donde lo examinaron todo y calcularon el precio de las cosas que le gustaban. Ellen casi no llevaba dinero consigo y sólo se proponía mirar. De cualquier modo, no distinguía entre lo auténtico y lo falso. Se detuvieron ante una bandeja que contenía joyas antiguas.

—Esos anillos de boda siempre me entristecen —dijo Reuben.

—¿Por qué?

—Me pregunto a quiénes pertenecieron y por qué terminaron aquí. —Levantó uno, se lo mostró—. ¿Ves dentro? Grabaron sus nombres. Se habrán querido. Tal vez ella murió y el anillo terminó en una subasta con todas sus pertenencias... Tal vez el matrimonio fracasó y ella lo vendió.

—La gente no se divorciaba en aquella época —dijo Ellen.

—¿Habrán sido felices o desdichados? Tú llevas puesto un anillo y no eres feliz —dijo Reuben—. Yo llevo puesto un anillo y también soy desdichado. Me pregunto si mi esposa será feliz. No hablaremos de eso. ¿Tu marido es feliz?

—Supongo que sí. No lo sé —repuso ella.

—En esa época no importaba, en realidad —dijo Reuben—. La gente aceptaba su destino. Hoy, ocurre lo contrario; todos tienen prisa por modificar lo que no les conviene. Tú y yo estamos atrapados en el medio. Vivimos con valores que ya no rigen, pero estamos habituados a ello. Tendría que haber algo mejor, algo más.

—¿En qué puedo servirles?

El propietario, que había esperado respetuosamente alejado, se les acercó.

—¿Dónde consiguió estos anillos? —inquirió Reuben.

—Oh, por todos lados. Ése es antiguo, tiene cien años. ¿Ve el color? Dieciocho quilates.

—Yo no querría tener un anillo ajeno —dijo Ellen—. Puede traer mala suerte.

—A los chicos les gustan mucho —continuó diciendo el propietario—. Para ellos, las antigüedades son importantes... Es todo ese asunto de la vuelta a la naturaleza. Una antigüedad no se considera joya, es más bien herencia, Historia. Vendo muchos antiguos anillos de boda a jovencitos.

—Los jovencitos son tan románticos —dijo Ellen.

—Nosotros también. Salvo que nuestros anillos de boda son antigüedades —observó Reuben, sonriendo.

El propietario de la tienda le devolvió la sonrisa mientras guardaba el estuche que contenía las joyas.

—Sigán mirando cuanto quieran hasta que encuentren algo que les guste —dijo, y los dejó que exploraran.

—Tengo ganas de tomar un trago —dijo Reuben.

Regresaron a la posada. Se sentaron en el fresco porche que daba sobre el lago y Reuben pidió champaña. Cuando llegó, enseguida, frío, en un balde plateado, y Ellen vio que era Dom Pérignon, se dio cuenta de que él lo había pedido por anticipado. ¿Cuándo? ¿Por la mañana después del desayuno? ¿La noche anterior? ¿En la ciudad?

—¿No te importó que dijera que nuestros anillos son antigüedades? —le preguntó él.

—Me sentí un poco insultada —respondió Ellen sonriendo—, pero mientras no pienses lo mismo acerca de quienes lo usan...

—No, nosotros somos más jóvenes que nunca. Lo que ha envejecido son nuestros matrimonios. —Volvió a llenar las copas. Ellen se sentía un poco achispada; casi

nunca bebía antes de almorzar—. Quiero que pienses en algo —dijo Reuben.

—Está bien.

—¿Sólo tendremos otro amorío romántico, engañándonos a nosotros mismos, o se trata de algo que será importante para nosotros?

—Lo he estado pensando —respondió Ellen.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Creo que hay que pensar en ello. Todavía no he hallado ninguna respuesta. ¿Y tú?

—Sí. Sé que es importante. Al menos, para mí. Quería decírtelo para que no temieras empezar a pensar que podría ser muy importante para ti también.

Ellen suspiró.

—Me temo que ya es importante para mí.

Reuben la miró con expresión satisfecha.

—Entonces, puede ser que nos contemos entre los pocos afortunados.

—¿Quiénes son?

—Los que modifican sus vidas cuando ya habían renunciado a toda esperanza de poder hacerlo.

Por primera vez en uno de sus amoríos Ellen no preguntó qué pasaría con los hijos de ella ni con los de él. Se limitó a beber champaña y le miró a los ojos. Reuben era como los demás. No era especial, pero había llegado en el momento preciso. Oportunidad... Ése era todo el secreto del amor. Se daba cuenta de que no había amado nunca a ninguno de los otros. Sólo que el amor formaba parte de su moral peculiar... Pero podía amar a este hombre, podía adorarlo, porque él la salvaría. No, porque ella le permitiría salvarla.

—¿Me crees? —preguntó Reuben.

—Sí.

—¿Te permitirás confiar en mí?

—¿Debo hacerlo?

—Sí —respondió Reuben—. Porque yo no te haré daño. Jamás podría hacértelo.

«Y yo tampoco te lo haré», pensó Ellen. No lo dijo, porque sabía que lo asustaría demasiado pensar que ella era perfectamente capaz de hacerlo.

Nikki era consciente de que estaba cambiando y ello la complacía. Para empezar, contemplaba el mundo circundante de modo menos romántico y esto, en lugar de causarle decepción o amargura, la hacía sentirse más segura. Siempre había vivido en manada y ahora sólo tenía que cuidar de sí misma. Todos los días hablaba con Robert por teléfono, pero cuando él le preguntaba qué tren tomaría para volver a casa, el viernes, ella siempre tenía preparada alguna excusa: reuniones especiales en la oficina, trabajo extra. La ola de calor de agosto le dio una buena excusa, porque no habían instalado aire acondicionado en su hogar. Un fin de semana, inventó un quiste

ovárico. Robert, a quien siempre le habían repugnado los problemas ginecológicos, le preguntó si se encontraría bien y, luego, abandonó el tema. Jamás se ofreció a ir a la ciudad. Nunca le había cedido en nada sin muchos subterfugios por parte de ella y, ahora, Nikki no pensaba embaucarlo. Lamentaba no tener todavía valor para decirle que pasar los fines de semana en el campo con él le desagradaba, la hacían sentirse incómoda. La excusa secreta que Nikki se había dado a sí misma, el temor a otro robo, carecía ya de validez. Las ventanas tenían barrotes, la puerta, la mejor cerradura, y ella no tenía miedo. Los sábados iba a las tiendas, que ofrecían todas liquidaciones, y reponía su vestuario. Por suerte, en el departamento sólo había tenido las ropas de verano. Las de invierno se hallaban en Hilton, guardadas en bolsas para ropa, con naftalina, un hábito que había heredado de su madre.

La radio-reloj, el pequeño televisor, el aparato para cassettes, fueron todos reemplazados también, no por la policía, sino por Nikki. La policía nunca logró encontrar ninguna de sus pertenencias. Ella se daba cuenta de que en realidad, nunca había esperado que lo hicieran. Se inscribió en una organización que introducía el número de Seguro Social de sus abonados en una computadora, que funcionaba en la sección de policía, y estampó su número en todos los objetos valiosos que poseía con un lápiz especial que le prestaron. Se trataba, al parecer, de que un ladrón no robaría algo ya inscrito, porque no podría venderlo a un traficante en cosas robadas. Estaba muy orgullosa de sí misma por no haberle hablado nunca a Robert acerca del robo.

Lo último que reemplazó fue la alfombra, pero, en vez de piel, compró una Rya en una liquidación. Decidió que, a fin de cuentas, la piel hacía un poco *nouveau riche*. Tampoco adquirió un nuevo cubrecama: era una cosa propia de una matrona suburbana. Compró una manta para poder tenderse en la cama y leer, y descubrió que así reducía también el tiempo que dedicaba a hacer la cama por la mañana. Era menos pulcra que antes. Hacía las cosas en función de la importancia que tenían para ella, no para otras personas. Tal vez fuera el clima caluroso, o el hecho de que había luz diurna durante mucho más tiempo en las tardes de verano, pero Nikki descubrió que ya no le desesperaba tanto como antes el hecho de no tener con quién cenar todas las noches. Se estaba habituando a su propia compañía y comprobó que le gustaba.

En la oficina, solicitó automáticamente un aumento, como lo hacía en agosto de cada año. Con gran sorpresa por su parte, no sólo se le otorgó la suma que pedía, sino que también la ascendieron. Ahora, era revisora gerente. A todos cuantos ocupaban puestos elevados los habían ascendido un escalón. Nikki tuvo papel con membrete nuevo en el que constaban su nombre y su cargo. Todos sus libros de primavera habían tenido éxito y había conseguido dos nuevos autores buenos, pero sospechaba que el motivo principal del ascenso era su cambio de actitud y conducta en la oficina. Aún coqueteaba y se hacía la mimosa, pero era más fuerte, se sentía más segura de sí misma y, de vez en cuando, dejaba de lado toda simulación y les hacía comprender que sabía cuán inteligente era. Eso no parecía ofender a nadie; a decir verdad, la

respetaban por ello. «Probablemente yo sea la última dama emancipada —pensó Nikki con pesar—. ¡Miren todo lo que me he perdido!».

Había decidido no tomarse vacaciones ese verano. Robert no había dicho nada al respecto. Cuando ella sugirió, como al descuido, que podrían tomarse las vacaciones juntos, en otoño, e ir a alguna parte, en lugar de perder el tiempo en la casa de campo, él replicó vagamente que tal vez fuera una buena idea, si conseguía quitarse de encima el trabajo acumulado. Nikki comprendió que Robert ansiaba tan poco viajar con ella, como ella viajar con él. El otoño era una época muy estimulante en Nueva York, y Nikki decidió conseguir entradas para ir a ver muchas obras de teatro. Si Robert no quería ir, podía llevar a Rachel, a Margot o a Ellen.

Entre los empleados de «Heller y Strauss», desde mecanógrafas hasta revisores, circulaba el rumor de que la editorial se disponía a echar el lazo a John Griffin. Ese año estaba de moda que los astros de cine escribieran sus biografías y a Nikki no le sorprendió que John Griffin se uniera al grupo; si cualquier conductor de taxi podía escribir la historia de su vida, ¿por qué no podía hacerlo un actor? Pero lo que le sorprendió fue que el libro de John Griffin sería una novela y que fuera ella la designada para revisarlo. A través de la imagen que tenía de John Griffin, dudaba de que éste tuviera tanto respeto por una mujer, como para permitirle inmiscuirse en lo que él decía. Ni siquiera podía andar por la calle sin que las mujeres lo persiguieran; sus dos matrimonios (y divorcios) habían gozado de mucha publicidad, así como sus amoríos. Se sabía que descansaba en compañía masculina y no tenía relaciones amistosas ni comerciales con mujeres. Las mujeres eran para casarse y tener hijos con ellas, o para llevarlas a Europa y rodar exteriores como parte de la diversión. Nikki esperaba que el manuscrito no fuera malo y que se llevaran bien. Sería una lástima que se lo hubieran asignado a ella sólo porque la consideraban coqueta y complicada.

Llegó solo, sin su agente. Eso estaba bien. Era más alto y aún más buen mozo de lo que parecía en las películas, o quizá tan sólo fuera que los astros de cine parecieran excepcionales. Tenía la piel tostada, los dientes eran perfectos (¿reales?) y los ojos, de un azul profundo. Vestía traje y corbata, incluso llevaba consigo una cartera, y estrechó la mano de Nikki. Hasta allí, su manera de actuar le gustó. Lo que no le agradó fue que, evidentemente, había pedido conocerla antes de confiarle el manuscrito, y a ella, tanto como a él, le ofendía ser sometida a prueba, aunque por su educación estaba más acostumbrada a ello.

—Espero que le guste «Heller y Strauss» —dijo Nikki en tono amable—. Haremos cuanto podamos por ayudarle y estamos todos de su parte. Estoy ansiosa por leer el libro.

—Las cien páginas —dijo Griffin—. El resto sólo está esbozado.

—¡Magnífico! Cien páginas es perfecto.

—Sé que necesitaré ayuda —continuó diciendo él con naturalidad—. Es la primera vez que escribo un libro y, a veces, mis ideas se adelantan a mis palabras.

—Para eso estoy aquí.

Griffin miró hacia la puerta abierta de la oficina. En el pasillo estaban casi todas las mujeres de la casa, de los diecinueve a los noventa años, contemplándolo boquiabiertas.

—Dios mío, lo siento —dijo Nikki, mientras se levantaba y cerraba la puerta—. No volverá a suceder.

Griffin se encogió de hombros.

—Estoy habituado, pero cuando se trata de mi hijo..., de mi libro..., me siento un poco vulnerable.

—Le aseguro que ellas no lo leerán... hasta que sea publicado, por supuesto —le aseguró Nikki—. Lo leeremos yo y nuestro jefe de revisores, Peter, a quien usted ya conoce, y nadie más. Su obra siempre será sagrada. Por lo que respecta a su persona, en cuanto salga al pasillo no puedo garantizarle nada.

Sonrió, pero no soltó una risita nerviosa. La nueva Nikki. Estaba orgullosa de sí misma.

Griffin abrió la cartera, sacó una carpeta de agente literario que contenía un delgado manuscrito y se la entregó.

—Aquí está —dijo. Luego, volvió a coger la carpeta y escribió algo encima—. Éste es mi número telefónico privado. Por favor, llámeme cuando lo haya leído, aunque sea en mitad de la noche. Puede hablar de negocios con mi agente, pero, por favor, sobre correcciones hable conmigo.

—Por supuesto —dijo Nikki.

—¿Dónde puedo encontrarla cuando no está en la oficina?

Nikki anotó el teléfono de su apartamento y se lo entregó. Griffin lo miró y lo guardó en el bolsillo.

—No figura en la guía —dijo Nikki—. No lo envíe a la tintorería con el traje.

—Le sorprendería comprobar lo bien que sé cuidarme.

—No me cabe la menor duda.

Griffin se puso de pie.

—¿Cuándo tendré noticias tuyas?

—Lo llamaré mañana a primera hora de la mañana. ¿A las diez es demasiado temprano?

—Estaré esperando.

Volvió a estrecharle la mano y Nikki le acompañó por el pasillo hasta llegar al ascensor. Hasta los hombres le miraban boquiabiertos. Mientras esperaban el ascensor, Nikki se permitió darle un cauteloso vistazo. Casi demasiado bien parecido, pero parecía simpático y sincero; al menos, en cuanto a su libro. Quizá más tarde sacara las uñas. Bueno, muchos escritores lo hacían, aunque no fuesen astros de cine. Parecía confiar en ella. Nikki se alegró de haber decidido no representar con él su papel habitual.

Se dio cuenta de que no esperaba que esas cien páginas fueran buenas. Pero eso era injusto. Griffin era más hermoso que ella y, aunque tenían la misma edad, seguiría

ofreciendo mucho mejor aspecto que ella cuando tuvieran sesenta años, pero no por ello era tonto. Probablemente, el pobre hombre estuviera harto de ser un símbolo sexual. Al fin y al cabo, nunca había tenido que esforzarse para serlo, como ella. Quizá pudieran ser amigos.

Mientras volvía a su oficina, Nikki percibió las miradas envidiosas que todas le lanzaban. Reuben le hizo un guiño, como si ella ya casi estuviera acostada con Griffin. ¡Qué diferente era el mundo de la oficina del mundo exterior! Aquí, ella era el símbolo sexual para los demás; allá, en Wilton, sólo era una ama de casa más. Aquí, su inteligencia y su empuje significaban mucho, era respetada, se sentía segura de sí misma. Si por algún motivo John Griffin, se hubiera presentado en Wilton, ni siquiera se habría fijado en ella, ni ella habría esperado que lo hiciera. Aquí, él necesitaba su seguridad, su ayuda y su talento, y estaba esperando su veredicto. Su mundo era éste, no Wilton. Por primera vez, Nikki advirtió cuántas veces Robert había derrumbado su «ego» cuando ella volvía a casa, y con cuánta frecuencia ella había tenido que reconstruirlo a partir de cero.

Aquella noche, leyó las primeras cien páginas y el esbozo de la novela de Griffin. Éste se había equivocado al decir que sus ideas se adelantaban a sus palabras: eran sus palabras las que se adelantaban a sus ideas. Seguían y seguían. Había la promesa de un excelente argumento y Nikki veía que, con mucho trabajo, podía ser un éxito de venta, pero necesitaba muchas correcciones, y el relato comenzaba realmente en la página setenta y cinco. ¿Cómo se podía decir a un autor que tirara las primeras setenta y cinco páginas de su primera y queridísima novela? Ella sabía cómo: ya lo había hecho antes. Encaminarlo bien, estimular su confianza y su entusiasmo y, después, cuando hubiera escrito lo suficiente para hacerle sentir que no era un fracasado, explicarle con suavidad cuánto mejoraría el relato si empezaba cuando realmente empezaba. A veces incluso lograba hacer creer a un autor que el corte se le había ocurrido a él. Este tipo de orientación editorial era algo que Nikki hacía muy bien.

A las diez en punto de la mañana siguiente, llamó por teléfono a Griffin, desde la oficina. Él contestó a la primera llamada.

—Buenos días. Habla Nikki Gellhorn. Creo que su libro será sumamente interesante.

—Sí, pero, ¿le ha gustado a usted?

—Mucho. Trabajaré gustosísima con usted en él y le dedicaré todo el tiempo y la ayuda que necesite. El argumento es maravilloso. Se sale tanto de lo corriente... ¿Podría venir a la oficina esta tarde? Así podríamos hablar más al respecto.

—¿A las tres?

—Perfecto.

Una vez reunidos, discutieron el argumento y el desarrollo de la psicología de los personajes, cuándo ocurrían cosas, y él tomó apuntes ávidamente con una letra diminuta e ilegible. A las seis, Nikki se hallaba exhausta, pero Griffin estaba

entusiasmado y ansioso por empezar a escribir el resto del libro. Ahora, pensaba en lo que quedaba por escribir.

—Con muchas cosas que escribí estaba asustado —dijo Griffin—. Ahora, hay parte de eso que no parece tener mucho sentido para mí. Quiero decir que no funcionará... ¿Sabe a qué me refiero?

—Perfectamente —dijo Nikki.

—Ahora, quiero continuar, pero tal vez más tarde podamos volver hacia atrás y quitar algo de relleno. No advertí que me bastaba con relatar la historia... Ignoro por qué motivo, creí que debía adornarlo todo, o nadie me tomaría en serio.

—Dígalos a su manera y el resultado será excelente —dijo Nikki.

Griffin recogió los apuntes y los guardó en la cartera.

—¿Cuándo quiere ver más?

—En cuanto usted lo desee.

—¿Qué le parece veinticinco páginas? ¿Sería suficiente?

—Estoy aquí todos los días. Démelas, y las leeré enseguida.

—Quiero decirle que es muy fácil trabajar con usted —dijo Griffin.

—Con usted, también —repuso Nikki.

Al irse, él la besó ligeramente en la mejilla. Nikki se alegró de que todos, excepto Peter, se hubieran marchado. Ese besito de agradecimiento le habría costado muchas bromas en la oficina.

Durante las dos semanas siguientes, John trabajó como una máquina. Traía páginas; ella las leía y le alentaba; a veces le hacía preguntas acerca de sus intenciones para mantenerlo bien encaminado. Nikki sabía que tendría que llevar a cabo una reducción general cuando él hubiera terminado la novela, pero no iba a ser un trabajo tan difícil como había temido. No era una recomposición del argumento en gran escala. Nikki siempre las había temido y los autores las detestaban, y con razón.

Un viernes, John le preguntó si quería cenar con él. Nikki aceptó y fue a reunirse con él directamente desde la oficina, porque así lo quiso John. Por doquier, todos les miraban; a él, porque era un astro de cine; a ella, porque ignoraban quién era o por qué le acompañaba. La llevó al «Club 21», donde la gerencia no permitía que los clientes se cambien de mesa ni pidieran autógrafos, pero no podían impedir las miradas de la gente. Nikki disfrutó con ello.

Estaban sentados abajo, donde la gente podía contemplarlos a entera satisfacción. El restaurante parecía una taberna clandestina, lo había sido antes, tenía un largo mostrador y manteles a cuadros rojos. Colgaban del techo toda clase de juguetes en miniatura: camiones, aviones, automóviles, artículos para deportes, cada uno de los cuales había sido puesto allí por el propietario de la compañía que el juguete representaba. Nikki decidió que, pensándolo bien, no parecía una taberna clandestina, sino la habitación de un niño. Y todos los niños, ya adultos y ricos, se alineaban junto al mostrador.

Conversaron un rato acerca del libro y, después, hablaron de música y de política, dos temas sobre los cuales él sabía mucho más que ella. Luego le contó anécdotas divertidas sobre hechos que habían ocurrido cuando él estaba trabajando en alguna de sus películas. Nikki se alegró de haber visto la mayoría de ellas. Allí, en el restaurante, se encontraban más en el mundo de él que en el de ella, no estaba tan a salvo como en la oficina, pero se recordó que seguía siendo su revisora y que John la necesitaba. Sería demasiado fácil dejarse impresionar por el hecho de que él era una celebridad; no podía permitir que esto ocurriera.

—¿Es usted casada? —preguntó él—. ¿O divorciada?

—Estoy casada —replicó Nikki—. Estamos... semiseparados.

—¿Qué clase de separación es ésta?

—Él vive en el campo y yo, aquí. Hace cierto tiempo que no nos vemos, pero ninguno de los dos lo ha admitido todavía. Supongo que es raro... Ni yo misma me he acostumbrado aún a ello. No sé qué pasará. ¿Y usted?

—Tengo un apartamento en Nueva York y una casa en Malibú. La gente cree que vivo en California, pero, si puedo, lo evito... Me gusta Nueva York.

—¡A mí, también!

—¿Cómo le resulta vivir sola? Es decir, si está sola.

—Oh, estoy sola, sí —dijo Nikki—. Me agrada.

—Mis dos ex esposas se volvieron a casar casi de inmediato. Detestaban vivir solas. Pero en Hollywood es más difícil para una mujer. Es una ciudad muy de gente casada... Y hay muchas competidoras jovencitas; hasta la última ganadora de un concurso de belleza en un pueblecito perdido quiere ser estrella de cine. No me gustan las jovencitas. Cuando empiecen a gustarme, sabré que estoy envejeciendo.

—Bravo —dijo Nikki—. Un adulto.

—Le conviene creerlo. Tengo cincuenta años.

—¡Yo le calculaba cuarenta y dos!

—Ésa es la edad que confieso para la publicidad. ¿Cuántos años tiene usted?

—Cuarenta y dos.

—Lo dijo con tanta rapidez, que la creo. Pero jamás lo habría supuesto, al verla. Aparenta treinta.

—Me siento como si tuviera treinta.

—Yo, también —dijo él—. Por eso estoy tratando de ser escritor a mi edad, y no escribiendo mis Memorias.

—¡No renunciará al cine!

—Oh, no, el dinero me gusta demasiado. No creo que gane una fortuna con este libro, aunque me gustaría naturalmente.

—Le confiaré un secreto —dijo Nikki—. Siempre que no lo envanezca tanto que haga imposible trabajar con usted. Creo que este libro será un gran éxito de librería.

—¿De veras lo cree?

—Claro que sí. Estas cosas nunca se saben con seguridad y todos podemos equivocarnos, pero tengo un fuerte presentimiento acerca de este libro.

John se inclinó y le dio un beso leve y alegre en la boca.

—Gracias.

—Gracias a usted —dijo Nikki—. Acaba de hacerme célebre. Creo que esa mujer de allí se ha desmayado. A menos que le haya ocurrido por culpa del peso de los aros que lleva.

Después de cenar, él la llevó a casa en un taxi y Nikki no lo invitó a subir y beber un trago, aunque sabía que él habría aceptado. No estaba segura de que esto fuese una buena idea. Nunca había invitado a un hombre a subir y como estaba distanciada de su esposo, eso podía parecerse demasiado a una invitación para acostarse con ella. No podía imaginar que ninguna mujer invitara a John Griffin a entrar en su apartamento sin proponérselo. Él pidió al conductor del taxi que esperara, la acompañó hasta la puerta de calle, esperó a que abriera y, después, ella le estrechó la mano, diciendo:

—Gracias, he pasado un rato maravilloso...

—Yo también.

Sólo cuando se halló a salvo arriba, sola en su lecho, frente al televisor, se dio cuenta Nikki de que a ella nunca se le había ocurrido invitarle a cenar. Después de todo, era su revisora, la compañía pagaría, y era algo habitual. Pero Griffin había puesto en claro desde el principio que él la invitaba a ella. «¡Qué sabe sobre los derechos de los autores! —pensó—. Es un actor de cine... Y un hombre chapado a la antigua. Creo que acabo de tener mi primera cita».

John la invitó a cenar otra vez el miércoles siguiente.

—Con mucho gusto —dijo Nikki—. Pero, esta vez, permítame que le invite yo. —Él se mostró disgustado—. Paga la Compañía —agregó—. Forma parte de las normas que lo lleve a cenar. Eso los hace felices. Yo sólo quiero devolver atenciones.

—Quiero cenar con usted, no con la maldita Compañía —dijo John—. Puedo permitirme ese lujo.

—Ya lo sé.

—No se sienta insegura... No me debe nada. No voy a arrojarme encima de usted. ¿De qué se ríe?

—Porque cualquier mujer daría la niña de sus ojos porque usted se le arrojara encima, y usted promete no atacarme...

—Mi vida sexual es un mito en su mayor parte —dijo John—. No hago el amor en grupo, no soporto a las insípidas mujeres mundanas, a las cazadoras de cabelleras ni a ningún tipo de imbécil. Es difícil encontrar una mujer inteligente, humana, que no esté ya enamorada de alguien. Pero usted me gusta como amiga. Es hermosa, es una buena persona, y muy lista. No busca nada. Me agrada estar con usted, eso es todo. Si está libre esta noche, vamos a cenar.

—Me encantaría...

Hasta cierto punto, la desilusionó un poco que, de modo tan obvio, no la cortejara. Supuso que, pese a cuanto él pudiera decir, ella no podía competir con las hermosas mujeres con quienes se encontraba sin cesar. Por una parte, era halagüeño ser considerada una amiga; por la otra, su educación la inducía a pensar que algo fallaba en una mujer joven a quien tan sólo se consideraba un camarada más. Se recordó que ella era la nueva Nikki.

Griffin la llevó a «Romeo Salta», donde el jefe de camareros reconoció, complacido, a John. A Nikki le agradaba que se los atendiera. La sala delantera parecía cómoda y cálida, tenía cuadros en las paredes y la cocina italiana a la vista, en el fondo; pero, en realidad, era una habitación grande con líneas visuales ininterrumpidas. Estaban sentados lado a lado en una banqueta de cuero adosada a la pared. Por primera vez, Nikki advirtió en qué medida los clientes de un restaurante formaban parte del espectáculo, y esa noche el espectáculo era ella. Pero lo olvidó con rapidez. Se sentía cómoda con John. Concluida la cena, no quiso poner fin a la velada porque de verdad lo estaba pasando muy bien. Le invitaría a tomar una copa en su casa. ¿Por qué no? Estaría a salvo con él.

Le invitó con naturalidad en el taxi y John se mostró complacido. Parecía muy grande en el pequeño apartamento de Nikki.

Ésta hizo funcionar el acondicionador de aire, eligió un cassette a sabiendas de que él lo aprobaría y lo puso en el aparato mientras John miraba a su alrededor.

—Este lugar es una fortaleza —dijo—. ¿Para qué necesita tantos cerrojos y barrotes?

—Me robaron.

—Debería vivir en una casa de apartamentos con portero.

—Supongo que sí. Pero este lugar me agrada.

—Debería ir a California.

—Por supuesto. ¿Coñac?

—Perfecto.

Nikki sirvió coñac para los dos y ambos se sentaron en el diván.

—¿Cómo es su apartamento? —preguntó Nikki.

—Desordenado, en comparación con éste. Me encanta su casa. Es muy abierta y eficaz, como usted.

Y, después, dejó el vaso y la besó.

Nikki no supo qué hacer. Se la suponía sincera y directa, pero, ¿cómo podía ser así cuando ni siquiera sabía qué quería? No podía creer que John Griffin quisiera acostarse con ella, pero él estaba en su apartamento, de noche, besándola; ella lo había invitado a entrar, y las personas adultas no se contentaban con quedarse sentadas acariciándose. Deseó haber tenido algún amorío para saber qué hacer. Entonces, él se incorporó, la tomó de la mano y la condujo al dormitorio. Evidentemente, no quedaba otra cosa que hacer sino seguir adelante. Era lo que ella

quería, bien podía admitirlo. Había intuido que, tarde o temprano, sería con alguien. ¡Qué suerte que fuera con este hombre tan atractivo y sexy que parecía gustar de ella!

John le hizo el amor toda la noche, en toda clase de posturas atléticas de las que Nikki nunca había oído hablar. Todo aquello parecía irreal. Disfrutó muchísimo, pero, al mismo tiempo, le parecía hallarse fuera de sí misma, observando. «Estoy en la cama con John Griffin —se decía—. ¿Es tan hábil porque se cree en la obligación de serlo, o todos los hombres actúan así la primera vez que se acuestan con una nueva mujer? ¿Cómo puedo saberlo?

Sólo me he acostado con mi marido y él no hace estas cosas. ¡Quizá los hombres aprendan cosas de sus esposas y amantes! ¡Sabe Dios que Robert nunca aprendió nada de mí!».

Por último, a la madrugada, él se durmió. Roncaba y eso le hizo gracia, porque se imaginaba cuánto se horrorizarían sus admiradoras si lo supieran. Cuando lo tocó, John se volvió y dejó de roncar; entonces, Nikki puso el despertador para concederse dos horas de sueño, y durmió, exhausta, pero también regocijada. Se sentía muy cercana a él. Era un buen hombre.

Por la mañana, preparó café. John no parecía cansado. Ella tampoco lo estaba, en realidad. Esperaba poder llevar el asunto de manera profesional. Todavía le faltaba revisar el libro y señalarle los defectos. ¡Ni siquiera sabía si acostarse con alguien modificaba el modo de colaborar! ¡Qué lata ser tan inocente!

Se fue a la oficina y él a casa, a trabajar. Sola por primera vez, se sintió abrumada por el sentimiento de culpa que experimentaba hacia Robert. ¿Cómo podía haberle hecho semejante cosa? Engañar al marido era algo tan castrador, significaba que se le había excluido de algo que antes era de su jurisdicción. Era mentir. Era ponerlo en segundo plano. Era burlarse de él; aunque no fuese así, él lo creería. Era causarle daño. Era cruel. No lo había llamado la noche anterior y, por lo general, lo habría llamado esa mañana desde la oficina, pero temía que él intuyera el remordimiento en su voz, y por eso no pudo hacerlo. Esperaba que lo hiciera él. No; Robert estaba tan ocupado en su oficina, que esperaría hasta la noche para llamar. Quizás esa noche ella se hubiera repuesto lo suficiente como para engañarle. Engañar. ¡Que fea palabra! ¡Oh, pobre Robert, que sospechaba de ella, que la culpaba... Y, ahora, ella lo había hecho, tan presa del momento que sólo había pensado en él en abstracto, como en un amante anterior.

Trató de no pensar en John Griffin, pero, aun sintiéndose culpable hacia Robert, se preguntaba si John telefonearía y ansiaba que lo hiciera. Si no la llamaba, ambos podrían imaginar que no había ocurrido nada. Pero no se trataba de algo de lo que una no hiciera caso, como si sucediera cada dos por tres y careciera de importancia. Para ella, era algo. Nunca le diría la importancia que esto tenía para ella, porque era muy orgullosa, pero sabía que si John no llamaba, le causaría un gran dolor.

Cuando volvió a la oficina, después de almorzar, su teléfono estaba sonando. «Que sea John. Por favor, que sea John y no Robert. Me portaré bien».

Era John.

—¿Estás libre para cenar esta noche? —preguntó.

—Sí —repuso Nikki.

—Te pasaré a buscar a las siete por tu apartamento.

Al volver a casa, desde la oficina, compró un poco de vino y vodka. Pensó que debería telefonar a Robert, pues, de lo contrario, lo haría él cuando John estuviera presente y ella no sabría cómo salir del apuro. Guardó el vino en la nevera, el vodka en el armario para licores y se sentó junto al teléfono. Levantó el auricular y lo volvió a dejar. Que Robert la llamara. Si él notaba algo raro en su voz, le diría que acababa de salir de la bañera.

Mientras se bañaba, se vestía y se maquillaba de nuevo, se sintió tan excitada como se sentía más de veinte años atrás, cuando se acicalaba para ir a una cita. No era como si todos esos años intermedios no hubieran transcurrido, pero quedaban relegados a un segundo plano. Todo era nuevo otra vez. Cuando abrió la puerta a John, le sorprendió lo buen mozo que era; como si hubiera creído que su príncipe iba a convertirse en rana sólo por haber pasado la noche con ella.

Bebieron unas copas y, después, se fueron a cenar a «Orsini». John no parecía inquietarse por lo que pensaría el marido de Nikki, y ella tampoco, mientras ambos estuvieran en público. Tenía que conseguir que él escribiera un buen libro y todos sabían que los astros de cine necesitaban mucha atención personal; así, pues, no era anormal que los vieran juntos con tanta frecuencia. Nikki le preguntó qué había escrito ese día; John se lo contó, con aparente entusiasmo, y ella se sintió reivindicada. Después, hablaron de otras cosas. Nunca aludieron el hecho de haberse acostado juntos la noche anterior. Tal vez la gente no discutía esas cosas; ¿cómo iba a saberlo ella?

El restaurante era muy oscuro y romántico, y había lamparitas sobre la mesa. No se cogieron de las manos, aunque podían haberlo hecho, por lo que eso habría importado a los demás. Después de la cena, John la llevó a casa y subió sin consultarla siquiera con la mirada. Nikki desconectó el timbre del teléfono.

Ocurrió lo mismo que la noche anterior. Nikki pensó que probablemente morirían si no dormían bien una noche, pero, en ese momento, no se hallaba cansada. ¿Era eso lo que hacía Ellen con sus amantes, lo que hacía Margot? Pero ¿no todas las noches? Se preguntó si John la encontraba irresistiblemente sensual, o si él era demasiado activo sexualmente, o si esas cosas ocurrían cuando un amorío estaba destinado a terminar. Ni por un momento imaginaba la posibilidad de ser la esposa de un astro del cine. No podría soportar la tensión; y, además ¿por qué la elegiría John?

El día siguiente era viernes. John la había invitado a cenar. Nikki sabía que tenía que llamar a Robert para decirle que no volvería a casa, pero no podía afrontar la situación. Deseaba poder ser la clase de mujer capaz de decirle tan sólo: «Esta noche tengo que cenar con un actor, hay problemas con su libro». Qué fácil habría sido si no hubiera experimentado la sensación de que Robert la conocía demasiado bien! Hacía

tanto tiempo que estaba enojada porque notaba que Robert no la comprendía; ahora, de pronto, lo imaginaba perceptivo, capaz de leer los pensamientos. ¡Qué poderes atribuía su remordimiento al mismo esposo al que conocía desde hacía tantos años! Salió temprano de la oficina, se lavó el cabello y, cuando John vino a buscarla, lo hizo salir de prisa después de beber una sola copa, diciéndole que estaba hambrienta. Él contestó que se alegraba de que lo estuviera, porque había reservado sitio en el «Cote Basque».

Nikki nunca había estado allí; sólo sabía que era el maravilloso restaurante en el que no se permitía la entrada a mujeres en pantalones. Se alegraba de haberse acicalado tanto. En el salón delantero había un mostrador, banquetas y un carrito donde se exhibían postres increíbles. En el salón principal, encantadores murales del país vasco y flores frescas en las mesas. Los acomodaron adelante, que era evidentemente un sitio para ser vistos. Si una pensaba engañar a su marido en secreto, debía tratar de no hacerlo con un actor de cine.

Después de cenar, John la acompañó a su apartamento y la mantuvo toda la noche despierta. El sábado durmieron todo el día. A Nikki le alivió comprobar que él era humano, al fin y al cabo. Cuando despertaron, conectó el teléfono y, luego, salieron a comprar algunos alimentos para la cena y para el desayuno del domingo.

En el supermercado, la gente se sorprendió al verlos, y en cuanto una mujer pidió un autógrafo a John, pareció que todos los presentes querían uno. Él firmó con afabilidad. Cuando escaparon al apartamento de Nikki, John dijo que tenía que ir a buscar algunas cosas y que pronto volvería.

Nikki estaba cocinando alegremente cuando apareció trayendo en la mano un bolso de avión. Había traído artículos de aseo personal y una bata, ropa interior, calcetines, tejanos y algunas camisas. Era más de lo que necesitaría para pasar el domingo.

—¿Qué cajón puedo ocupar? —preguntó como un simple compañero de habitación.

—Quédate con el de abajo.

—A cambio, tendrás un cajón en mi apartamento —dijo John.

—Muy bien. Soy partidaria de la igualdad. ¿Lavas platos también?

—Lo haré, si cocinas tú. Si yo cocino, tú lavas. Y soy un excelente cocinero.

«Mis amigas nunca lo creerían —pensó Nikki—. Ni yo misma lo creo». Estaba destapando el vino cuando sonó el teléfono; Nikki dio un salto.

Era Robert y parecía molesto.

—¿He de deducir que no vienes?

La seca voz de Robert parecía más irreal aún que ese hombre que estaba guardando ordenadamente su ropa interior en un cajón de la cómoda. Se obligó a pensar en Robert como un perfecto desconocido; sólo así podía controlar la situación.

—No..., oh, lo siento. Traté de llamar y no estabas —mintió.

—Fui yo quien llamé y tú no estabas —dijo Robert.

—Estuve trabajando.

—Te explotan —dijo Robert.

—Lo sé.

—¿Vendrás el próximo fin de semana?

—Por supuesto —dijo Nikki, sintiéndose culpable pese a todos sus esfuerzos.

—Es el fin de semana que corresponde al día del trabajo —dijo Robert.

—¿Ya?

—El primero de septiembre. Este año se adelanta la fiesta. Recibimos una tarjeta postal de Lynn. Vuelve con su amigo y nos concederá el honor de su compañía... Dorothy vendrá, salvo que tenga que trabajar, pero, aunque así sea, le concederán una noche libre para que pueda estar con nosotros. Celebraremos una reunión familiar. He pensado que, una noche, podríamos hacer una comida al aire libre y, otra, quizás elegir un buen restaurante.

—Haré fiesta el viernes y llegaré temprano —dijo Nikki.

—Podrías venir el jueves, después de trabajar.

—Es lo que haré. Llevaré mi maleta a la oficina y tomaré el tren de las seis.

—¿Qué harás esta noche? —preguntó Robert.

—Comer un bocado en casa y hacer cortes en un manuscrito... Mañana debo trabajar todo el día con la autora. No vive aquí.

—¿Qué momento eligió para ir a Nueva York! —dijo Robert.

—Lo sé.

—Yo también pasaré una tarde tranquila. Traje un poco de trabajo del despacho y dormiré toda la noche.

—Te veré dentro de unos días —dijo Nikki—. Te llamaré mañana por la noche.

—Buenas noches —dijo Robert.

—Buenas noches. —Colgó y se volvió lentamente para enfrentarse con John, que no parecía haber oído una palabra—. El próximo fin de semana tengo que ir a casa para ver a mis hijas —dijo, sabiendo que él lo había oído todo, pese a la inexpresividad de su mirada. Al fin y al cabo, era actor.

—Por supuesto. ¿Qué edad tienen?

—En octubre, cumplirán veinte años. Son mellizas. Nacieron tres días después de mi cumpleaños, de modo que siempre lo celebramos juntas y le damos mucha importancia. Somos buenas amigas. La verdad es que me gustan, y además las quiero.

—Eso quiere decir que fuiste buena madre.

—Así lo espero. ¿Tienes hijos?

—Tres. Dos varones y una mujer. Tienen la edad suficiente para que también podamos ser amigos. Todos quieren ser directores de cine. Supongo que eso indica lo que piensan de su padre.

—Es difícil ser lo mismo que nuestros padres —dijo Nikki—. Mis hijas no quieren dedicarse al negocio editorial... Yo no quiero limitarme a ser un ama de casa, como lo fue mi madre. ¿Quieres tú hacer lo que hizo tu padre?

—¿Ser minero? ¡Claro que no! —exclamó él, riendo.

—¿Minero del carbón?

—¿Acaso hay otros?

—Es que nunca leí eso en ninguna publicidad tuya —dijo Nikki.

—No me gusta utilizarlo. Yo soy yo, no mi pasado. Se mató cuando yo tenía dieciséis años. Mentí en cuanto a mi edad y me enrolé en la Armada. Tuve que pedir a un amigo mío que se presentara al examen físico en mi lugar. Cuando niño, tuve fiebre reumática y tengo problemas cardíacos... Eso me habría impedido ingresar en las Fuerzas Armadas, pero no en las minas. La Armada no lo descubrió hasta que mi barco fue torpedeado y me examinaron en el hospital. Me echaron a la calle... honorablemente, por supuesto. Entonces, fui a la escuela de teatro aprovechando la ley dictada en favor de los soldados. Y lo demás es historia, como se dice.

Nikki siguió destapando la botella de vino, mientras pensaba en el muchachito con el corazón enfermo cuyo padre había muerto en las minas, y advirtió con qué facilidad John le había hecho olvidar la turbación que le había producido la llamada telefónica de su esposo y tener que mentir en presencia de su amante. Evidentemente, John era experto en esas lides.

—Te tengo mucho afecto —dijo al ofrecerle un vaso de vino.

—Yo también a ti. Eres buena.

—¿Comemos a las siete?

—Cuando la comida esté preparada.

«¿Está bien esto —se preguntó ella—, o deberíamos haber dicho que nos amamos? Pero no nos amamos. Me he encaprichado de él como una loca y me agrada muchísimo, pero eso no es amor. Amor es cuando de verdad se conoce a alguien. Pero, ¡ojalá John hubiera dicho que me ama! No lo habría creído, pero, de todos modos, ¡ojalá lo hubiera dicho!».

El jueves, al anochecer, cuando partió hacia el campo, Nikki estaba muy deprimida. Le dijo a John que el nombre de su marido figuraba en la guía telefónica, pero que no llamara, excepto si surgía algún problema relacionado con su libro, porque mentir la desasosegaba. Nunca había sido tan franca con ningún hombre, pero John no pareció ofenderse. Después, Nikki pensó que no debería haber dicho nada. Se preguntó si John, reflexionando acerca de su conflicto de intereses, trataría de librarse de ella como amante o como revisora. Sabía que, si tenía que elegir, le importaría más conservarlo como escritor. Todos los días aprendía algo sobre ella misma. Era como si, habiendo decidido cambiar su vida, se hubiera abierto a toda clase de comprensiones y percepciones. Siempre habían estado allí, esperándola, pero ella las había mantenido a raya.

Robert esperaba en la estación. Cuando vio que Lynn le acompañaba en el coche, Nikki se sintió muy aliviada. Besó a los dos.

—¿Dónde está el amor de tu vida? —le preguntó a Lynn.

—En casa, preparando una olla gigante de chili para la cena. Es su especialidad. Lo pasamos muy bien, pero me alegro de estar de vuelta. Me he habituado demasiado a la comodidad, para no mencionar una bañera que no tenga que fregar tres veces antes de atreverme a entrar en ella.

Entre escuchar relatos sobre Europa y, más tarde, la sorprendente aparición de Dorothy a medianoche, resultó fácil actuar con naturalidad. Estaban todos tan confortables y satisfechos juntos, una familia en la que todos se querían, y Nikki notó que Robert hacía esfuerzos. Y ella se esforzaba más que nunca, John parecía muy lejano, un sueño que ella había tenido, o acaso una pesadilla; nada que formara parte de aquella reunión familiar. Sin embargo, cuando se acostó con Robert, Nikki se puso tiesa de miedo. ¿Podría intuir él algo diferente en ella? Pero eso era una tontería; era como en los relatos de horror en los que su madre, cuando ella era joven, le decía que los muchachos saben todo lo malo que se ha hecho antes de conocerlos.

Robert se le acercó y la rodeó con sus brazos.

—Hace tanto tiempo —dijo.

—Sí —susurró Nikki.

Procuró no ser demasiado distinta cuando él le hizo el amor, no hacer nada que hubiera aprendido ni obrar de un modo peculiar. Con gran asombro por su parte, no tuvo que fingir un orgasmo; lo experimentó. Robert no pareció encontrarla cambiada y Nikki comprendió que su madre la había engañado. Lo peor había pasado. Ya nada malo podía ocurrirle.

El domingo por la noche pasaron por la televisión una vieja película de John Griffin. Lynn y Dorothy, que no la habían visto, insistieron en verla. Nikki le vio en la pantalla, más joven, y le pareció un desconocido. Le costaba creer que le hubiera ocurrido a ella. Sin embargo, volvería a verlo el martes y seguiría viéndolo. Confiaba en que nada en su rostro la delataría a Robert. Quiso decir a sus hijas que era uno de sus autores, que lo conocía personalmente, porque sabía que eso las emocionaría, pero no se atrevió a hacerlo. Delante de Robert, no. Sólo podía mantener su sensación de irrealidad hasta cierto punto. Dijo que ya había visto la película y se refugió en la cocina, donde horneó una torta a base de un preparado. Más tarde se la comieron.

—Esto es como antes —dijo Robert, muy contento—. Echaba de menos tus tortas.

El lunes por la noche, Robert la llevó a la estación. Era su manera de hacer concesiones, de no obligarla a quedarse hasta el martes por la mañana. No habían discutido ni una vez durante los cuatro días que Nikki había pasado en casa.

—Te propongo una cosa —dijo Robert—. El próximo fin de semana, cuando vengas, ¿por qué no me traes una llave de tu apartamento? Entonces, tal vez concertemos una cita para la próxima semana. Podré llevarte al teatro, en Nueva York, y quedarme a pasar la noche contigo.

Nikki miró el perfil de Robert dentro del oscuro automóvil. No pudo descifrar su expresión. Aquello debía haber sido muy difícil para él... Pero quería recobrarla,

quería intentarlo. Robert siempre había tenido un pésimo sentido de la oportunidad.

—¡Excelente idea! —dijo Nikki.

—Es decir, si aún me aceptas. Si todavía no has encontrado a otro —dijo él.

Nikki apoyó levemente la mano en la rodilla de su marido.

—Te encantará mi apartamento —dijo.

—Nuestro apartamento.

—Te quiero.

A salvo en el tren, que atravesaba velozmente la oscuridad, Nikki comenzó a temblar de pies a cabeza. Ahuecó las manos sobre el respaldo del asiento de adelante y apoyó la cara en ellas. No quería que ningún pasajero la viese llorar. No lloraba de alivio ni de desilusión, sino tan sólo de cansancio e incapacidad para afrontar la situación. Quería que su matrimonio funcionara. No podía rechazar a Robert cuando él le había ofrendado su orgullo. Ello significaba que la quería. Y ella también le quería, aunque sólo fuese porque él había llegado a ser una parte tan grande de su vida durante tantos años, que era más que un esposo; era un familiar suyo, su mellizo. Pero aún no podía renunciar a John. Sabía que lamentaría no continuar con aquel amorío hasta llegar a su conclusión natural. Siempre lo recordaría como algo maravilloso que pudo haber tenido y que había desperdiciado. John le había ofrecido el mismo espacio en los cajones de su apartamento. Y bien, si así tenía que ser, que así fuera. Los tendría a los dos aunque le costara la vida.

Septiembre, 1975

DESDE AQUELLA NOCHE EN LA playa de Hampton Este, Margot vivía una triple vida. La primera parte era su vida laboral, en la que ella era un eficiente autómatas. Nadie en el programa de noticias, nadie en el estudio, nadie en la oficina sabía qué hacía ella con su vida privada. Era más inabordable que antes, casi fría. En sus ojos había una expresión desdichada y, al mismo tiempo, demasiado amenazadora para que alguien se le acercara. La segunda parte era su vida sexual secreta que la llevaba de caza a cualquier sitio decente donde pudiera encontrarse a un hombre con intenciones similares: cafeterías en las que una hamburguesa con un panecillo costaba tres dólares y medio, en las que todos los clientes eran esbeltos, jóvenes y vestían trajes que parodiaban la pobreza. Era Bloomingdale's los sábados por la mañana. Se trataba de unos pocos bares cuidadosamente elegidos en el Village, o en el centro, frecuentados por periodistas y publicistas. Margot aceptaba cualquier invitación para asistir a una fiesta que pasara por el escritorio de cualquiera, en la oficina. Los demás no se molestaban en ir, pero si lo hacían, ella actuaba con tanta rapidez en la fiesta que no advertían su conducta. Quería dormir con tantos jóvenes como le fuese posible. Tenían que ser atractivos, trabajar y no ser maníacos. En realidad, ninguno de estos requisitos era demostrable, salvo el primero, que era subjetivo. Nunca los veía más de una vez, aunque varios la llamaban. Todos dejaban en ella una honda sensación de culpa e insatisfacción que la hacía salir en busca de otro para borrar la presencia del anterior. Nunca había vuelto a ver el camarero de Hampton Este.

La tercera parte de su vida era su depresión secreta. A veces, tomaba la forma de un viaje al pasado. De pronto, parecía capaz de rememorar todo. Cada palabra brutal, irreflexiva que le había dicho su madre, una tía, una maestra, volvía, trayendo consigo el dolor que le había causado la primera vez. Hervía de ira. Pensaba en todos los insultos con que se le había intimidado o en los que había creído. Recordaba las muchas veces que había sido acusada de no ser femenina por hombres que pretendían algo de ella o por mujeres que se sentían amenazadas por su éxito, y cómo ella había retrocedido y tratado de complacerlos. Lamentaba ocasiones perdidas para contraatacar, palabras que había dejado sin pronunciar, antiguos vínculos, desaparecidos hacía tiempo, que debía haber cortado antes. Sentía que había desperdiciado su vida. Ninguna de las cosas buenas que ahora poseía —su empleo, sus amigos, su salud, su dinero, su belleza— tenían importancia alguna. Sus enemigos le habían robado los mejores años de su vida.

Las noches en que no salía en busca de un hombre, Margot se quedaba en casa, bebía vodka y tónica para la dieta y escuchaba viejas grabaciones que le traían recuerdos más vividos aún. No podía concentrarse escuchando música nueva. La irritaba. Con avidez de masoquista, se arrastraba hasta el pasado que la había maltratado. Nunca debía haber confiado en nadie. Debía haberlo llevado todo de otra manera. Tenía furiosas conversaciones imaginarias con esos fantasmales enemigos del pasado, en el transcurso de las cuales les decía cuánto los aborrecía. Llevando estas escenas al presente, imaginaba que la policía llegaba a su puerta para decirle que Kerry había tenido una muerte violenta y que debían interrogar a todas las personas que figuraban en su libreta de direcciones, aunque ella no fuera sospechosa. «¿Qué otra cosa se podía esperar? —les decía ella a estos policías—. Tenía unas amistades tan extrañas que lo único que me sorprende es que no lo hayan matado hace mucho».

Con su característico ensimismamiento, Ellen jamás advirtió que Margot había cambiado. Telefoneaba con sus incesantes registros sismográficos de los orgasmos que experimentaba con Reuben, su tumulto mental porque el amorío se estaba convirtiendo en algo tan serio, su gozo porque así fuera. Ahora, Margot podía desquitarse. Habló con Ellen sobre su mejor conquista, rodeando la aventura de todo el encanto posible; habló con Nikki, habló con Rachel. Todas parecieron complacidas de que se hubiera olvidado tan pronto de Kerry y fuese tan popular. La única que hizo un comentario desalentador fue, por supuesto, Ellen.

—¿Para qué los quieres tan jóvenes? —le preguntó—. No hay futuro en ellos.

—Buena estás tú para hablar del futuro.

—Muy bien. La próxima vez lo pensaré mejor.

—¿Planeas una próxima vez?

—Quizás...

Más bravatas de Ellen, que Margot no podía tomar en serio. Jamás abandonaría a Hank, era un cobarde.

Margot estaba a punto de cumplir cuarenta años. Ellen decidió que, ese año, en lugar de llevarla a almorzar, la sorprendería con una velada festiva de cumpleaños en «Maxwell's Plum»; sólo invitaría a las mejores amigas de ambas, Nikki y Rachel. Aunque no podía ser una verdadera sorpresa, porque, si no lo decía a Margot con anticipación, ésta era capaz de faltar a la cita por haber conocido a un joven quién sabe dónde. Margot quedó bastante complacida con la fiesta. Se imaginaba en la cubierta del *Titanic*, bebiendo alegremente mientras todos los demás huían en botes salvavidas. La imagen se transformó rápidamente en la de ella histérica y condenada a morir a bordo del *Titanic*, mientras sus padres, todos los hombres a los que había amado, todas sus amigas, eran salvados. Después, se vio en un bote salvavidas repleto de desconocidos, conducida a lugar seguro, mientras sus seres queridos, a punto de morir a bordo del barco, se apretujaban en la borda y se mostraban valientes. La imagen la hizo llorar. No quería tener que elegir qué fantasía prefería; todas eran

horribles. ¿Por qué se torturaba así? En los últimos tiempos, parecía tener muy poco control sobre sus pensamientos.

Pidió a su médico que le extendiera otra receta para comprar píldoras somníferas. Eran barbitúricos y se las había vuelto a dosificar, de manera que, con la receta, las podía obtener en cantidad suficiente para un mes y no las podía renovar. Margot las tomaba con poca frecuencia, nunca en presencia de un hombre, y las guardaba. Nunca se sabía. Beber atenuaba las imágenes y, si no, al menos le daba valor para salir en busca de compañía masculina. Margot no creía poder conquistar a un hombre sin beber antes unas copas. Esto contradecía por completo cuanto su educación le había llevado a creer sobre la agresividad. Jamás bebía durante el día, cuando estaba preparando su texto y nunca antes del programa. Ahora, era muy cuidadosa. Antes, bebía uno o dos vasos de vino en el almuerzo, con alguna amiga; ahora, sólo bebía por la noche. De pronto, el alcohol había empezado a sacar a luz lo peor de ella. Nunca sabía en qué se iba a convertir: en una aventurera o en una ermitaña.

El día de su cumpleaños, Margot, Ellen, Nikki y Rachel se reunieron en «Maxwell's Plum» a las ocho y media. Ya estaba lleno de gente. En el centro del restaurante había un enorme bar elevado, lleno de jóvenes que habían ido a conquistar a desconocidos y en busca de cualquier clase de amor. Todos se habían vestido y acicalado minuciosamente para las aventuras de esa noche. En los lindes de la sala había un café callejero, donde las parejas vestidas con pantalones vaqueros podían demorarse con una hamburguesa y mirar qué pasaba. Todo estaba adornado en un extravagante estilo «Art Déco»; cerámicas y animales disecados colgaban del techo. Pero lo mejor de todo era el salón abierto del fondo, elevado para que se viera bien el bar, con un resplandeciente cielo raso multicolor de cristal de «Tiffany», accesorios de iluminación «Art Déco», ramos de flores sobre las mesas y una larga lista de platos. Ellen había reservado una mesa en este costoso salón, y todas se habían acicalado. Mostrarían a Margot qué hermoso era ser una adulta refinada, financieramente segura, para que su cumpleaños no la inquietara.

Se bebieron dos botellas de vino. Entre cuatro personas, se iba con rapidez. En mitad de la comida, pidieron una tercera botella. Margot pensó ociosamente en cargar toda la cuenta a su tarjeta de crédito para que Ellen no tuviera que pagar su parte, y notó que estaba achispada. Todas estaban de muy buen ánimo. Nikki y Rachel habían contribuido para comprarle un suéter de Ryki el que ella deseaba y Ellen le había comprado un collar de Elsa Peretti.

—Vale la pena cumplir cuarenta años para conseguir todo este botín —dijo Margot, agradecida, sin decirlo en serio.

Se mostraron joviales, rieron y chillaron como estudiantes.

—Dejadme que os cuente la inscripción que acabo de ver en el baño —dijo Nikki—. Decía: «El sexo sin amor aún es peor».

Todas rieron estentóreamente.

—¿Peor, por qué? —preguntó Nikki.

Rieron con más fuerza.

—De todos modos, tengo que ir al baño, así que agregaré algo —dijo Margot poniéndose de pie.

Para llegar a la escalera tuvo que atravesar el salón del fondo y miró desde arriba el bar repleto de gente. Había allí unos cuantos hombres bastante aceptables, de pie, que esperaban conquistar a alguna muchacha. Cuando bajó la escalera, disfrutó de un mejor panorama y vio uno que la atrajo. Era alto y tostado, de cabello oscuro y ojos claros; un buen cuerpo en la inevitable camisa ajustada, con una chaqueta de gamuza colgada de un hombro. Era evidente que estaba al acecho. Margot se le acercó y le miró dirigiéndole una sonrisa intencionada.

—La conozco —dijo él.

—¿Sí?

—Sale en la televisión... ¡Margot King! ¿Verdad?

—Verdad.

—¿Puedo invitarla a tomar una copa?

Margot señaló con la cabeza la mesa que ocupaban las mujeres.

—En este momento, estoy haciendo una entrevista. ¿Más tarde?

Él miró la mesa y su mirada se detuvo en Rachel. Casi se lamió los labios.

—¡Qué coincidencia! Yo también hago prospecciones de mercado.

—Son lesbianas —dijo Margot—. Muy aburridas. Terminaré a las... —Consultó el reloj—. ¿Por qué no va a mi apartamento a las once?

—¿Estará allí?

—Por supuesto.

Anotó su dirección en la servilleta de él y regresó a la mesa.

—¿Quién era ése? —inquirió Ellen.

—Un individuo a quien conozco.

—¿Cómo se llama?

—No tengo la más remota idea —contestó Margot, sonriendo al guapo joven que ahora la miraba a ella en vez de a cualquier otra persona en el recinto.

Él levantó dos dedos en una señal que indicaba las once. Margot asintió con la cabeza.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Nikki.

—La V de la victoria —repuso Margot.

—¿Conquistaste a ese desconocido? —exclamó Rachel, horrorizada.

—Claro —dijo Margot—. ¿Nunca lo hiciste en tu tenebroso y perverso pasado?

—Muchísimas veces —respondió Rachel.

—Pues yo sigo viviendo en mi tenebroso y perverso pasado —dijo Margot.

—Es increíble —comentó Nikki—. Cruzas el salón y caen a tus pies...

Todas asintieron y sonrieron admiradas, pero Margot no logró estar segura de si lo decían en serio o si la creían loca y se mostraban amables sólo porque era su cumpleaños.

Llegó a casa a las once menos cuarto, guardó los regalos de cumpleaños, se cepilló los dientes, se peinó, bebió una copa y esperó. Él se presentó a las once y diez. «Demasiado inseguro para esperar en la calle, si yo no hubiera llegado todavía — pensó Margot—. Me vio salir, pero, de todos modos, no estaba seguro. Eso quiere decir que se esforzará más. Los inseguros siempre lo hacen. Nunca les sirve de nada, me gusta más la idea que el acto, pero haré que se vaya feliz».

Por la mañana temprano, él tuvo que irse a la oficina. Del bolsillo de la chaqueta sacó una corbata cuidadosamente doblada.

—Anoche, pasé por casa en busca de esto —dijo, como si se creyera extraordinariamente listo.

Margot le dio un cepillo de dientes nuevo, envuelto, para que no usara el de ella. (Había comprado una docena en el baratillo cuando el primer joven a quien conquistó lo hizo). Fingió tener demasiado sueño para ofrecerle de desayunar. Cuando él se marchó, Margot experimentó alivio. Arrojó a la basura la hoja de afeitar que él había usado y cambió las sábanas.

Rachel había empezado a estudiar el primer año de la Universidad de Nueva York. Seguía los cursos de Historia de los Estados Unidos, Gobierno, Economía (como preludio para estudiar Banca) y Psicología. Siempre llegaba temprano a las clases para conseguir un buen lugar, cuarta fila en el medio; los consideraba asientos privilegiados. Vestida con camiseta y tejanos, los libros en el regazo, solía sentarse a mirar cómo entraban los demás estudiantes en la sala de conferencias. ¡Cuántos eran! Jamás había visto tantos jóvenes juntos. No había tantos chicos cuando ella era joven, ni siquiera en la escuela secundaria a la que concurría y a la que en esa ciudad todos consideraban grande. Multitudes en las librerías locales, filas en la biblioteca, filas para comer, filas para todo. El profesor utilizaba un micrófono. ¿Cómo se sentían esas oleadas de jóvenes? ¿Anónimos, competitivos, atemorizados? Se alegraba de saber qué le reservaba el futuro y no tener que competir con todas esas otras personas para conseguir un puesto después de recibirse. Tanto fascinaban a Rachel las ideas con que sus profesores la bombardeaban y tan atareada estaba con los deberes y pruebas que se le exigían, que aún no se había molestado en hacerse amiga de nadie. Pero no se sentía rara ni excluida por ser mayor que los demás estudiantes, quienes no parecían notar ningún abismo generacional. Nadie parecía extrañarse de su presencia allí; las muchachas y los muchachos le sonreían al cruzarse con ella en el pasillo, como si fuera una más.

Un muchacho parecía tratar de sentarse siempre a su lado en la clase de Psicología, y se le había presentado diciendo que se llamaba Andy. Era alto como ella y flaco, con larga cabellera roja hasta los hombros, bigote y barbita. Su bigote y su barba eran pardos. Tenía la piel fresca y clara, como la de un niño, cándidos ojos castaños. Rachel pensaba que, sin todo el pelo que se había dejado crecer en la cara,

aparentaría unos dieciséis años. Era cómico lo jóvenes que parecían esos chicos. En realidad, Andy era la única persona de allí que hacía un apreciable esfuerzo por mostrarse amistoso con ella, y Rachel agradecía sus intentos. Siempre le hablaba antes y después de la clase, pero jamás la molestaba cuchicheando durante la disertación. Tomaba apuntes con seriedad, y ella también.

Al cabo de cierto tiempo, Rachel se dio cuenta de que lo atraía, y el hecho la encantó. Habló de él a Lawrence, quien se limitó a decir que le sorprendía que no atrajera a más muchachos. La había respaldado mucho en su labor escolar; había reducido la vida social de ambos y dispuesto las cosas de manera que tuviera tiempo para estudiar. Incluso discutía con ella su trabajo en casa, explicando qué hacía y cómo lo que ella aprendía en su curso de Economía tenía o no tenía que ver con lo que él hacía todos los días. Lawrence parecía orgulloso de ella, y Rachel lo estaba de sí misma. Los demás estudiantes temían salir mal tanto como ella y, por consiguiente, esto ya no la asustaba. Todos eran principiantes.

Un hermoso día, después de clase, Andy le preguntó a Rachel si quería sentarse a tomar el sol un rato, en el Parque Washington. Ella disponía de una hora libre entre clases, y ese día se sentía tan joven que decidió que exponerse unos minutos al temido sol no la convertirían en una ciruela pasa; así, pues, aceptó. En el trayecto, Andy compró un emparedado de chorizo con chucrut a un vendedor con carrito y ofreció comprarle uno a ella, pero Rachel lo rechazó.

—Es mi desayuno —dijo él, que también compró una «Coca». Rachel se preguntó si Andy tenía dinero o no; con esos muchachos era imposible determinarlo, todos parecían pobres.

El pequeño parque estaba repleto de escolares y de personas mayores que aprovechaban su hora para almorzar o que no hacían nada. Dos muchachas tocaban duetos de violín, con un sombrero de paja a los pies, y los transeúntes arrojaban monedas dentro del sombrero y, a veces, hasta un billete de un dólar. Sentados bajo los árboles, unos ancianos jugaban al ajedrez. En el campo de juegos, los niños corrían bajo el sol, vigilados por sus madres.

Rachel y Andy encontraron sitio en un banco y se sentaron.

—¿De dónde eres? —le preguntó ella.

—De Iowa. ¿Y tú?

—De Nueva York.

—Quiero decir, antes.

—Ah, de Kansas City —dijo Rachel—. ¿Aún tengo acento?

—Bueno, para mí todos esos otros muchachos tienen acento. El acento neoyorquino me parece extraño. No pronuncian las erres.

Rachel rió.

—¿Cómo viniste a parar aquí?

—Es toda una historia... Cuando salí de la escuela secundaria decidí ir en coche a California. Poseía un «Duster», dotado con un motor especial que yo había instalado

y neumáticos de coche de carreras. Tenía un par de años y había recorrido veintiséis mil millas, pero creí que no tendría dificultades para llegar. Bueno, llegué a Los Angeles y, después, el coche se me atascó y me hacían falta quinientos dólares para hacerlo reparar. No sabía cómo conseguir quinientos dólares... ni siquiera tenía dónde dormir. Bueno, el caso es que me encontré con otros chicos y me mudé con ellos y, entonces, a uno se le ocurrió que yo fuera a un programa de televisión y tratara de ganar otro coche. Por lo menos, un poco de dinero. Su padre conocía a alguien que a su vez conocía a alguien; así, pues, me inscribí en muchos programas y esperé un par de meses y al final entré en ese programa de juegos, «La rueda de la fortuna...». ¿Has oído hablar de él?

Rachel negó con un movimiento de cabeza.

—Haces girar una rueda y ganas dinero adivinando las letras y, si resuelves el acertijo, gastas el dinero en premios. No puedes guardarte el dinero, tienes que gastarlo. Yo seguía abrigando la esperanza de conseguir el auto, ¿estamos? Bueno, lo que gané fue un viaje a Nueva York. Así fue como vine aquí. Esto me gustaba de verdad. Es raro, porque todos mis conocidos me decían que lo detestaría. Pero Nueva York me parece magnífico. Así, pues, llamé por teléfono a mis padres para decirles que quería ir a la Facultad aquí. Quedaron encantados, porque me consideraban un vago perdido. Mi padre quería de verdad que yo fuera a la Facultad. Es médico. De modo que me enviaron dinero, yo me inscribí en la Universidad de Nueva York, fui aceptado y aquí estoy. Por eso soy mayor que los demás chicos, porque perdí un año.

—¿Qué edad tienes? —inquirió Rachel.

—Diecinueve.

—No es de extrañar que yo te guste, ya que ambos somos tan viejos —dijo Rachel, sonriéndole.

—¿Por qué decidiste ir ahora a la Facultad?

—Antes, no estaba preparada —repuso ella.

—Mi padre sí que te habría dado por perdida —dijo Andy, riendo.

—Bueno, es que en medio, me casé, —dijo Rachel.

—¿Sigues casada?

—Sí.

—¿Qué opina tu marido de esto?

—Me apoya mucho.

—¿No se siente amenazado?

—No. Lo cual indica mucha madurez por su parte. Es un hombre muy seguro de sí mismo. No tiene que reafirmarse a costa mía.

—Sí —dijo Andy, pensativo—. Te diré que las cosas no son tan distintas entre muchachos de mi edad. Son muchos los que se sienten amenazados por las muchachas, aunque no lo admitan. Muchos de ellos son machistas, aunque sólo tengan dieciocho años. Los educaron así. Yo no soy así... Pero lo raro es que nunca piensan en las muchachas como si fueran gente. Sus padres nunca trataron a sus

madres como gente, de modo que ellos lo aceptaron como algo establecido. Muchos jóvenes provienen de entornos mucho más excesivamente protectores de lo que ellos advierten..., o si lo advierten no quieren admitirlo.

—¿En qué piensas especializarte? —preguntó Rachel.

—Tal vez en Psicología. ¿Y tú?

—Bueno, iba a probar Banca, pero, en realidad, la Psicología es mi curso favorito. Creo que probablemente me especialice en Psicología.

—Y después, ¿qué? ¿Escuela de posgraduados?

—Aún no lo he pensado —dijo Rachel.

—Pero si no vas a la escuela de posgraduados, nunca conseguirás un empleo decente —dijo Andy—. Aunque quieras ser asistente social...

«Estamos sentados aquí discutiendo mi futuro como si yo fuera una muchacha de su edad —pensó Rachel, divertida y halagada—. No piensa que soy la madre de alguien que pierde el tiempo en estudios. Sabe que esto me importa. Nunca se le ha ocurrido pensar que yo podría seguir siendo esposa y directora social de mi marido».

—Creí que podría seguir un curso de educación y enseñar a niños pequeños —dijo Rachel—. Me gustaría que se interesaran más por el estudio que yo cuando era joven.

—¿Te gustan los niños?

—Nunca pensé en ello.

—Pues mejor será que te gusten, si es que piensas enseñarles. —Tienes razón.

—¿Tienes hijos? —le preguntó Andy.

—No.

—De todos modos, los hijos ajenos no son lo mismo —dijo el joven—. Uno se siente culpable con respecto a sus problemas y no se enfada tanto con ellos.

—Apuesto a que yo me enfadaría con ellos —dijo Rachel.

—Es normal.

—Sabes, Andy, eres muy listo y maduro para tu edad.

—Vamos —dijo él, molesto—. Yo no hablo de tu edad, no te burles, pues, de la mía.

—No me burlaba. Me encantaría tener diecinueve años.

—Para poder hacerlo todo de nuevo mejor. Mi padre dice eso.

—Está bien, te has vengado.

Ambos rieron.

—Escucha —dijo Andy—, reponen *Monstruos* en el «Cine Village». ¿La has visto?

—No.

—Yo, tampoco. Pero es algo que deberíamos ver si nos interesa la Psicología. ¿Quieres ir conmigo más tarde?

—Aún tengo dos clases —respondió Rachel.

—Quise decir, después de clase.

—Entonces, debo ir a casa.

—Ah...

Rachel advirtió que le había ofendido. Parecía tan natural y ella se sentía tan totalmente ajena a su mundo, que había olvidado que Andy parecía atraído de verdad por ella.

—Se me ocurre una idea mejor —dijo—. El viernes por la noche, mi marido y yo ofrecemos una fiesta en nuestro apartamento. ¿Por qué no vienes?

—¿Tengo que ponerme traje?

—No. Pero no vengas con tejanos.

—Bueno. Me gustaría ir. ¿Quieres que lleve algo?

—Una amiga, si quieres. No, si no lo deseas.

—¿Quieres que lleve a una amiga?

—Sólo si quieres. En realidad no importa. No todas mis amigas son tan viejas como yo. Creo que lo pasarás bien.

—Pensaré en eso de la amiga —dijo Andy—. En realidad, lo que quise decir era: ¿quieres que lleve vino o algo?

«¡Ojalá no se desmaye cuando vea el apartamento! Una botella de sangría en la mano, en una bolsa de papel, y la criada recibe su abrigo».

—No, te lo agradezco lo mismo —dijo—. Fuiste muy bueno al ofrecerlo. Pero llévate a ti, nada más.

Andy anotó, encantado, el apellido y la dirección de Rachel en una libreta.

—¿A qué hora?

—A las ocho. Y habrá comida.

—¡Ah, qué bien! Me gusta comer gratis.

Rachel consultó el reloj.

—Tengo otra clase.

—Te acompaño.

Salieron sin prisa del parque, y se dirigieron hacia el edificio en el que Rachel tenía la siguiente clase. Andy le recordaba al muchachito que le llevaba los libros en sexto grado y que también era pelirrojo. En verdad, no le había llevado los libros, le había dado un puñetazo en la oreja, pero entonces ella había sabido que lo atraía. Ya a esa edad atraía a muchachitos extraños.

La enorme cantidad de estudiantes le había hecho fácil seguir a Rachel desde que se iniciaran las clases. Nadie prestaba atención a su evidente diferencia de edad; pensaban que era un profesor o, posiblemente, un estudiante que tenía horas libres. Se perdía entre las multitudes y se dejaba arrastrar por ella, sin perderla nunca de vista. Notó que siempre salía de una clase con el mismo muchacho pelirrojo y vio cómo iban al Parque Washington. Cuando los vio sentarse en un banco, juntos, absortos en la conversación, se le revolvieron las entrañas y sintió náuseas. Le inundó una oleada

de odio hacia ese muchacho, que, luego, se trasladó a ella. Por supuesto, al muchacho le gustaba ella, ¿quién podía dejar de adorarla? Pero ¿por qué Rachel le provocaba? Él sabía qué quería el muchacho. Todos querían lo mismo. Pero, ¿lo quería ella? Aquí, en el centro de la ciudad, lejos de todos los que la conocían, lejos de su vida pública y ejemplar, ¿era en verdad otra persona? ¿Por qué iba a desperdiciar el tiempo con ese joven *hippie*, a no ser que estuviera en celo como todas las otras perras? Su diosa, vestida con esas horribles ropas de adolescente —tejanos desteñidos, camiseta con la imagen de Snoopy—, sentada junto a un jovencito mugriento que apestaba a chucrut, tocando con su pierna la de él, sonriéndole con su suave boca. Cerró y abrió las manos; deseó estrangularla.

En cuanto la imaginó muerta, los ojos se le llenaron de lágrimas. No podía matarla; la amaba. Pero quería arrancarla del lado de ese muchacho de hirsuto rostro y devolverla al sitio que le correspondía. No estaba bien que estuviera allí, con esa gente. Ése no era un lugar adecuado para ella. Estaba entregando pedazos de sí misma a quienes no la merecían, degradándose. Era necesario castigarla. Todavía ignoraba cómo la castigaría, pero ya se le ocurriría el modo de hacerlo.

Nikki sabía que tendría que confiarse a alguien. No podía soportar la tensión de hacer malabarismos con su esposo y su amante sin poder hablar con alguien al respecto y asegurarse de que no estaba enloqueciendo. Había resuelto no decírselo a nadie, porque siempre había despreciado un poco a las mujeres que tenían que jactarse de sus conquistas sexuales, pero esto era más que una mera conquista; era un verdadero problema en cuanto a cómo mantener su vida en pie. Ahora, Robert tenía llave de su apartamento y había adquirido la costumbre de ir dos veces por semana y quedarse a dormir. Siempre hablaba de él como de «nuestro» apartamento, aunque nunca ofreció pagar el alquiler a medias. Nikki no le habría permitido que se apropiara de él, aunque Robert lo hubiera querido. El apartamento era su seguridad. Robert estaba afanándose por ser distinto, pero si se apoderaba del apartamento, a Nikki no le quedaría ningún refugio que fuese verdaderamente suyo, y, entonces, él podría conducirse como quisiera. Ambos eran conscientes de ello. Robert percibía que el apartamento era el arma de Nikki y ésta no estaba segura de que no tuviera razón, en parte. Si disponer de un sitio donde ocultarse era un arma, entonces, lo era.

Cuando sabía que Robert no vendría a Nueva York, Nikki pasaba la noche con John, en el apartamento de éste. Solían encontrarse a las siete y media; Nikki llevaba en el bolso una muda de ropa para ir al día siguiente a la oficina. Guardaba también algunos artículos de aseo personal y otros objetos. No quería dejar demasiadas cosas. No quería pertenecerle a él, como tampoco a Robert. Sólo quería pertenecerse a sí misma. John parecía comprenderlo mucho mejor que Robert, pero no era su marido, sino su amante, y por eso le resultaba más fácil entenderlo.

Nikki deseaba de verdad que su matrimonio funcionara bien. Por eso se quedaba en el apartamento de John cuando Robert se hallaba en el campo, por si éste decidía sorprenderla yendo a visitarla y usando su llave. Se aseguraría de que Robert jamás supiera nada acerca de John. Él la abandonaría si se enteraba, quisiera o no abandonarla, porque así era él.

Decidió decírselo a Rachel. De todas sus amigas, Rachel no era la más sabia, pero sí la más discreta. Además, Rachel había tenido un pasado más movido que Nikki, de modo que tal vez supiera y comprendiera más acerca de los sentimientos que Nikki no lograba desentrañar en sí misma. Se citaron para almorzar un día en que Rachel no tenía clases después de las doce.

Nikki llegó primero al restaurante y se hallaba bebiendo una copa cuando llegó Rachel. Estaba radiante. Vestía pantalones de lana, un suéter de casimir y un abrigo de gamuza. Su cara resplandecía de felicidad. Mirándose en el espejo, junto a la banqueta donde estaban sentadas, Nikki se encontró demacrada y cansada. ¿De qué servían el sexo y el amor, si le daban ese aspecto a una?

—Tienes un aspecto tan maravilloso, que creo que me inscribiré en la Facultad —dijo Nikki.

Rachel sonrió.

—Me encanta. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo estás? ¿Bien?

—Bebe una copa, primero —dijo Nikki—. Luego, hablaremos.

—Perrier, por favor —le dijo Rachel al camarero—. Con hielo y lima. Tengo que estudiar esta tarde —le dijo a Nikki—. Cada uno de mis profesores cree que todos sólo seguimos su clase.

—Robert ha empezado a quedarse a dormir en mi apartamento —dijo Nikki.

—¡Vaya, magnífico! Yo sabía que se convencería. ¿Dijo que era bonito?

—Sí. Se esfuerza mucho en ser amable.

—Pero pareces preocupada.

—¿Tengo un aspecto espantoso? —preguntó Nikki.

—No, no tienes un aspecto espantoso. Pero parece que hayas sufrido angustias. Nadie lo advertiría si no te conociera tan bien como yo.

—Te diré algo en el más estricto secreto...

—Por supuesto —dijo Rachel.

—Tengo relaciones con John Griffin. Robert lo ignora.

Rachel sonrió encantada.

—¡Es fantástico! Siempre me atrajo John Griffin, es mi actor favorito. Deberías estar contenta... Puede elegir a cualquier mujer en el mundo y te ha elegido a ti. ¿Es amable?

—Sí, lo es.

—¿Es bueno en la cama? Oh, no debí preguntarlo; retiro la pregunta.

Nikki pensó que era interesante que Rachel no le preguntara si estaba enamorada de él, o él de ella. Evidentemente, Rachel era más inteligente de lo que parecía. Ellen

habría dado por sentado que se amaban locamente, y Margot al menos lo habría preguntado.

—Sí, es bueno —respondió.

—Es difícil para ti, ¿verdad? —dijo Rachel, compadecida—. A algunas mujeres las hacen florecer los amoríos, pero a ti, no. Sé que yo no podría salir del paso.

—Lo difícil no es el engaño —dijo Nikki—. Siempre he sido muy eficiente y serena... Ni siquiera se trata de los remordimientos. Los afronté cuando decidí seguir con John, pese a que Robert había vuelto. Lo difícil es que... quiero que mi relación con Robert funcione, de veras lo quiero, pero siento que lo que la hace funcionar es..., bueno, es John. Quiero decir que para mí es, en cierto sentido, un apoyo. Me hace sentir segura de mí misma. Y Robert intuye esa seguridad y ello le hace temer perderme. Por eso procura ser más amable.

—¿Qué harás?

—No lo sé. Todo se resolverá solo, tarde o temprano.

—Eso es lo que te agota tanto —dijo Rachel, pensativa.

—¿El qué?

—Dejar que se resuelva solo... No perteneces al tipo de persona capaz de dejar que otros dirijan tu vida en lugar tuyo, Nikki. Quizá lo hayas sido antes, pero ahora, no. Necesitas sentir que controlas tu vida. Todos lo necesitamos.

—Yo no puedo controlar a ninguno de los dos, pero no quiero hacerlo —dijo Nikki—. Podría rechazar a John..., eso es controlar. Pero no puedo hacer que se enamore locamente de mí y me pida que abandone a mi marido, ni querría hacerlo. Robert se está portando a las mil maravillas, pero nunca tengo la sensación de que eso sea permanente. Creo que sólo está intentando recobrarme. Si pudiera convencerme de que realmente me toma en serio..., me refiero a mi valía..., volvería a sentirme segura. Hace tanto tiempo que no me siento segura...

—¿Qué quieres exactamente que haga Robert?

—No lo sé. Tendrá que hacerlo, y, entonces, lo sabré. —¿Le amas?

—¿A Robert? —preguntó Nikki.

—Sí. ¿Le amas?

Nikki pensó un momento.

—No lo sé —respondió—. Estoy tan cansada... A veces, quisiera que los dos se fuesen y me dejaran tranquila.

Ellen había esperado con recelo el fin de semana correspondiente al Día del Trabajo; sabía que significaba el fin del verano y que la esposa y los dos hijos de Reuben volverían a la ciudad. En toda Nueva York, los solteros de verano se divorciaban de sus amantes para el invierno, y las relegaban de nuevo a los fugaces encuentros de las cinco y media, a la «caminata» después de cenar, al interminable esperar llamadas

telefónicas. Ellen esperaba más de Reuben, pero era importante dejar que él tomara las medidas. Ahora, lo estaba poniendo a prueba. Reuben no le falló.

Un amigo soltero le prestaba su apartamento. Ellen y Reuben se encontraban en él para almorzar o después del trabajo todos los días de semana, y los viernes se tomaban la tarde libre y se reunían allí enseguida después del almuerzo. Ellen se aseguró de que el amigo soltero de Reuben no supiera a quién llevaba éste allí; de que, de verdad, nunca hubiera oído hablar de ella. El apartamento era agradable —un dormitorio, una sala de estar y una cocina—, pero tenía el aspecto de una cosa temporal. Su morador había pasado por un divorcio que le despojó de casi todas sus posesiones materiales; tenía que pagar cuantiosas sumas para alimentos y manutención de sus hijos, y el apartamento estaba amueblado con los restos de su antiguo hogar. Ellen percibía que era una atmósfera malsana para su aventura con Reuben.

Compró unas plantas resistentes, que acomodó en cestas de paja en la sala de estar y el dormitorio, y que cambiaron extraordinariamente el aspecto del apartamento. Por lo menos, la casa no presentaba el aspecto de que quien vivía en ella se había dado por vencido. Ellen dijo que las plantas eran un regalo de agradecimiento al dueño de casa. Reuben compró un juego de bonitos vasos de vino y un refrigerador «Lucite».

—No sé cómo alguien puede vivir así —dijo Ellen—. Debería buscarse una amiga... Los solteros son los que menos expectativa de vida tienen, y ya comprendo por qué. ¿Te fijaste en la nevera?

—Tú lo has cambiado todo con tu sola presencia —dijo Reuben—. Siempre das vida a cualquier lugar donde te encuentres.

—Vaya, gracias...

—Ésta no es la mejor solución —dijo Reuben—, pero me pareció más seguro que un hotel. Y más agradable.

—Lo único que quiero es estar contigo —dijo Ellen.

—Y yo, contigo.

En «Heller y Strauss», el conmutador telefónico quedaba cerrado a las cinco y Ellen no se molestó en dar a Hank ni a sus hijas su número telefónico nocturno; así, pues, cuando decía que se quedaba a trabajar después de las horas de oficina, tenían que creerla. Algunas veces, no llegaba a casa a tiempo para preparar la cena, pero ellos se arreglaban solos sin Ellen, como podían. Se alegraba de que Hill y Stacey tuvieran edad suficiente para cuidarse solas. La esposa de Reuben estaba acostumbrada a que éste se quedara en el despacho trabajando hasta tarde. Lo único que había cambiado en su vida era que ahora salía temprano de la oficina; a su casa, llegaba a la misma hora que de costumbre.

Ellen adquirió conciencia de lo que Reuben sacrificaba para tener relaciones amorosas con ella, en relación con el tiempo que antes solía dedicar al trabajo. Por las tardes, cuando se encontraban en el apartamento prestado, él siempre tenía consigo

manuscritos que llevaba a casa para revisar. Se quejó de uno que tenía mil páginas; dijo que había tenido la esperanza de que la escasez de papel acabara con libros como ése. Pero amaba su trabajo, aunque se lamentara. Lo entusiasmaban tanto las transacciones comerciales como lo referente a la creación.

—Mira este libro; es la perfecta novela acerca de un desastre... La conseguí por muy poco dinero, requiere mucho trabajo, pero podré venderla por una buena suma para la edición en rústica.

Ellen habría querido tener en su vida algo igualmente interesante en que ocuparse. Los pensamientos de Reuben estaban siempre, en parte, en sus responsabilidades, pero Ellen ahora era adulta y se daba cuenta de que no querría a un hombre que descuidara su carrera por ella. Nunca más quería volver a estar cerca de otro fracaso.

Pero los fines de semana eran dolorosos. Reuben se sumergía en manuscritos que había traído de la oficina y procuraba ser particularmente atento con sus dos hijas. Olvidaba a su esposa hasta el punto de que ésta se inquietaba por su salud, sin imaginar siquiera que él estaba pensando en otra mujer. Ellen, que no tenía trabajo para el fin de semana, daba largos paseos, limpiaba el apartamento y le gritaba a las hijas. Pensaba en Reuben. Habían hablado de encuentros accidentales en diversos sitios creíbles, tales como un museo o una gran tienda, pero habían rechazado la idea porque fingir resultaría demasiado penoso. Ansiaban pasar juntos otro fin de semana, aunque sólo fuese una noche entera, pero no se les ocurría qué hacer para lograrlo.

—Esto es mucho peor de lo que yo había previsto —le dijo Reuben.

—¿En qué aspecto?

—En todos. Me obsesionas. No puedo seguir con este engaño en casa. Quiero abandonar a mi esposa y estar siempre contigo.

—Eso sí que sería maravilloso...

—No, Ellen, no bromeo. Lo digo en serio. ¿Estás dispuesta a abandonar a tu marido?

—Pues... no lo había pensado, en realidad, salvo como una fantasía. ¿Qué haríamos, entonces?

—Me casaría contigo, por supuesto. Soy un hombre que necesita estar casado. Sólo quiero a una mujer. No hay motivo para no casarse, si no se quiere corretear. Quiero que tú y yo tengamos un verdadero hogar, una vida. Podríamos dormir juntos todas las noches, salir juntos en vacaciones, tener todos los fines de semana para nosotros solos. Te encantarían mis hijos, Ellen. Y yo sé que me encantarían las tuyas. Tendríamos una vida normal, en lugar de ocultarnos como delincuentes.

«Muy bien —se dijo Ellen—. Ahora tienes que decidir. Haces lo que has hecho siempre y terminas con esto, o tratas de ganar tiempo, o actúas. Llegó la hora».

—Pareces muy abatida —le dijo él tiernamente—. ¿Por qué estás tan triste?

—Estoy pensando.

—¿Tan horrible te parece mi idea? Si es así, la retiraré. —No, no la retires. Me gusta. ¿Lo harías de verdad?

—Si tú lo haces, lo haré.

—Está bien —dijo ella.

Ellen no tenía intención de decirle nada a Hank hasta estar totalmente segura de Reuben; no enfrentaría realmente la enormidad de esa idea hasta que Reuben demostrara su sinceridad. No era que no le creyese; él era igual que los demás, pero, esta vez, se le exigía algo más a ella y tenía que protegerse.

El último lunes de septiembre, Ellen y Reuben se encontraron en el apartamento prestado a la hora de la merienda. Hicieron el amor como siempre y, después, acostados, comieron emparedados y bebieron vino.

—Se lo dije durante el fin de semana —dijo Reuben.

Lo dijo casi con demasiada naturalidad, pero su voz un tanto ahogada indicó a Ellen que decía la verdad y sólo trataba de dominar su abrumadora emoción.

—¿Y qué te contestó ella?

—Me dijo adiós. Es una mujer orgullosa.

—¿Qué le dijiste?

—Que deseaba vivir lejos de ella y pensar en la situación. Y que siento que nuestro matrimonio ha concluido. No le hablé de ti porque sabe quién eres, y no quise ponerte las cosas difíciles para cuando se lo digas a Hank.

—¿Preguntó tu esposa si había otra mujer?

—Sí. Supongo que es lo natural —respondió Reuben—. Le dije que la había, pero que no le diría quién era.

—Gracias.

—Ahora, te toca a ti.

—Ya sé. Lo haré. Pero, ¿dónde vas a vivir? —preguntó Ellen.

—Este fin de semana me mudaré al «Salisbury». Es un hotel residencial en la Calle 57. Tendré sala de estar, dormitorio, cuarto de baño y una cocina. Podremos vivir como seres humanos. Puedes irte a vivir conmigo este fin de semana.

—No puedo hacerlo hasta que nos hayamos divorciado —dijo Ellen, horrorizada—. ¡Eso es adulterio! ¡Tu esposa me acusará de adúltera, y mi marido me matará!

—Tal vez tengas razón —dijo tristemente Reuben—. Iba demasiado rápido... Pero es que todo parece una fantasía hecha realidad. Me siento tan libre... Experimento remordimientos, claro está, pero también tengo la sensación de haber renacido. Se lo dirás a Hank esta noche.

—Este fin de semana es el cumpleaños de Stacey —le recordó Ellen—. Cumple catorce años... Le compramos entradas para que asistiera a un concierto de rock. Es la primera vez que sale de noche como una mujercita con sus amigos. Antes, lo celebraremos con una cena familiar. No puedo decírselo a Hank hasta después de este fin de semana.

—¿Cuándo te veré, entonces?

—Pasaré el sábado contigo y te ayudaré a arreglar el nuevo apartamento. E iré el domingo y me quedará todo el día.

—Y, tendremos un lugar para nosotros —dijo Reuben.

—Es como un sueño hecho realidad —dijo Ellen.

—¿Confías en mí, ahora?

—Por supuesto.

Se besaron.

—Quiero que confíes en mí —dijo Reuben contra la boca de ella—. Confía en mí.

—Lo estoy haciendo.

—No hay nada que temer.

—Ya lo sé.

—Ahora, yo cuidaré de ti.

Volvieron a hacer el amor. Su relación sexual fue explosiva. Ellen pensó en ese hombre, un hombre de verdad, que, por fin, cuidaría de ella después de tantos años de ser la persona fuerte, y sintió que se fundía de alivio y gratitud en el alma de él.

Pero, después, pensó que eran muchas las cosas que Reuben no podía hacer por ella, aunque quisiera. No podía abandonar a Hank y a las niñas en su lugar. Eso tenía que hacerlo ella sola. Se alegraba de que el sábado fuera el cumpleaños de Stacey; eso posponía un poco las cosas. Viviría para el momento.

El viernes por la noche, Reuben se mudó al «Hotel Salisbury». Ellen compró plantas perennes en cestos de mimbre y las puso en todas las habitaciones; la sala de estar, el dormitorio, la cocina, hasta en el cuarto de baño. La humedad era buena para las plantas. El sábado le ayudó a ordenar sus pertenencias. No había mucho que ordenar; Reuben había puesto la ropa en los armarios y en la cómoda, los libros y los papeles estaban dispersos en las mesas tal como él decía que le gustaba, y había pedido que le llevaran una provisión de alimentos de un mercado cercano. Sobre la cómoda había seis fotografías de sus dos hijos, todas en delgados marcos de plata. Los había alineado como si fueran una galería de tiro que le hacía reproches, directamente frente a la cama. Esa tarde, bautizaron el lecho. Ellen se alegró de que Reuben estuviera de espaldas a las fotos.

Se preguntó: ¿Qué clase de hombre es el que coloca retratos de sus hijos precisamente frente a la cama, de modo que sean lo primero que tendrá delante por la mañana y lo último por la noche, y después de hacer el amor? ¿Cómo podía soportarlo? Quizá su esposa lo habría obligado a llevarse los retratos. O tal vez él los había llevado para dar la apariencia de que era un padre cariñoso. O quizá los retratos no lo molestaran como a ella. Los hombres tenían conformaciones sexuales distintas a las de las mujeres, otros sistemas de moralidad, pensó. No se explicaba que Reuben pudiera conseguir una erección mirando una perniciosa foto de sus hijos. Pero no parecía estorbarle.

En la nevera los esperaba una botella de Dom Pérignon, y brindaron.

—Por nuestra nueva vida —dijo Reuben.

—Por nuestra nueva vida.

Ellen vio que Reuben incluso le había comprado un cepillo de dientes. Estaba en su caja, en el borde de la pileta del baño, como un obsequio para celebrar una fiesta. Había puesto encima una tarjeta con el nombre de ella y había atado la caja con un ridículo lazo. Ellen se emocionó tanto que tuvo ganas de llorar.

Octubre, 1975

EL DÍA SIGUIENTE AL CUMPLEAÑOS de Stacey, Jill tuvo su primer período. Revolvió el desordenado ropero de su hermana hasta encontrar los tapones. Pensó en cuán irónico era que a los dieciséis años usara los tapones de su hermana, porque había creído que nunca los necesitaría. Menstruar la horrorizaba. Trató de introducir el tapón, pero se puso demasiado tensa y no pudo. No quería que nada invadiera su cuerpo, sobre todo en el bajo vientre. Arrojó aquello en el inodoro e hizo correr el agua, se puso el impermeable y anduvo por Broadway hasta encontrar la farmacia que estaba abierta los domingos. Como sufría unos terribles calambres, compró un surtido de píldoras para eso, algunas aspirinas y unas almohadillas que, se suponía, se pegaban a las bragas. Reunió las cosas que necesitaba y las puso encima del mostrador como si estuviera habituada a hacer tales adquisiciones, y el hombre que le hizo la cuenta no se fijó en ella para nada. Había ingresado en el mundo femenino. Ese individuo no tenía idea del trauma que el hecho significaba para ella.

Por suerte, su madre no estaba en casa en todo el día. Que estuviera con otro hombre la aliviaba, porque ello la mantenía alejada de su vida cuando más necesitaba de intimidad. Se tragó las píldoras y se acurrucó en la cama; encogió las rodillas contra el estómago y se preguntó por qué los calambres ardían tanto cuando se suponía que acalambaban y nada más. Le corrían lágrimas por el rostro. Suponía que ahora crecería y cambiaría por completo. Quería morir.

Stacey estaba ausente; hacía los deberes en casa de una amiga y su padre miraba un programa deportivo por la televisión. Jill cerró con llave la puerta de su dormitorio y esperó acostada hasta que los dolores disminuyeron. Se sentía ligeramente mareada. Se levantó y se examinó en el espejo de la puerta del ropero; después, se desnudó y volvió a examinarse de frente, de atrás y de perfil. No advirtió ninguna diferencia. Los brotes de los pechos le dolían, pero no parecían más grandes. Tenía un hueco tranquilizador entre los huesos de la cadera y las costillas le llegaban, al parecer, hasta la clavícula. Cuando unía las rodillas, podía introducir el puño entre las partes internas de sus muslos. Su trasero era totalmente plano. Podía contar hasta el último botoncito del espinazo y los omoplatos sobresalían como las aletas traseras de un viejo automóvil. En todo el cuerpo no había ni un sitio donde pudiera pellizcar la piel y encontrar siquiera una partícula de grasa. Entró en el armario y subió a la balanza. Ochenta y nueve libras. Había perdido toda la grasa que había adquirido en el hospital. Jill bailó ante el espejo, admirando su flaco cuerpo desnudo, rogando al

poder divino que hubiera allá arriba para que nada cambiara. En realidad, no estaba pasando por un diluvio, sólo el comienzo de un período. Quizá no los tuviera todos los meses. Stacey no los había tenido, al principio. De todos modos, ella no estaba conformada como Stacey; así, pues, quizá su cuerpo no cambiara mucho. Dios santo, esperaba que no... No quería que los hombres la miraran. Tenía miedo.

Volvió a vestirse, puso algunos discos en el aparato estereofónico y se acostó. Esas píldoras la cambiaban realmente a una. Nunca había tomado ninguna píldora, salvo vitaminas. El último disco había dejado de girar y el apartamento estaba terriblemente silencioso. Se preguntó dónde estarían todos. Entonces, recordó la horrible situación en que se encontraba y corrió al cuarto de baño para inspeccionar la almohadilla. Anhelaba que todo fuera normal como el día anterior. Tenía frío.

Estaban todos en la cocina, sus padres y Stacey. Comían fiambres otra vez.

—Precisamente estábamos a punto de despertarte —le dijo su madre.

—Sólo calentaré un poco de sopa —dijo Jill—. Tengo calambres.

—¿Otra vez? —preguntó su madre—. Pobrecita.

Era cómico, pensó Jill, que después de tantos meses de fingir, esta vez tuviera calambres de verdad. Se llevó la sopa a su dormitorio y sostuvo el tazón contra el estómago para calentarse. Cuando se enfrió, fue al cuarto de baño y volcó la sopa en el inodoro. Se examinó la cara en el espejo. El mismo rostro, un poco más delgado que de costumbre; estaba envejeciendo. La redondez infantil había desaparecido. Se estaba pareciendo más que nunca a su madre. Esos pómulos, esa cara de caballo. Se chupó las mejillas. ¡Oh, Dios, unos años más y nadie podría distinguirlas!

Cuando volvió a su dormitorio, encontró a su madre sentada en la cama.

—¿Te encuentras mejor?

«¿Quién te dijo que podías entrar en mi cuarto sin mi permiso?», pensó Jill, furiosa.

—¿Tienes calambres? —le preguntó su madre.

—Sí, un poco —respondió.

—Yo también solía tener calambres hasta que me casé —dijo Ellen—. En cuanto una tiene vida sexual, desaparecen.

—¿Es necesario que hablemos de eso? —preguntó Jill.

—He pensado que hace mucho tiempo que no tenemos una verdadera conversación entre madre e hija. En realidad sé muy poco de ti en los últimos tiempos, Jill. No sé qué piensas de lo que ocurre, no me lo dices. Ignoro quiénes son tus amigos, si te gusta algún muchacho... Tendríamos que poder compartir más cosas.

—¿Por qué?

—Porque quiero ser tu amiga.

Ellen se sacó del bolsillo del suéter un paquete de cigarrillos y encendió uno. Miró alrededor buscando un cenicero, pero no había ninguno. Jill tosió exageradamente y dispersó el humo con la mano.

—Creí que habías dejado de fumar —comentó.

—Compré este paquete ayer... Mira, está lleno hasta más de la mitad.

—Me gustaría que no fumaras en mi dormitorio.

—Está bien —dijo su madre, complaciente, dejando caer dentro del tazón de sopa vacío el cigarrillo encendido, que produciendo un siseo, se apagó en el escaso líquido que quedaba en el fondo. Jill tuvo ganas de vomitar.

—¿Cómo va la escuela? —le preguntó Ellen.

—Muy bien.

—Este año, debes de tener otros maestros. ¿Te gustan?

—No están mal.

—¿Cuál es tu materia favorita?

—El inglés —respondió Jill.

La humillaba tener que contestar a estas preguntas infantiles, sobre todo porque sabía que a su madre le importaba un bledo todo eso. Se preguntó qué diría su madre si ella empezaba a interrogarla, comenzando por: «¿Dónde has estado hoy? Sé que no estuviste con Margot, como dijiste».

—Quizá serás escritora.

—Lo dudo —repuso Jill.

—Deberías empezar a pensar en la Facultad.

—Está bien.

—¿Tienes alguna idea de adónde quieres ir?

—No.

—¿Te gustaría ir a mi antigua *alma mater*?

Jill se encogió de hombros, pensando: «antes moriría».

—Ahora, hay internados mixtos —continuó diciendo su madre—. ¡Parece tan raro...! ¿Qué te parecería vivir en uno de ellos?

Jill se encogió de hombros.

—Dicen que se tratan como si fueran hermanos y hermanas —prosiguió la madre—. El tabú del incesto... Las citas las tienen con muchachos de otros internados. De todos modos, no me gustaría tener que compartir un internado con muchachos. ¿Ya ti?

—No.

—Es extraño tener que decirle esto a una hija, Jill, pero ojalá tengas algunos amoríos cuando vayas a la Facultad. No me gustaría que los tuvieras ahora, eres demasiado joven, pero más tarde, cuando seas mayor, ojalá no seas virgen cuando te cases.

Jill miró a su madre con fijeza, diciéndose: «Estoy soñando».

—Éramos todas tan inocentes y teníamos tanto miedo —continuó diciendo Ellen—. Estábamos tan imbuidas de sentimientos de culpa por nada... Los de tu generación sois más afortunados. Podéis tener amistad con muchachos, compartir

cosas con ellos. Podéis hablar con ellos. Cuando te cases, no te casarás con un desconocido.

—¿Por qué me sermoneas?

—Oh, Jill, no te sermoneo. Sólo quiero ser tu amiga. Y que tú seas mi amiga. Quiero que comprendas la vida y creo que puedo ayudarte. Solía tener maravillosas conversaciones con mi madre cuando tenía tu edad.

—Fue entonces cuando te dijo que te casaras con un desconocido —observó Jill.

—No podíamos hablar con franqueza de esas cosas —dijo Ellen—. Pero puedo ser franca contigo, y tú, conmigo. Tienes mucha suerte por tener una madre comprensiva. Si no te aprovechas de ello, te arrepentirás.

Jill experimentó el sentimiento de culpa que su madre trataba siempre de suscitar en ella y, después, sintió que la ira le irradiaba por todo el cuerpo hasta las mismas puntas de los dedos. Chisporroteando como si fuera electricidad, recorría los cables de sus brazos y de sus piernas y le oprimía el corazón. Haciendo un esfuerzo, logró respirar y suspiró profundamente.

—Me duele la cabeza, mamá. ¿Podríamos hablar otro día?

—¿Hablares otro día? ¿Hablarás conmigo?

—Sí, por supuesto. Pero ahora no.

—Está bien —dijo Ellen. Recogió el tazón que había ensuciado y besó a Jill en la coronilla—. Acuéstate y mira la televisión... Mañana te encontrarás mejor.

—Buenas noches, mamá.

Jill cerró la puerta con llave y abrió la ventana de par en par para eliminar de la habitación el olor a humo y el perfume de su madre. Sentía como si se asfixiara. El aire penetró con fuerza y Jill se asomó y lo aspiró a bocanadas. Al cabo de un rato, retrocedió. Las alturas la asustaban. Siempre temía caer, o saltar arrastrada por quién sabe qué locura. Se estremeció y cerró la ventana; sólo dejó una grieta. ¿No advertía su madre que, cuando hablaba de la época en que era joven e ignorante y se había casado con un desconocido, estaba hablando del padre de Jill? El pasado de su madre era como si hubiera otra persona dentro de la habitación. Trató de imaginar a su madre como una jovencita de dieciocho años que iba a la Facultad y salía con muchachos. Antaño, tenían citas, se daban las buenas noches con un beso y se acariciaban y querían conservar la virginidad para sus maridos. Jill lo sabía todo al respecto por sus amigas. Se reunían, hablaban de la época en que sus padres iban a la escuela secundaria y a la Facultad y se asombraban y divertían. Jill y sus amigas adoraban las viejas películas relativas a la década de los cincuenta. Le gustó el programa de televisión sobre los adolescentes en la época de su madre. Suponía que ésta había sido educada creyendo que había que estar casados antes de empezar a corretear. Lo que esos viejos creían era realmente espeluznante. «Pero yo podría haber tolerado todo eso —pensó Jill—, si tan sólo ella no intentara dirigirme sin cesar. Tiene que dirigir a todos. Es como si no se sintiera segura y satisfecha hasta que nos ha obligado a todos a acatar sus reglas. Lo hace para asegurarse de que todos

ocupamos nuestros sitios, como juguetes en una caja. Si supiera que nunca he salido sola con un muchacho en toda mi vida, le daría un ataque. Yo sé lo que es tener una relación de hermano y hermana con un muchacho. No tengo otra cosa. Nunca quiero tenerla de otra clase. Creo que mi madre está loca. Creo que un médico diagnosticaría que es una lunática. Pero a ella nadie la interna, porque es la que manda aquí. ¡Dios, es terrible ser una niña y no tener poder! ¡Ojalá se muriera!».

Ese mes, octubre, sucedieron dos cosas que Margot consideró totalmente increíbles. Una fue que Kerry terminó la novela que estaba escribiendo, la entregó a su editor y en el mundillo editorial corrió la voz de que sería el éxito del próximo otoño. Nikki fue la primera que se lo dijo a Margot. Aunque el editor de Kerry era otro, Nikki se había enterado de ello. El hecho de que él no fuera un fracasado irritó a Margot. Hacía tiempo que se consolaba pensando que Kerry sólo era un aficionado rico, que jamás concluiría el libro, que esto tan sólo le servía para tener algo de qué hablar para impresionar a los demás. Ahora, se las había arreglado para volver a burlarse de ella.

Aquella modelo negra aún vivía con él. Era evidente que sabía cómo tratarlo. También irritaba a Margot el hecho de que una joven de veinte años supiera más que ella a los cuarenta sobre cómo tratar a un hombre. Experimentaba la sensación de que cuanto había aprendido sobre los hombres y la vida carecía ya de vigencia. Era tan ignorante como un recién nacido. ¿De qué defensas disponía ya, si el mundo había cambiado tanto?

El otro hecho increíble que sucedió a Margot quebrantó su regla relativa a mantener su vida privada separada de su trabajo y se acostó con un hombre que trabajaba en el programa. Era un joven operador nuevo con el que salió un día en que grababa con la unidad móvil. Era la primera vez que le veía. Era alto, de aspecto tosco, y atractivo, y Margot calculó que tendría unos quince años menos que ella. Bebieron juntos una copa cuando terminaron de trabajar y ella dejó que los acontecimientos siguieran a la deriva hasta que fue a parar al sórdido y pequeño apartamento del bajo East Side en el que él vivía. Ya estaba habituada a los sórdidos y pequeños apartamentos. En ellos vivían los jóvenes. La cama doble llenaba totalmente el pequeño dormitorio y él no había cambiado las sábanas desde hacía meses. Había barrotes en las ventanas, porque vivía en la plata baja. Tenía una motocicleta que guardaba allí mismo, en el apartamento, para que nadie se la robara. Llenaba la mitad de la diminuta sala de estar. Lo peor de todo era que vivía con su hermano y, en plena cópula, éste apareció y los miró sin disimulo antes de ir, con toda tranquilidad, a la salita de estar, donde pasó el resto de la noche en el diván. No, eso no fue lo peor. Lo peor fue que Margot supo que el hermano los miraba y no le importó. Se sintió perversamente orgullosa de sí misma porque el joven sabía que ella era sensual y deseable.

Por la mañana, desayunó con los dos. El hermano era un actor sin trabajo y dos años mayor que el otro. A Margot le encantó haberse acostado con el menor. El mayor era tan atractivo como su hermano y la miró como si le hubiera gustado tener una oportunidad con ella si no estuviera ya comprometida. Margot habría querido decirle que no estaba comprometida, que ya había olvidado el nombre de su hermano. Empezaba a sentirse hostil al notarse dominada por su habitual sentimiento de culpa. Cuando terminaron el desayuno, se marchó y volvió a casa en taxi.

El joven operador no la llamó. Margot se dio cuenta de que se había habituado a las relaciones sexuales casuales. Esperaba que él jamás hablara de lo sucedido con ella y, sobre todo, con ningún compañero de trabajo. Dispuso sus horarios de manera que pudiera evitarlo. ¿Por qué no había elegido a alguno de sus respetables entrevistados? Los había de sobra: abogados, científicos, financieros, hasta actores con empleo. Escritores editados, actores de cine, parlamentarios. ¿Por qué se quedaba con las sobras? ¿Por qué era incapaz de controlar su insaciable ego? O carencia de ego...

No cesaba de recordar aquella diminuta habitación, las sábanas mugrientas y los negros barrotes de hierro sobre el roñoso vidrio de la ventana. Las cortinitas que tanto la habían conmovido porque indicaban que él cuidaba de su casa, le parecían ahora tan miserables como lo eran en realidad. La fascinante motocicleta (¡eso significaba juventud!) le resultaba ahora ofensiva. La mirada indiferente del hermano mayor le quemaba la mente. ¿La había encontrado patética? ¿O ridícula?

Sus límites se disolvían. Ya no podía contar con las reglas que se había fijado para dominar sus impulsos momentáneos. Estaba cada vez más deprimida y por la noche no podía dormir. Compró más píldoras somníferas y empezó a tomarlas regularmente, acompañándolas con una copa para acelerar el efecto. Con un alfiler, hizo un agujero en cada punta de la pequeña cápsula para que actuara con mayor rapidez. A veces, se derrumbaba en un dormir sin sueños, pero, algunas noches, las píldoras no surtían el menor efecto. Permanecía tendida en la cama, sudando, reviviendo momentos que habría dado cualquier cosa para no haber vivido. Rehacía mentalmente el diálogo y hacía que las escenas se desarrollaran como habrían debido desarrollarse, y no como habían ocurrido. Por último, se levantaba, tomaba otra píldora somnífera y, a veces, incluso otra. Temía que hubieran desaparecido, y entonces, ¿qué haría?

Consiguió otra receta. El médico no pareció advertir la frecuencia con que se las pedía. Aún tenía su pequeña provisión almacenada. Todas las noches, cuando tomaba las píldoras, se congratulaba de estar sola. Los fines de semana eran insoportables. Todas las personas a quienes conocía tenían alguien con quien pasar los fines de semana. Los sábados no importaba, porque las calles estaban colmadas de gente, las tiendas abiertas, podía ir de compras o simular que lo hacía. Pero los domingos eran interminables. Leía todo el *New York Times* y miraba la televisión. Al cabo de cierto tiempo, descubrió que ni siquiera podía leer el *Times* sólo podía mirar los avisos y los titulares. Estaba demasiado nerviosa para concentrarse. Le resultaba imposible leer

un libro. Estaba demasiado deprimida para ir sola al cine y demasiado deprimida para llamar a alguien para que la acompañara. Los domingos dormía muchas siestecitas durante el día. Después, de noche, no tenía sueño y se veía obligada a tomar una píldora adicional; a veces, dos. Se pasaba toda la tarde durmiendo. A veces, se preguntaba si antes no estaría en mejor situación, haciendo el papel de tonta con jóvenes anónimos. Otras lo hacían.

Su depresión era como un dolor físico. Aunque apenas era octubre, ya estaba pensando en la Navidad y en la víspera de Año Nuevo. Nadie de su edad hacía ahora el menor caso de la víspera de Año Nuevo, pero no se podía evitar la Navidad. ¿Debía ir a visitar a su familia? Odiaba a su familia, a lo que de ella quedaba, y ellos se comportaban como si la odiaran también. A veces, viajar durante las fiestas era intolerable y probablemente tuviera que trabajar. ¿A quién tenía que hacer regalos? A mucha gente de la oficina que ni siquiera le gustaba. Tendría que afrontar las multitudes y gastar mucho dinero. ¿Para qué? Tal vez no regalaría nada a nadie, iniciaría un nuevo camino. Que la odiaran ellos también. De todos modos, los regalos que se hacían por asuntos de negocios eran hipócritas. Sabía que en cuanto oyera los villancicos por la radio y en la calle, se hundiría en su mal humor habitual. Rachel ofrecería una fiesta; eso era bonito. Kerry estaría allí en toda su gloria como futuro autor famoso; eso no era bonito. Estaría con Haviland. Tampoco eso era bonito. Margot no tendría ningún acompañante con quien no la avergonzara que la vieran; así, pues, estaría sola. Eso era lo peor. Le habría encantado llevar a algún compañero del programa a quien todos reconocieran, pero todos estaban casados. Pasarían la Navidad con sus esposas e hijos. ¡Buah!

En el trabajo, Margot seguía siendo el buen autómatas habitual. Le resultaba difícil concentrarse, pero se obligaba a pasar cada día. Lo malo eran las noches. No quería concertar citas a ciegas; estaba demasiado vieja y cansada para pasarse una velada hablando forzosamente con un desconocido. No quería heredar los problemas de un hombre solitario de su misma edad. La única alternativa era merodear al acecho.

Volvió a merodear. A veces, la rechazaban. Advirtió que aquello que por fin se había decidido a ofrecer a un desconocido, ya no era considerado valioso. Era demasiado accesible. Iba a bares a los que acudían personas solas y veía a las muchachas que, en el aseo de mujeres, se acicalaban y hacían comentarios sobre los hombres. Las muchachas eran todas desaliñadas e intercambiables. Los hombres también eran poco atractivos e intercambiables. Todas esas personas poco atractivas realizaban diversos actos sexuales unos con otros por el precio de una copa, y ello hacía repugnante la simple idea. Ella quería ofrecerse a un hombre y verlo contento, emocionado, cautivado. Llevaba quince años de retraso. A menos, por supuesto, que él la amara. ¿Dónde encontraría a un hombre que se enamorara de ella? No tenía la menor idea de cómo empezar.

Ellen dedicaba todo su tiempo libre a Reuben con tanto abandono, que comprendió que podía haberle mentido diciéndole que había hablado con Hank, y él la habría creído. Pero no podía mentirle también a Reuben. No, si tarde o temprano se proponía casarse con él. Su segundo matrimonio se basaría en la verdad, no en mentiras.

—Quiero que ahora obremos con absoluta franqueza —dijo Reuben—. ¿Por qué no puedes decírselo? ¿Quieres que lo haga yo?

—¡No, tú no! Sería horrible. Se lo diré, cariño. Pero déjame que elija el momento adecuado.

—¿Le temes? —preguntó Reuben.

—¿A Hank? Oh, no. Pero sí lo compadezco.

—Ah, sí, la compasión. Es el arma definitiva con que cuentan ellos.

—Ahora disponemos de toda la libertad de que necesitamos —dijo Ellen—. ¿Qué más podríamos tener? Nos vemos todos los días en la oficina, yo estoy aquí, contigo, casi siempre. ¿Quieres llamarme a casa? No tendrías el mal gusto de hacerlo aun cuando Hank supiera..., no, sobre todo, si Hank supiera. No hasta que él o yo nos hubiéramos mudado.

—¿Qué harás al respecto? —inquirió Reuben.

—¿En cuánto a mudarnos?

—Uno de los dos tendrá que hacerlo.

—No estoy segura —dijo Ellen—. Podríamos dormir en habitaciones separadas. Podría hacer que Stacey y Jill durmieran juntas y ocupar el dormitorio de Stacey. El problema es que Hank no tiene dinero y, para salir del paso, hace falta todo mi sueldo. Obtuve un préstamo del Banco para pagar los estudios de las niñas. Hank tuvo que firmarlo como codeudor. ¡Fue tan humillante! Yo soy la que gana el sueldo en esta familia, pero no gano lo suficiente y además, soy esposa, lo cual en este país es como ser menor de edad. Una mujer soltera podría obtener un préstamo... Margot podría conseguirlo en un minuto. Pero yo tuve que llevar a mi esposo para que lo firmara. ¿Cómo podría mudarse uno de nosotros? Tanto él como yo somos demasiado pobres.

—Podrías venir a vivir conmigo —dijo Reuben.

—¿Qué parecería eso?

—¿Qué quieres decir con «qué parecería eso»? —dijo él riendo—. Tienes una escala de valores muy extravagante, Ellen. Todos los días hay gente que se va a vivir con otros. Gente casada. No constituye un delito federal.

—Tu esposa se quedaría con todo tu dinero. Tendría derecho a hacerlo.

—No me importa. Puedo ganar más.

—¿Cómo viviríamos?

—Viviríamos tal como vivimos ahora —dijo Reuben—. Salvo que tú ya no estarías nerviosa y frenética... Yo te cuidaría. Seguirías conservando tu trabajo. Créeme, puedo cuidar de tus hijos y de los míos en cuanto concierne a los estudios.

Dijiste que Stacey es muy inteligente; le conseguiremos una beca. Son cosas que ocurren. Cuando tú y yo vivamos juntos...

—Cuando estemos casados podemos buscar un apartamento y las niñas vivirán con nosotros —dijo Ellen—. Pero si me voy sin más ni más, tendrán que quedarse con Hank, y me necesitan. Creo que deberíamos divorciarnos los dos, casarnos después y, entonces, vivir en un apartamento.

—No tengo inconveniente —dijo Reuben—. Pero no podemos obtener nuestros divorcios hasta que no se lo digamos a nuestros cónyuges, ¿verdad?

Ellen sonrió débilmente.

—Lo sé.

—Ni siquiera hace falta que le abandones. Seré justo y me sacrificaré en ese punto. Pero díselo. No podrás obtener el divorcio hasta que no se lo digas, Ellen.

—Lo haré. Se lo diré.

—¿Cuándo?

—Casi es noviembre. Se lo diré después de Navidad. No puedo estropearles la Navidad a las niñas.

—Se lo dirás después de Navidad.

—Sí. Lo haré. Es el momento perfecto. Empezaremos el nuevo año con borrón y cuenta nueva.

—Navidad.

—Reuben, ¡la Navidad es tan importante para Hank!

—Lo olvidaba, es la fiesta principal de los gentiles —dijo Reuben.

—Bueno, tú no se lo dirías a tu esposa e hijos en Chanukah, ¿verdad?

—Ellen, amor mío, mi esposa no sabe siquiera qué es Chanukah.

—Bueno, lo que quise decir es que Navidad es un mal momento para estar solo.

—Yo lo estaré.

—No. Tendrás que ir a visitar a tus hijos.

Reuben suspiró.

—Eso sí. Con bolsas llenas de regalos.

—¿Lo ves? Es una fiesta familiar, incluso para los ateos. Nosotros lo somos. No he pisado una iglesia desde mi boda, salvo para asistir a la de otros. Se lo diré a Hank después de Navidad. Entonces, si él quiere mudarse a la Asociación Cristiana de jóvenes o vivir con un amigo, que lo haga. O que se quede en el apartamento. Pero, al menos, no tendremos que pasar la Navidad fingiendo ser felices ante las niñas.

—Apuesto a que no las habéis engañado en lo más mínimo —dijo Reuben.

—Oh, yo estoy segura de que sí.

—¡Uy! Tú sí que eres dura.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres terca.

—Sólo quiero ser justa —dijo Ellen—. Fijemos una fecha... Primero de enero de 1976. Todo será fresco y nuevo. Tendremos la conciencia limpia y empezaremos

nuestra nueva vida a la vista de todos.

—He contratado a un abogado especialista en divorcios —dijo Reuben.

—¡Lo hiciste! —exclamó ella, sorprendida.

—Es que no sé cómo hacerlo solo.

—¿Cuándo lo contrataste?

—La semana pasada. Sólo para establecer una división preliminar de propiedades. No tengo ni idea de lo que poseo ni de lo que quiero llevarme, y mi esposa tampoco. No somos gente muy materialista. La mayor disputa la tendremos por los libros y los discos.

—Oh, Reuben. Eres una persona tan maravillosa y yo lamento tanto hacerte las cosas tan difíciles...

—Es cierto que lo has hecho —dijo él—. Pero nada que valga la pena es fácil de conseguir.

—Oh, amor mío.

Reuben sacó una hoja de papel en la que había escrito a máquina unas líneas: *La que suscribe, Ellen Rennie, jura decir a su esposo Hank el... que ama a Reuben Weinberg y quiere divorciarse. Firmado...*

—Firma esto —dijo.

Ellen lo tomó y lo leyó.

—Reuben. ¿Qué harás con esto?

—Ponerlo en el espejo del cuarto de baño, así tendrás que verlo todos los días.

—También lo verá la criada —observó ella—. Lo firmaré, si lo guardas en un cajón.

—Me lo pondré en el miembro. Tú firma y basta.

—Está bien.

Ellen aceptó el bolígrafo que Reuben le ofrecía, llenó la fecha: 10 de enero de 1976, y firmó con su nombre al pie.

—¡El primero de enero! —exclamó él—. ¿No quedamos con que se lo dirías después de Navidad?

—Es una fecha tope. Los contratos fijan una fecha tope.

—Este contrato no —dijo Reuben, y lo rompió en pedazos. Ellen sintió que una oleada de pánico se apoderaba de ella.

—¡Oh, Reuben, no me abandones! ¡Perdona! Firmaré lo que quieras. Te lo prometo. Por favor...

Sonriendo, él sacó de su cartera una copia «Xerox».

—Como sabía que quizá tendría problemas contigo, hice una copia. Escribe: «26 de diciembre de 1975».

Ellen cogió la copia, anotó la fecha que él quería y firmó. Le temblaba la mano. Reuben tomó el contrato y después de mirarlo con satisfacción, lo guardó bien doblado en la carpeta del papel secante del escritorio.

—Moriría si me abandonaras, —dijo Ellen.

—No te abandonaré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Me casaré contigo. —La rodeó con sus brazos y Ellen sintió, por fin, que el corazón ya no le latía con tanta fuerza. Le besó la cara—. Pobre Ellen, qué asustada estás —dijo.

—Te amo —dijo ella.

—Y yo a ti —repuso él—. Lo he demostrado, ¿verdad?

—Sí.

—Y tú también lo demostrarás, ¿verdad?

—Empezaré a demostrarlo ahora —dijo Ellen, conduciéndole al dormitorio.

No era lo que Reuben había querido decir, pero, por el momento, bastaría.

Noviembre, 1975

RACHEL SE DABA CUENTA DE QUE en el transcurso de los dos meses anteriores había estado tan ocupada con sus estudios y su nueva vida tan plena, que había dejado de pensar en Nikki del modo adolescente y sentimental en que pensaba antes, y ahora la consideraba una buena amiga y una igual. Su capricho se había evaporado, y había sido sustituido por la verdadera preocupación que se tiene por una amiga querida. Todo su frenético recorrer los libros de Psicología en busca de las ramificaciones de su «aberración», habían producido una sola cosa: un amor por la Psicología que la había inclinado a dedicarse a especializarse en ella. Pero sólo su propio instinto, y no algo que hubiera leído, habían convencido ahora a Rachel de que nunca había estado enamorada de Nikki; había estado enamorada de la vida libre que ésta parecía representar. No había sido lesbiana, ni mucho menos; se había sentido sola. Por Nikki, la alegraban sus amoríos con John Griffin, pero, en su fuero íntimo, albergaba la esperanza de que tarde o temprano, Nikki volvería a reunirse con Robert. Rachel sabía que a ella le resultaba difícil ver a Robert como lo veía su esposa. Parecía simpático, inteligente y atractivo. Cuando estaba de buen talante, era afectuoso, y quizá fuera posible sentirse cómoda a su lado. Pero Nikki lo veía en todos sus demás estados de ánimo y él había invertido gran parte de su identidad masculina en ella como Esposa, con E mayúscula. Rachel sabía que Nikki era mucho más capaz de afrontar la soledad que ella antes. Pero se preguntaba si era por el hecho de que había estado sola en los comienzos de su vida adulta, cuando era soltera y recién llegada a Nueva York, antes de conocer a Lawrence, mientras Nikki optó por la soledad mucho más tarde, cuando era adulta, tenía una profesión estable y dos hijas adultas, y conocía las limitaciones de la alternativa aceptada.

El estudio había abierto muchas puertas en la mente de Rachel. Ahora, procuraba analizar las motivaciones y sentimientos de los demás. Ni en sus propias fiestas se sentía ya como un mero ornamento. Seguía cumpliendo sus tareas de memoria, pero ahora añadía algo a ellas: veía a sus invitados como personas. Podía determinar quién era tímido y relacionar a esa persona con alguien que fuera amistoso. Percibía que en las fiestas, muchos aún estaban más incómodos que ella antes y que quizá los que se mostraban más sociables sólo lo hacían porque antes se habían dado ánimos bebiendo alcohol o tomando una píldora. Deseaba que se le ocurriera un hombre al que pudiera relacionar con Margot, que era la persona más solitaria de cuantas conocía. El cambio que se había operado en ésta durante los últimos meses era manifiesto. Nada parecía

complacerla. Tenía la boca firmemente cerrada en una expresión que tal vez pudiera parecer de desaprobación para un observador, pero Rachel sabía que era de dolor.

Invitaba a Margot a todas las fiestas que ofrecía. En los últimos tiempos, su vida social era mucho más limitada debido a sus tareas escolares, y quería presentar a Margot a toda la gente posible, pero Rachel debía admitir con toda sinceridad que lo que quedaba era pésimo. Margot jamás podría ser el tipo de mujer que es feliz en su matrimonio, que suponía que cualquier hombre soltero o divorciado se «desperdiciaba» si no se unía inmediatamente a una de sus amigas solteras o divorciadas. La incompatibilidad de algunas personas saltaba a la vista. Margot era casi imposible de complacer. Cuando otra quizá se limitara a decirle a un hombre que prefería que cambiara una costumbre que le desagradaba, Margot utilizaría esto como excusa para deshacerse de él en el acto. Esos divorciados recientes eran como niños. Hacía tanto tiempo que estaban fuera de circulación, que creían que nada había cambiado desde la década de los cincuenta. Había que enseñarles. Pero Margot insistía en que cualquier hombre de su edad o mayor estaba «ya estropeado». Rachel se alegraba de que Margot no fuera maestra.

Margot incluso había coqueteado con Andy, pero éste parecía rehuirle. Percibía que no le interesaba como ser humano, sino sólo como conquista. Le encantaba haber sido incluido en la vida social de los Fowler y encajaba muy bien en ella, pero no llegaba al extremo de acostarse con las amigas de Rachel..., aunque ésta no habría tenido ningún inconveniente en que lo hiciera. Había estado tan amable en la primera fiesta a la que Rachel le invitó, que Lawrence había simpatizado mucho con él, y se había convertido en una especie de hijo para ellos. Cuando Rachel sabía que un amigo de Lawrence tenía una hija de edad más o menos adecuada para Andy, solía invitarla; él simpatizaba con la muchacha o no, según la clase de persona que la consideraba. Era evidente que tratar de acomodar a las personas entre sí no daba buen resultado, fuese cual fuese la edad; tenían que hacer su gusto.

Rachel invitaba a Ellen y Hank con mayor frecuencia que antes, porque siendo Ellen y Margot tan íntimas, no quería que Ellen se ofendiera si sabía que a Margot la invitaba siempre y a ella, rara vez. A Lawrence no le gustaba Ellen. Decía que rebosaba hostilidad. Pero mientras estuviera incluida en un grupo de gente lo bastante numeroso como para poder evitarla, estaba muy dispuesto a dejar que Rachel la invitara. La primera vez que Ellen vio a Andy, se precipitó junto a Rachel, relamiéndose casi.

—¡Vaya! ¿A quién pertenece?

—A él solo —respondió Rachel, sonriendo.

—¿No es invertido?

—No.

—¿Qué edad tiene? —Diecinueve años.

—¿Dónde lo encontraste?

—En la escuela. Asiste a mi clase de Psicología.

—¿De primer año o de segundo?

—De primero —contestó Rachel—. Perdió un año viajando.

—Ellen, ¿no estarás ya cansada de Reuben, verdad?

—Oh, no —dijo Ellen—. Lo quiero para Jill.

Hank se acercó.

—¿A quién quieres para Jill? —preguntó.

—A ese muchacho pelirrojo —repuso Ellen—. ¿No te parece simpático?

—Es demasiado mayor para Jill —comentó Hank.

—¿Por qué? Tiene diecinueve años y ella dieciséis. Cuando yo tenía su edad, me encantaba poder salir con chicos de diecinueve.

—Jill es demasiado joven —sentenció Hank, furioso.

—Oh, los padres y sus preciosas hijas —dijo Ellen con tono burlón.

—Bueno, yo también creo que Jill es un poco joven para él —dijo Rachel—. A la edad de ellos, la diferencia es enorme.

—Tendrías que estar de mi parte —dijo Ellen.

—Eres completamente libre de preguntárselo a los dos —observó Rachel suavemente—. Permittedme...

Y se dirigió hacia la puerta para recibir a Nikki y Robert. Esperaba que Andy no se creyera obligado a invitar a Jill a salir, sólo porque Ellen era amiga de ella. Era tan cortés, que, probablemente, aceptaría hacer cualquier cosa para corresponder a su hospitalidad. Pues ella no pensaba preocuparse por eso; Andy era lo bastante mayor para cuidarse solo. Tal vez hasta simpatizaran mutuamente..., aunque dudaba de ello. Cuando tenía dieciséis años, a ella no se le ocurría nada que decirle a un universitario de diecinueve.

En noviembre Rachel cumplía años: treinta y seis. Por primera vez desde que había cumplido los veintiuno, cumplir años no la molestaba. Treinta y cinco era un número tan trivial; treinta y seis tenía que ser mejor. Por la mañana, Lawrence la esperó para desayunar con ella. Rachel tenía clase a las nueve. Todos los años, en el día de su cumpleaños, él le había dejado en la bandeja del desayuno un clavel blanco para que ella lo encontrara al despertar, pero ese día le entregó la flor. Rachel decidió que podría lucirla en clase.

—No te entregaré tu regalo hasta esta noche —dijo Lawrence.

Habían decidido cenar juntos los dos solos en «Lúcete». Lawrence había ofrecido invitar a cualquier otra persona que ella quisiera, pero Rachel quería tenerlo para ella sola. Lawrence se mostró halagado y complacido. Rachel comprendió por primera vez que su marido había percibido siempre la diferencia en sus edades con mucha más agudeza de lo que ella habría imaginado, y que su vida de estudiante le había preocupado. Temía verla crecer tanto intelectualmente, que aspirara a tener a su lado a alguien que pasara más tiempo con ella. Pero resultaba que era él quien pasaba más tiempo con Rachel. Ahora, de noche, cuando trabajaba en su cuarto de estudio,

Rachel también se sentaba a estudiar allí. No era que él la dejara afuera, sino que creía que ella preferiría mirar la televisión.

En la clase de Psicología, Andy se sentó a su lado. Rachel había puesto los libros en el asiento para reservárselo, pero él siempre llegaba tan temprano que esto rara vez constituía un problema.

—¿Por qué llevas la flor? —quiso saber Andy.

—Hoy cumplo años. Lawrence siempre me regala un clavel blanco. Ni siquiera sé por qué.

—Oh, ¿por qué no me lo dijiste? Te habría comprado algo.

—No quiero que te gastes el dinero conmigo —dijo Rachel.

—Bueno, hagamos algo especial —propuso Andy—. Por favor. Vamos, faltemos a clase el resto de la tarde y vayamos al Acuario.

—¿Al Acuario?

—¡Es magnífico! ¿No has ido nunca?

—Ni siquiera sé dónde está —dijo Rachel.

—En Coney Island.

—¿Quieres ir a Coney Island en noviembre?

—El Acuario está abierto. Te gustará mucho... Es uno de mis lugares favoritos. Solía ir con frecuencia cuando llegué a Nueva York. Hace mucho que no voy. Se llega pronto en metro.

—¿En metro? —exclamó ella, horrorizada.

Andy sonrió.

—Dijiste que no querías que me gastara el dinero contigo y no puedo permitirme el lujo de pagar un taxi.

—Está bien, tonto. —Rachel le devolvió la sonrisa—. Es la primera vez que falto a clase... Espero que no lo tomemos por costumbre.

—No. Yo lo hago cada día.

Ambos rieron. Rachel jamás había imaginado que iría en metro, pero hacía un hermoso día y se sentía a salvo con él. Evidentemente, había gente que iba al Acuario en metro y, probablemente, a muchos otros sitios también, de modo que se arriesgaría a hacerlo. Andy se ofendería demasiado si ella pagaba un taxi.

Hacía casi quince años que Rachel no iba en metro. El cambio la dejó atónita. Los coches plateados estaban cubiertos por fuera con inscripciones de vivos colores, hechas con pinturas de acrílico: nombres, números, y hasta los dibujos más bellos e innovadores que hubiera visto fuera de una galería de arte. Había leído en los diarios que algunos jóvenes hacían eso y que las autoridades estaban furiosas, pero a ella le parecía maravilloso. Era arte «pop». El mundo era «pop». ¿Quién podía conceder crédito a ciertas cosas que pasaban? ¿Acaso era peor que los jóvenes escribieran sus nombres en la parte de afuera de un vagón de metro? Incluso escribían dentro de los coches. Eso no lo había leído en los diarios. Tal vez fuera algo nuevo. Deseaba escribir su nombre, pero sólo llevaba consigo el lápiz que usaba para tomar apuntes

en clase, y eso ni siquiera se notaría. Además, en los vagones viajaban otras personas mayores que, probablemente, no aprobarían su conducta ni mucho menos.

El tren atravesaba el túnel con estrépito, bamboleándose rumbo a Coney Island. Rachel y Andy tuvieron que hablar a gritos para hacerse oír.

—No es tan malo, ¿verdad? —vociferó él.

—Una cosa tiene a su favor: es rápido —vociferó a su vez Rachel.

—Es la bala de plata. La mejor ganga de la ciudad, salvo el Acuario.

¡Perra! La había seguido cuando abandonó las clases con ese repulsivo mozalbete que se llamaba Andy, y, cuando subieron al tren, él subió en el vagón de atrás y se quedó de pie junto a la puerta para vigilarlos. Ella no tenía nada que hacer en el metro, ni tampoco tenía nada que hacer con un jovencito *hippy*. Veía cómo sus bocas se movían, pero no podía oír qué decían. ¿Qué le estaba contando él para que ella se riera de esa manera? Se le iluminaba el rostro cuando estaba en compañía de ese muchacho y también ella parecía una adolescente. Él ansiaba sujetarlos a los dos y golpearles las cabezas una con otra.

La amaba todavía, pero su amor se había convertido en dolor y en una furia increíble desde que ella trabara amistad con el muchacho. Si alguien tan inverosímil como ese Andy podía tenerla, ¿por qué él no? Ella le conocía, podía haberlo elegido si lo deseaba. Las mujeres lo hacían sin cesar. Eran pujantes. Si veían un hombre al que deseaban, lo elegían como quien compra un vestido nuevo, se lo llevaban, lo usaban y lo regalaban o lo olvidaban cuando se aburrían. Ahora, Rachel guardaba el asunto para Andy en clase; nada eludía su mirada vigilante. En dos ocasiones, introduciéndose a hurtadillas en la sala de conferencias, la había visto poner los libros en el asiento contiguo al suyo hasta que Andy llegaba. Apostaba a que eso no se lo contaba a su marido.

Esa flor que llevaba puesta..., ¿quién se la habría regalado? ¿Su marido o el chico? La lucía al llegar a clase, de modo que sería de Lawrence. ¿Qué clase de gesto era ése para una princesa en el día de su cumpleaños? Él le habría regalado flores a manos llenas, sofocándola en ellas, abrumándola con la generosidad de su amor. Sí, él lo sabía todo acerca de ella, incluso que era su cumpleaños.

Nunca dejaba de asombrarle la facilidad con que se deslizaba de una vida a otra: la de su hogar y, luego, ésta. Hasta se engañaba a sí mismo. Lejos de ella, se sentía siempre atraído hacia ella, aunque ahora experimentaba esa furia casi constante que lo enfermaba.

El tren se detuvo en Coney Island y los dos bajaron. Él también lo hizo. Por un momento, se le ocurrió la loca idea de que podía empujar al muchacho desde la plataforma a los rieles, bajo un tren que llegaba, pero comprendió que ella vería quién lo hacía. Tendría que empujarla también y no era eso lo que había previsto para ella. Su plan, que se estaba formando con cuidado en su mente, no era destruirla, sino

tenerla. La castigaría; ella se arrepentiría y él sería su dueño. El plan ofrecía muchos riesgos. No podía ir demasiado lejos; apenas lo suficiente. Pero tenía que asegurarse de que nadie supiera quién lo había hecho, por si ocurría un accidente. Nunca podía estar completamente seguro de conseguir controlar su violencia interior. Esa clase de cosas era muy difícil de calcular. Debía protegerse. Ahora le tranquilizaba saber que no estaba loco. Ningún loco trazaría planes tan minuciosos, sino que actuaría simplemente sin pensar.

Los siguió a cierta distancia hasta que entraron en el Acuario. Al cabo de un discreto intervalo, cruzó la calle, pagó la entrada y penetró en la oscuridad. Pudo oírlos antes de verlos. En poco tiempo, sus ojos se habituaron a la oscuridad y pudo verlos también. Había muchas columnas tras las cuales ocultarse. Una negra alfombra cubría suelos y paredes. Empotrados en las paredes, había grandes tanques iluminados para peces, que casi parecían escenarios teatrales y contenían las más variadas clases de seres marinos. Todo lo demás era negro, para realzar aún más el efecto dramático de esos cuadros vivientes. Había tiburones, pirañas, barracudas..., los carnívoros del mar. Sintió gran afinidad con ellos mientras se deslizaba sin hacer ruido de una a otra columna; sus pasos sobre la negra alfombra eran tan silenciosos, que era como si nadara. Sin dejar de buscarla con la mirada entre las tinieblas. Sintiendo en la lengua el sabor de la sangre de ella, suspiró muy suavemente, nunca más que un hálito, cuyo rumor se mezcló con el aire artificial en aquel espacio sin ventanas ni tiempo.

A Rachel no le gustaba el sitio. No quería herir los sentimientos de Andy obligándolo a irse, pero ese lugar oscuro y siniestro le erizaba la piel y ansiaba marcharse deprisa. Además, ni siquiera le habían gustado jamás los peces. Nunca había tenido pecera en casa; no las consideraba bonitas y muchos de los peces que había en esos enormes tanques empotrados en la pared eran asesinos. Se preguntó si alguna vez se rompían los cristales.

—¿No es magnífico? —preguntó Andy.

—Me asusta un poco —repuso ella.

—Es un poco aterrador, pero es tan dramático..., eso es lo que me gusta.

—¿Asustarme?

—¡No, Rachel! Quiero decir que así es el océano, en realidad. Allá abajo, está oscuro como la pez. Es como esto. Tú y yo jamás veríamos ninguna de estas cosas.

—Creo que prefiero verlos en bandeja —dijo Rachel.

—Eres una mujer de ciudad —dijo él sonriendo.

—Tengo la sensación de que me observan.

—Ellos también.

—Odio sus ojos. Siento como si me vigilaran desde todas partes. Acabo de decidir que nunca seré buceadora.

Rachel pensó que el océano no estaba iluminado como esos tanques para peces. En el verdadero océano reinaba la oscuridad y al lado de uno pasaban rozándolo extrañas siluetas, capaces de hincarle los dientes si querían hacerlo. Rachel se estremeció. Lo que la asustaba no eran los peces con sus mortíferos dientes, sino el sitio mismo. Los peces se hallaban encerrados en compartimientos herméticos. Pero aquel sitio negro y silencioso también parecía cerrado, tan alejado del mundo real que incluso podía estar bajo tierra. Seguía experimentando la sensación de que alguien o algo andaba por esos recintos, no dentro de los tanques, sino allí mismo, con ella y Andy, algo peligroso. Casi parecía respirar. Miró algunas veces hacia atrás, echó una ojeada alrededor, pero estaban los dos solos. Aunque no era supersticiosa, percibía una fuerza maligna sin adivinar qué era.

Andy le tomó la mano.

—¡Qué pálida estás! —le dijo, compasivo—. No hay nada que temer...

—No estoy pálida, es la luz.

—Quería que pasaras un buen rato el día de tu cumpleaños —dijo Andy—. Supongo que deberíamos haber ido al Planetario.

—No, esto es interesante. Pero, ¿podemos irnos ya?

—Bueno. Pero lo mejor es...

—¡Ahora! —La brusquedad con que lo dijo la sorprendió a ella misma. Estaba asustada—. Corramos, te desafío —dijo para convertirlo en una broma.

Y se volvió hacia la salida.

No debía haberlo desafiado; Andy, por supuesto, se le adelantó mucho en un minuto. Al correr, Rachel se sintió jadear y, entonces, comprendió que no era su respiración..., otra persona la seguía. El pánico le hizo latir el corazón con violencia, y le dolieron las piernas al correr velozmente; le faltaba aliento para gritar.

Salió a la luz del sol. El mundo tranquilizador, tan habitual, tan maravilloso, aún estaba allí. Al mirar hacia atrás, no vio a nadie.

Volvieron a la ciudad en el metro y Andy insistió en acompañar a Rachel hasta la parada cerca al edificio donde ella vivía, aunque él habitaba en el Village. Rachel le aseguró, una y otra vez, que podía bajar con él y, después, tomar un taxi, como lo hacía siempre al salir de clase.

—No quiero que estés sola en el día de tu cumpleaños —dijo Andy—. Por lo menos, puedo depositarte en manos de Lawrence.

Era verdaderamente amable. Rachel sabía que a él le gustaban muchas cosas de las que ella ya no podía disfrutar, pero siempre podía disfrutar de su entusiasmo. Esperaba que, al crecer, no lo perdiera ni se le desgastara en esa ciudad tan dura.

Cuando llegó al apartamento, Lawrence no había vuelto aún; así, pues, se dio un humeante baño caliente de burbujas, mientras escuchaba discos y, bebió un vaso de vino. No solía beber en la bañera, pero esa tarde había pasado un mal rato y creía merecerlo.

Ya estaba vestida y acicalada cuando llegó Lawrence. Se dio una ducha, se afeitó y vistió y, luego, bebieron un poco de champaña en la sala de estar.

—Ven al cuarto de estudio y te daré los regalos —le dijo Lawrence.

En el suelo del cuarto de estudio había una gran pila de cajas que casi llegaba hasta la cabeza de Rachel. Cada una de ellas estaba cuidadosamente envuelta. Encima de todo había una diminuta caja.

—¿Cuál abro primero? —preguntó ella.

—La más pequeña.

Eran unos pequeños aros de diamante, de aspecto algo anticuado y ribeteados en oro.

—¡Me encantan! —exclamó ella.

—Ahora, las grandes —dijo Lawrence, señalando las cajas.

Rachel se le echó encima para abrazarlo y besarlo.

—Gracias por los aros —dijo; y se los puso enseguida.

No eran cajas, en realidad, sino libros. Era una enciclopedia completa, la serie más grande que ella hubiera visto en toda su vida. Lawrence había hecho envolver cada volumen por separado. Rachel se preguntó dónde podría guardarlos, hasta que advirtió que él había desocupado todo el estante inferior de la librería que cubría la pared.

—¡Oh, son maravillosos! —exclamó encantada.

—Sólo quise que supieras que aprecio lo que haces —dijo Lawrence.

Juntos acomodaron los libros en el estante, por orden alfabético, bebieron otra copa de champaña y dejaron los montones de papel para regalo y cintas para que los retirara la criada. Abajo esperaba el coche de Lawrence, con chófer, que les llevó al restaurante.

A Rachel le encantaba «Lúcete». La bellísima casa, la chimenea en el comedor, las flores frescas en las mesas, los grandes vasos de cristal para vino y, sobre todo, la comida. Siempre comía lo que deseaba en el día de su cumpleaños, aunque después hacía penitencia durante una semana. Cenaron sin darse prisa, sintiéndose cómodos en su mutua compañía y en su amor. Rachel se alegraba de haber insistido en que no invitaran a nadie más. Hacía mucho tiempo que no veía a Lawrence tan sereno. Entre un plato y otro, él le tomaba la mano por debajo de la mesa.

Después de la copiosa cena, bebieron café y coñac; luego, volvieron a casa en el coche, que los había esperado.

—Ha sido una velada perfecta —dijo Rachel—. Gracias.

—De nada.

El apartamento estaba tan lleno de rosas que parecía una funeraria. Rosas blancas en floreros por toda la sala de estar, en el cuarto de estudios, hasta en el dormitorio de ambos. Habría unas diez docenas, más de cien rosas. Rachel estornudó. Miró a Lawrence; estaba a punto de preguntarle si se había vuelto loco por haber hecho eso, cuando advirtió que estaba tan sorprendido como ella.

—¿Quién envió estas rosas? —preguntó Lawrence.

—No lo sé. ¿Dónde está la tarjeta? —Rachel buscaba una tarjeta por todos lados, pero no la hallaba—. ¡Minnie!

Entró la doncella.

—¿Qué desea, señora Fowler?

—¿Dónde está la tarjeta que vino con estas flores?

—No había tarjeta.

—¿Quién las envió?

—Las trajo un mensajero, poco después de que usted y el señor Fowler salieran. Yo las puse en agua.

—¿Dónde están las cajas?

—En la basura. ¿Quiere que las traiga?

—Iré con usted —dijo Rachel—. Por lo menos, en las cajas figurará el nombre de la floristería —le dijo a Lawrence—. Tal vez la tarjeta esté también en alguna parte.

—Busqué la tarjeta —dijo Minnie—. Pensé que si alguien se gastaba tanto dinero, habría dejado una tarjeta.

Rachel fue a la entrada de servicio, donde Minnie había apilado ordenadamente las cajas de flores vacías. No sabía por qué las rosas blancas la incomodaban tanto. Eran vulgares, pero no tenían por qué parecer amenazadoras. Probablemente las hubiera enviado algún comerciante que pretendía un favor de Lawrence y creía causar buena impresión abrumándola a ella de atenciones. Pero Rachel no podía imaginar que nadie tuviera tan mal gusto, salvo que fuese algún jeque petrolero, e incluso ellos tenían mejor gusto si negociaban con gente normal, como Lawrence. Las rosas parecían una intromisión. Su dulzura parecía pesar en el aire de todo el apartamento. Revolvió todas las cajas, pero no halló ninguna tarjeta. Entonces, telefoneó a la florista.

—Habla la señora Fowler... Me han enviado diez docenas de rosas blancas, pero no hay tarjeta. ¿Quién las envió?

—No lo sé, señora Fowler. Mi ayudante recibió el pedido. Se lo preguntaré.

Rachel esperó.

—Dice que el señor no dejó ninguna tarjeta...

—Póngame con su ayudante, por favor. —Hola...

Era una voz más joven, masculina también.

—¿Quién compró tantas rosas blancas? —preguntó Rachel.

—No lo sé. Un hombre. Pagó al contado y no quiso dejar tarjeta.

—¿Qué aspecto tenía? —inquirió Rachel.

—No lo recuerdo. Era un hombre, nada más... De unos cuarenta y tantos años quizá. Llevaba el sombrero puesto.

—¿Le preguntó su nombre?

—No lo hacemos cuando pagan al contado. Pero era un pedido tan grande que, bueno, se lo pregunté y le di nuestra tarjeta, ya que era la primera vez que le veía.

—¿Quiere buscar su nombre, por favor?

No sabía por qué su voz era tan brusca, denotaba tanta nerviosidad. Experimentaba la sensación de que alguien le había impuesto esas rosas, en lugar de regalarle algo.

—Oh, no hace falta que lo busque —contestó el joven—. Lo recuerdo.

—¿Quién era?

—El señor Smith.

Lawrence insistió en tirar las rosas, ya que la hacían desdichada. Rachel se paseaba sin cesar de un lado a otro del dormitorio diciendo: «Mierda». Era como una broma pesada que hubiera salido mal..., pero, ¿por qué? ¿Qué sentido tenía? ¿Debía mostrarse complacida o alterada? ¿Quién era el «señor Smith»?

—Bueno, sea quien sea, cuando venga a visitarnos y no vea ninguna rosa, se preguntará por qué —dijo Lawrence, intentando tranquilizarla.

—Pero nadie vendrá de visita...

—Tal vez sea alguien a quien excluimos de nuestra lista —hizo observar Lawrence.

—Si yo estuviera encantada, que no lo estoy, como es evidente, ¿de qué le serviría, ya que lo ha hecho de modo tan furtivo?

—Tal vez llame.

—Estas cosas son tan mezquinas —dijo Rachel.

—No pienses más en eso y acuéstate —dijo Lawrence—. Ha perdido mucho dinero, eso es todo.

—Quizá sea alguien a quien ni siquiera conozco —observó Rachel—. Tal vez haya visto mi fotografía en «W», después de la fiesta en Hampton Este. Trata de ganarse nuestro afecto con regalos, como Gatsby.

—No te preocupes más —dijo Lawrence—. Vamos a dormir. Rachel se acostó junto a su reconfortante calor. Experimentando la sensación de que, en cierto sentido, su velada había sido estropeada por un intruso, se apretó contra su marido, deseando que sus vidas fueran distintas, que no conocieran a tanta gente, que los dos pudieran pasar sus vidas solos, viendo de vez en cuando sólo a los pocos amigos por quienes de verdad sentían estima y confianza.

En noviembre, Nikki acabó de revisar el libro de John Griffin. Éste escribía del mismo modo que hacía el amor: incansablemente. Nikki nunca había tenido que ocuparse de un autor que trabajara con tanta rapidez. En cuanto a la revisión, aunque John era cuidadoso y reflexivo acerca de todos los cambios que ella quería hacer, también era razonable y terminaba por autorizarla y hacerlos en su mayoría. Nikki pensó que, en parte, su docilidad se debía a que tenía un plazo para acabar el libro: tenía que irse a rodar exteriores para otra película. Su novela estaba planeada para publicarse el próximo septiembre.

Nikki notaba que la atención de John ya se alejaba de los pequeños, pero importantes, cambios finales que ella estaba haciendo en el libro, para fijarse en el libreto que tenía en casa y estaba leyendo; leyéndolo y sumergiéndose en él.

Cuando el manuscrito estuvo terminado, Nikki le invitó a almorzar para celebrarlo. John le dejó firmar la cuenta. Al día siguiente, partía para Yugoslavia.

—Eres una dama encantadora —dijo él.

—Gracias. Eres un hombre encantador.

—¡Ojalá pudiera hacer algo por ti!

—Ya lo has hecho.

—Quiero decir que quiero darte algo.

—Ya me has dado un libro magnífico.

John sonrió, complacido.

—Lo que quiero decir es que deseo regalarte algo... O hacer algo por ti.

—Los autores no hacen regalos a los revisores —dijo Nikki riendo—. Ni siquiera los autores ricos.

—No quise decir de autor a revisora —dijo él—. Quise decir de mí a ti.

Nikki le miró. Su expresión era serena y no pudo descifrar su mirada. «¿Qué se supone que debo pedir? —pensó—. ¿Una joya? ¿Cien dólares? ¿Una prueba cinematográfica? ¿Acaso todas las mujeres con quienes se acuesta piden algo?».

—No quiero nada —dijo.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Te gustaría pasar por mi apartamento antes de volver a la oficina? —le preguntó él.

—Sí —repuso ella, fingiendo tanta naturalidad como él.

En su apartamento, hicieron el amor por última vez. Ambos sabían ya que Robert había decidido pasar la noche en la ciudad. Saber que era la última vez que estaba con John por mucho tiempo, tal vez para siempre, hizo que quisiera sentirse más liberada que nunca, y por eso, naturalmente, no pudo sentirse liberada en absoluto. Detestaba las despedidas. Él se mostró tan entusiasta como siempre y Nikki tuvo que llamar a su secretaria para anunciar que aquella tarde no iría al despacho.

Cuando ella tuvo que partir, John no se mostró deseoso de retenerla. Nikki vio las valijas a medio hacer sobre las sillas, las ya hechas alineadas, el libreto sobre la cómoda. Ya estaba fuera de su vida y él anunciaba su nueva aventura. Mientras bajaba en el ascensor se consoló pensando que iba a reunirse con su esposo para cenar; así, pues, era tan fría como John Griffin. ¿O no lo era él? Si se jugaba un juego, había que acatar las reglas.

Robert se empeñó en agradarla. Le habló largo rato de un caso nuevo en el que estaba trabajando y Nikki se sorprendió al comprobar que estaba distraída. John Griffin...

¡si alguien llegara a enterarse! Le echaba de menos y sentía tristeza.

Cuando volvieron al apartamento, mintió a Robert diciéndole que tenía el período, para evitar que se le acercara. No podía afrontar la idea de hacer el amor con dos hombres en un solo día. Tomó una píldora somnífera antes de acostarse, porque, pese al cansancio, estaba nerviosa y al dormirse soñó que ella y Griffin, montados en un caballo, subían juntos al cielo, como en un cuadro de Chagall.

No tenía nada que escribirle, pero en la oficina mantuvo la esperanza de que él le enviara, por lo menos, una postal. Nunca lo hizo. Bueno, tal vez la correspondencia tardara mucho en llegar desde Yugoslavia. Además, estaba muy ocupado. Pero Nikki sabía que él jamás escribiría. Un día, a fines de noviembre, leyó en el *Post* y en el *Daily News* que John Griffin estaba enredado en un nuevo y tórrido romance con la joven actriz del film que estaba rodando.

Por algún motivo, esto le hirió, aunque, en realidad, no la sorprendió mucho. ¿Por qué no iba él a tener amoríos? Era un hombre muy sensual. Además, los actores siempre se enamoraban de la persona que jugaba un papel en su vida en aquel momento. Durante cierto tiempo, ella había sido la estrella y él había representado el papel de autor serio. Ahora, estaba inmerso en otra fantasía, al otro lado del mundo. Tenía la sensación de que nunca le había conocido en realidad y, sin embargo, notaba que le conocía tanto como cualquier otro. Sabía cuánto podía saberse acerca de John Griffin. ¿Acaso esperaba conocer secretos?

Pasó el fin de semana en su hogar de Wilton, como siempre.

—Oye, Nikki, quiero que vuelvas —le dijo Robert.

—Ya lo sé —dijo ella—. Creo que los dos estamos a punto de conseguirlo, ¿verdad?

—No. Yo he cambiado, pero tú, no. Te he estado haciendo concesiones... Pero tú sólo haces lo que se te ocurre.

—¿Ah, sí? —dijo Nikki, sorprendida.

—Yo me arrastro hasta ese minúsculo apartamento después de un largo y arduo día en la oficina, te saco a pasear, me quedo a dormir y tengo que levantarme temprano y tomar el maldito tren que me lleva a Stamford. Y tú, ¿qué haces?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Nikki.

—¿Quieres volver? ¿Quieres que seamos como éramos?

—¿Felices, quieres decir?

—Sí, felices.

—Sabes que lo deseo, Robert. Lo estoy intentando. Quiero que todo sea igual. Es posible que, al cabo de mucho tiempo, el matrimonio cambie.

—¡Tonterías! Nuestro matrimonio nunca tuvo la menor posibilidad —dijo Robert.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que hay trabajo aquí. Podrías trabajar en Stamford. Podrías trabajar en el diario local; te emplearían con gusto. Crees que esa compañía para la cual trabajas es lo más importante que hay en el mundo. No es nada. Es una

compañía de segundo orden, y nada más. ¿Por qué no caes en la cuenta, Nikki? Estás sacrificando tu vida por falsos dioses.

—No tendrás otro dios por encima de mí —murmuró Nikki.

—Crees que esas personas con las que trabajas son intelectuales. Sólo son segundones fracasados. Viven en un mundo pequeño y limitado donde cada uno miente a los demás y todos se dicen unos a otros que son poderosos e importantes. ¿Crees que alguien, fuera del negocio editorial, oyó hablar de ti alguna vez? ¿Crees que si abandonas eso el mundo se romperá en pedazos?

—Yo soy Dios, tu señor, y no tendrás otro...

—¿Qué estás mascullando? —preguntó Robert.

—¿Qué quieres, Robert? ¿Qué quieres, en realidad?

—Quiero que abandones esa colocación, te deshagas de ese apartamento y vuelvas a casa. Quiero que compartamos nuestra vida. Las muchachas han crecido, viven su vida y sólo nos tenemos el uno al otro, Nikki. Quiero que estés conmigo.

—Pero ni siquiera me conoces.

—Te conozco mejor que cualquier otro en el mundo.

—No —dijo Nikki, sintiendo que iba a llorar—. Sólo me conoces desde hace más tiempo, Robert.

—¿Eso no importa nada?

—Importa mucho. Hace que me resulte muy difícil dejarte.

—Sabemos que no podemos dejarnos —dijo él.

—Robert, ¿ni siquiera te preguntaste por qué no me enojé cuando dijiste lo que acabas de decir sobre mi trabajo, mis amigos, mi vida y mi autoestimación?

—Porque sabes que estoy en lo cierto. Mira, tal vez haya sido un poco duro, pero no quiero que desperdiciemos nuestras vidas. Nikki.

—No me enfadé, Robert, porque ya no me importa lo que pienses de mí.

—Sólo dices eso para desquitarte de mí —dijo él.

Nikki negó con la cabeza.

—Anda, enfádate —dijo él.

Parecía un poco asustado.

—No estoy enfadada, Robert. Estoy muy ofendida, pero no enfadada. No deseas que vuelva. Sólo quieres a alguien que encaje en tu idea de lo que debe ser una esposa.

—Tú eres lo que debe ser mi esposa.

—Es obvio que no. Me describiste de tal manera que yo no querría que una persona así volviera a mi lado.

—Yo quiero modificar a esa persona —afirmó Robert.

—Lo sé —dijo Nikki. Y sonrió; una sonrisa fría y mortífera desprovista por completo de coquetería y humor. Era más bien una mueca de resignación—. Cenamos a las siete.

Y subió a preparar las maletas.

Decidió que lo más fácil sería hacer que un abogado presentara los papeles a Robert. Ya no le quedaba nada por decirle. Se sintió desangrada. Un año antes, incluso seis meses antes, si él le hubiera dicho lo que acababa de decirle, habría discutido con Robert y llorado. Le habría parecido una grosera traición. Pero ahora, sólo parecía un niño travieso pateando y gritándole a su nodriza. No quería recibir puntapiés y tampoco quería ser su nodriza. Se preguntó si, en realidad, pensaba lo que había dicho sobre ella. No tenía importancia. Había sido capaz de decirlo. Ya no podía seguir viviendo con un hombre que tanto despreciaba lo mejor que ella era capaz de hacer.

Todos sabían que Nikki había abandonado a su esposo. Nikki se lo contó a Rachel; Rachel, a Margot; Margot, a Ellen. Pobre Nikki, dijo Rachel, que sólo conocía su matrimonio feliz. Pobre Nikki, concordó Margot, que sólo conocía la soledad que no dejaba de acercarse cada vez más, amenazando ahogarla. Afortunada Nikki, dijo Ellen, yo seré la próxima.

Nikki se negó a aceptar una pensión para alimentos, aunque su abogado insistía en que lo hiciera. Mencionó los muchos años que había estado casada con Robert, los sacrificios que había hecho, las dos hijas que había engendrado y criado tan bien. Habló de inflación, del costo de la vida en Nueva York, de los temores que debía tener de ser despedida, o de jubilarse. Nikki no quería nada de Robert, excepto que siguiera manteniendo a sus hijas hasta que ya no lo necesitaran, aunque no vivieran con él. Sabía que él lo haría, por supuesto. Por lo que respecta a ella, no estaba segura de que Robert aceptara mantenerla o no, pero sentía que, ya que lo abandonaba contra sus protestas, lo único que quería de él era la libertad.

Ellen estaba procurando decidir qué regalaría a Reuben para Navidad. No tenía mucho dinero y lo poco que tenía era para Jill y Stacey, quienes necesitaban nuevos abrigos de invierno. No se proponía regalarle nada a Hank. Sería demasiada hipocresía, ya que, al día siguiente, se disponía a decirle que quería divorciarse. Por último, un libro sobre bordados del cual estaba haciendo la promoción le dio una idea para Reuben. Le haría una almohada bordada para el que sería el nuevo apartamento de ambos. La haría en estambre. Detestaba las artes manuales y bordar en estambre era mucho más rápido que hacerlo en cualquier otro sistema. No le costaría mucho si ideaba ella misma el diseño y sólo compraba el cañamazo y la lana. Ya había decidido qué bordar en él: el día de su liberación y de la unión de su destino con el de Reuben; el 26 de diciembre. Compró los materiales y empezó a trabajar en la oficina durante la hora de la merienda cada vez que tenía un almuerzo de negocios. Experimentaba la sensación de haber aceptado su primer compromiso real y, mientras bordaba, sonreía. ¡Qué sorprendido y encantado quedaría Reuben!

En los últimos tiempos, Ellen se mostraba notablemente amable con todos. Hasta la cena de Acción de Gracias transcurrió sin tropiezos en su hogar. Las niñas la

ayudaron a cocinar, Hank lavó los platos y todos juntos miraron los tontos desfiles que pasaron por la televisión. Quería que conservaran un buen recuerdo de ella cuando trastornara sus vidas, de modo que tuvieran fe en ella y supieran que seguiría haciéndoles felices aunque cambiara de marido. A todos, salvo a Hank, claro está. Sabía que él quedaría destruido. Pero ya le había robado bastantes años de su vida. Era hora de que pensara en sí misma. Si Nikki era capaz de dar ese paso cuando no tenía nadie a quien acudir, qué cobarde sería ella si continuara ocultándose allí, en ese simulacro de matrimonio, cuando un hombre que la adoraba la estaba esperando.

Ellen acababa de terminar «Dici» en el bordado cuando entró Reuben en su oficina. Ella ocultó lo que hacía bajo unos papeles, sobre su escritorio.

—¡Qué sorpresa! —dijo—. Creí que tenías una cita para almorzar.

—La postergué...

—¿Para estar conmigo?

—Sí.

—Oh, qué agradable. Vamos.

Se puso el abrigo se dirigieron hacia los ascensores, fingiendo naturalidad, aunque en la oficina todos estaban al corriente del asunto.

—Creí que no podría verte hasta esta tarde —susurró Ellen—. Éste debe ser mi día de suerte.

—No podía esperar —le susurró él a su vez.

Evitaron cuidadosamente mirarse dentro del colmado ascensor.

Cuando llegaron a la calle, Reuben le preguntó:

—¿Tienes apetito?

—Hay algo para comer en el apartamento, ¿verdad?

—No me fijé. Compremos algo.

Tomaron un taxi y se detuvieron en la *rotisserie* cercana a la casa de Reuben para comprar emparedados. Después, él insistió en que pasaran por la licorería para comprar una botella de vino y otra de vodka.

—Sospecho que nos proponemos tomarnos la tarde libre —dijo Ellen, sonriendo.

—Es posible —contestó él, pero la sonrisa que le dirigió era tensa.

Ellen se preguntó qué pasaría. Era probable que se hubiera enfadado con su esposa. Era imposible que estuviera enfadado con ella, que no había hecho nada malo.

—Te noto alterado —dijo Ellen.

—Subamos.

Entraron en el apartamento que ocupaban en el hotel. A Ellen le pareció distinto, pero, al principio, no lograba comprender de qué se trataba. Después, advirtió que estaba en orden. Los papeles y libros antes esparcidos por la sala de estar habían desaparecido. Se quitó el abrigo y mientras Reuben trajinaba en la cocina, ella fue al dormitorio y echó una ojeada. También parecía demasiado limpio e incoloro. Las fotos de los dos hijos habían desaparecido. Se precipitó al armario, y miró adentro.

Estaba vacío; en cambio, había dos grandes maletas en el suelo. Levantó una: pesaba bastante. Se precipitó a la cómoda y, abrió todos los cajones: estaban vacíos, excepto uno, en el que se hallaban, pulcramente dobladas, las pocas cosas que ella había dejado en el apartamento. Cabían todas dentro de un bolso de compras y, en efecto, él había puesto junto a ellas un bolso de compras limpio, doblado también.

—¡Reuben! —Ellen entró en la sala de estar en el preciso momento en que él salía de la cocina llevando dos grandes vasos de vodka y hielo—. ¿Qué ha ocurrido, te mudas? ¿Qué ocurre?

—Bebe esto —respondió él, ofreciéndole el vaso. Ellen notó que su mano estaba muy firme. No parecía alterado, pero tampoco era el de siempre. Él bebió un largo trago de su vaso—. Siéntate, Ellen.

Ella se sentó en el diván.

—¿Me dirás por qué tienes las maletas preparadas?

—Vuelvo a casa, Ellen.

—¿Qué dices?

—Fui con mi esposa a ver al abogado..., mira, no me interrumpas, ¿de acuerdo? Esto ya es bastante difícil de por sí. Me senté y discutí la distribución de nuestras pertenencias, y el dinero que ella pedía y, de pronto, todo se volvió espantosamente real. Quiero decir que antes era un sueño, un deseo, una fantasía. Pero en la oficina del abogado, con documentos para firmar, ya no era ficción. Y mis hijos. No..., no pude soportar mirarlos a la cara. Estaban asustados, Ellen. No son más que niños. Necesitan a su padre. ¡Me sentí tan culpable! Los echaba de menos. No puedo irme contigo, Ellen. No podemos casarnos. No puedo dejar a mis hijos.

—¿Tus hijos? —Al principio, mientras él hablaba, la enormidad de lo que se disponía a hacerle la había insensibilizado, pero ahora lo veía todo y la cólera la dominaba—. ¿Tus hijos? ¿No puedes dejar a tus hijos? ¿Y qué me dices de lo que yo estaba dispuesta a hacer por ti? ¿Qué me dices de mis hijas?

—Tampoco puedo dejar a mi esposa.

Sus palabras quedaron pendiendo entre ambos, como si fueran visibles. A Ellen le parecieron negras, como papel quemado. «Tampoco puedo dejar a mi esposa».

—Es eso —dijo—. Cobarde.

—Lo lamento mucho. No sabes lo mal que me siento en este momento, Ellen.

—Mentiroso.

—Juro que nunca te mentí.

—Te disponías a dejarlos.

—Me disponía a hacerlo.

—Pero comprobaste cuánto iba a costarte...

—¿Crees que eso no es importante?

—Estoy segura de que es esencial.

Reuben movió la cabeza.

—Es el remordimiento, Ellen. No puedo abandonarlos, y basta. Esta noche vuelvo a casa. —En una larga serie de sorbos, vació el vaso de vodka y pareció muy aliviado—. Bebe eso, Ellen, te sentirás mejor.

Ellen le arrojó el vodka a la cara, con vaso y todo. Reuben esquivó el vaso, que rebotó sobre la alfombra y allí quedó. Parte del líquido se había derramado sobre su camisa y su corbata. Sacó un pañuelo y lo enjugó cuidadosamente.

—No te reprocho que me odies —dijo.

—Te desprecio. Desprecio a los cobardes.

—Tienes todo el derecho a despreciarme. Y quiero que sepas que lo siento.

Ellen lo miró y, de pronto, comprendió que se estaba equivocando en todo lo que hacía. Era la primera vez que un hombre la abandonaba. En lugar de tener una rabieta, debía estar fingiendo que era débil, llorando, implorándole que no la abandonara. ¿Por qué iba Reuben a querer volver junto a una mujer que se comportaba como ella lo estaba haciendo? Dejó que los ojos se le llenaran de lágrimas; entonces, se sintió verdaderamente desdichada y empezó a llorar.

—Oh, Reuben, no me abandones.

—No llores, por favor —dijo él tristemente—. Haces que me sienta peor. Ellen, por favor, créeme: no he destrozado tu vida. Nada ha cambiado para ti. Gracias a Dios no nos comportamos de un modo temerario. Puedes seguir como antes. Encontrarás a alguien mucho mejor que yo. Puedes tener al hombre que quieras. No me necesitas a mí.

—Sí te necesito —repuso ella, sonándose la nariz—. Esto que me haces es terrible. ¿Cómo puedes hacerlo?

—Sentimiento de culpabilidad —respondió Reuben—. Es el rasgo más destacado de mi carácter.

Hecho sorprendente, sonreía. La confesión parecía haber actuado a modo de catarsis para él. Fue a la cocina y preparó otros dos vasos de vodka. Después, se sentó en el sillón, no junto a ella, sino en el diván. Ellen tuvo la horrible sensación de que Reuben no la tocaría nunca más. Se preguntó si debía intentar que se acostara con ella. ¿Daría resultado esa estratagema? Y si así era, ¿por cuánto tiempo?

Se enjugó los ojos y bebió un sorbo, sin dejar de mirar a Reuben; después, encendió un cigarrillo. Él dejó que ella lo mirara, sentado en silencio ante sus ojos como un prisionero en el banquillo de los acusados a la espera de que le leyeran la sentencia. Ellen miró los antiguos hoyuelos producidos por el acné, los dientes torcidos, la cara que le había resultado tan irresistiblemente sensual, y recordó todos los motivos por los cuales lo había elegido. Le había querido por su sentimiento de culpabilidad. Siempre había elegido bien, jamás se había equivocado. Al elegirlo, había pensado «Reuben Weinberg es un hombre que tiene la cantidad adecuada de sentimiento de culpabilidad. Jamás abandonará a su esposa».

Había estado en lo cierto. Lo había elegido demasiado bien.

Dejó que Reuben saliera primero del apartamento, llevándose las maletas, sólo para estar segura de que de verdad se proponía marcharse. Mirando desde la ventana, lo vio alejarse en un taxi. Arrojó sus pertenencias dentro del bolso de compras; luego, lo dejó en el suelo, junto al bolso y se preparó otro vaso de vodka. No estaba en condiciones de volver a la oficina esa tarde y no podía irse a casa todavía. Fumó metódicamente el resto del paquete de cigarrillos, aunque le irritaban la garganta y bebió dos vasos más de vodka y hielo, pese a que no le gustaba su sabor. Se sentía entumecida y es probable que estuviera ebria. Buscó el cepillo de dientes en el cuarto de baño, pero ya no estaba allí. Entonces, recordó el papel que le había obligado a firmar, prometiendo unirse a él el 26 de diciembre. ¡Qué mentiroso! Se había mentido incluso a sí mismo, o sea que, además, era débil. Lo odiaba. ¿Cómo se atrevía a abandonarla? Había sido afortunado al tenerla. ¿Qué habría hecho con ese papel? Buscó en el cesto y vio algunos sobres vacíos, algunos trozos arrugados de papel llenos de anotaciones; cuando los examinó le parecieron papeles de trabajo de la oficina. Y debajo de todo eso había unos papeles que él había roto en pedacitos como si estuviera a punto de llegar un detective a investigar su contenido. Ellen unió algunos de los pedacitos. Era el infame contrato: *Yo, Ellen Rennie...*

Los juntó y los arrojó metódicamente al inodoro. ¿Creía Reuben que él era el único que tenía que protegerse? ¡Canalla débil y castrado! Tenía que salir de allí antes de asfixiarse.

Huyó a la calle. Ya había oscurecido, y tanto en la Sexta Avenida como en la calle transversal se agolpaban los vehículos, un parachoques pegado a otro. Todo el mundo se iba a casa. También ella tenía un hogar. A él iría. Lo único que deseaba era que Reuben se sintiera tan desdichado como ella y que lo fuera para siempre jamás.

Diciembre, 1975

EN NUEVA YORK, LA TEMPORADA de fiestas navideñas saca a la luz tanto lo peor como lo mejor que hay en todos. En realidad la Navidad estaba destinada a los niños. Para los adultos, es un momento de remembranzas, de depresión, de soledad. Cada año parece que se celebran nuevas cosas. Tal vez sea una reacción contra el consumismo o, simplemente, falta de dinero. «Cuando éramos niños, Navidad era el momento del anhelo, de adornar árboles y esperar que llegara Santa Claus trayendo los regalos; ya adultos, somos nosotros quienes tenemos que comprar los regalos o hacerlos, decorar los árboles, pagar las cuentas, y nunca hay tiempo suficiente».

—No nos regalemos nada este año —le dijo Margot a Ellen.

—Pero siempre nos hacemos regalos.

—¡Es tan caro! —dijo Margot—. Ni siquiera pienso hacer los horribles regalos a los compañeros de oficina.

—Quiero pasar una Navidad extraordinaria y olvidar mis penas —dijo Ellen. Desde que Reuben la había abandonado, estaba nerviosa e irritable, y lo evitaba en la oficina. Por suerte, no tenía que hacer con él ningún trabajo que no se pudiera encomendar a otra persona de la sección de publicidad—. Nikki dice que deberíamos celebrar una fiesta.

—Odio las fiestas —dijo Margot.

—¿Y un almuerzo? En algún sitio anticuado y sensacional, como el «Rainbow Room».

—¿Y nos haremos regalos?

—Iremos nosotras cuatro solas —dijo Ellen—. Tú, yo, Nikki y Rachel. Son cuatro regalos, nada más.

—Bueno, haz tú las llamadas —dijo Margot—. Yo estoy demasiado ocupada.

«¡Qué rezongona se había vuelto Margot en los últimos tiempos! —pensó Ellen—. Se diría que un agradable almuerzo de Navidad con tres amigas es un gran esfuerzo para ella».

—Muy bien —dijo en tono placentero—. ¿Qué día? A ver, Navidad cae en jueves, este año, de modo que el miércoles cerrarán la oficina temprano. El fin de semana es corto y todo el mundo pretende siempre hacer sus compras en el último momento, y hay muchas fiestas de oficina. ¿Qué te parece, entonces, el viernes diecinueve?

—Me va bien —repuso Margot—. No tengo nada que hacer en todo el resto de mi vida.

Nikki dijo que el diecinueve le parecía muy bien, y lo mismo dijo Rachel. Lawrence estaría ausente por asuntos de negocios el jueves y viernes de esa semana; así, pues, almorzar con sus amigas la animaría. Rachel dijo que reservaría mesa a nombre de ella en el «Rainbow Room»; todas coincidieron en afirmar que la elección de este restaurante había sido un acierto. Tan alto en el cielo, con el mágico panorama que daba a la ciudad un aspecto tan maravilloso, en lugar del que veían todos los días, la torre tan querida por turistas y amantes.

—¿Quieres creer que nunca he estado en él? —dijo Rachel.

—Yo, tampoco —dijo Nikki—. Reunámonos temprano, a las doce y media, así podemos emborracharnos bien.

Cada una de ellas marcó el 19 de diciembre en su agenda. Un almuerzo festivo prenavideño; al menos, una cosa decente que esperar. Y así, cada una de ellas se dirigía ahora hacia su destino.

A Margot no se le había ocurrido que su reciente conducta podía resultar distinta para nadie, ya que no le importaba lo que pensaran los demás. Concentrarse en las personas le resultaba difícil. Se hallaba sumida en un profundo estado de algo que sólo podía describir cómo pesar. De noche, bebía vodka y tomaba píldoras somníferas, sintiéndose tan pesada e invisible como una estrella negra en la galaxia, quemada, muerta. Por la mañana, cuando sonaba el despertador, permanecía largo rato tendida en la cama, preguntándose dónde encontraría valor para levantarse y afrontar otro día más. El dolor le oprimía el corazón, le producía dolor de cabeza y la obligaba a respirar con esfuerzo. Con frecuencia, suspiraba profundamente. Creía que debía ser la persona más solitaria del mundo.

¿Cómo podía seguir adelante? El año estaba a punto de terminar, otro iba a comenzar, y ¿qué sería diferente para ella? Le costaba imaginarse cómo pasaría el resto de esa semana tan dolorida; mucho más, otro año entero. No lograba recordar cuándo había hecho vacaciones. Año tras año dejaba pasar las oportunidades, haciendo las vacaciones por días, desperdiciando tiempo, porque nunca tenía ni con quién ir. Recordaba ahora todos los sitios que había querido ver y nunca había visto por culpa del exceso de trabajo. Kerry llevaba a Haviland a París para Navidad.

Ahora, era rico. Su novela había sido vendida para la edición en rústica por doscientos treinta mil dólares. Margot tenía dinero ahorrado, de modo que podría haber ido a París, pero, ¿quién querría pasarse la Navidad en París sola? ¿O Navidad sola en cualquier parte? Ya no echaba de menos la felicidad de esos meses en que de verdad pensaba tener al fin alguien con quien ir a algún sitio maravilloso.

Tanto tiempo atrás, cuando iba a la Facultad, había pasado dos semanas con otra muchacha en Cape Cod. Cuando terminó los estudios, estaba demasiado ocupada

trabajando y era demasiado pobre para ir a ninguna parte. Durante unos años, había pasado las vacaciones con su familia, hasta que la diferencia entre sus criterios acerca de lo que era divertirse le resultó insuperable. Entonces, era joven, quería salir, bailar, reír, coquetear. Ahora, se sentía como un robot. La sonrisa, cuando sonreía, era automática, forzada. Durante dos días, telefoneó diciendo que estaba enferma y no fue a trabajar; pero permanecer tendida en la cama, inmersa en ese negro pesar, era peor que enfrentarse con los demás; así, pues, volvió. Llevaba siempre consigo un irremediable dolor. ¿Con qué ahogar la angustia: una droga, una aventura, un amor, la muerte? Sabía que, en caso de que el amor llegara, sería incapaz de aceptarlo. ¿Cómo iba a ser capaz de ver el amor, o la bondad siquiera, cuando todo parecía tan distante? Se hallaba lejos de ellos aunque estuvieran hablando cara a cara. El dolor la obligaba a moverse con lentitud, si estuviera sumida en sus pensamientos. Pero sus pensamientos eran vacíos y, a veces, ni siquiera pensaba. En ocasiones, transcurrían horas sin que ella lo notara, y otras veces creía haber estado sentada horas en el mismo sitio cuando apenas habían pasado minutos.

Nunca tenía hambre, pero sí mucha sed. Se la producían las píldoras somníferas y el alcohol. Ahora, tenía dos médicos, ninguno de los cuales conocía la existencia del otro. Uno le recetaba «Seconal», el otro, «Dalmane». El «Dalmane» le provocaba un sabor amargo al día siguiente. Siempre le hacían pagar a una, de un modo u otro.

Ese año no había enviado felicitaciones de Navidad. Las del año anterior, suficientes para este año, yacían en un estante, cubiertas de polvo. Recibía tarjetas y no se molestaba en abrirlas. Se limitaba a mirar el nombre del remitente. Ni siquiera tenía la suficiente curiosidad para abrir las que no traían remitente. Una voz, en su interior, le decía que algunas quizá fueran invitaciones para asistir a fiestas en las que quizás encontrara a un hombre que cambiara su vida. Pero Margot sabía que esto ya no era posible. No podía ir a una fiesta, y si iba, no encontraría a nadie que pudiera quererla tal como se sentía ahora. Sólo deseaba morir.

Ya nunca llamaba por teléfono a sus amigas, quienes daban por sentado que estaba muy ocupada. Ellen llamaba a veces para lamentarse. Reuben seguía viviendo con su esposa, en la oficina no había nadie interesante y a Jill se la notaba flaca de nuevo. Y así seguía, bla, bla, bla... Margot la dejaba que hablara hasta agotarse, preguntándose cómo sería estar tan ensimismada que ni siquiera importara que la persona que escuchaba gruñera o no.

Cuando Rachel llamó a la oficina para invitarla a asistir a una pequeña cena, Margot mintió y le dijo que estaba ocupada. Le costaba volver del trabajo a casa y entrar arrastrándose en su apartamento, su guarida. Hacía meses que no llamaba al hombre que limpiaba las ventanas y la mugre le ocultaba el mundo exterior. Mantenía cerradas las persianas que antes estaban abiertas al sol. Las plantas, descuidadas, sin regar, se morían. Las dejaba olvidadas, hediondas en sus macetas. El polvo se acumulaba encima de todo. La asistente se había ido y Margot no se había molestado en buscar otra. Cada día pensaba: «Hoy debo encontrar a alguien que limpie ese

revoltijo». Pero, por otro lado, tal vez al día siguiente ya no estaría allí, debería haberlo hecho ya, tomar las píldoras, poner fin a esa vida carente de sentido.

Se dijo que había desperdiciado su vida por completo. Nada había resultado tal como ella lo soñara cuando era joven. Pero sabía que esto no importaba. Lo que importaba era la soledad. No había nada peor que estar completamente sola.

El jueves por la noche, Margot contó las píldoras. Sonó el teléfono y dejó que el servicio de llamadas telefónicas atendiera la llamada, como acostumbraba a hacerlo. Solía olvidarse de llamar a dicho servicio durante días enteros; ellos presumían que se hallaba ausente y atendían su teléfono a la primera llamada. Tampoco a ellos les había pagado. Sobre el desordenado escritorio se acumulaba un montón de cuentas sin pagar, de correspondencia sin abrir y parte de lo que se había puesto y quitado recientemente. Las ropas se esparcían por el suelo, por las sillas, por el cuarto de baño. Durante cierto tiempo, de mejor humor, se había preguntado brevemente qué sucedería cuando se quedara sin ropa que ponerse, pero ya no importaría. El dueño de la casa podría dejar de enviarle cartas reclamándole el pago del alquiler atrasado y quedarse con su apartamento. Le quedaban diez «Seconales» y veinticinco «Dalmanes». La cuenta de la farmacia era la única que Margot seguía pagando; temía que le cortaran el crédito. Ahora, ella se lo cortaría a todos.

Por un momento se sintió feliz, si es que la felicidad consistía en la ausencia de dolor. Cruzó el silencioso apartamento y se dirigió a la cocina, llevando las píldoras en la mano. Había leído en alguna parte que era imposible tragarse tantas píldoras de golpe, de modo que había que vaciar las cápsulas en algún líquido que disimulara su sabor, como el jugo de naranja. Probó un «Dalmane» en una cucharada de jugo. No estaba mal.

Abrió con cuidado las demás cápsulas de «Dalmane», las echó en un alto vaso que contenía jugo de naranja, y las revolvió cuidadosamente con una cucharilla para que no quedara un poso inútil en el fondo. Tomaría el «Seconal» con toda normalidad, para asegurarse de que realmente estaba haciendo lo que hacía. Antes, se acostaría, por si las cápsulas actuaran con demasiada rapidez. Quería dormirse poco a poco, no caerse al suelo.

Se puso un camisón limpio. Por un instante, pensó en escribir un mensaje, pero no se le ocurrió nada que decir. ¿Qué objeto tenía decir que estaba tan sola, que ya no podía seguir así? ¿A quién le importaría? Nadie quería molestarle por la gente solitaria, que no añadía nada a la vida, salvo remordimiento y melancolía. El que la encontrara vería los frascos vacíos de pastillas y no tardaría en imaginar lo sucedido. Alrededor de Navidad se mataba gente todos los días. Era la enfermedad de la temporada alegre.

En la cama, Margot se bebió los diez «Seconales» con el vaso de jugo de naranja que contenía las veinticuatro cápsulas de «Dalmane». Casi de inmediato notó cierta debilidad. La puerta estaba cuidadosamente cerrada con llave, el teléfono, en el

armario y desconectado, y estaba a salvo. Podía morir en paz. Ella, que nunca había vivido en paz, por lo menos tendría eso.

Recordó que, el día siguiente era el del almuerzo navideño con Ellen, Rachel y Nikki. El día de mañana parecía tan lejano, que ya no existía. Ahora, no existiría para ella. El sueño llegó de un modo extraño, la entumeció, como si algo se hubiera apoderado de ella. Se sentía el cuerpo tan pesado, que no podía moverse. Las píldoras la dominaron con su potencia y Margot se abandonó a ellas, agradecida de que, por fin, algo se hiciera cargo de la vida que ella ya no podía soportar ni controlar.

Jill y Stacey estaban haciendo velas de Navidad en cajas para leche. Se vertía la cera alrededor del pábilo y, cuando se endurecía, se quitaba el envase de papel. Se podía teñir la cera derretida y hasta perfumarla. Habían decidido hacer algunas de color rojo, algunas de color verde y perfumar las rojas con canela y las verdes con pino. La ventaja que ofrecían estas velas, aparte de ser baratas y divertidas de hacer, era que se las podía regalar a todos sin discriminación, de modo que nadie se sintiera privilegiado ni postergado. Pensaban regalarlas a sus padres y a sus amigos. A Jill le gustaba la idea de regalar velas a su madre, porque ello quería decir que podría guardarlas para sí misma.

Ellen entró en la cocina a observarlas. A Jill no le agradaba que su madre la espiara.

—¿Queréis hacerme tres más para regalar? —preguntó.

—Oh, mamá, esto no es una tienda —respondió Jill.

—No tienes por qué ser tan egoísta —dijo su madre.

—Claro, mamá —intervino alegremente Stacey.

Era capaz de hacer cualquier cosa para comprar el cariño de su madre... y esto nunca le servía de nada.

—Gracias, Stacey. Jill, usa un portaollas.

—Pensaba hacerlo.

—Si ensuciáis, quiero que limpiéis. Tenemos que comer en esa mesa.

—¿A quién se las regalarás? —preguntó Jill.

—A Margot, Nikki y Rachel —repuso su madre—. Mañana celebramos un almuerzo de Navidad.

—¿Qué les hubieras regalado, si no hubiéramos hecho las velas?

—Les había comprado bolas aromáticas en «Bendel», pero son muy caras y ahora puedo devolverlas.

—Apuesto a que podríamos hacernos comerciantes y venderlas —dijo Stacey.

—Mamá, ¿por qué no podemos comer en el comedor, esta noche? —preguntó Jill, molesta—. Entonces, no tendríamos que limpiar nada hasta que hubiéramos terminado.

—Porque tu padre no vendrá a cenar y es demasiada molestia para mí llevarlo todo de un lado para otro.

—Nosotras te ayudaríamos —dijo Stacey.

—Haced lo que os digo, y basta —ordenó secamente su madre.

—¡Oooh! Sí que está de mal humor hoy —dijo Stacey cuando Ellen salió de la cocina—. ¿Qué crees que puede molestarla?

—Su amigo le dio calabazas —respondió Jill.

—¡Bromeas! ¿Cómo lo sabes?

—Gracias a nuestro viejo compinche, el teléfono, claro está —dijo Jill sonriendo—. Se lo contó todo a Margot. Además, él nunca llama, y los demás lo hacían cuando ella les había dado calabazas.

—Algún día te atraparé —dijo Stacey.

—Jamás. El teléfono es como una droga para ella. Es una telefonadicta. Cuando se adhiere a ese objeto, ni un terremoto la apartaría de él. Ignora que la escucho.

—No sé por qué no podemos comer en el comedor —dijo Stacey—. Al fin y al cabo, estamos haciendo tres velas para ella.

—Los padres tienen que ser irrazonables para demostrar su poder. ¿No lo sabes? Si cediéramos a peticiones razonables, nunca podrían estar seguros, ¿verdad?

—Tienes razón —dijo Stacey, pensativa—. Nunca lo había pensado, pero tienes toda la razón del mundo.

Limpiaron la cocina a tiempo para cenar y decidieron terminar de hacer el resto de las velas en otra ocasión. De vuelta de la oficina, su madre había comprado dos pollos asados. El olor provocó arcadas a Jill. Stacey comió con su entusiasmo habitual, y Jill no comió nada. Se preguntó por qué su madre no la regañaba. No era una cosa que ocurriera todos los días. Tal vez su madre estuviera tan alterada por la pérdida de su amigo, que no lo advirtiera, pero Jill dudaba de ello. Debía de haber algún otro astuto plan. Su madre abundaba en ellos.

Después de lavar los platos de la cena, Stacey fue a su dormitorio a preparar los deberes escolares. Jill no tenía deberes que no pudiera postergar hasta el día siguiente, actitud que era habitual en ella hasta el último instante, cuando se veía impulsada a actuar en un frenético estallido de actividad. Colocó la tabla de planchar y se puso a planchar sus tejanos para ir a la escuela al día siguiente. No se le podía negar que no era desaliñada. Se lavaba el cabello por lo menos tres veces a la semana y siempre se ponía ropas bien planchadas. Estos rituales la reconfortaban. Se pasaba mucho tiempo cuidando de su piel. Cuando empezó a menstruar, le había preocupado la posibilidad de que también empezaran a salirle granos, pero tenía la tez tan despejada como siempre. Jill lo atribuía, en parte, al hecho de que no comía.

Estaba agradablemente sumida en sus pensamientos cuando apareció su madre en la cocina.

—Jill, se me ha ocurrido una idea —dijo.

Jill conocía ese tono. Significaba: «Se me ha ocurrido una idea que tú detestarás».

—Rachel conoce a un jovencito encantador a quien creo que deberías conocer —continuó su madre—. Se llama Andy. Tiene diecinueve años y va a la Facultad con ella. Está en primer año porque perdió uno viajando. Parece una persona muy interesante.

—No quiero conocer a ningún muchacho.

—Es muy guapo —prosiguió diciendo su madre—. Tiene el cabello rojo, largo, y lleva bigote y barbita. Es delgado, a ti te gustaría eso. Creo que haríais una pareja adorable.

—No quiero ser una pareja adorable —repuso Jill, clavando la plancha en sus pantalones.

¿Por qué su madre no la dejaba tranquila? Pensar en ese muchacho era como si una amenaza pendiera sobre ella. Probablemente fuera algún jovencito que no se interesaba por su madre y por eso ésta quería conservarlo en la familia. No le incumbía a ella conservar a jóvenes sementales en la familia. Los muchachos la ponían nerviosa, sobre todo, cualquiera a quien su madre pudiera tratar de conquistar. Era algo inestable, de tan incestuoso.

—No veo que pueda haber ningún mal en que lo conozcas —continuó diciendo su madre—. Pediré a Rachel que le dé tu número de teléfono. Sal con él una vez, a ver qué pasa.

—Los chicos de mi edad no conciertan citas —objetó Jill—. Vamos en grupos o con una misma persona siempre. No quiero tener novio.

—Tienes dieciséis años. Ya es tiempo. ¿Quieres quedarte sola mientras todas tus amigas se divierten?

—Tengo amigas y nos divertimos —dijo Jill.

Empezaba a dolerle el estómago. Su madre parecía enorme, se hinchaba como un globo hasta llenar toda la cocina con su presencia. «Vete. Oh, por favor, vete».

—Jill, ¿por qué no te empeñas en crecer de una vez? —insistió su madre con voz brusca y furiosa—. No puedes ser una niñita siempre. No puedes negar que los hombres son la mitad del género humano. Tienes que salir. Quizás el chico te guste.

Jill procuró cerrar el paso a la persistente voz de su madre. Intentó distraerse para expulsar la voz; intentó recordar letras de canciones, imaginó que un tren pasaba con estrépito por un largo túnel. Se inclinó sobre la tabla de planchar, sin mirar a su madre; intentó hacerla desaparecer valiéndose de su fuerza de voluntad.

—Si te interesaras por un muchacho agradable, en vez de pensar siempre en ti misma... Un muchacho sumamente agradable. Bien recomendado... ¿Qué tiene de malo salir con un muchacho agradable?

La voz seguía merodeando en sus defensas exteriores, aguijoneándola, tratando de irrumpir en ella. Diecinueve años: era demasiado mayor para ella. Ninguno de los muchachos que su madre intentara imponerle sería el adecuado. Su madre quería que ella se acostara con un muchacho. ¿Qué sabía su madre del modo en que los muchachos la manoseaban a una? Su madre no tenía que salir sola con cualquier

muchachote calenturiento; no sabía cómo se comportaban los jóvenes en el transcurso de una cita. Sus amigas lo sabían. A menos que tan sólo fueran amigos, había que acostarse con un muchacho. ¿Por qué su madre no se callaba y la dejaba en paz?

—¿Podrías contestarme, Jill! ¿Podrías mirarme! ¿Por qué eres tan terca? Está bien; si no te decides tú, lo haré yo en tu lugar. Llamaré a Rachel ahora mismo.

«Quiere que yo sea como ella y nada más», pensó Jill. El terror y la ira la colmaron. Nunca había experimentado semejante ira; era algo abrumador. Tomó lo primero que halló a mano, la plancha que empuñaba, y la arrojó contra su madre con todas sus fuerzas.

La plancha caliente golpeó a su madre de lleno en el costado de la cabeza. Ellen cayó instantáneamente. Tenía en la mejilla una marca triangular que empezaba a enrojecer y de la comisura de sus labios surgía un hilillo de sangre. Estaba muy quieta. Jill comprendió de pronto que estaba muerta.

«La maté —pensó—. La maté». No sentía nada; ni pesar, ni miedo. Lo único que Jill sentía, inexplicablemente, por primera vez, era apetito. Abrió la nevera, sacó una pata de pollo y se la comió.

De pie frente al edificio en el que vivía Rachel, en la fría oscuridad de diciembre, esperó. Su paciencia era infinita. Sabía que aquella noche su esposo estaba ausente y que ella estaría sola. No quedaba sino un problema por solucionar: cómo entrar en el edificio sin que el portero le viera y así, más tarde, quizá lo reconociera. Pero también había pensado en ello. Era la temporada festiva y había fiestas. Si no esa noche, seguramente a la noche siguiente, viernes. Tenía dos oportunidades. Esperaría. Llevaba alzado el cuello del abrigo y las manos metidas en los bolsillos, pero no sentía frío. Quería llamar la atención lo menos posible. Se situó lejos de las brillantes luces callejeras, cerca del banco que estaba junto al bajo muro de piedra que impedía entrar en el parque. Si alguien se fijaba en él, creería que era un mendigo o un ladrón y pasaría por su lado lo más rápidamente posible, apartando la vista. Miraba pasar los taxis y vehículos, y poco antes la había visto llegar a casa, envuelta en pieles; en un bolso de compras llevaba paquetes envueltos para regalo. No había vuelto a salir. Estaba allí arriba.

De un taxi que se detuvo frente al edificio bajaron cuatro personas. En cuanto entraron, se detuvo otro taxi y entró otra pareja. Iban vestidos de fiesta y llevaban paquetitos. Él se adelantó con paso ágil, preparado para saltar. El próximo en llegar fue un taxi con otras cuatro personas y mientras uno de los hombres pagaba al conductor, él cruzó la calle en el momento más oportuno para deslizarse dentro del edificio junto con el grupo.

El portero estaba llamando por el teléfono interno y le daba la espalda. Entró en el ascensor con esas cuatro personas, dos hombres y dos mujeres; todos miraban cuidadosamente al aire como lo hace la gente en los ascensores: como no estaban

seguros de si él iba a la misma fiesta, no le hablarían hasta que lo vieran allí. Bajaron dos pisos más arriba del apartamento de Rachel y él bajó con ellos. Como tomaron por la derecha, él tomó por la derecha. En el pasillo había un largo perchero de metal, junto a un apartamento en cuya puerta había una corona de Navidad. Otras personas colgaban sus abrigos y su grupo se sumó a ellas, esperando cortésmente su turno, sin hablar todavía con nadie hasta ser presentados adentro, más tarde. Vio la salida de incendios y desapareció por ella. Nadie lo vio, nadie le dio importancia.

Bajó corriendo los dos tramos de escalera hasta el piso en el que ella vivía. Traspuso la salida de incendios y recorrió el pasillo hasta llegar a su apartamento. Allí, se detuvo un momento para bajarse el cuello del abrigo, alisarse el cabello, cobrar un aspecto lo más normal posible. Después, tocó el timbre.

Oyó abrirse la mirilla y, luego, el ruido de una cadena al ser quitada y de un cerrojo al correrse. Rachel se hallaba ante él, en bata rosada, con el rostro lavado y tan limpio como el de un niño; su Rachel, su víctima, su amor. No se la veía complacida ni enojada, sólo perpleja.

—¿Qué haces aquí, Hank? —preguntó.

—¿Puedo entrar? —dijo Hank.

Pasó por su lado antes de que pudiera contestar, cerró la puerta y corrió el cerrojo.

Ella seguía mirándolo con los suaves labios entreabiertos, buscando en su rostro, con los ojos, una explicación a su modo de comportarse.

—¿Qué ocurre? —inquirió Rachel.

Ciñéndole el cuello con sus enormes manos, Hank la hizo retroceder hasta el dormitorio. Tenía los dedos sobre sus arterias, donde éstas conducían al cerebro; si Rachel trataba de forcejear o de gritar, podía hacer que se desvaneciera en un instante. Ella, que parecía saber esto o sospechar algo peor, dejó que la empujara, mientras sus ojos se dilataban de miedo.

Sujetarla por el cuello, tenerla por fin en su poder, le inflamó de un modo casi intolerable. Sin dejar de tenerla agarrada por el cuello con una mano, corrió con la otra el cierre relámpago de sus pantalones y dejó que su erección se alzara en libertad. Vio cómo la miraba, apenas con un movimiento de sus ojos; luego, miró de nuevo su rostro. Sentía que su pulso latía enloquecido bajo sus dedos. Estaba aterrada. ¡Sería tan fácil aplastarla! La obligaría a hacer todo lo que él había soñado alguna vez, la gozaría de todos los modos. Le alegraba que Rachel supiera que él era el amo, pero, por algún motivo, su miedo le enfureció. ¿Era tan repulsivo que ella tenía que estar aterrada? Aun mientras lo aceptaba, esperando su próxima orden, ella le estaba rechazando.

—Quítate la ropa —ordenó Hank, sin dejar de apretarle la garganta con una mano.

Rachel dejó caer su bata al suelo. Debajo, llevaba puesto un camisón. Hank se lo arrancó con una mano. Era más bella de lo que él jamás había soñado. Cuando era su

inabordable diosa había parecido más grande, pero, ahora, parecía pequeña y delicada.

—Sabes que podría matarte, si quisiera —le dijo Hank. Lo sabes, ¿verdad?

Rachel apenas parecía respirar.

—Mujerzuela —dijo Hank—. Mereces que te castigue.

Nikki estaba terminando de hacer sus compras navideñas. Aquella noche la mayoría de las tiendas estaban abiertas hasta las nueve y media, porque era la semana anterior a Navidad. Salió temprano de la oficina para poder llegar a «Gucci», que cerraba antes, y comprar billetteros para sus dos hijas. Quería comprarles algo en lo que ellas nunca gastarían dinero. En Bloomingdale, obtendría el resto de la lista de cosas que necesitaba. «Gucci» estaba tan repleto y tuvo que aguardar turno tanto tiempo, que también decidió comprarse un regalo para ella, sólo para compensar el fastidio. Hacía tiempo que anhelaba poseer una cartera pardo oscuro, de piel de cerdo, precisamente la clase de objeto que una ejecutiva como ella debía llevar, pero había postergado su adquisición porque costaba una fortuna. Ahora, mientras la contemplaba tratando de decidirse, se le ocurrió de pronto que debía haber dejado que John Griffin se lo comprara cuando le ofreció hacerle un regalo, y sonrió sabiendo que esto significaba que le había olvidado por completo.

Temporada de fe y alegría, pensó burlona, mirando al agente de policía que, con una pistola enorme y amenazadora sobre la cadera, deambulaba por la tienda al acecho de ladrones, carteristas y asaltadores. Hizo cargar en su cuenta los dos billetteros y la cartera y los hizo envolver por separado, en papel de regalo.

Una vez en la calle con su bolsa de compras y su cartera bien apretados contra el cuerpo para protegerlos de las bullentes multitudes, Nikki se encaminó rápidamente hacia Bloomingdale. Durante el trayecto, miró los escaparates de las tiendas, reanimada por los adornos y las luces. Le gustaba ir a comprar cosas para sus hijas. Les ofrecería la cena de Navidad en su apartamento, y al novio de Lynn también, si aún lo era. Se preguntó si también debía comprarle un regalo. No, eso podía hacerle pensar que ella le empujaba para que se convirtiera en miembro de la familia. Dios sabía que no quería que sus hijas se casaran tan jóvenes como ella. Esperaba que se beneficiaran con su ejemplo.

En Bloomingdale, se detuvo primero en la sección St. Laurent. No estaba muy bien organizada; se abandonaba a la inspiración del momento en lugar de ir piso por piso. Pero las decoraciones le encantaron. La mercancía parecía tan codiciable que tuvo que contenerse para no comprar cosas que no quería ni necesitaba. Compró pequeñas bufandas estampadas de chalí de St. Laurent para Rachel, Margot y Ellen y, luego, tuvo que ir a la mesa de expedición y hacer una larga cola para que se las envolvieran para regalo. Se le ocurrió que podía haber comprado papel y envolverlas ella misma en casa. Bueno, lo haría para Dorothy y Lynn.

Empezaba a tener hambre, pero le quedaba mucho por hacer. Utilizó la escalera mecánica para bajar al piso de la sección de ropa interior y batas. En la banda que separaba una escalera mecánica de otra había un ojo eléctrico y sentada frente a él, una especie de carcelera, que no podía hacer creer a nadie que era una cliente y no una guardiana (y, probablemente, no quisiera hacerlo), esperaba la señal, de que un ratero se había llevado una prenda con su marbete de plástico blanco todavía adherido. Una vez, habían detenido a Nikki porque, aunque la vendedora había quitado el marbete a un suéter que había comprado, el bolsillo contenía uno suelto. Había sido muy molesto.

Dorothy y Lynn querían camisones abrigados y cómodos para la Facultad. A Nikki le divertía que, pese a acostarse con muchachos y ser tan sofisticadas, siguieran prefiriendo la clase de ropa interior virginal y deslucida que ella había usado en sus tiempos de internado estudiantil. ¡De hecho, incluso querían que Nikki tratara de encontrar botas forradas! Compró dos camisones para cada una, ya que no logró decidir cuál le gustaba más y, después se dirigió hacia las tentadoras batas de estar por casa. No tenía ninguna que fuera bonita de verdad para llevar en su apartamento, y ya era tiempo de comprarse una. ¿Quién sabe quién podía visitarla en una larga noche de invierno?

Se compró, como regalo, una hermosa bata, demasiado cara..., pero, por otro lado, era Navidad. Después, bajó a la sección de gastronomía de la planta baja, donde compró confitura importada, mostaza, té y budín de frutas y un gran frasco de duraznos al coñac para servirlos con el pavo de Navidad. Tener cuentas corrientes era peligroso, pero, en todo caso, no se podía llevar mucho dinero encima en Navidad, cuando tantos carteristas acechaban por las tiendas y calles atestadas.

Ahora, iba cargada con bolsas de compras llenas de paquetes. Una última parada para comprar papel y cinta para regalos, otra espera interminable y, por fin, Nikki se encontró en la calle. El aroma de castañas asadas se elevaba en el aire y le recordaban muchas Navidades anteriores. Siempre la hacía sentirse feliz. Habría comprado algunas, pero no le quedaba ninguna mano libre. Naturalmente, no había taxis. La noche era hermosa y la distancia a recorrer no muy larga; así, pues, decidió volver a pie.

Dos soldados del Ejército de Salvación, un hombre y una mujer, tocaban villancicos navideños en la acera. Un hombre vestido de Santa Claus agitaba la campana junto a un platillo destinado a reunir dinero para ofrecer cenas de Navidad a los pobres. «Los pobres borrachos», pensó Nikki. Todos se sentían tan bondadosos en Navidad; hacían cosas para los demás y, después, durante el resto del año, uno se enfurecía si alguien trataba de mendigarle unas monedas.

Las muchedumbres se hacían menos densas a medida que se acercaba a las calles residenciales y el aire era perceptiblemente más puro. Alzó la vista hacia las ventanas de los apartamentos; advirtió sartenas de lamparillas, tarjetas de Navidad colgadas de hilos, escenas dibujadas con nieve artificial sobre el cristal. Recordó cuando decoraba

toda la casa para Dorothy y Lynn, pero el pasado perdido no la entristeció. Había sido divertido, pero ahora también lo era, y había nuevas cosas que jamás había hecho.

Llegó a la manzana donde vivía. Estaba muy oscura y desierta. Por allí, todos debían acostarse a las ocho, salvo que se ausentaran durante las fiestas. Qué raro cómo en Nueva York se podía pasar directamente de un tipo de barrio a otro diametralmente distinto apenas en un momento. Lo que parecía elegante a la luz del día parecía amenazador, esa noche. ¡Maldita sea! Las llaves estaban en el fondo del bolso y tendría que forcejear con todos esos envoltorios cuando llegara a la escalera del edificio. Últimamente había tomado la costumbre de llevar las llaves afuera.

Nikki vio que una pandilla de muchachos venía por esa manzana, entre ella y su casa. Eran varones, negros, de no más de catorce años. En un instante, se dio cuenta de que no eran tan sólo niños que iban de parranda; eran jovencitos que buscaban pendencia. La miraron, se codearon y formaron una sólida línea. Sintió que el sudor le goteaba por los costados. Intentó cruzar la calle, pero ellos la rodearon, uniendo las manos como si jugaran a la ronda, pero tenían la mirada totalmente vacía y sus rostros eran máscaras de odio. No se divertían y no estaban jugando.

De pronto, comprendió que para ellos sólo era una cosa. No era una persona con sentimientos, sino un objeto que quizá fuese entretenido destruir. Hacía mucho tiempo, algo o alguien los había tratado tan brutalmente que ahora eran incapaces de experimentar el menor sentimiento. Se iban acercando, la rodeaban todavía con su apretado anillo. Estaban decidiendo qué hacer con ella. Sólo sabía una cosa: que no la dejarían ir.

Entonces, gritó con todas sus fuerzas y ellos se rieron de ella. Nadie abrió siquiera una ventana. Siguió gritando en el vacío de la calle desierta y muerta hasta comprender que ella no existía. Ella, a la que amaban y necesitaban tantas personas, no existía para nadie. Y, entonces, los muchachos se abalanzaron sobre ella como pumas salvajes que gruñían.

En una ciudad de muchos millones de habitantes, apretujados unos encima de otros, se creería que cada uno advierte la presencia de los demás, pero no es así. Cuanto más ruido se oye, menos se oye. El aislamiento se convierte en anonimato y ambos son valorados. En una casa de departamentos se oye cuando el vecino de al lado o de arriba hace correr el agua en el inodoro, vacía la bañera o discute. A veces, se puede oír el ruido de la cadenita cuando se enciende la luz en el gabinete. Puede oírse el resonar de la puerta del incinerador, el ruido de una llave al girar, el sonar del timbre de un teléfono, el eco de una voz al responder. Y uno no tarda en bloquear todo eso, en dejarlo afuera, y no oír nada. Los hay que, sintiéndose solos, leen viejas cartas que encuentran en la basura que otros han dejado, pero para la mayoría, los vecinos no existen. Suicidios, asesinatos domésticos, ataques por desconocidos, todo transcurre en secreto. Cada familia vive en su celdita. Lo mismo ocurre en la calle. La violencia carece de realidad; es una obra de teatro representada para los espectadores, quienes saben que es pura ficción a menos que suban al escenario, lo que no harán.

Se oyen disparos en la noche, sirenas, alaridos. Podrían ser gritos de aves en un villorrio campestre. Sonidos nocturnos. Despiertos, los vivos se aferran unos a otros y procrean, celebrando a los muertos.

En esta ciudad enorme, la vida y la muerte son un mismo accidente.

Jill no quería acercarse al cuerpo de su madre, que yacía en el suelo de la cocina, ni siquiera mirarlo. No sabía qué hacer. Su cerebro parecía haber dejado de funcionar. Terminó de comer la pata de pollo, arrojó el hueso a la basura y se frotó las manos en la servilleta. Luego, fue en busca de Stacey. En aquel momento, le parecía que su hermana menor era la mayor, y que ella era la pequeña.

—Stacey..., he matado a mamá.

Stacey levantó la vista de sus deberes escolares.

—¿Cómo?

—He matado a mamá. En la cocina.

Stacey saltó de la cama y corrió a la cocina. Jill la siguió con lentitud, temerosa de oír gritar a su hermana. Pero no hubo ningún grito; y cuando llegó a la cocina vio que su hermana estaba hablando por el teléfono allí instalado.

—Necesito una ambulancia enseguida —decía—. No, ya he probado en el 911 y comunican. Es una urgencia. —Dio la dirección a la telefonista y colgó—. Se ha desmayado, boba —le dijo a Jill—. ¿Qué has hecho?

—¿No está muerta?

—Los muertos no respiran.

Jill sintió que algo se abría en su interior y empezó a llorar con grandes sollozos de alivio y pesar, de júbilo y frustración, por haberse reincorporado al torrente de la vida y haber salido de su pesadilla. Era la primera vez que lloraba así.

—No me propuse matarla —dijo—. Sólo quise hacerla callar.

—Una parte de nosotros siempre quiere matar a nuestros padres —contestó Stacey con calma—. Pero sólo los lunáticos lo hacen. Sé que no la golpeaste a propósito. Le arrojaste la plancha, ¿verdad?

Jill asintió sin dejar de sollozar.

—Bueno, es probable que tenga una contusión. Pero sabrá que no quisiste hacerlo. La llevaremos al hospital, donde la examinarán con rayos X. Tiene una fea quemadura... Cuando la vea, se enfurecerá muchísimo. Pero lo principal es que se repondrá.

En el suelo, Ellen se movió y gimió. Ahora, Jill veía con claridad que respiraba. Stacey se arrodilló a su lado y le tomó el pulso.

—Trae una manta —le dijo a Jill.

Jill corrió a la cama, sacó la manta y la llevó a la cocina, donde Stacey la acomodó cuidadosamente debajo de su madre como si la arropara.

—No te muevas, mamá —dijo Stacey—. Te pondrás bien. Ya viene el médico.

—¿Para qué la manta? —preguntó Jill.

—No puede hacerle daño.

Jill ya había dejado de llorar y se sentía depurada y serena. Se preguntó por qué nunca lloraba si después se encontraba tan bien. Como tenía hambre otra vez, se sirvió un vaso de leche. Stacey la miraba con incredulidad, pero no dijo nada. Jill bebió la leche, enjuagó el vaso y lo puso boca abajo en el escurridor. En ese momento, llamó el portero por el teléfono interior para decir que había una ambulancia abajo y preguntarles si ellas la habían pedido.

—Media hora —comentó Stacey, mirando el reloj—. Increíble. Marca de rapidez en Nueva York.

Ambas acompañaron a su madre al hospital. Todos fueron amables con ellas porque parecían tan jóvenes y era evidente que Jill estaba acongojada; aún tenía huellas de lágrimas en la cara y los ojos, enrojecidos. ¿Dónde estaba su padre? Lo ignoraban. Había salido a cenar. Jill sabía que más tarde le harían otras preguntas, pero, por el momento, la enfermera llevó a Ellen de prisa a hacerle radiografías y, luego, la acostó en una habitación en la que había otras tres mujeres. Stacey incluso había pensado en llevar el billetero de su madre con la tarjeta de la Cruz Azul adentro. Jill pensó que era muy afortunada por tener una hermana como Stacey y, que si Stacey decía que cuando fuera mayor quería ser médico, era porque se proponía serlo, y que haría cuanto se propusiera hacer. ¡Qué extraño que fueran tan diferentes, aunque eran hijas de los mismos padres y se habían educado en el mismo hogar! Pero tal vez no lo fuesen tanto; quizá la única diferencia consistía en que encararan los hechos de modo distinto.

Al cabo de un rato, el médico vino a ver a su madre, la examinó y sonrió amablemente a las dos niñas que estaban sentadas junto a la cama. Ellen estaba despierta, pero parecía un tanto confusa. El médico le explicó que estaba en el hospital y que tendría que quedarse unos días en observación hasta que mejorara. Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó con suavidad el médico.

—Me duele la cabeza.

—Es natural. Le recetaré unos medicamentos. ¿Quiere decirme qué ha ocurrido?

—Un accidente —repuso Ellen, y cerró los ojos—. Ahora, quiero dormir...

El doctor contempló a las dos niñas: la más baja y robusta, y la más alta y demacrada, sentadas juntas, cogidas de la mano. Su mirada les dijo que había visto peores delitos en ese hospital, mucho peores; que lo que hubiera ocurrido para que su madre llegara aquí ya le era bien conocido y no podía sorprenderle. Las miró, y su rostro bondadoso y surcado de arrugas les dijo que no eran delincuentes, que la vida comprendía toda clase de hechos trágicos e inexplicables. Jill sintió una oleada de afecto hacia él. Era apenas un poco mayor que su padre, pero parecía tan fatigado.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó.

—Stacey.

—Jill. ¿Y usted?

—Doctor Wilson. ¿Por qué no os vais a casa a dormir un poco? Mañana, podréis venir a visitar a vuestra madre.

—¿Será usted su médico? —inquirió Jill.

—Sí.

—¿Le quedará cicatriz?

—No lo creo.

¿Dónde había oído antes esta conversación? Cuando estaba en el hospital y su madre le aseguraba que no le quedaría cicatriz. ¡Estaba diciendo lo mismo que había dicho su madre! Jill procuró contener su pánico. ¡No sería como su madre, no lo sería! Su pregunta había sido natural, eso es todo. Después de todo, si quedaba cicatriz, sería por su culpa.

—Venid —les dijo el doctor con suavidad—. No podéis hacer nada ahora.

Las hizo salir fuera de la habitación de su madre, las acompañó hasta el ascensor y las dejó libres.

En la calle, a oscuras, la pandilla de muchachos se precipitó sobre Nikki y le quitó de las manos entumecidas el bolso y los paquetes, le arrancó los pendientes, el reloj, los anillos. Sintió que la manoseaban como si le mordisquearan la piel, causándole más impresión que dolor. El corazón le latía con tal fuerza, que creyó que sufriría un ataque cardíaco y moriría allí mismo antes de que tuvieran oportunidad de hacer lo que fueran a hacerle. Sintió que la acera le golpeaba el hombro y la pierna cuando la derribaron y de pronto desaparecieron. Desaparecieron sin más ni más, a la carrera, se perdieron en la oscuridad llevándose sus pertenencias, arrojando al aire y de uno a otro sus paquetes envueltos para regalo; dieron vuelta a la esquina y desaparecieron.

Se levantó lentamente experimentando tanto alivio por el hecho de estar viva que se sintió mareada. Después, se enfureció. Se sintió violada, quería matarlos. ¿Por qué no había nadie cerca para proteger a las personas honradas e inocentes que iban por la calle? Corrió al edificio donde vivía y apretó el timbre del portero, mientras comenzaba a sollozar.

—¿Quién es?

La voz sonó metálica a través del altavoz.

—Nikki Gellhorn. Me asaltaron y me robaron las llaves.

El portero salió enseguida a abrirla y cuando vio en qué estado se hallaba, insistió en acompañarla hasta su apartamento hasta que ella lo despidió asegurándole que se encontraba bien.

—Beba un trago —le aconsejó el portero—. Un trago. Le hará bien, se sentirá mejor.

—Está bien, gracias. Adiós.

Cerró la puerta con llave y puso el pesado barrote metálico, pues sabía que esos muchachos tenían su dirección y sus llaves y podían volver en cualquier momento, a no ser por ese barrote, que, de pronto, le pareció frágil. Se obligó a servirse un chorro de vodka, derramó la mayor parte y se lo tragó como si fuera una medicina. Después, llamó por teléfono al cerrajero. Lo primero era lo primero. Experimentaba la sensación de que ella y el cerrajero habían llegado a ser viejos amigos. Él dijo que llevaría tambores nuevos para ambas cerraduras y tres juegos de llaves, uno para ella, otro para el portero y otro para la mujer de la limpieza. Oh no, recordó ella; necesitaba cuatro, ¿verdad? ¿Cuatro? Ah... Robert. No, le dijo Nikki; con tres juegos bastaba.

El vodka, o acaso el cerrajero, la habían tranquilizado un poco. Se sirvió otra copa y se la bebió con mayor lentitud. Robert... ¿Habría quedado furioso, horrorizado o complacido si se hubiera enterado de lo que le había pasado esa noche? ¿Habría dicho: «Te lo previne»? Claro que sí. Le habría dicho que nada de todo eso le habría sucedido si se hubiera quedado con él en el campo, donde tenía que estar. ¿Y todas las amas de casa que eran violadas y asesinadas en sus propios hogares, en el campo, mientras sus maridos trabajaban? A él nunca se le ocurriría pensar en eso.

Llamó a la policía, por si alguien hallaba su billetero y sus tarjetas de crédito cuando los muchachos sacaran su dinero. ¡Dios santo, las tarjetas de crédito! Las había llevado todas consigo. Revolvió el cajón de su cómoda hasta encontrar la lista de tarjetas de crédito, que guardaba por si ocurría algo. Las grandes tiendas, por supuesto, estaban cerradas. Las compañías de tarjetas de crédito tenían números telefónicos a los que llamar, pero uno estaba ocupado y el otro no contestaba. Nikki decidió dejarlo todo para la mañana siguiente. No iría a la oficina hasta que lo hubiera hecho todo. Se sentía sucia y mancillada, y quería darse una ducha, pero tenía que esperar al cerrajero. Se examinó la pierna. Nada grave. ¿Qué haría en cuanto a los regalos? Habría que remplazados, por supuesto, y jamás recobraría su dinero. Que un ladrón utilizara una tarjeta de crédito robada era una cosa, pero si se llevaba la mercadería cuando una ya la había hecho anotar, mala suerte. Suspiró. ¿Por qué habría comprado esa cartera de «Gucci»?

Al día siguiente, debía almorzar con Rachel, Margot y Ellen. Tendría que remplazar los regalos cuando se dirigiera al almuerzo. ¿Dónde podía ir sin dinero ni tarjetas de crédito? Reflexionó. Su licencia de conductor, que ya no utilizaba, estaba guardada en el cajón de la cómoda junto con la libreta de cheques y otros documentos importantes. Podía usarla para identificarse e ir a «Tiffany's». En los sitios elegantes y caros eran mucho más confiados que en las tiendas comunes. Además, no se proponía endeudarse; sólo comprar algo bonito, de plata, a cada una, como recuerdo de su amistad. Al fin y al cabo, Navidad debía ser para eso.

Se quitó los zapatos con un movimiento de los pies y telefoneó a Rachel. Nadie contestó. No era muy tarde; tal vez se hallara ausente. Nikki marcó el número de Ellen. ¿Habría salido también? Toda la familia estaba ausente. Marcó el número de

Margot. No hubo respuesta. ¿Acaso todo el mundo había salido esa noche? Nikki se sintió muy sola y abandonada. Quería llamar a sus hijas, confiando en que no fuera Robert quien atendiera el teléfono, pero se contuvo. Sólo conseguiría preocuparlas sin que pudieran hacer nada por ella. Sabía que no podía fingir que todo iba bien y que sólo había llamado para saludarlas; conocían demasiado bien su voz y sus entonaciones.

¿A quién, en todo el mundo, podía llamar? Tenía docenas de amistades, pero no parecía correcto llamarlas para contarles lo sucedido, no porque no les fuera a importar, sino porque, contándola a un conocido, parecería una anécdota, en vez de un trauma personal. Se conocía y sabía que procuraría fingir que aquello la trastornaba menos de lo que la trastornaba en realidad. ¿Es posible, se preguntó Nikki, volverse fuerte sin perder algo en el camino? Había recorrido mucho camino, pero aún le quedaba mucho por aprender.

Encendió la televisión imaginando, en un momento de irracionalidad, que la crónica central del noticiario sería el asalto de que había sido objeto. Después, rompió a reír. ¡Estaba viva! El reloj, los anillos y los pendientes aparecerían o no en una casa de empeños, pero, ¿qué importaba eso? ¡Estaba viva! Le dolía el hombro sobre el que había caído, y tenía un rasguño en la pierna, pero nada de eso era fatal. Su furia, su odio, su resentimiento y su impotencia tampoco resultarían fatales. Estaba viva. Y ése era el único don que deseaba en realidad.

La fuerza vital nunca había sido tan vigorosa en Rachel como en aquel momento. Aun entonces, mientras dejaba que Hank la arrastrara hacia la cama, estaba pensando, aterrada, pero intentando pensar qué hacer. Sus pensamientos se precipitaban hacia Lawrence y el amor que sentía por ella, lo valioso de su cuerpo, pero se obligó a encaminarlos hacia la simple autoprotección. Si pensaba en lo que había llegado a ser gracias a Lawrence —una mujer que era amada por encima de todas las demás por un hombre a quien a su vez adoraba—, sabía que se derrumbaría y se echaría a llorar. Llorar no le serviría de nada. Mirando los ojos extraviados, casi hipnotizados de Hank, se preguntó cómo no se había dado cuenta hasta entonces de que estaba loco. Probablemente, porque nunca se había fijado en él, en realidad. Todos pensaban en él como en ese bobalicón con quien se había casado Ellen. Se preguntó si él lo había sabido siempre y si era eso, en parte, lo que le había empujado a la locura.

¿Quién querría que fuese ahora, Ellen o Rachel? Ellen, no, ya que Hank le temía. Sin embargo, cuando amenazaba con castigarla, era a Ellen a quien odiaba, no a Rachel, ya que ésta nunca había hecho nada para enfurecerlo. ¿O sí? ¿Habría hecho algo sin saberlo? ¿Lo imaginaba él con su mente distorsionada? Sabía que se proponía violarla, eso estaba muy claro. También consideró la posibilidad de que la matara. Fácilmente podía matarla por accidente con sus grandes manos, bastaría con

un leve cambio de humor. Procuró ser lo más pasiva posible y no ponerse histérica, intuyendo que esto lo encolerizaría.

—Por favor, Hank, no me lastimes —dijo con voz suave que sonó a gemido—. Siempre he sido tu amiga. Suéltame, por favor.

Por los pequeños cambios en la presión que Hank ejercía en su garganta, supo que procuraba descifrar sus pensamientos y reaccionaba ante lo que creía ver en ellos, pero ignoraba qué deseaba él en realidad y sospechaba que tampoco él lo sabía. Sexo, tenía que ser sexo. En realidad, todos querían lo mismo. Todos los años antes de conocer a Lawrence, todos los hombres que salían con ella, le mentían y no querían más que echársela encima... Al final, sólo querían eso, llevarla a sus camas, usarla... y ella se lo había permitido, porque, en la década de los sesenta, era bella y tonta y eso era lo que la gente hacía. Entonces había creído que ser una dócil muñeca, un cuerpo, aseguraba su supervivencia. Cuando la llevaban a sus camas, lo habían bloqueado, quitándole sentido, de modo que ellos pudieran obtener aquello en lo que insistían y que esperaban.

—No, Hank, no quiero —dijo Rachel—. No hagas esto. No quiero.

—Cállate —dijo él—. Eres mía. Estás en deuda conmigo.

—¿Por qué?

—Es culpa tuya. Todo. Culpa tuya.

Entonces, de pronto, algo cedió en Rachel, que se halló de vuelta en el pasado. Que la gozara, si quería. Después, ya no le haría daño y se marcharía.

—Está bien —dijo con voz carente de emoción—. Hazlo.

Se preguntó qué funcionaba mal. Siempre que había imaginado la escena, la coreografía había sido tan perfecta, tan exactamente acorde a sus anhelos y deseos, que le había llevado al frenesí sexual. Pero, ahora, estaba aquí, la tenía en sus manos, y las cosas no salían bien, ni mucho menos. Al principio, había sido perfecto. Su terror, el modo cómo le arrancó las ropas, todo había sido perfecto. Ahora, empujó el desnudo cuerpo sobre la enorme cama del dormitorio y Rachel se quedó tendida mirándolo con calma, como si ni siquiera estuviese allí. Tenía las piernas levemente separadas, como si le estuviera esperando. Pero no estaba excitada, sino solamente... allí. No era la diosa asustada e implorante de sus fantasías enfebrecidas; sino sólo una mujer inerte y muy hermosa a quien no le importaba lo que él le hiciera. Casi parecía estar invitándolo a que lo hiciera.

¿Invitándolo? No, no era a él a quien invitaba. Se había convertido en un recipiente a disposición de todos, incólume e indiferente. Tal como allí yacía, lo mismo importaba que estuviera muerta y, sin embargo, movió levemente una mano, de manera automática, como para acariciarle. Hank se encogió para evitar su contacto.

—Sé Rachel —ordenó, pero su voz surgió como un gemido de súplica, no como una firme orden—. Sé Rachel...

Ella yacía allí, con los suaves labios curvados en una semisonrisa que era invitación e introspección al mismo tiempo. No era Rachel. Era... cualquiera. Jamás se había sentido tan decepcionado. Se arrancó las ropas, sabiendo que Rachel no intentaría escapar si la soltaba, tratando de reavivar su fantasía, pero de nada le sirvió. Agazapado sobre ella, a cuatro patas, como una bestia, Hank vio disminuir y desaparecer su erección. Rachel ni siquiera pareció notarlo. Si lo hubiera notado, si se hubiera reído de él, la habría matado allí mismo. Pero permaneció tendida como si tuviera todo el tiempo a su disposición y, entonces, Hank supo que nunca habría un momento para ellos.

Oyó que de su garganta surgían ruidos, ruidos animales y se arrojó en la cama junto a ella, arrollado como un feto, de espaldas a ella, se cubrió la cara con las manos levantó las rodillas hasta su odiada ingle y lloró.

Rachel volvió la cabeza y vio que Hank lloraba acurrucado sobre la cama.

—No me amas —repetía sin cesar con voz ahogada—, no me amas.

Rachel apenas podía entenderlo. Se apoyó en un codo y le miró. Hank ni siquiera advertía su presencia. Su mano, casi por voluntad propia, se extendió para acariciarle la atormentada cabeza; después, se apartó. Se levantó y se puso otra vez la bata.

Sabía que podía llamar al portero o a la policía, pero también tenía la certeza de que estaba a salvo; así, pues, se sentó en el borde de la cama, lo más lejos posible de él, y le miro, a la espera de que se tranquilizara. Su desnudo corpachón blanco era patético: una ballena arrojada a la playa. De pronto, Rachel se sintió dominada por un cansancio tan agotador que estuvo a punto de caer. Todo había pasado. Sólo quería que él se vistiera y se marchara, así podría dormir.

Pero Hank no cesó de llorar durante un largo rato y después habló sin parar. Por fin, se puso los calzoncillos y la camisa, pero no se fue. Repetía sin parar las mismas cosas: que siempre se había sentido rechazado, inferior, que nadie le quería, que nadie lo respetaba, que era un fracasado, que no tenía ningún motivo para vivir. Rachel deseaba que se fuera. Una parte suya sentía una leve compasión, pese a lo que Hank le había hecho, porque nunca había visto a un ser humano sufrir una pérdida de dignidad tan abyecta y evidentemente dolorosa. Era como si ella fuese su madre y Hank un niño que había regresado de la escuela y le había dicho que le habían convertido en un paria: parecía incapaz de alejarse de su presencia, como si ella fuera lo único cálido y reconfortante que le quedara.

Permaneció allí hasta el amanecer. Por fin, cuando asomó la luz bajo las cortinas y fueron las ocho, le convenció de que se marchara.

—Debes irte ahora, Hank —le dijo con suavidad—. Tu familia estará preocupadísima.

Hank terminó de vestirse con rapidez. La larga noche había concluido y él volvía a parecer un ser completamente normal. Estaba cuerdo; al menos, por un tiempo. Rachel le acompañó hasta la puerta delantera y la abrió.

—Buenas noches —dijo Hank en tono natural.

Rachel se preguntó si sería esquizofrénico.

—Buenas noches —le dijo.

Y cuando Hank se marchó, cerró la puerta con llave y echó el cerrojo.

Se dirigió a la cocina y puso la tetera a calentar. Él, incluso se había enterado de que la criada se había tomado unos días de vacaciones y de que ella estaría sola, sin Lawrence. Se había enterado de todo. Rachel comprendió que aquella sensación hormigueante que había experimentado durante tantos meses se debía a que él la observaba. Y las rosas blancas...

Se estremeció. Por encima de todo, deseaba llamar a Lawrence, contarle lo sucedido, pero sabía que eso le alteraría y le dejaría frustrado, porque tenía que asistir a reuniones fuera de la ciudad todo el día. Al día siguiente regresaría. Si Rachel intentaba tranquilizarle por teléfono diciéndole que estaba bien, que Hank no le había hecho daño, Lawrence no la creería. Volvería a toda prisa y ella no quería obligarlo a que lo hiciera. Se lo diría cara a cara, así él comprobaría que estaba indemne.

Pensó en llamar a Ellen para prevenirle de que Hank necesitaba un psiquiatra con urgencia, pero se hallaba demasiado cansada para afrontar esa escena. Además, era posible que Hank ya hubiera regresado a su casa. Tomó el té en el dormitorio, retiró el cubrecama donde él se había acostado y lo arrojó al suelo. Nunca podría volver a utilizarlo. Más tarde, conseguiría otro. Por el momento, sólo deseaba dormir.

Tal vez fuera mejor que no asistiera al almuerzo. ¿Cómo podría enfrentarse con Ellen, ese día? Primero, dormir; después, pensar... Rachel estaba cansada de ser siempre la persona reflexiva que recordaba qué cosas deberían hacerse.

Margot se despertó a las once y media de la mañana. Supo que era por la mañana porque vio la luz plomiza que se filtraba a través de sus persianas. Pero, ¿la mañana de qué día? Creía que estaba muerta. Se sentía tan mareada, que ni siquiera estaba deprimida, sólo decepcionada. ¿Por qué no habían producido efecto las píldoras? ¿Acaso ella era una especie de supermujer, condenada a vivir para siempre? Pero la lasitud que experimentaba era cómoda, como si se le hubiera administrado una enorme dosis de sedante. Recordó que debía haber ido a un almuerzo con Ellen, Rachel y Nikki, y se preguntó si el almuerzo debía celebrarse hoy o se había celebrado hacía ya mucho tiempo. Estaba demasiado cansada hasta para llamar. De todos modos, hoy no podría ir. Se volvió de costado. Se sentía tan cómoda..., estafada, pero el dolor había disminuido. Había intentado morir y había vivido. Vivido para morir otro día. No quería pensar en ello. La sensación que experimentaba de estar tan drogada y cómodamente soñolienta que el dolor parecía hallarse en algún sitio lejano era como una bendición. Fue sumiéndose en un blando sueño, despertó y se volvió a dormir. Por primera vez en su vida se sentía importante e ignoraba por qué.

La ciudad estaba despierta y llena de tráfago. Los obreros se hallaban en sus puestos de trabajo, los vehículos obstruían las calles, los compradores navideños se abrían paso en las grandes tiendas, los niños a los que las vacaciones navideñas habían liberado de la escuela, corrían o haraganeaban; el día planeado y el no planeado ya estaban en movimiento. A las once y media de la mañana, más o menos a la hora en que Margot había despertado, Rachel despertó también; su conciencia era como un despertador. Si no pensaba ir al almuerzo, por lo menos debía llamar a una de sus amigas. Pero todas quedarían desilusionadas. Y ahora, no experimentaba el menor cansancio. Tenía energía nerviosa suficiente como para mantenerla en pie durante horas. No cesaba de preguntarse cómo se lo diría a Ellen. Se vería obligada a sobrellevar el almuerzo por el bien de todas y, después, llevarse aparte a Ellen para beber una copa y contarle en privado lo sucedido con Hank. Tenía que decírselo. Ese hombre estaba peligrosamente trastornado.

¡Pobre Ellen! Siempre trataba a Hank de un modo tan abominable, que tal vez incluso fuese responsable de su colapso nervioso. Pero, ¿acaso Hank no había elegido a Ellen? Sin embargo, Rachel sospechaba que los libros de texto que estudiaba no siempre acertaban. Cuando se casaron, Ellen y Hank habían sido como embriones; ¿cómo podía imaginar ninguno de los dos lo que sucedería?

Rachel se dio una ducha caliente y se sintió mucho mejor. En cierto modo, incluso anhelaba que llegara la hora del almuerzo. No podía quedarse en casa meditando tristemente, y quizá fuera divertido. Como era derrochona, había comprado a cada una de sus tres amigas un suéter de cachemira con cuello alto de Halston; *beige* para la rubia Nikki, amarillento para el leonado de Ellen y gris oscuro para la piel muy blanca y el cabello oscuro de Margot. Todas quedarían encantadas. Se alegraba de haber comprado el mismo regalo para las tres. Quería que todas se sintieran igualmente estimadas. Cuando los compró, le había parecido una buena idea y, ahora, le parecía mejor aún. Ellen no tardaría en sufrir una fuerte impresión, ¡qué lástima que semejante cosa sucediera precisamente cerca de Navidad!

Se apresuró a vestirse y maquillarse. Las doce y media era temprano para ir a un almuerzo y no quería llegar tarde. Rachel detestaba hacer esperar a los demás.

En su apartamento, Nikki se había pasado la mañana hablando por teléfono. Llamó a su secretaria para decirle que no llegaría hasta después de almorzar; aclaró cuanto le había ocurrido en las secciones de crédito de las grandes tiendas, telefoneó a las compañías de tarjetas de crédito, relató por escrito los acontecimientos para confirmarlo y maldijo a la burocracia que había cambiado la tiendecita rural donde todos la conocían a una, en una vasta red de computadoras y cifras donde cualquiera podía ser cualquiera. Aún le dolían el hombro y la pierna. Al salir, se detuvo en el

apartamento del portero para entregarle el nuevo juego de llaves y él le dijo que esa mañana haría cambiar la cerradura del buzón y le entregaría la nueva llave cuando volviera. Nunca se le había ocurrido pensar que los muchachos que la habían asaltado también tenían la llave del buzón. Bueno, entonces poseían también la llave de la puerta de calle del edificio, ¿verdad? El encargado suspiró. Sí, lo sabía y haría cambiar la cerradura. Tenía que dar nuevas llaves a todos los inquilinos, lo cual era un fastidio, porque todos volvían a casa a distintas horas y se enfurecerían cuando no pudieran entrar, sin hablar ya de los que habían ido a pasar el invierno en Florida.

—¿Qué le parece si cavamos un foso e instalamos un puente levadizo? —dijo Nikki—. Los hombres de la Edad Media sabían lo que hacían. Un sólo puente levadizo, sin llaves.

—Con cocodrilos en el agua —repuso el encargado y rió, complacido al ver que ella reaccionaba tan bien después de la impresión que había sufrido la noche anterior.

Fue al Banco para sacar el dinero que necesitaba para pagar los gastos del almuerzo y, después, decidió ir a «Tiffany's» a pie.

¡Qué seguras parecían las calles a la luz del sol! Unos sacaban a los perros de paseo, otros llevaban mercancías... ¿Dónde diablos estaban la noche anterior, cuando ella los necesitaba?

«Tiffany's» le pareció muy vacío hasta que llegó al primer piso. Estaba repleto. ¡Se habría dicho que, allí, las cosas eran baratas! Los regalitos de plata se hallaban expuestos sobre un largo felpudo de terciopelo, en uno de los mostradores y, estaban numerados, y había que hacer cola y, luego, decir al vendedor qué número se buscaba; entonces, le entregaban a una una cajita azul bien atada en la que figuraba un número. Trató de mirar por encima de las cabezas de la multitud que rodeaba el mostrador para inspeccionar los llaveros, lápices de plata, soportes para calendarios, palillos, más llaveros, dedales, cajitas para píldoras, reglas... Consultó el reloj. Si esperaba, se pasaría el día allí. Si no se daba prisa, llegaría tarde al almuerzo. Se internó por los pasillos donde se vendían regalos más costosos. No estaban vacíos, pero sí, al menos, no tan repletos.

Vio lo que precisamente buscaba expuesto en la vitrina. Unos ratoncitos de plata. Costaban más de lo que se había propuesto gastar; más de lo que, en realidad, podía permitirse en ese preciso momento. ¡Pero eran tan lindos...! En las tarjetas pondría: *Del ratón campestre al ratón de la ciudad*. Entonces, todas reirían y le dirían que ya no era un ratón de la ciudad; que era una de ellas.

Nikki consiguió, por fin, que un vendedor la atendiera y compró tres ratones de plata, que hizo envolver con papel para regalo y anotar en su cuenta. Llenó las tres tarjetas y las encerró en sobrecitos blancos. Todo fue a parar dentro de una diminuta bolsa de compras, que guardó en el bolso. No había que exponerse a tentar a otros asaltantes con sus costosas adquisiciones. Silbando un villancico de Navidad, esperó el ascensor, contenta de haber gastado dinero de más en comprar algo bonito para sus

amigas. El reloj que había encima del ascensor indicaba las doce y veinticinco, y Nikki comprendió que llegaría tarde..., pero, ¿qué importaba?

Rachel bajó del taxi en la Quinta Avenida y echó a andar hacia el Oeste, rumbo al «Rockefeller Center». El enorme árbol se alzaba por encima de los que patinaban sobre el hielo. Unos turistas, que arrastraban a sus hijos, lo contemplaban boquiabiertos; los había por doquier. Las banderas de tantas naciones diferentes, distribuidas alrededor de la pista de patinaje, ondeaban al viento. Se inclinó un momento sobre el ancho muro para observar a los patinadores y escuchó la música a impulsos de la cual se movían. Niñitos a los que se creerían demasiado jóvenes para patinar tan bien; ancianos a quienes no se atribuiría la energía suficiente. Cada año pensaba brevemente que debía aprender a patinar sobre hielo, y cada año encontraba razones para no hacerlo. Ese invierno, tenía una buena excusa: debía asistir a clases y estudiar. ¡Quería hacer tantas cosas! ¡Y las haría! No había motivos para que no pudiera hacerlo. Las haría una a una, y todas.

Abandonando el tentador espectáculo que ofrecían los patinadores, cruzó la calle y se dirigió al «Rockefeller Center». Eran exactamente las doce y media. Miró a su alrededor por si acaso venían Nikki, Ellen o Margot, pero no las vio. La calle se hallaba llena de gente. Las oficinas estaban cerrando: era la hora del almuerzo. Hombres y mujeres, solos o en grupos, se apresuraban para llegar a algún sitio o charlaban al descuido sobre dónde ir.

No advirtió a la mujer que, con una bolsa de compras, se acercaba a ella, porque su aspecto era muy corriente.

Cuando la mujer estuvo frente a ella, Rachel se apartó para llegar al edificio, sin prestar todavía atención alguna a aquella desconocida opaca y de aspecto vulgar, pulcra y fea, una entre un millón de rostros anónimos en las calles de Nueva York. A través de la manga sintió una presión en el brazo; no un dolor, sino un empujón. Bajó la vista. Vio sangre en la manga de su abrigo, sangre que salía de su brazo. Entonces, miró, incrédula, a la mujer, escrutó el rostro que no había visto antes y miró por primera vez el brillante cuchillo que aquélla había sacado de la bolsa de compras y que empuñaba.

La demente le devolvió la mirada y, durante un momento fatal, ambas fueron dementes las dos: la mujer alta y hermosa, llena de un desconcertante sentimiento de culpa que no podía comprender, y la más baja y fea, perdida en sentimientos que apenas se podían empezar a captar.

—¿Me conoce usted? —le preguntó Rachel—. ¿Me conoce?

Y, entonces, la mujer la apuñaló a través del abrigo abierto, le clavó la hoja del cuchillo en el corazón, y Rachel murió.

Epílogo

Diciembre, 1975

MMARGOT, ELLEN Y NIKKI SE SENTARON juntas durante el funeral de Rachel. El ataúd estaba cerrado. El mejor amigo de Lawrence, un hombre que había conocido a Rachel durante más de diez años, pronunció un hermoso discurso. Margot pensó, al pasar, que nunca había asistido a un funeral en el que una mujer pronunciara el elogio fúnebre y se preguntó por qué. Nadie se lo había pedido siquiera a Nikki, que había sido la mejor amiga de Rachel, aunque Margot sabía que Nikki habría estado a la altura de la pena que ello conllevaba. De todos modos, ¿había creído Lawrence que Nikki no lo habría soportado, o tan sólo había creído que no había conocido a Rachel el tiempo suficiente? ¿Cuál era el tiempo suficiente para creer que una amistad lo era? Margot sabía que Rachel había sido una de las pocas amigas que había tenido en el mundo. ¡Qué ironía que ella, que había intentado morir, viviera, y que Rachel, que tanto había amado la vida, estuviera muerta! Miró el ataúd, procurando no imaginarse a Rachel en su interior y, por primera vez, comprendió que la muerte era eterna. Cuando había ingerido aquellas píldoras no lo había pensado así; simplemente, había pensado en poner fin a lo que no podía soportar. Había una diferencia.

La noche del día en que Rachel fue asesinada, cuando nadie había podido comunicarse con Margot por teléfono y ésta no se presentó a trabajar en el estudio, Nikki se dirigió a su apartamento y apretó el timbre hasta que Margot salió arrastrándose de la cama para ver quién era. Nikki afrontaba la angustia de modo opuesto a Margot: se volvía hiperactiva; vio el apartamento mugriento y comprendió. Llamó al estudio y les mintió: les dijo que Margot tenía una pulmonía. Después, contó a Margot lo que le había ocurrido a Rachel. No fue una brutalidad, sino el mejor modo que encontró Nikki para dar una sacudida a Margot y sacarla de su ensimismado aislamiento; y dio resultado.

Fue Nikki quien encontró el cadáver de Rachel, rodeado de gente, coches de la policía y una ambulancia. Había telefoneado a la oficina de Lawrence; llamando a Jill, se había enterado de que Ellen estaba hospitalizada. Había rescatado a Margot. Desde que encontró a Margot hasta casi ese instante, Nikki no la había dejado sola ni siquiera para dormir. Había enviado a la criada que le hacía la limpieza para que limpiara el apartamento de Margot, le pagó ella misma, y obligó a Margot a dormir en el diván de su propio apartamento. Había preparado comidas sencillas, fáciles de digerir —como la que Margot recordaba le habían hecho comer cuando, siendo niña, había estado enferma— y casi la había alimentado. Las dos hijas de Nikki habían

hecho acto de presencia. Lynn trajo a remolque a su novio y todas las revistas nuevas para la convaleciente; y Dorothy, que estudiaba para asistente social psiquiátrica, había proporcionado a Nikki los nombres de algunos buenos psiquiatras. Nikki le dio la lista a Margot, y le dijo:

—Lo demás queda en tus manos... Pero yo creo que esto es mejor que las píldoras. ¿Sabes la suerte que has tenido de que ese médico te haya recetado «Dalmane»? Es de lo más inofensivo; conozco a una persona que tomó cien píldoras y sobrevivió. Ese médico debe de haber sospechado que tramabas algo. Sólo quisiera que hubieses confiado en mí antes de llegar a ese extremo.

Al principio, Margot no estaba segura de si ella era un proyecto para Nikki, su terapia para la pena que experimentaba por Rachel, o si le importaba de verdad. Pero después comprendió que Nikki se preocupaba de verdad.

—La gente no puede ayudarte si te ocultas de ella —dijo Nikki.

Era verdad. Había que buscarla... Pero Margot era pésima en eso y lo sabía. Era algo que no podía cambiar ella sola.

Llevaba la lista de psiquiatras en su cartera y la tenía consigo en ese mismo instante. Sabía que Rachel le habría dicho lo mismo. Rachel había procurado ayudarla, la había llamado por teléfono, la había invitado constantemente a visitarla y, por fin, Margot se había ocultado de ella, mintiendo. Nadie podía ayudarla si nadie sabía...

¿Por qué no había sido ella en lugar de Rachel? Pero no se trataba de «en lugar de». Margot advirtió que ése había sido siempre uno de sus problemas: estar tan abrumada por un misterioso sentimiento de culpa, que había creído que lo mismo importaba una cosa que otra. Si ella hubiera muerto esa noche, ello no habría salvado a Rachel. Ninguna de las decisiones que había tomado en su vida habían bloqueado automáticamente las otras opciones. Pero así lo había creído.

Qué terrible era para Lawrence, que tanto había querido a Rachel, la muerte de ésta. Margot se preguntó si alguna vez un hombre la amaría a ella de esa manera. Rachel era la única de ellas a quien un hombre había amado de verdad... Margot le vio en primera fila; Kerry y algunas personas que, según supuso, eran parientes suyos o de Rachel, estaban a su lado. No había querido que nadie fuera a verle durante los últimos días, excepto los familiares más próximos. Lawrence, que siempre había sido tan sociable, que siempre había estado tan rodeado de amigos y relaciones comerciales, había quedado abrumado de pronto al comprender que Rachel era su mejor amiga y que, sin ella, todo carecía de sentido. Margot no ignoraba que, tarde o temprano, se incorporaría a su vida social, porque ésta era su costumbre, pero sabía que de poco le serviría hacerlo.

Miró a Kerry como si mirara a un desconocido. ¿Hacía apenas poco menos de un año que lo había considerado su última oportunidad? ¡Qué extraña idea! Sabía que su verdadera última oportunidad era un buen psiquiatra. Desde la muerte de Rachel, la vida se le había revelado a Margot como lo que realmente era: algo transitorio, frágil,

valioso. No era una sentencia interminable, como ella había creído. Era un don. Tenía derecho a desecharlo si quería, pero, ¿por qué iba a cometer tal estupidez? Acaso le quedaran años, acaso horas nada más. Nunca volvería a estar segura de ello. Pero, por lo menos, trataría de sacar el mejor partido posible a lo que tenía.

Con Margot a su izquierda y Hank estólidamente sentado a su derecha, Ellen lloraba. Llevaba puesto un velo oscuro para que nadie viera su mejilla vendada y se extrañara, y todos creían que iba de luto riguroso. Lloraba tanto por sí misma como por Rachel. Había estado a punto de morir. Si Jill hubiera sido más fuerte, si hubiera tenido mejor puntería... Ellen jamás había advertido que Jill tenía mal genio. Una niña tan dulce, un poco reservada y callada, pero que nunca lloraba, que nunca hacía rabietas. Demasiado dulce tal vez. El estallido de mal genio de Jill había sido un accidente. La mujer que había matado a Rachel la había elegido también accidentalmente y se la habían llevado a Bellevue a la espera de lo que la justicia hacía con los criminales dementes. Vivía por Queens y los vecinos habían dicho que parecía una mujer amable y tranquila. ¿Quién sabía la clase de demencia que encerraba esta ciudad? No es que Jill fuera loca, por más que una forzara la imaginación, pero tenía problemas: era obvio que la aterraban los muchachos y el sexo, y era anoréxica. Por algún motivo, desde el día en que había agredido a Ellen, Jill había empezado a comer casi normalmente. Pero no era una niña feliz, Ellen lo advertía ahora, y era algo que ella se sentía incapaz de resolver. Por eso había pedido a Martín Wilson que le diera el nombre de un buen psiquiatra.

El doctor Martin Wilson... Ellen cesó de llorar. La había cuidado tan bien en el hospital, que ella le había dicho bromeando, que tenía las mismas iniciales de Marcus Welby. Se dio cuenta enseguida de que estaba interesado en ella. Había visto demasiadas veces las señales para no darse cuenta. Y ella también estaba interesada en él. Claro que el doctor Wilson tenía esposa e hijos. Se había casado con una muchacha que, hacía veinte años, le había ayudado a recibirse de médico y que desde entonces no había logrado estar a su altura; Ellen conocía las señales. Había pasado demasiado tiempo junto al lecho de Ellen, preocupándose por ella. A Jill tampoco parecían disgustarle y no había advertido que el interés del doctor Wilson por su madre no era sólo profesional. Jill había simpatizado también con el psiquiatra, un amable joven a quien Martin había llevado al hospital para que la conociera. Jill había accedido a iniciar una terapia de grupo con otros jovencitos a quienes el doctor atendía. Ellen no estaba segura de que le gustara la idea de la terapia de grupo. ¿Y si el primer muchacho de quien Jill se prendaba era algún chico inadaptado del grupo? Pero Martin le aseguró que sería beneficioso para Jill y costaría menos que la terapia individual. La terapia de grupo estaba de moda entre los jovencitos. ¿Quién era ella, la casi menopáusica Ellen Rennie, para emitir juicios sobre los nuevos métodos de psicoterapia? En cuanto a problemas, le bastaba constatar que tenía cuarenta años, y procuraba comprender que, si bien no eran los lozanos veinte años, tampoco eran los sesenta y cinco.

Pobre Rachel, tan joven, tan bella, tan feliz. Qué accidente más absurdo y sin sentido. ¿Por qué la vida estaba tan llena de accidentes? No se podía creer en nada seguro. Ellen echó una mirada a Hank, sentado junto a ella, silencioso, sombrío, con la vista clavada en el vacío. Bueno, se dijo, menos mal que tengo al bueno de Hank.

Nikki no había podido llorar desde que había descubierto el cadáver de Rachel y ahora tampoco podía hacerlo. Sentía como si un torno le hubiera aplastado el corazón y, a veces, al quedarse sola, vomitaba hasta casi perder el sentido, pero las lágrimas no brotaban de sus ojos. Estaba entumecida. Toda esa frenética actividad, organizar, sostener a los que eran más débiles que ella, había sido automática. Estaba en su naturaleza ser madre y ejecutiva al mismo tiempo. Casi no escuchó el sermón. El sacerdote no había conocido a Rachel; había preguntado a Lawrence cuáles eran sus mejores cualidades. Tal vez fuese mejor dejar que un profesional se ocupara de cosas tales como las oraciones fúnebres, pensó Nikki. No esperaba que Lawrence se lo pidiera a ella. Lo que Nikki consideraba más extraordinario y hermoso en Rachel no era algo que quisiera compartir con semejante multitud ¡Y qué multitud! Todo el mundo había hecho acto de presencia, como si el funeral de Rachel fuera la entrega de premios de la Academia de Artes y Ciencias de Hollywood. Estaba segura de que algunos se habían presentado para que los vieran. Pertenecían a la antigua vida de Rachel. Y oculto en la última fila, lleno de timidez, se hallaba Andy, el amiguito estudiantil de Rachel, que, por primera vez, se había puesto una corbata por respeto a la muerta. Nikki pensó que Rachel le habría dicho que se la quitara y se pusiera cómodo.

Nikki pensó cuánto habían cambiado ella y Rachel durante el último año transcurrido. Pensó en sí misma..., en las decisiones que había tomado, que tan aterradoras le habían parecido y que no lo eran en realidad, porque eran cosas que podía controlar. Pero la violencia estúpida, insensata, devastadora que provenía de afuera era lo verdaderamente espantoso. En la vida de Rachel la decisión final había surgido de una desconocida.

«No tenemos control —pensó Nikki—. ¿Qué puedo controlar con todos mis esfuerzos y mi determinación? Puedo controlarlo que está dentro de mi vida. Puedo disfrutar de mi vida, de mi trabajo, de mi familia, de mis amigos, de mis amores, de mis placeres, de mis momentos, y tratar de no pensar en lo demás.

»Pero, ¿cómo puedo no pensar?».».